GATELL

ISCUELAS

IBLICAS.

TOMO I.

PRECIO

DE LA OBRA:

0 rs. en rústica.

rs. en pergalina.

J. B. H.

L47
1376

Julio 69

ESCENAS BÍBLICAS.

TESOROS DE MORAL Y DE POESÍA

CONTENIDOS EN LA HISTORIA SAGRADA.

POR EL

Rdo. D. JOSÉ ILDEFONSO GATELL, Pbro.

OBRA REVISADA

por el M. I. Sr. Dr. D. José Morgades y Gili,

canónigo penitenciario de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona.

12725

(ley 1847)

TOMO II.

BARCELONA,

LIBRERÍA DE JUAN BASTINOS É HIJO, EDITORES.

1869.

L47-1376

BIBLIOTECA ECONÓMICA

DEL MAESTRO DE PRIMERA ENSEÑANZA.

12725
Ley 1847

4385

ESCENAS BÍBLICAS.

TESOROS DE MORAL Y DE POESÍA

CONTENIDOS EN LA HISTORIA SAGRADA

POR EL

Rdo. D. JOSÉ ILDEFONSO GATELL, Pbro.

TOMO II.

BARCELONA.
LIBRERÍA DE JUAN BASTINOS É HIJO, EDITORES.
1867.

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

Barcelona.—Imp. de Jaime Jepus, Petritxol, 14.—1867.

ESCENAS BÍBLICAS.

LECCION PRIMERA.

LA ESCLAVITUD.

La tierra de Gessen, que habia sido para los hermanos de José, durante la vida de éste, un lugar de refugio y de proteccion, vino á convertirse mas tarde para ellos en el pais de la esclavitud. Nada tiene de estraño. Sus costumbres, sus tendencias eran enteramente distintas de la de los egipcios; los egipcios amaban la ostentacion, y los israelitas eran sencillos; los egipcios tenian una pasion por el lujo, y la modestia constituia el carácter de los descendientos de Abraham; los hijos de Jacob, que aun hoy, al través de tantas vicisitudes y de tantas generaciones, conservan todavia un caráter peculiar, único, que se distingue de todas las demas rázas, jamás lograron unificarse con los egipcios; jamás se sometieron á su influencia, y lejos de poner afecto á su nueva patria, volvian sin cesar una mirada de pesadumbre hacia el pais de sus padres.

Inútil es decir que los israelitas por punto general, no se hincaban ante los altares de los dioses de Egip-

to. Mientras las clases ilustradas saludaban la potencia creadora bajo la forma de su misteriosa tríada ; mientras el pueblo divinizaba los objetos materiales, el hijo de Israel solo se postraba ante el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Esto hacía que israelitas y egipcios se encontrasen siempre separados por un abismo ; asi es que lo que en tiempo de José era respeto , muerto el Virey pasó á ser indiferencia, para convertirse mas tarde en ódio.

Subió al trono de Egipto un nuevo monarca que no habia conocido á José , el cual se creyó dispensado de las consideraciones y miramientos que se habian tenido á la familia del ilustre Virey. Los israelitas se multiplicaban de un modo admirable. Sus hábitos de trabajo contribuian á su robustez ; por otra parte no se entregaban á las torpezas con que se embrutecian los egipcios: todo esto añadido á la prodigiosa fecundidad de Gessen hacía que se notara en el pais habitado por los descendientes de Jacob un aumento de poblacion muy considerable, hasta que se llegaron á concebir temores de que los egipcios no pasasen á ser dominados por aquellos á quienes consideraron siempre como extrangeros. El nuevo monarca ya no se acordó de lo que en favor de Egipto hiciera José. Los viejos favores, dice un eminente escritor, se les deja lo mismo que si estuviesen dormidos; se les olvida como á los muertos.

Ya entoces la política humana, en vez de ser el arte de gobernar á los pueblos respetando los derechos de los súbditos, se convertia muy amenudo en el arte de oprimir ó de explotar á los que carecian de la suficiente fuerza material para defenderse. Ya que el valor y el número de los hijos de Israel empezaba á escitar recelos, se podia haber dispuesto que saliesen de Egipto ; pero una disposicion semejante hubiera perjudicado la riqueza pública del pais, privándole de un pueblo que con su laboriosidad y su robustez constituia una buena parte

de su fuerza productora. Amenófis, que así se llamaba el soberano, acudió al recurso de hacer pesar sobre ellos el brazo de hierro del despotismo. « Los israelitas, dice el autor de los *Hijos de la Biblia*, fueron reducidos á la servidumbre corporal; viéronse destinados como entre los antiguos se destinaban los extrangeros, los vencidos y los cautivos á construcciones gigantescas que exigian un trabajo por demás penoso; siendo destinados á construir obras ciclópeas en las que los indígenas se vanagloriaban de no haber puesto la mano. Así levantaron entre otros monumentos las ciudades de Rhamsés y de Pithom, uniendo al duro trabajo el bárbaro trato y los insultos de sus opresores. Lo que hacia penosa la construccion de ciudades y de pueblos era la costumbre de levantar á fuerza de brazos colinas artificiales sobre las que se edificaban luego casas, torres y murallas. En estas obras sucumbian muchos operarios; por esto el destinar esclusivamente á los israelitas á tan penoso trabajo equivalia á conducirlos á la muerte.»

Sucedió con los israelitas lo que sucede con los árboles que podándolos adquieren mayor frondosidad; los descendientes de Abraham cuanto mas se les oprimia mas se multiplicaban. El despotismo de Amenófis se creyó en el caso de pronunciar su última palabra:— Cuando una hebrea dé á luz á un niño, dijo á las parteras de los israelitas, si fuese varon matadle; si hembra, reservadla. Para cumplir semejante disposicion era indispensable ahogar todos los sentimientos del corazon humano, pasar por encima de todas las leyes de la naturaleza. Las parteras israelitas no tuvieron valor para manchar sus manos con la sangre de los hijos de las hebreas que no habian cometido mas crímen que el de haber nacido. Semejante órden era demasiado bárbara para que fuese cumplida.

LECCION SEGUNDA.

LA CESTA DE JUNCOS.

Al ver Amenófis que su órden no se cumplia, manda que irremisiblemente sean echados al Nilo luego de haber nacido todos los hijos de las hebreas.

.....La esposa del levita Amram, llamada Jocabed, acaba de dar á luz un niño adornado con todos los destellos de la hermosura. ¿Porque llora Jocabed? ¿Por ventura el nacimiento de un hijo no es ocasion de alegria y de entusiasmo para una madre? La tierna criatura, por el solo hecho de nacer, está condenada á muerte; tiene que ir á morir ahogada.

Jocabed no se decide á permitir que se cumpla una órden tan inicua, y conserva por algunas semanas al infante escondido en su casa. ¡Semanas terribles para la infeliz madre! Cada hora que transcurre es una hora de mortal ansiedad; parécele á cada instante que estan llamando á la puerta para apoderarse de aquel precioso pedazo de su corazon; en cada persona que entra en su casa figuráse ver un verdugo que va allí para matar á su hijo.

Así transcurrieron tres meses. Pasados estos Jocabed se persuadió de que era ya imposible ocultar por mas tiempo el fruto de sus entrañas, sin esponer, no solo al niño si no á toda la familia á una muerte segura. Jocabed, pálido el semblante, trémula, se dirige hacia el Nilo. Al encontrarse en sus arenas riega el rostro de la tierna criatura, la estrecha contra su maternal regazo, y colocándola en una cestilla de juncos calafateada con betun y pez, la deja en un carrizal á la orilla del rio.

La pobre madre huye de allí para no contemplar el espectáculo mas desgarrador que á una madre puede

presentarse. Pero queda allí su hija María, muchacha de pocos años que sigue con sus miradas los movimientos del esquife donde va un hermano suyo. Ora ve que el cesto es agitado por las aguas, ora que va á hundirse para no verse mas, ora que es arrastrado con velocidad por la corriente, ora que va á estrellarse contra las peñas que constituyen las márgenes del Nilo. Por las arenas del rio caminan unas jóvenes que á lo rico de su traje añaden una noble fisonomía y unas maneras aristocráticas. Allí está Thermutis la hija del Rey, acompañada de sus doncellas. La cesta de juncos que flota por encima de las aguas no puede menos de llamar su atencion; paréceles percibir los vagidos de una criatura que está llorando. La princesa egipcia con la sangre de su padre no habia recibido su ferocidad. Un sentimiento de campasion la induce á disponer que sus doncellas hagan lo posible para sacar á tierra aquel cesto misterioso. Poco despues Thermutis imprimió sus candorosos labios en la frente de la criatura mas hermosa que jamás habia visto. El hijo de Jocabed se ha salvado. Dios le da por segunda madre una princesa; pues Dios es quien ha conducido allí á Thermutis, manifestándonos de este modo que aun en los momentos mas críticos en que hemos renunciado ya á toda esperanza humana, no debemos jamás desesperar de la Providencia divina.

María corre precipitadamente hácia el lugar donde se hallaba la hija del rey, la cual no dudaba que el niño era un hebreo.—¿Quereis, le preguntó, que vaya á llamar una mujer hebrea que pueda criarlo?—Anda pues, le responde la Princesa.

Facil es adivinar cual fué el ama de leche que escogió la hermana del tierno infante. Corre ésta hácia su casa; y devuelve la alegria á la angustiada Jocabed.—Vuestro hijo se ha salvado; ya no tenemos que temer los arranques de ferocidad del rey; puesto que las paredes de su mismo palacio servirán de amparo á la ino-

cente criatura: una mujer que se sienta en las gradas del trono, la hija del monarca, la compasiva Thermutis se ha constituido en salvaguardia del niño, que á no haberla conducido allí la mano del Señor habria ya encontrado su sepulcro en el fondo de las aguas; y vos, madre mia, vos que le dareis á mamar vuestra leche, podreis abrazarlo á todas horas, y mientras imprimiréis en su frente el beso maternal imprimiréis en su alma nuestras creencias y en su corazon el amor á nuestro Dios y á nuestra patria. Venid conmigo.

Jocabed, fuera de sí de júbilo, sin acertar á esplicarse lo que está pasando, encamínase hácia el lugar en que la hija del rey está sosteniendo en sus brazos al hijo de una hebrea. Thermutis, que demasiado jóven todavia, no supo reconocer en el alegre rostro de aquella mujer á la madre del infante á quien ella acababa de salvar; la dice:—Toma este niño y críamelo; yo te daré tu salario.

Este niño se llamó Moisés, que quiere decir: *salvado de las aguas.*

LECCION TERCERA.

MOISÉS EN EL PALACIO DE LOS FARAONES.

Transcurrido el tiempo de la lactancia, Jocabed puso á Moisés bajo el amparo de la hija del rey que se constituyó en madre suya despues de haberse constituido en su salvadora.

El soberano como su hija admiraban el precoz talento y sobre todo la gran fuerza de carácter de aquel niño.

Segun cierta tradicion, Thermutis propuso á su padre que, puesto que el trono carecia de sucesion directa, aceptara á Moisés en calidad de hijo adoptivo, destinándole para ocupar el trono. Amenófis no rechazó la pro-

posicion; muy al contrario, comprendiendo que en aquel pecho de niño se escondia un corazon de rey, cierto dia probó de ceñir en su frente la real diadema. No habia de adornar las sienes de Moisés una corona que servia para oprimir á los hijos de Abraham. El niño Moisés coge la insignia real, y haciéndola rodar por el suelo la pisotea. En este hecho en que podia verse un presentimiento del destino de Moisés, Amenófis no vió otra cosa que un capricho de la edad.

Moisés recibió la esmerada educacion que convenia á un príncipe de la casa real del pueblo que era entonces el mas adelantado del mundo en ciencias, en artes, en industria y en comercio. Pasó sus estudios en la famosa Heliópolis, centro donde se reunian las notabilidades científicas y artísticas de toda la tierra. Allí moraban los filósofos de mas nombre, los que se dedicaban estudiar la marcha de los astros y los secretos de la naturaleza.

A la sombra del templo de Ammon-Ra oia Moisés pronunciar el nombre de un Dios supremo simbolizado en el sol; mas para la privilegiada concepcion de Moisés este símbolo de la divinidad era demasiado material; constituyéndose superior á los egipcios sabía separar de su obra á Aquel que existe por sí mismo, á Aquel que dice de sí mismo: *Ego sum qui sum*: *Yo soy el que soy*; y mientras los idólatras adoraban los seres de la naturaleza, Moisés se arrodillaba no lejos del obeliseo de granito rojo para meditar sobre la majestad de Jehová, autor de la naturaleza.

No hay que decir que Moisés no desdeñó las ciencias humanas; muy lejos de ello, aun cuando presintiera su gran destino, sabia que el hombre á la accion de Dios debe añadir su propio trabajo para hacerse digno de la mision que le señale la Providencia, contribuyendo por su parte al desarrollo de aquellas fuerzas morales o materiales que necesitará para cumplir bien con su papel

providencial. Así lo hizo Moisés ; Dios le colocó en la corte de Egipto para que conociese á su época ; le puso en medio de sus adversarios para que supiese la táctica que con ellos debia emplear ; el por su parte cooperó á la accion de la Providencia divina proveyéndose en el mismo arsenal de sus enemigos de aquellas armas con que habia de combatirlos, y poniéndose en disposicion con su actividad y su estudio de luchar con ellos ventajosamente.

Créese con mucho fundamento que ya en Heliópolis Moisés era la admiracion de los sabios de su tiempo. Parece incontestable, dice un escritor, que la mayor parte de los inventos hechos primitivamente en las ciencias y en las artes deben atribuirse á Egipto, y referirse á corta diferencia al tiempo en que vivió Moisés, á quien muchos atribuyen notables descubrimientos en el arte de la navegacion y de la guerra, y hasta la creacion de la filosofía. Este es el motivo por el que aseveran algunos eruditos que los relatos por los que celebra la antigüedad el génio y las invenciones de personajes maravillosos como Hermes, Merenzio, Trismegisto se aplican realmente al hijo adoptivo de Thermutis, creyendo tambien que si su nombre fué desfigurado, su gloria vivamente grabada en la memoria de los contemporáneos pasó á la posteridad por medio de tradiciones que se alteraron con el discurso de los siglos.»

Moisés que ocupaba la cumbre del saber humano: que se veía rodeado de aplausos, que vivía en la esplendidez de la corte mas rica del mundo, sentia agobiado su corazon por un inmenso peso. Al asomarse á los balcones del palacio veía pasar junto á el á infortunados hebreos que arrastraban pesos enormes, que reducidos á la esclavitud mas onimosa se veían convertidos en bestias de carga, que gemian bajo el látigo de sus déspotas opresores: y lo que mas desconsolaba á Moisés era el persuadirse de que los sentimientos de nacionalidad de

los hebreos parecian ahogados bajo el brazo de la tiranía.

Moisés no supo olvidar jamás que por las venas de aquellos infelices corria la noble sangre de Abraham y de Jacob; á Moisés su fortuna nunca le hizo olvidar su orígen.

Entre los que tenemos unos mismos ascendientes, hablamos una misma lengua, practicamos iguales costumbres, nos sentimos unidos por idénticas quejas é idénticas esperanzas existe un lazo secreto de amor, de adhesion, de simpatía, que es la espresion de un sentimiento noble, augusto, inspirado por el mismo Dios, el cual se denomina amor patrio. La llama del patriotismo ardia de tal suerte en el alma de Moisés que no fueron capaces á extinguirla todos los halagos de la corte de que se veia rodeado. Moisés participaba de los sufrimientos de los hebreos, y lejos de limitarse á simpatías estériles dirigía con fervor votos al Altísimo para que apresurase la hora de la libertad en que los hebreos habiendo sacudido el yugo de los egipcios, pudiesen adorar sin traba de ninguna especie al Dios de sus antepasados, restaurar su perdida nacionalidad y consagrarse al engrandecimiento de su patria. Moisés se habia propuesto llevar la iniciativa en esta obra de restauracion. Nadie mejor que él se hallaba en estado de hacerlo. La restauracion de la nacionalidad del pueblo de Dios era una empresa gigantesca para la que se necesitaba mucha inteligencia, mucha actividad y mucha energía: Moisés reunia en sumo grado estas cualidades. El no se dejó debilitar por las afeminaciones de la corte; la molicie no quitó el vigor á su carácter.

La mision de Moisés en el palacio de los faraones estaba terminada. Habia ya cultivado su entendimiento, fortalecido su carátcer y gozaba de un perfecto conocimiento de los hombres y de las cosas. Los hebreos habitaban pobres cabañas; él no debia continuar habi-

tando en un palacio ; él no debia comer el pan de los príncipes mientras los hebreos comian un pan amasado con las lágrimas de la opresion mas exagerada ; él no debia vivir bajo un techo del que salian las disposiciones de la tiranía que se cebaba contra los hebreos. Es cierto que le ligaban á la familia real lazos de gratitud; pero sobre la gratitud está la sangre ; si el rey y su hija eran sus protectores , los hebreos eran sus hermanos. Sale pues de la casa del rey para ir á confundirse con los esclavizados hebreos , participar de sus aflicciones, y hacer revivir en ellos el estinguido amor pátrio, sacrificando una vida llena de comodidades y un porvenir lleno de esperanzas. Sacrificio heróico que no acertarian á comprender los espíritus empequeñecidos por el egoismo.

Hasta los sentimientos mas nobles pueden estraviarnos: es menester que tengamos á raya los impulsos de nuestro corazon, que la prudencia sea siempre la maestra de nuestras acciones. Moisés que se sentia poseido de irritacion cada vez que presenciaba los atroces tratamientos de que eran víctimas sus hermanos, vió á un egipcio golpeando inhumanamente á un hebreo. Moisés no supo contenerse: los impulsos que por mas de treinta años se habia visto forzado á reprimir apesar suyo, produjeron esta vez una esplosion; da una rápida mirada en torno suyo , y al persuadirse de que estan solos, se echa como un leon sobre el egipcio, que no pudiendo resistirse á la fuerza hercúlea del hijo de Jocabed, cae muerto á sus piés. El matador se apresura á ocultar su víctima entre la arena para no ser descubierto.

Al cometer una accion reprobada no contemos nunca con la impunidad; la justicia humana contempla nuestras acciones aun en los lugares en que nos creemos mas al abrigo de su vigilancia. Así sucedió á Moisés. No habian trascurrido veinte y cuatro horas cuando al querer reprender á dos israelitas que estaban riñendo,

uno de ellos le increpó con las siguientes frases : — «¿Quien te ha puesto a tí por juez sobre nosotros? ¿Quieres por ventura matarme como mataste ayer al egipcio?» Estas palabras desconcertaron á Moisés, quien temió con fundamento que se le delatara á las autoridades egipcias. Así sucedió. Tal vez el mismo israelita de quien se constituyera en defensor se encargó de publicar el hecho; quizas un israelita fué el encargado de la delacion. Esto nos da á entender que si cometemos un delito ó un crímen no debemos contar en manera alguna ni con la amistad , ni siquiera con la gratitud ; es muy fácil que en estos casos nos hagamos ilusiones y entonces nos encontramos solos con nuestro delito.

Sabedor Moisés de que el hecho había llegado á noticia del Rey apeló á la fuga.

En la vida de Moisés cada incidente es un drama en que se revela la grandeza de espíritu de este hombre extraordinario. Agobiado por la fatiga, hallábase en el pais de Madian, en la Arabia, sentado junto á la boca de un pozo. Allí no tiene ni parientes, ni amigos ni relaciones de ninguna clase. ¿Seguirá una vida aventurera, errante, olvidando para siempre sus aspiraciones de libertador del pueblo israelita? ¿Se dedicará al trabajo él que ha vivido siempre entre las comodidades de la corte? Quiso la casualidad que mientras Moisés se hallaba junto al pozo fuesen allí á abrevar sus ganados siete doncellas hijas de un sacerdote llamado Jethró. No tardaron en llegar allí unos pastores que trataban de echar á las muchachas. Moisés se sentia siempre dispuesto á constituirse en protector del débil: el fugitivo israelita toma la defensa de las jóvenes con tales brios, que ahuyentados los que intentaban atropellarlas, pudieron proseguir su tarea sin que nadie las molestase.

Al llegar á su casa las doncellas refirieron á su padre Jethró lo acontecido , quien al saber que su defensor

era un forastero las reprende por no haberle invitado á comer en su casa.

Moisés que carecía de un hogar donde guarecerse, vió abrirse ante él la casa de Jethró, donde pudo encontrar franca y genesosa hospitalidad.

A Moisés se le amaba desde el momento en que se le conocia. Jethró al persuadirse de sus raras cualidades creyó que no podria dar á su hija Séfora mejor esposo que el varon que huyendo de Egipto se había refugiado en su morada.

LECCION CUARTA.

LA INSPIRACION.

El desterrado de Egipto se hizo de Madian una nueva patria. Encontró allí un techo hospitalario, creóse una familia, buscóse una ocupacion para cumplir con la ley del trabajo impuesta á todos los hijos de Adan. Su casa no era el palacio de los Faraones; no se veía como ántes rodeado de honores y de lisonjas; pero el fausto de una corte, el oropel de una posicion ilustre no logró por un momento cautivar á Moisés, como lo manifestaba la dignidad con que sufria el destierro. Empuñó elbáculo del pastor de las ovejas de Jethró como habria empuñado un cetro. Comprendia perfectamente que una profesion por humilde que sea no degrada jamas al hombre; que lo que le degrada es no saber hacerse superior á la circunstancias, mientras que lo que le ennoblece es saber cumplir los designios de la Providencia divina.

Rodeado de su esposa y de sus hijos Gersam y Eliezer, en completa armonia con Jethró su suegro y los demas de su casa, pasando las horas del dia cuidando del ganado, la vida de Moisés deslizábase apaciblemente, sin que tuviera otro pesar que le amargase que la me-

moria de los sufrimientos de sus hermanos. Moisés no renunció nunca á trabajar en favor de los oprimidos israelitas; sentía dentro de sí la inspiracion de su destino; pero no era de esos hombres que con su precipitacion esterilizan una mision salvadora. Moisés sabía esperar, ciencia difícil en los hombres de génio; y si bien es cierto que tenía que hacerse alguna violencia, aguardaba que sonara en el reloj de los juicios de Dios la hora de la emancipacion de su pueblo.

La esclavitud de este lejos de disminuir aumentaba. Durante la residencia de Moisés en el palacio de los Faraones, el hijo adoptivo de Thermutis se valia del prestigio de que gozaba cerca de la corte real para impedir que se diesen contra los egipcios ciertas disposiciones dictadas por un espíritu de despotismo el mas exagerado. Pero Thermutis y su padre ya no existian; Moisés no podia hacer nada en favor de sus hermanos: el peso de la tiranía egipcia llegó hasta el punto de que los israelitas no pudiesen soportarlo, apesar de hallarse acostumbrados á ella. En medio de su desastrosa afliccion, aquel pueblo que se creia próximo á sucumbir, elevaba al cielo los gemidos de una pesada agonía. Los votos de los israelitas llegaron al trono del Altísimo. El pueblo de Israel era el pueblo de Dios; Dios podia castigarlo pero no abandonarlo; tenia empeñada su palabra de devolverle la libertad, y Dios nunca falta á su promesa.

Hallábase Moisés apacentando las ovejas de su suegro. Sentado en la falda de una montaña augusta, sentia vagar por su mente pensamientos vastos como el desierto que tenia á su vista, elevados como las cumbres de Horeb y del Sinaí que se levantaban ante él. Ni las aguas de una fuente, ni el canto de una ave turbaba el silencio sepulcral que allí se respiraba; todo era melancólico como las tristes imágenes de la esclavitud del pueblo de Dios que tenian absorvido á Moisés; todo era

sombrío como el estado de su alma. Ocupado en tristes recuerdos, ve á cierta distancia una llama de una luz tan pura como misteriosa; una zarza que ardia sin quemarse. Era la llama de la inspiracion de su destino.

Si Dios designa á alguno de nosotros para alguna mision importante, sentirémos arder tambien dentro de nuestro pecho esa llama que vió Moisés; la llama de la inspiracion celestial; pero no la confundamos nunca con la luz rojiza del incendio de las pasiones, porque no sería entonces la zarza que arde y no se quema. Si lo que creemos una mision superior, una inspiracion divina, fuese el resultado de la vanidad, del orgullo ó del egoismo, entonces ese fuego siniestro, lejos de engrandecernos, reduciria á cenizas nuestra virtud, nuestra fe, nuestro fervor religioso, nuestro amor celestial, nuestras esperanzas inmortales; en una palabra, todo lo que constituye la vida del espíritu.

Moisés se dice á sí mismo:—«Iré, y veré esta grande vision, porque no se quema la zarza.»

Caminaba ya para satisfacer su curiosidad, cuando los ecos de aquellas montañas repiten su nombre pronunciado por una voz fuerte y majestuosa:—«¡Moisés, Moisés!»—«Aquí estoy» responde sobrecogido de la mayor sorpresa.—«No te acerques acá,» prosigue diciendo solemnemente aquella voz invisible: «desata el calzado de tus piés, porque el lugar en que estás tierra santa es.» Y dichas estas palabras la voz continua: «Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob. El temor y el respeto cubren el rostro de Moisés.—La voz sigue diciendo: «He visto la afliccion de mi pueblo en Egipto... Conociendo su dolor he descendido para librarlo de las manos de los egipcios, y sacarlo de aquella tierra á una tierra buena y espaciosa, á una tierra que mana leche y miel.» Con esta frase indicaba Dios la prodigiosa fecundidad del pais de Canaan.—«El clamor, pues de los hijos de Israel ha

llegado hasta mí. Pero ven, y te mandaré á Faraon, para que saques de Egipto á mi pueblo.»

Moisés no era de estos presumidos que se figuran poderlo todo; pero que cuando encuentran en la realizacion de un proyecto el menor obstáculo se amilanan, y no aciertan á proseguir su obra: Moisés que sabe que con la ayuda de Dios lo puede todo, cree no poder nada por sí mismo.—«¿Quién soy yo, pregunta, para ir á Faraon, y sacar á los hijos de Israel de Egipto?»—«Yo estaré contigo, le contesta el Señor;» y le asegura que elevará holocaustos en aquel mismo monte en que se encuentra despues despues de haber libertado á los israelitas. Entonces Moisés dice: «Hé aquí que yo iré á los hijos de Israel, y les diré: El Dios de vuestros padres me ha enviado á vosotros. Si me dijeren: ¿cuál es su nombre? ¿Qué les responderé?—«Yo soy el que soy» contestó el Señor.

Con estas palabras queda descorrido en parte el velo de la grandeza del Dios á quien adoraba el pueblo escogido. El Dios de los islaelitas, que es tambien el Dios de los cristianos, no es el Dios-Naturaleza de los naturalistas y panteistas, porque la naturaleza por sí sola es una fuerza fortuita, fatal, que carece de inteligencia; hay un Sér superior á la naturaleza, que existia antes que ella existiese, que la crió, que la dictó las leyes porque se rige, que preside sus movimientos. No puede ser en manera alguna el dios de los paganos que divinizaban las criaturas; el Dios verdadero es el Criador universal, ha existido siempre, no ha tenido principio ni tendrá fin, no depende de nadie, porque existe por sí mismo; es el Sér que goza de existencia propia, y que da y conserva la existencia á los séres criados; en una palabra; solo El puede decir: «Yo soy el que soy.» Y luego añade:—«Dirás á los hijos de Israel: El que es me ha enviado á vosotros.»

Muchos años hacia que Moisés suspiraba porque lle-

gase el momento de la emancipacion de su pueblo; Dios le escoge para ponerse al frente de esta obra, y entonces es cuando se agolpan á la mente de Moisés todas las dificultades. Escusado es decir que él no tiene el menor reparo en presentarse en Egipto donde pesa contra él un decreto de muerte; que tampoco teme la persecucion que va á suscitar contra él de parte del gobierno egipcio que calificará de rebelion su proyecto. Las vacilaciones de Moisés, sin duda proceden sólo del deseo que tiene de que salga bien la empresa, y de lo mucho que sentiria que él por su impremeditacion, ó por su impericia, la comprometiera.

—«No me creerán, ni oirán mi voz, objeta Moisés; sino que dirán: No te se ha aparecido el Señor.»

Para que pueda probar su mision Dios va á proporcionarle medios materiales.—«¿Qué es lo que tienes en tu mano?» le pregunta.—«Una vara,» contesta Moisés.—«Arrójala en tierra.» Moisés obedece, y la vara se transforma en serpiente.—«Extiende tu mano, y tómala por la cola.» Moisés obedece sin replicar, y la serpiente se transforma en vara.—«Mete tu mano en tu seno,» continua el Señor. Moisés lo hace, y saca su mano cubierta de una lepra blanca como la nieve.—«Vuelve á meter tu mano en tu seno,» prosiguió el Señor: verificólo tambien así y la lepra habia ya desaparecido.—«Y si ni aun así diesen crédito á estas señales, ni oyesen tu voz, toma agua del rio y se convertirá en sangre.»

Parece que todavía Moisés contaba demasiado con los recursos humanos. Comprendia que para realizar la emancipacion de un pueblo, uno de los elementos mas poderosos de que se puede disponer es la palabra. Moisés era uno de estos hombres que no aciertan á espresar todo lo que sienten, era hombre de talento, de energía, de tacto, estaba dotaba dotado de una comprension clara, tenia grandes dotes de gobierno; pero le faltaba elocuencia. Así lo manifestó al Señor. Mas Dios con un

tono resuelto que no dejaba lugar á la réplica, contestó: —«¿Quién hizo la boca del hombre? ¿ó quién formó al mudo, al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo? Pues, anda; yo estaré en tu boca, y te enseñaré lo que has de hablar.» Dióle además Dios por auxiliar á Aaron, hermano de Moisés, que gozaba del don de la palabra.

LECCION QUINTA.

EL LIBERTADOR EN PRESENCIA DEL TIRANO.

Reservándose el secreto de su mision, presentóse Moisés á su suegro para manifestarle que habia resuelto ir á ver á sus hermanos, que sufrian en Egipto la mas dura de las opresiones. Parecióle muy natural á Jethró que un israelita de corazon, como era Moisés, quisiera ir á ver á los israelitas; convino, pues, en la marcha de su yerno que se trajo consigo á su esposa y á sus hijos.

Dios quiso manifestarle una vez mas que él le acompañaba para protegerle. Aparecióse le de nuevo para animarle á que fuera á Egipto sin temores de ninguna especie.

Uno de los hijos de Moisés no estaba circuncidado. Dios le manifestó de una manera enérgica cuanto le disgustaba este descuido. El libertador del pueblo de Dios no habia de tener un hijo que no trajese la señal de los que pertenecian á este pueblo. Séfora se apresuró á cumplir con la voluntad divina.

Séfora y sus hijos no siguieron á Moisés hasta el pais de los faraones; sino que antes de llegar allí volvieron á la casa de Jethró. Sin duda Moisés queria conservar toda esa libertad de accion, esa independencia que solo se halla en el aislamiento de nuestras afecciones de familia. Hay hombres á quienes no les asusta todo el poder de un tirano, ni toda la fuerza de un ejército; pero que

se dejan vencer por las súplicas de una esposa, ó por el llanto de un hijo; hay momentos en que la ternura, el cariño colocan al hombre dentro de un círculo estrecho inhabilitándole para realizar una grande idea. Cuando las afeciones de familia, por muy puras y delicadas que ellas sean, nos impiden realizar una mision á la que estamos llamados por Dios ó mantenernos á la altura de esta mision, entonces es menester sacrificar los afectos mas legítimos en aras de un deber sagrado.

La voz de la Providencia condujo á Aaron en el camino de su hermano Moisés. Largos años hacia que no se habian visto. Hay lazos más fuertes todavía que los de la sangre; son aquellos que unen dos almas en un mismo pensamiento, que alumbran dos inteligencias con una misma llama, que hacen latir dos corazones con una misma esperanza y obligan á arrostrar idénticos peligros. Moisés y Aaron se hallaban en este caso: á mas del vínculo tan íntimo de familia uníales el vínculo con que Dios les habia asociado para realizar la libertad de su pueblo. Al verse los dos hermanos, despues de tan larga ausencia, abrazáronse afectuosamente; y luego que hubieron puesto en contacto sus corazones para alentarse mutuamenle con el ardor de la gigantesca idea que les ocupaba, empujados por esta idea siguieron su viaje hácia Egipto.

Penetraron al fin en este pais, cuyo suelo no habia pisado Moisés cuarenta años hacia. Al pasear éste su mirada por los monumentos esparcidos en el floreciente imperio de los faraones, el ilustre israelita léjos de ver en estos monumentos un resultado de la grandeza y de la civilizacion de un pueblo, no pudo ver allí nada mas que la obra de la opresion, recordando como recordaba que aquellas inmensas moles habian sido levantadas sobre los hombros y amasadas con los sudores de sus hermanos.

Encontrábase ya Moisés nuevamente en medio de su

querido pueblo. ¿Pero en qué estado le encontraba? Difícil seria describir las impresiones que la situacion de los hebreos habian de producirle. Siempre la esclavitud degrada al hombre; pero pocas veces se ha visto un pueblo de esclavos en que la tiranía empleara tantos recursos para consumar su obra de degradacion como se verificó con los israelitas. Forzados á dedicarse á tareas mas propias de irracionales que de hombres, en aquellos rostros constantemente inclinados hácia la tierra nada se veia que diera á conocer á los sucesores de Isaac y de Jacob. Habíase extinguido ya entre ellos casi por completo el vigoroso sentimiento de la nacionalidad; la misma fé en el Dios de Abrahan habia sufrido los efectos de la mas terrible de las opresiones. Antes de emancipar á aquel pueblo era menester recordarle su dignidad, antes de reconstituirlo era menester resucitarlo.

Moisés y Aaron congregan á los representantes del pueblo de Israel. Aaron toma la palabra para repetir á los ancianos lo que Dios habia dicho Israel. A las frases del hermano de Moisés, á los prodigios obrados en presencia de todos pareció que aquel pueblo despertaba de un letargo, vióse brillar en sus abatidas frentes el rayo de la esperanza. El pueblo de Israel despues de haber escuchado á los que le hablaban en nombre del cielo les prometian un porvenir de bienandanza y de grandeza, se postró en tierra para adorar á Dios que venia para socorrerles en su afliccion.

Dado este primer paso, Moisés y Aaron penetraron en la real casa de Egipto, con el fin de pedir al Rey, que se cree ser entonces Amenofis III, concediera permiso á los israelitas para ir al desierto á ofrecer sacrificios, pidiéndoselo en nombre del Señor.—«Quien es el Señor, les contestó el Rey, para que obedezca su voz, y deje ir á Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir á Israel.»—No se limitó el Rey á esta negativa, sino que in-

crepó á Moisés y Aaron acusándoles de insubordinar á los israelitas. «¿Por qué, les dijo, apartais al pueblo de sus tareas? Id á vuestros cargos.» No contento con esto, despues de calificar de holgazanes á los infelices israelitas, á cuyos trabajos debia el Egipto una gran parte de su grandeza material, mandó que se les aumentaran las fatigas.

Los míseros israelitas no alcanzaban ya á soportar una carga tan pesada. Postrados de cansancio en el suelo se veian en la precision de decir: No puedo más; sin que fuese bastante á levantarlos la fuerza de los azotes. En sus momentos de desesperacion llegaron á quejarse de Moisés y su hermano que presentándose al Rey habian sido causa de que se enojase contra los israelitas, apretando más sobre ellos la mano de hierro de su despotismo, llegando á decirles:—« Vosotros habeis dado á Faraon la espada para que nos mate,» reproche inmerecido que no pudo ménos de herir el corazon de los dos hermanos que en aras de sus pueblos esponian sus vidas, desafiando el encono del monarca que les calificaba de revoltosos.

Moisés y Aaron, obedeciendo á las órdenes terminantes de Dios, se presentaron nuevamente al monarca. Lo que no habia alcanzado la elocuencia de las palabras probaron si lo alcanzaria la elocuencia de los milagros. Aaron en presencia del rey echa en tierra la vara, y ésta se convierte en serpiente. Los adivinos de la córte egipcia ya por medio de escamoteo, ya por los secretos la mágia probaron de parodiar el prodigio; pero la serpiente en que se habia convertido la vara de Aaron devoró los dragones en que aparecian convertidas las varas de los hechiceros.

Ni aun en vista de este prodigio el rey se resolvió á acceder á las justas demandas de Aaron y de Moisés. Pero era Dios quien se habia encargado de defender á los oprimidos israelitas, su emancipacion entraba en

los designios del Altísimo; Dios va á hablar al Rey con esa energía con que acostumbra hablar á los reyes de corazon duro; con la energía de terribles azotes con que castiga á aquella nacion culpable. El agua del rio se convirtió en sangre, sin que los egipcios pudiesen satisfacer de otra manera la sed que los devoraba que bebiendo de aquellas aguas corrompidas; nubes de animales dañinos invadieron el Egipto sin respetar siquiera el palacio real; una terrible peste se cebó en las bestias de carga y en el ganado de todas clases perteneciente á los egipcios, sin causar el menor daño á los de los israelitas; una fuerte tempestad de truenos, relámpagos y granizo, cual no se habia visto allí otra igual, asoló todo el pais dejándolo sumido en la mayor miseria, respetando sólo Gessen donde moraban los israelitas. En el momento del azote Faraon intimidado daba permiso á Moisés para ir con su pueblo al desierto; pero al cesar el castigo el rey recordaba que con la partida de los israelitas se inauguraria para Egipto una época de decadencia, pues privaba al imperio de un gran elemento de riqueza.

Dios no podia permitir por mas tiempo que su nacion escogida fuese el juguete de las veleidades de aquel Rey. Moisés por vez postrera se presenta ante el monarca: «Retírate de mí, le dice éste, y guárdate de ver más mi rostro: en cualquier dia que comparecieres delante de mí, morirás.»—«Será como has dicho,» contestó Moisés con resolucion y energía; «no veré mas tu rostro.»

LECCION SEXTA.

EL ÁNGEL DE LA JUSTICIA DIVINA.

Faraon debia haberse convencido de que el Dios de Israel era poderoso de sobras para dar la libertad á su

pueblo, aun cuando para ello fuese menester añadir en la historia de Egipto una página de horrores y de sangre.

Despues que Dios hubo dispuesto que los israelitas exigiesen de los egipcios una contribucion consistente en alhajas de oro, como para plata y pagar los duros trabajos por los que no recibieron la menor recompensa, Moisés habló á su pueblo en los siguientes términos:— «Tome cada uno por su familia y casa un cordero de un año, macho y sin mancha, y tendreislo guardado hasta el dia catorce de este mes; y toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará aquella tarde, y tomará de su sangre y señalará con ella los dinteles de sus casas. Y en aquella noche comereis las carnes asadas al fuego, y panes ácimos y lechugas silvestres, y no quedará nada del cordero para la mañana; si sobrare alguna cosa, la quemareis al fuego. Ceñireis vuestros lomos, y tendreis zapatos en los piés y báculos en las manos, porque es la Pascua, esto es, *el paso del Señor.*»

¿Por qué Dios, por medio de Moisés, da á su pueblo unas disposiciones tan minuciosas? Dios quiere antes de todo que se humille el orgullo humano y desaparezca ante sus mandatos reconociendo así la soberanía del Omnipotente. Desde los primeros dias de la creacion procedió de este modo con el hombre, prohibiéndole tocar el fruto del árbol del bien y del mal; y es porque el hombre como criatura debe obediencia á su Criador; como hijo de Dios debe respeto á su padre.

Llegó la fecha anunciada por Moisés. En la noche que se habia designado, mientras los israelitas despues de haber inmolado los correspondientes corderos, y señalado con su sangre los dinteles de sus casas, ceñidos los lomos, con los piés calzados y báculos en las manos se hallaban ya en actitud de emprender un largo viaje, los egipcios dormian con tranquilo y apasible sueño. En medio del silencio universal que reinaba en las casas

egipcias, aparece el ángel del Señor, que blandiendo en su mano la espada de la justicia, siembra el luto por todo el pais. Fué aquella una tremenda noche ; al despertar cada egipcio encontraba en su casa un cadáver de la familia; todos los primogénitos, desde el de la casa del rey hasta el del último esclavo perecieron á los terribles golpes del Angel exterminador que solo respetó las casas señaladas con sangre. En todas las habitaciones se percibian sollozos; por todas partes se oian gritos desesperadores. La consternacion producida por este acontecimiento dió lugar á que el Rey se decidiese á dejar partir á los hebreos, atendiendo al clamor de los egipcios, que aterrados con lo que acababa de suceder, creian que iban á morir todos si se dejaba desatendida por mas tiempo la voluntad del Dios de Israel. Ni aun al dia siguiente quiso aguardar Faraon; sino que aquella misma noche llamando á los caudillos hebreos les dijo: «Salid de mi pueblo vosotros y todos los hijos de Israel, tomad vuestras ovejas y ganados mayores, y al partiros bendecidme.»

No tardaron en reunirse en Ramasés mas de seiscientos mil israelitas quienes emprendieron el viaje hácia el desierto, precedidos de sus jefes Moisés y Aaron y conduciendo los restos mortales de José. El famoso virey no debia permanecer en Egipto: mas que una gloria de Egipto era una gloria de Israel, gloria que no debian permitir quedase custodiada en un pais donde los hebreos encontraron la mas ominosa esclavitud, ya para cumplir con la voluntad del ilustre patriarca, ya para poder reunirse junto á un sepulcro que les inspiraria la grandeza de ánimo en la afliccion como en el encumbramiento, grandeza que José no desmintió ni cuando víctima de una calumnia se hallaba olvidado en una cárcel, ni cuando gracias á sus eminentes cualidades, mandaba como rey en todo el imperio de los faraones.

LECCION SÉPTIMA.

LA COLUMNA DE NUBE Y DE FUEGO.

Los israelitas no se encaminaron directamente al pais de Canaan. A haber tomado el camino mas corto corrian peligro de encontrarse entre los filisteos y los egipcios. Los hebreos que eran muy aptos para el trabajo no lo eran para la guerra; la esclavitud debilita las fuerzas del espíritu, roba la energía al corazon; despues de tantos años de esclavitud los israelitas, faltados de táctica militar y hasta de valor, no se hallaban en situacion de batirse con un ejército.

Por otra parte era menester que no se establecieran en su pueblo, sin haberse purificado de los vestigios que necesariamente debia dejar en ellos la civilizacion egipcia en que se habian visto envueltos por tan largo período de tiempo. Antes de que los israelitas se constituyesen en nacion era indispensable que se formasen sus costumbres públicas, que brillara con nuevo esplendor su fé harto estinguida; que á la asombra de sus augustas tradiciones se reconstituyera su nacionalidad.

Para ello se necesitaba mucho tiempo, muchas privaciones de parte de los israelitas y mucha energía, constancia y taeto de parte de sus jefes. Un pueblo no se levanta en un solo dia del estado de postracion en que le han sumido siglos enteros de esclavitud. A haber tomado los hebreos posesion inmediatamente de la tierra prometida, tal vez se hubiese constituido allí una civilizacion semi-pagana; tal vez junto á los sepulcros de los patriarcas se habrian levantado templos al sol; tal vez se habrian corrompido las creencias del pueblo de Dios con las preocupaciones de la astrología egipcia; tal vez una invasion estrangera absorviendo aque-

lla nacion que carecia de la conciencia de su fuerza los habria aniquilado para siempre. Hé aquí porque en vez de caminar directamente hácia la tierra de promision Moisés les lleva errantes por el desierto por espacio de muchos años.

Dios se habia constituido en su conductor apareciéndoseles la Providencia divina como envuelta en una nube compacta y densa en forma de columna durante el dia, nube que para alumbrarles se vuelve luminosa durante la noche.

Mientras andamos errantes por el desierto de la vida humana aguardando el dia feliz en que se abrirán para nosotros las puertas de la tierra prometida de la inmortalidad, si nos deslumbrara el esplendor de una posicion ilustre ó el brillo de una falsa ciencia dirijamos nuestros ojos á la columna de la fé que se nos aparece en forma de una nube; ó si alucinados por falsas doctrinas el error deja caer sobre nosotros su manto de tinieblas, levantemos á lo alto la vista, y la fé nos alumbrará con sus suaves y apacibles rayos.

La columna de nube ó de luz dirige los movimientos de los israelitas : estos se detienen donde ella se detiene; cuando la nube camina los israelitas caminan tambien. La espedicion marchaba dividida en tribus y familias. La de Judá, Isacar y Zabulon llevan la vanguardia y acampan hácia el Oriente, las de Efraim, Manasés y Benjamin ocupan el Occidente, mientras que las de Dan, Aser y Neftali forman la retaguardia. El centro lo llena la tribu de Leví que tiene á su frente á Moisés y Aaron.

Siguiendo la nube, despues de un largo rodeo los israelitas se encontraban en la orilla occidental del mar Rojo á la vista de Hahirot, ciudad que subsiste todavía con el nombre de Hadjeroth ó Filajeroth.

Faraon estaba tocando ya los efectos de la marcha de los israelitas. Los trabajos públicos se encontraban pa-

ralizados, no habia quien continuase los soberbios monumentos destinados á inmortalizar el imperio de Amenofis III. A la actividad mas asombrosa habia sucedido en Egipto el silencio de los sepulcros.

Habiendo cesado ya el azote por medio del cual el Dios de las justicias sembró la muerte por todo el Egipto, el rey y sus consejeros arrepentidos de haber dejado partir á los israelitas exclamaban:—«¿Qué hemos hecho? ¿Porque hemos dejado marchar al pueblo de Israel nuestro esclavo?» Faraon manda reunir todo su ejército y sus carros de guerra, y acompañado de sus generales mas espertos va en seguimiento de los hebreos.

Cuando los egipcios daban alcance ya á los israelitas encontrábanse estos en la posicion mas desventajosa. Hallábanse en una reducida llanura que media dos leguas de ancho por legua y media de largo, encerrados entre el mar y las cordilleras ocupadas por los egipcios. Dar una batalla era imposible porque á la falta de disciplina y de táctica militar añadian la fatal posicion que ocupaban. Ni siquiera podian apelar á una retirada, ni aun á una deshonrosa fuga.

Los israelitas al ver el ejército egipcio que se les venia encima comprendieron todo lo desventajoso de su posicion en la que acorralados por sus enemigos no tenian mas recurso que perecer á los golpes de sus armas, ó hechos prisioneros someterse á una esclavitud todavía mas dura á la que tendrian que resignarse con mas razon en su calidad de cautivos. Irritados contra Moisés dijeron :—«Pues que, ¿no habia sepulcros en Egipto, cuando nos has traido á que muriésemos en el desierto? ¿No os decíamos entonces : Dejad que sirvamos á nuestros señores? Mucho mejor era continuar en la esclavitud que morir en el desierto.»

Es altamente desconsolador encontrar la ingratitud por premio de heróicos sacrificios hechos con la mejor buena voluntad y con el desinterés mas absoluto. Moi-

sés no se dejó impresionar ni siquiera por las ingratitudes con que se le correspondia.—«No temais, les dijo: los egipcios que ahora veis ya no los volvereis á ver mas. El Señor peleará por vosotros.»

La noche con su densa obscuridad impedia que los egipcios se arrojaran desde luego sobre los israelitas, así es que aguardaron á la mañana siguiente, seguros como estaban de que no podian evadirse.

Dios dijo á Moisés:—«Alza tu vara y extiende tu mano sobre el mar; y los egipcios sabrán que yo soy el Señor.»—Moisés obedece las órdenes del Omnipotente con aquella confianza propia del hombre de grande fe.

La nube se habia interpuesto subitamente entre los dos campamentos sirviendo á las israelitas como de una muralla. Moisés alarga su vara, tiende majestuosamente la mano sobre las olas, y al punto las aguas impelidas por un fuerte viento se dividen, replegándose en dos grupos dejando un camino para que puedan pasar los hebreos. Al instante hombres, mujeres, niños y ganados, todo se pone en marcha. Los israelitas, imprimiendo sus huellas sobre las finísimas arenas del mar Rojo lo atraviesan sin mojarse.

Todas las historias y tradiciones están contestes en atestiguar este suceso. Aun hoy en las cercanías del lugar en que se verificó este prodigio, se encuentra un valle al que los habitantes designan con el nombre de camino de los israelitas, y tambien con el de Baidealo, que quiere decir: *Valle del prodigio.*

El paso del mar Rojo empezó á las ocho de la noche y no terminó hasta la madrugada. Al apercibirse los egipcios del movimiento de los israelitas, corren ellos internándose en el mismo camino. Las tropas de Faraon no estaban á mucha distancia de los israelitas que habian salvado ya la orilla opuesta, gozábanse en su próximo y seguro triunfo, cuando observan que á una señal de Moisés que extiende su vara, las aguas

agitándose tienden á colocarse en su natural nivel. Un sentimiento de indescriptible terror se apodera de los egipcios. Estos lanzan un grito espantoso de desesperacion: «Huyamos de los israelitas, porque su Dios combate en su favor contra nosotros.» A estas palabras siguen momentos de terrible desórden; el ejército se desconcierta, rómpense las ruedas de los carros, todos tratan de huir... Pocos instantes despues el mar Rojo era un vasto cementerio en cuyas aguas yacia sepultado el ejército de los faraones, víctimas de la justicia divina que castigaba de una manera ejemplar las tropelías, los abusos, la atroz opresion que se habia hecho sufrir á su pueblo escogido. Los israelitas desde las costas de la Arabia pudieron contemplar la multitud de cadáveres que escupian las olas depositándolos en las arenas, cual si fuesen, como dice un escritor, las ruinas amontonadas por Dios para castigar el orgullo de un despotismo brutal y vengar las lágrimas de los oprimidos.»

Los antiguos monumentos de Egipto, escribe el autor de los *Hijos de la Biblia*, indican realmente que en aquella época desapareció subitamente un Faraon que llevaba el nombre de Amenofis III, y fué reemplazado en el trono por un rey célebre, Sesostris el Grande. Los hebreos guardan numerosos recuerdos de este suceso en sus libros sagrados, en los cuales se hace frecuente mérito del mar que retiene y hace replegar con asombro sus olas, y del brazo de Dios que traza un camino sólido y consistente en medio de las aguas y ahoga en ellas todo un ejército, con la misma prontitud que se apaga en el agua una mecha encendida.

Convenciéronse una vez mas los israelitas de que Dios estaba de su parte y que cuando Dios hace propia una causa, esta causa siempre triunfa, sin que para ello el Omnipotente necesite de recursos humanos : el mas insignificante soplo de su boca basta para aniquilar los mas formidables ejércitos.

Los hebreos celebraron el fausto suceso de su libertad con un himno de victoria. María, hermana de Moisés, dirigiendo un inmenso coro de mugeres que repetian este canto contribuia á aumentar el entusiasmo de los israelitas.

«Dios proteje y defiende al inocente á quien se oprime. Para salvar la víctima del cruel Faraon presentóse uno á fuer de guerrero y precipitó al abismo al caballo y á su ginete.—Mezrain rugiendo de cólera decia: Hagamos un escarmiento en los hebreos fugitivos; el mar no puede franquearles paso y habrán de caer irremisiblemente en nuestras manos. Cumpla sus destinos Israel sometiéndose por fuerza á nuestro yugo, y petrificando el barro con que levantamos nuestros edificios; y empléense las mas apuestas judias en moler sobre la piedra el trigo puro que ha de servir para nuestros festines.—El Señor oyó estos insolentes alardes, y levantándose súbitamente tendió su diestra sobre la mar que se habia abierto formando dos imponentes muros; y al punto las retiradas olas, cediendo al imperio del Omnipotente, se precipitaron con estrepitoso rumor sobre los egipcios.—¡Grandioso espectáculo! Arcos, carros, saetas y armas engullidas por las olas, los sollozos y aterradores gritos, y la horrible muerte cerniéndose sobre este cuadro de confusion, he aquí los principales rasgos de una escena que atestigua la presencia del vengador de Israel. Ved en lo que han parado los designios y las conjuraciones de los malos: áridos montes de descarnados huesos se levantaron donde se habia levantado el confuso rumor de tantos gemidos: los príncipes de Tanis bajaron al abismo con la rapidez con que una piedra desciende al fondo de las aguas.»

LECCION OCTAVA.

EL MANÁ.

Ya no debian temer los israelitas la persecucion de los egipcios; pero se encontraban en las duras privaciones del desierto. Dios quiso valerse de los sufrimientos y fatigas de que los hebreos encontraron sembrado el camino de la peregrinacion para inspirarles la fé y la confianza en su augusta Providencia. Nunca el corazon está mejor dispuesto á recibir las lecciones celestiales que al esperimentar las penas ó los fastidios de la vida. Entonces es cuando el alma casi sin quererlo dirige su vista hacia lo alto y el oido del hombre está pronto á recoger las palabras bajadas del cielo.

Tres dias hacia que los hebreos caminaban por áridos é inmensos arenales. Una sed abrasadora devoraba á los israelitas sin que se les presentase ni una fuente, ni un pequeño arroyo donde aplicar sus secos labios. Al fin se les ofrece un abundante manantial; pero al ir á saciarse en él encuentran aguas tan amargas que no pueden beber en ellas, por lo que apellidan aquel sitio *Mara*, esto es, amargura. Levántase de entre el pueblo un murmullo contra Moisés.—«¿Que beberémos?» esclaman aquellas sedientas turbas. El caudillo por inspiracion de Dios arroja en el raudal un madero, y las aguas de amargas que eran se convierten en sabrosas.

Entonces es cuando Dios empieza á hablar á los hijos de Israel de sus preceptos y ordenanzas para poner á prueba su fidelidad:—«Si oyereis la voz del Señor, vuestro Dios, é hiciereis lo que es recto delante de él, y obedeciereis sus mandamientos, y guardareis todos sus preceptos, ninguna de las plagas que hice caer so-

bre Egipto enviaré á vosotros, porque yo soy el Señor que las cura. »

¿Cuales son los preceptos de que aquí habla Dios á los israelitas? ¿Porque no los explica el texto sagrado? Son, en sentido de varios expositores, los preceptos de la ley natural; y no los consigna porque no hay necesidad de ello, grabados como estan en la conciencia y en el corazon del hombre. La ley natural es, en efecto, una ley que como la escrita, como la revelada, tiene su sancion en Dios. Ella comprende todos los deberes primitivos é inviolables: respecto á Dios la adoracion y la súplica, respecto al hombre la justicia, la humanidad, la beneficencia; respecto á sí mismo el decoro del pudor, la dignidad de la templanza; en fin, en la ley natural, en la razon, *esa luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo* como dice S. Juan, todas las santas inspiraciones encuentran su base, su sancion y por consiguiente sus derechos.

De Sur pasaron los israelitas á Elim, donde se refrescaron al ambiente de doce fuentes, amparándose á la sombra de setenta palmeras. Así caminando en presencia de Dios nos salen al paso las fuentes donde se conserva ó se vuelve á adquirir la frescura del corazon, y las sombras tutelares de la fe y de la piedad que salvan á nuestras almas de los rudos ardores de las pasiones.

Siguiendo la costa del mar llegaron los israelitas al desierto de Sin. Aquellas turbas estaban hambrientas, ya que despues de muchos dias de viaje, sus provisiones se habian agotado. Los hebreos como sucede á todos los pueblos abatidos por la esclavitud, no amaban tanto las ventajas que habia de proporcionarles su independencia, como la vida abyecta que llevaban en Egipto, donde si eran groseros los manjares que les arrojaban sus señores, tenian siempre de que alimentarse. Distaban mucho de conocer lo que vale un pueblo que es dueño de sus destinos. Volvieron, pues, á murmurar

contra Moisés y Aaron diciendo:—«Ojalá hubiésemos acabado nuestros dias en Egipto heridos por la mano del Señor, en medio de las provisiones de comida y de pan de que nos era dado saciarnos. ¿Porque nos habeis llevado á este desierto para hacernos morir de hambre?» Moisés y Aaron les hicieron observar que estos reproches mas que á ellos, se dirigian al Señor cuya soberana Providencia les habia sacado de Egipto, les guiaba por el desierto y les abriria mas tarde las puertas de la tierra de promision.

Dios en su inagotable bondad correspondió á la ingratitud del pueblo de Israel con nuevos milagros. Aquella misma tarde vino sobre el campamento una nube de codornices con que pudieron satisfacer completamente su apetito; y á la mañana siguiente aquellas llanuras aparecieron cubiertas de un manjar prodigioso, blanco como la nieve. Era el maná bajado del cielo; alimento sabroso que los israelitas comian con placer y en el que vieron una vez mas la proteccion visible del Dios de sus padres.

Este manjar debia recojerse por la mañana; al tocarlo el sol se derretia. Tampoco podia guardarse para el dia siguiente sin entrar en estado de corrupcion. Solo la víspera del sábado podia tomarse doble partida sin temor de que se corrumpiese; manifestando así Dios que era tanta su voluntad de que se santificase el dia del sábado, que ni queria tuvieran que dedicarse ó recoger el maná; enseñándonos con esto que el Dios que nos concede los seis dias de la semana para procurarnos el pan de cada dia, se reserva para sí un dia que para nosotros los cristianos es el domingo.

El pueblo reposaba el dia séptimo, nos dice la santa Biblia. Aquella nacion ambulante que pasaba reunida los seis dias de la semana, siguiendo el camino de su peregrinacion, deteníase el sábado para consagrarlo al Señor. Las diferentes familias obedeciendo á una órden de Moi-

sés que les habia dicho: «Ninguno salga de su puesto en el dia séptimo,» permanecian en sus tiendas entregados al culto de Dios, sino dedicar un dia tan santo á profanaciones que disipan el espíritu; pues entonces, léjos de restaurar la fuerza del alma en el dia de fiesta que es el principal objeto para el cual las fiestas han sido establecidas, si nos dejamos arrastrar por diversiones que atizan el fuego del vicio, por espectáculos que nos desvanecen, no hacemos mas que gastar nuestro corazon perdiendo la energía que necesitamos para la práctica de la virtud.

Este manjar prodigioso que Dios proporcionó á los judíos es el símbolo augusto de otro manjar no menos prodigioso que Dios proporciona á los cristianos; es el pan de los ángeles que recibimos de la santa Eucaristia. Parécese al maná hasta en sus accidentes, blanco como este, conserva como este el sabor de pan; como este lo tomamos por la mañana, y si el maná se derritia al calor del sol, con el ardor del sol de las pasiones hacemos tambien nosotros que este pan deje de producir en nosotros sus frutos de vida.

Seguian su camino los hijos de Israel cuando les salen al encuentro los amalecitas, hombres acostumbrados al ejercicio de las armas, de génio belicoso, que trataron de impedir el paso á aquel pueblo. Aunque los hebreos no estaban aguerridos, hizóse indispensable aceptar la lucha, so pena de sufrir la suerte de los conquistados ó de los prisioneros. Moisés dispone que se preparen para hacer la guerra todos los varones capaces de sostener un arma, y coloca al frente de aquel ejército improvisado á Josué, jóven tan piadoso como valiente, tan esforzado como hábil. Pero era la primera vez que el pueblo hebreo iba á medir sus armas con un enemigo no despreciable; y si bien es verdad que los israelitas empezaban á tener conciencia de su fuerza, el éxito de la lucha no dejaba de ser dudoso. Moisés sabia

perfectamente que el Dios de Abrahan y de Jacob era el Dios de las victorias; que el repartia el laurel del triunfo á aquel que mejor le parecia. No bastaba, pues, limitarse á combatir; mas que combatir era indispensable orar. Moisès acompañado de Aaron y Hur sube á un monte vecino; al trabarse la refriega se pone en oracion: Dios quiso dar á conocer la fuerza de la plegaria. Cuando Moisés tiene sus manos elevadas al cielo los israelitas vencen, cuando las baja la victoria se declara en favor de sus adversarios. Al fin, Moisés agotadas sus fuerzas no puede ya sostenerse con los brazos extendidos: Aaron y Hur le obligan á sentarse y sostienen las manos del ilustre israelita. El pueblo de Dios obtiene un completo triunfo. El vencedor conmemoró esta memorable victoria erigiendo un altar en el campo de batalla, en testimonio de que el éxito obtenido pertenecia principalmente á Dios.

Mientras los hebreos continuaban su viaje, Moisés divisa un varon venerable, de respetuosa frente, de aspecto magestuoso; era Jetró, su suegro. El jefe del pueblo de Dios, el gran caudillo de Israel, el héroe de la antigüedad que ha dejado en la historia tan dignos y famosos recuerdos, al encontrarse con Jetró, que viene acompañado de Séfora, de Gersan y de Eliezer le hizo una profunda reverencia. Moisés comprende perfectamente que sobre la gerarquía social está la gerarquía doméstica; que por muy alto que sea el puesto que ocupe el hombre en la sociedad, nunca debe dispensarse de las atenciones, del respeto y la sumision que debe á los que en la familia ocupan un puesto superior. Moisés no podia menos de venerar en Jetró al padre de su esposa. Pero el respeto que Moisés profesaba á Jetró era un respeto afectuoso, iba acompañado del cariño, pues tal debe ser siempre el respeto en el seno de la familia; por esto, despues de haber hecho al anciano una reverencia profunda, le besó su frente.

Moisés refirió al padre de su esposa Séfora cuanto le habia acontecido desde su separacion ; de que manera Dios intervino en la libertad de su pueblo, las penalidades que tuvieron que sufrir en el camino, manifestando en todas sus palabras esa gran fe en la Providencia que es el distintivo de los héroes. Jetró no pudo menos de escuchar regocijado los favores que el Altísimo se dignaba dispensar á Israel , y dijo : —«Bendito sea el Señor que os ha librado del yugo de los Egipcios y de la tiranía de Faraon, y que ha salvado á su pueblo de la esclavitud. Hoy veo mejor que nunca que el Señor está sobre todos los dioses, porque él ha castigado la audacia de los impios.»

La permanencia del suegro de Moisés en el campamento israelita no habia de ser infructuosa. El jefe del pueblo de Dios no se reservaba solo la alta direccion del pueblo hebreo , sino que descendia á los mas pequeños detalles del gobierno; no se limitaba á la alta administracion de justicia, sino que bajaba hasta á dirimir las contiendas mas frívolas , hasta á componer las rencillas domésticas. Esto que podia ser necesario cuando los hebreos salian de la esclavitud, no lo era ya entonces en que aquel pueblo, aunque errante todavía, podia ya empezar á constituirse. Por otra parte, de esta manera pesaba sobre Moisés un trabajo que no podian resistirlo fuerzas humanas.—«No haces bien, le dijo Jetró ; estás consumiendo tus fuerzas en un trabajo ímprobo.»—El anciano le aconsejó que reservándose especialmente para sí lo referente al culto, se dedicara tan solo al supremo gobierno, rodeándose de subordinados suyos que proveyesen á los negocios de menor entidad. Cuatro condiciones exigió en los que habia de asociarse Moisés: la fortaleza, el temor de Dios, el amor á la verdad y el desprendimiento, cualidades todas indispensables para la recta administracion, y de que debieran estar provistos todos los gobernantes, para no buscar ja-

más en los puestos que ocupan ni el medro personal, ni el lucro, ni dejarse imponer por las amenazas ó reducir por las lisonjas. Eran consejos dictados por la prudencia y el mucho conocimiento de los hombres: Moisés no se desdeñó de aceptarlos.

LECCION NONA.

EL DECÁLOGO.

Dios ha tomado sobre sí el gobierno inmediato de Israel; Dios es quien se encarga de darle un código, código augusto que siendo el resúmen de toda la moral, la base de toda sábia legislacion, habrá de venir á ser el gran código de la humanidad.

Despues de tres meses de peregrinacion, encontrábanse los hebreos en presencia de la montaña del Sinaí, ante ese gran peñasco que se eleva atrevido y magestuoso, perdiéndose su cima entre las nubes cual si estuviese destinado á ser la tribuna en que el Altísimo debia hablar á Israel. Mientras los israelitas permanecen acampados en las faldas de la montaña, Moisés sube á la cumbre, obedeciendo á un mandato del Señor. Dios le dice: «Esto dirás á la casa de Jacob y anunciarás á los hijos de Israel: Vosotros mismos habeis visto lo que he hecho á los egipcios; sabeis que os he conducido bajo mis alas como el águila conduce á sus pequeñuelos; que os he adoptado para que seais mios. Si escuchareis mi voz y guardareis mi alianza, si bien es verdad que mia es toda la tierra, sereis para mí el pueblo escogido. Vosotros formareis para mí un reino sacerdotal, una nacion santa. Esto dirás á los hijos de Israel.

Moisés congrega al pueblo y repite ante él las divinas palabras que acabamos de reproducir. Los israelitas

contestan á una voz: «Todo lo que ha dicho el Señor, harémos.»

Cumpliendo con la órden divina, los israelitas se purificaron, lavaron sus vestiduras, y sin traspasar los límites del monte que les habia señalado Moisés, aguardaron el tercero dia en que Dios habia prometido bajar sobre el Sinaí á vista de todo el pueblo.

Iba á tener lugar el espectáculo mas solemne: Dios iba á hablar á su pueblo.

Llega el dia señalado; y el alumbrar la tierra los primeros rayos del naciente sol, el estampido del trueno resuena por aquellas montañas, cuyas bases parecen conmoverse; deslumbrantes rayos parten la atmósfera devorando árboles corpulentos; el Sinaí está convertido en un volcan, cuyo humo cubre el monte de una densa capa. Era la majestad de Dios apareciendo ante su pueblo. Los reyes cuando quieren hacer ostentacion de su majestad, se cubren con el oropel del lujo, añaden al brillo de sus coronas el brillo de las armas de un ejército; pero hay algo mas imponente que todo esto en la majestad de la naturaleza, de la que sólo puede revestirse su Criador. Dios aparece cubierto con esta majestad. Aquellas montañas reproducen el eco de una bocina misteriosa; la tierra toda parece estremecerse, y los hebreos sobrecogidos de terror caen de rodillas. Una voz solemne se sobrepone á todo aquel estrépito: es la voz de Jehová. Escuchémosla con el mas religioso respeto.

«Yo soy el Señor Dios que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. No tendrás dioses agenos delante de mí. No harás obra de escultura ni figura alguna para adorarlos ni darlos culto; porque yo soy el Señor tu Dios, fuerte, celoso, que visito la iniquidad de aquellos que me aborrecen.

«No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano.

«Acuérdate de santificar el dia de Sábado. Seis dias

trabajarás y harás toda tu hacienda ; mas el séptimo dia es del Señor tu Dios ; no harás obra ninguna en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas: porque en seis dias hizo el Señor el cielo y la tierra y la mar y todo lo que hay en ellos, y reposó en el séptimo dia ; por esto bendijo el Señor el dia del Sábado y le santificó.

«Honra á tu padre y á tu madre, para que seas de larga vida sobre la tierra, que el Señor tu Dios te dará.

«No matarás.

«No fornicarás.

«No hurtarás.

«No dirás contra tu prójimo falso testimonio.

«No desearás la muger de tu prójimo.

«No codiciarás su casa, ni su siervo, ni cosa ninguna de las que son de él.»

Sobrecogidos de un indescriptible terror los hijos de Israel al oir la voz del Señor entre el sonido de las bocinas y el estrépito de los truenos, teniendo á su vista á aquella montaña, que se parecia á una inmensa hoguera, dijeron á su caudillo:—«¡ No nos hable el Señor para que no muramos de espanto! Háblanos tú y oirémos!»

El amor á Dios, el respeto á su santo nombre, la santificacion del dia de fiesta, la familia, la propiedad, la castidad ; todos los grandes deberes sancionados, todos los grandes derechos legitimados ; hé aqui lo que es el decálogo. Solo Dios es capaz de hablar de esta manera; y por esto los pueblos todos se postran ante este código promulgado por la misma boca del Altísimo, y lo aceptan como verdadera base de justicia, de moral y de civilizacion.

Para ratificar la alianza de Israel con su Dios, Moisés al pié del sagrado monte erigió un ara que representaba el trono del Altísimo, y al rededor colocó doce columnas de piedra en memoria de las doce tribus, simbolizando

asi que su obediencia, su fé, habia de ser fuerte, inquebrantable como aquellas columnas. Junto á aquel altar Moisés leyó el libro de la ley. Despues de su lectura los israelitas dijeron unánimes :—«Todo lo que ha hablado el Señor harémos y serémos obedientes.

Hecha esta solemne promesa, Moisés roció á las tribus reunidas con la sangre de las víctimas que se habian inmolado y dijo :—«Esta es la sangre de la alianza que ha concertado el Señor con vosotros, para que cumplais sus preceptos.»

LECCION DÈCIMA.

CASTIGO DE LA PREVARICACION IDOLÁTRICA.

La ley que Dios acaba de dar á los israelitas no estaba destinada á ser únicamente la ley de aquellas turbas que iban conducidas por Moisés bajo la inspiracion del Señor ; aquella ley habia de ser la de todos los pueblos y de todas las generaciones ; ya que el Dios de Israel era el Dios de la humanidad, y el decálago mas que ser la base de una religion nacional habia de ser el código moral de todo el género humano. Erà menester, por consiguiente, que los diez mandamientos publicados por el Altísimo sobre la roca del Sinaí, que se elevaba augusta y magestuosa sobre todas aquellas colinas, quedasen grabados en un lugar en que pudiesen ser leidos por las sociedades venideras, que fuesen inmortales como el eco de la palabra inmortal que acababa de promulgarlos.

«Sube al monte—dijo Dios á Moisés,—y te daré la ley y los mandamientos en unas tablas de piedra, para que las enseñes.» Moisés dejó por gefe del pueblo durante su ausencia á Aaron, y seguido de su hermano, que le acompañó hasta la mitad del camino, desapareció de la

vista de los israelitas envuelto entre la nube que cubria el monte, cuya cumbre ceñia una corona de fuego, como para indicar á los hebreos que allí estaba la majestad del Señor.

Para que Israel tuviese la seguridad de que su culto era agradable al Altísimo dióle varias prescripciones acerca este culto. Por espacio de cuarenta dias permaneció otra vez en el Sinaí el gefe del pueblo judío, durante cuyo tiempo recibió las órdenes del Señor acerca la construccion del tabernáculo, los vasos sagrados, las lámparas, el altar de los perfumes y el de los holocaustos, el candelabro, el velo del templo, la tabla de los panes, el número de los sacerdotes y sus ornamentos. El Señor dicta estas disposiciones de una manera tan detallada, con una minuciosidad tal, que al paso que confunde la soberbia del impio, manifiesta al verdadero creyente que nada hay pequeño cuando se trata del culto debido á la divinidad: respecto al servicio del Señor las mas mínimas observancias de la ley escritas son como otros tantos emblemas figurativos de la pureza de adoracion, de los encantos de la plegaria, de todos los hermosos secretos de la piedad verdadera.

Dios á quien no puede deslumbrar el esplendor del oro; Dios para quien carece de atractivo la brillantez de las piedras preciosas, manda sin embargo que el oro, la plata, la piedra, la púrpura, todo cuanto hay de precioso en la creacion, entren en el culto divino, á fin de que los tesoros de la naturaleza vuelvan al Autor de la naturaleza por medio del homenaje de la criatura racional.

El candelabro de oro de siete brazos que el Señor dispuso se hiciese para el culto divino significa la luz que la ley santa difunde en el mundo. El altar de los holocaustos y el de los perfumes llevan ya en sus nombres su significacion. Sobre el primero son ofrecidas las víctimas; por esto debe colocarse en el vestíbulo del templo; porque antes de penetrar en el interior es menester

hacer á Dios el sacrificio de los ódios, del egoismo; en una palabra, todos los sacrificios que la ley exige, santa inmolacion que nos abre las puertas para penetrar en el santuario. Allí se encuentra el altar de los perfumes, donde la oracion, libre de las pasiones y de las manchas de la tierra se eleva como el incienso hasta el trono del Altísimo. Los grandes y ricos cortinajes echados sobre las majestuosas columnas envuelven el tabernáculo como la bóveda de los cielos envuelve el mundo; y á la manera que la vista de las esferas celestes eleva á lo alto los ojos de la inteligencia, así aquellas magníficas colgaduras estaban llamadas á escitar en los hijos de Israel las aspiraciones á los resplandores eternos.

La chispa del génio, como la inspiracion de la esencia viene siempre de Dios, principio de toda belleza como lo es de toda verdad. Las supremas creaciones del arte tienen su frente en el pensamiento divino. Las luces mas vivas de la inteligencia, lo propio que los rasgos mas hermosos de la imaginacion son rayos desprendidos del inmenso foco del sol de las inteligencias y de los corazones, que es Dios. El supremo Hacedor es, pues, quien se encarga de presentar el modelo, dar á conocer las formas de los objetos de arte que habian de servir para su culto, nombrando á los artistas que tomaron parte en esta obra. El Señor dijo á Moisés: «Mira que he llamado por su nombre á Beseleél hijo de Urí, de la tribu de Judá. Y lo he llenado del espíritu de Dios, de sabiduría y de inteligencia y de ciencia para toda maniobra, para inventar todo lo que se puede hacer con arte del oro y plata y cobre; de mármol y piedras preciosas y diversidad de maderas. Y le he dado por compañero á Ocliab, hijo de Adrisaméch de la tribu de Dan. Y he puesto sabiduría en el corazon de todo ingenioso.» En estas palabras vemos á Dios constituyéndose en inspirador del arte ó dando á las obras de arte su sancion suprema.

El Sumo Hacedor que quiere que reconozcamos su soberanía ofreciéndole los tesoros de la naturaleza, como desea que el artista le consagra sus obras maestras, el sabio, el poeta los productos de su inteligencia y de su imaginacion, quiere que le consagremos tambien una parte de nuestro tiempo. Esta es la razon porque insiste tanto en que de los siete dias de la semana destinemos uno al descanso, dedicándoselo principalmente á él. El Señor prosigue diciendo á Moisés: «Habla á los hijos de Israel y les dirás: Mirad que guardeis mi sábado, porque es señal de alianza entre mí y vosotros y vuestras generaciones; para que sepais que yo soy el Señor; que os he santificado. Guardad mi sábado, porque santo es para vosotros; el que lo profanare morirá.

«Guarden los hijos de Israel el sábado; celébrenlo en sus generaciones. Es pacto sempiterno, entre mí y los hijos de Israel, porque en seis dias hizo el Señor el cielo y la tierra y el séptimo cesó de la obra.»

No estrañemos la insistencia del Señor ni la severidad con que amenaza á los que infrinjan la ley del dia de fiesta. El Dios que da la vida y todos los instantes de la vida, es muy dueño de retenerse un dia por cada siete, no para perderlo en la inaccion sino para consagrarlo á su servicio, dia que debe ser para nosotros el mas hermoso, ya que se destina á restaurar las fuerzas del espíritu. ¿Hay algo mas justo que ofrecer á Dios una parte de esta existencia que de Dios hemos recibido? En esta materia, toda transgresion voluntaria tiene el carácter de una rebeldía; la criatura que se atreva á negar á Dios este derecho, ó á oponerse á él merece los mas severos castigos. En la antigua ley este castigo era la muerte. Hoy que vivimos á la sombra del Evangelio, código de misericordia y de amor, no se señala muerte temporal como expiacion á los que infringen voluntariamente el dia festivo; sin embargo, á los que desprecian esta ley, á los que creen que el tra-

bajo y á los intereses materiales debe subordinarse todo, á los que desconocen que sobre la materia está el espíritu y que éste necesita rehacer sus fuerzas, vemos sus almas caer en esta apatía moral, en este estado funesto de indiferencia algo parecido á la muerte; las facultades del espíritu se enervan, la chispa del genio se extingue, la llama del talento se apaga, y viene un dia en que el hombre no vive sino que vegeta ; lo mas grande que hay en él ; su fe, sus pensamientos elevados, sus aspiraciones generosas, todo lo que constituye el hombre ha desaparecido ; mas que la vida del rey de la creacion el hombre en tal estado no arrastra sino la triste vida de los irracionales.

Mientras Dios manifestaba su afecto á aquel pueblo, encargándose el mismo de conducirle y de darle toda clase de instrucciones acerca su comportamiento, á los piés del Sinaí, alumbrados por los rayos de la hoguera que brilla en la cumbre del monte, los hebreos olvidándose de su Dios, se manchan con la mas negra de las ingratitudes, arrodillándose á los piés de un ídolo. Detengámonos un instante en este episodio que ha de ser para nosotros una fecunda enseñanza.

Tres meses de peregrinacion no habian sido suficientes para borrar las huellas que la esclavitud dejara en los hebreos. Era aquel pueblo todavía un pueblo materializado ; al culto espiritual de la ley de Moisés preferia el culto de los ídolos, al Dios-espíritu preferian los dioses de barro ó de metal que adoraban los paganos. Moisés tenia que luchar constantemente para contener tan funestas tendencias. Mas para ello se necesitaba un genio como el de Moisés á quien nadie habria osado oponerse. Hacia muchos dias que el jefe de Israel se hallaba ausente, y ni siquiera estaba entre los hebreos Josué, que en su calidad de caudillo, gozaba de bastante prestigio, contando con elementos para reprimir cualquier desman. Para un pueblo guerrero, de instintos bárbaros,

como era entonces el pueblo hebreo, la autoridad de Aaron que no tenia en favor suyo sino el poder moral del sacerdocio, carecia de fuerza para hacerse respetar.

Aprovechándose, pues, de la ausencia de Moisés y de Josué preséntanse á Aaron para decirle: — «Apresúrate: haznos dioses que vayan delante de nosotros.» Aaron se dejó imponer por aquel pueblo amotinado; cedió á las instigaciones del miedo, ese fatal consejero para todo el que ejerce una autoridad; de su boca salieron esas palabras que tenian el carácter de una fatal condescendencia, de la mas deplorable de las cobardias: «Tomad los zarcillos de oro de las orejas de vuestras mujeres, hijos é hijas, y traédmelos.» Aaron tomando todas aquellas alhajas las mandó vaciar en un molde y hacer de ellas un becerro. Los israelitas habian ya logrado su fin; al ver el ídolo aquel pueblo obcecado, exclamó fuera de sí de júbilo: «Israel: estos son tus dioses que te sacaron de la tierra de Egipto.» Era el pueblo á quien el Señor habia sacado de la esclavitud; era el pueblo ante el que la mano del Omnipotente secaba los mares; era el pueblo para el cual Dios hacia brotar agua de las peñas; era el pueblo el cual Dios alimentaba con un manjar bajado del cielo. Y aquellos hombres que llenos de gratitud; á la víspera habian jurado á su Dios una fidelidad eterna, levantan un altar á las falsas divinidades, y poseidos de ese vértigo de que se siente dominada una nacion en la hora suprema en que ha roto con todos los vínculos que constituyen su ley moral, se entregan á torpes banquetes, celebran danzas; en una palabra, ofrecen al becerro de oro por culto, la abyecion de una bacanal, por holocausto las degradaciones de una orgía. Israel se echa á bailar en derredor del ídolo: en su embriaguez ni aun se apercibe de que baila sobre un volcan; ni aun siente la sorda conmocion de aquella tierra agitada por la mano del Omnipotente en vista del gran crímen que allí se está perpetrando.

Dios que lo contempla todo, refiere á Moisés la perfidia de los israelitas.—Tu pueblo, á quien sacaste de la tierra de Egipto, muy pronto se ha apartado de la senda que se le señaló. Este pueblo se ha fundido un becerro y le adora. Veo que este pueblo es de dura cerviz. Déjame que me ensañe contra ellos y los deshaga. En cuanto á tí te haré caudillo de una gran nacion.—Quizás á no haber sido Dios quien le referia tan inícuo hecho, Moisés se habria negado á creer que los israelitas hubiesen sido capaces de tan negra ingratitud. Moisés se postra ante el Altísimo para pedirle misericordia en favor de los culpables israelitas. Recuerda al Señor que es el pueblo que con mano robusta sacó de la tierra de Egipto.—Que no puedan decir los egipcios: Sacólos para matarlos en los montes y raerlos de la tierra. Sosiéguese tu ira, y déjate aplacar respecto á la maldad de tu pueblo. Acuérdate de Abrahan, de Isaac y de Israel tus siervos, á los que juraste por tí mismo, diciendo: Multiplicaré vuestro linage como las estrellas del cielo: y toda esta tierra de que he hablado, la daré á vuestra descendencia y la poseereis siempre.—La oracion del hombre de fe y de virtud sirve mucho para mitigar la cólera divina; en fuerza de la súplica de Moisés el Señor suspende el cumplimiento de sus amenazas.

Moisés desciende del monte saltando por las peñas, rompiendo por entre las malezas, impelido por la indignacion que le ha causado la noticia del gran crímen de su pueblo. A la falda de la montaña uniósele Josué sin que Moisés le dijera una palabra: su mente hallábase del todo absorvida pensando en la ingratitud de los hebreos. A medida que Moisés y Josué se adelantan perciben á lo lejos un sordo murmullo algo parecido á la agitacion de un campo de batalla.—«Alarido de combate se oye en el campamento,» dice Josué. Moisés que comprende muy bien los motivos de aquella gritería, al oir esta frase de Josué no puede disimular el triste efecto que le

causa aquel ruido.—«No es clamor de gente que se animen al combate, contesta Moisés, con sentida emocion; ni es la gritería de los que compelen á la fuga; lo que yo oigo son voces de gente que cantan.»

Al acercarse Moisés á las tiendas, ve el becerro de oro en medio de la muchedumbre la cual está bailando en torno de él. No es difícil concebir la impresion que á Moisés habia de producirle semejante escena. Moisés cuyos ojos están arrojando chispas, en un arrebato de indignacion rompe las tablas de la ley, donde Dios habia escrito los mandamientos. La vista de Moisés, enfurecido, logra aterrar á aquellas criminales masas. Moisés introduciéndose por en medio de ellos con aquel valor, con aquella presencia de espíritu que le caracterizaba, olvidando que un pueblo en sus horas de embriaguez, es capaz de todo, coje el becerro y lo arroja en tierra haciéndolo pedazos. No se limita aquí; el ídolo es reducido á polvo, y Moisés, sólo en medio de un pueblo que habia prevaricado, echa en el agua el polvo del ídolo, y lo da á beber á los prevaricadores. Nadie se resiste á su mandato. Un terror universal se ha apoderado de aquellas masas. Entonces Moisés toma la palabra, y echando toda la responsabilidad sobre Aaron, le dirige con voz de trueno estas frases en presencia de toda la muchedumbre: — «¿Qué es lo que te ha hecho este pueblo para que acarreáras sobre él un pecado grandísimo?» Y dirigiéndose despues Moisés á uno de los extremos del campamento, dice:—«Si alguno es del Señor póngase á mi lado;» y se juntaron á él los hijos de Leví.

¿Qué hará Moisés con el pueblo culpable? ¿Se limitará á reflexiones, á súplicas, ó á meras amenazas? El delito era demasiado grave; y por otra parte, habia ya muchas veces acudido á medios pacíficos; pero siempre en vano. Era menester un castigo; pero un castigo terrible, ejemplar; un castigo cuya memoria pasa-

ra de generacion en generacion. Los campos quedaron sembrados de cadáveres; cayó sobre aquel pueblo prevaricado la cuchilla de la justicia.

Despues de este escarmiento, oró Moisés nuevamente al Altísimo en pró de la nacion sacrílega. Como premio á su fidelidad alcanzó no solo el perdon que solicitaba, si que tambien el que el Señor le prometiera su asistencia y ayudarle con su poder y con sus inspiraciones.

LECCION UNDÉCIMA.

RESPETO Á LAS COSAS SANTAS.

Tenia resuelto el Señor que los diez mandamientos, el gran código del género humano, esa legislacion divina que viene siendo la base de todas las legislaciones, quedase escrita en unas hablas en que pudiese pasar de siglo en siglo. Al efecto mandó á Moisés que se proveyera de dos nuevas piedras, y que subiese otra vez al monte. Al bajar de la montaña con los diez mandamientos, salian de su frente dos rayos luminosos, señal visible con que Dios daba á conocer la mision que le habia dado de ser el guia de su pueblo, y que le granjeaba ante los israelitas mayor prestigio.

Era indispensable dar á Jehová un culto público, solemne, rodeado de la mayor majestad. Moisés congrega al pueblo para encargarle que ofrezca las alhajas de mas precio para enriquecer el tabernáculo, las vestimentas sacerdotales y todo cuanto ha de servir al culto divino.

La generosidad de los israelitas sobrepujó á las esperanzas de su jefe, hasta el punto que tuviera que decirles: — «Ni hombre, ni mujer ofrezca en adelante cosa alguna para el santuario.»

En el pueblo de Dios que seguia su peregrinacion, que no contaba con una residencia fija, todo era pobre,

humilde, sencillo ; sus hogares consistian en rústicas tiendas; su vestido en una túnica cualquiera que sirviese para cubrir la desnudez del cuerpo y salvarle de la intemperie, solo para Dios habia allí fausto y magnificencia. Donde los hombres no tenian nada mas que tiendas erigióse para Dios un palacio, que tal puede llamarse el Tabernáculo, cuyas obras fueron dirigidas por dos hombres de singular ingenio, llamados Beseleel y Ooliab, ayudándoles en su tarea gran número de operarios tan celosos como entendidos.

Consistia el tabernáculo en un riquísimo pabellon, compuesto de diez finos cortinages de lino retorcido, color blanco, jacinto y púrpura, con variedad de bordados y obras de imaginaria, sujetos entre sí por medio de presillas y anillos de oro, y unidos todos á una techumbre de paño de pelo de cabra. Para preservar estas telas de la intemperie, fabricáronse cubiertas de pieles de carnero, cárdenas y almagradas. Un velo bordado, de extraordinarias dimensiones y de mucho valor, dividia en dos compartimientos lo interior del tabernáculo. La parte septentrional, que era la que se encontraba al entrar, tenia por nombre el *Santo*; y la otra, que quedaba oculta al través del veto, llamábase el *Santo de los Santos*. Aquí se custodiaba el *Arca de la alianza*, hecha toda de las mas preciosas maderas, cubiertas completamente de oro por ambas caras. Guardábanse en ella las tablas de la ley, y una rica urna llena de maná; y á las dos extremidades de su tapa que se llamaba el *propiciatorio*, y que era tambien de oro, veíanse dos querubines del mismo precioso metal, trabajados á martillo, en actitud de mirarse el uno al otro y extender las alas sobre todo el conjunto.

A un lado del *Santo* hallábase un candelero de siete brazos, de oro purísimo, cuyo peso era de ochenta y dos libras ; al lado opuesto veíase una mesa del mismo material, en la que en nombre de las doce tribus se de-

positaban todos los sábados los doce *panes de la proposicion*, y en medio un altar, de oro tambien, donde sin interrupcion se quemaban regalados aromas, dándosele por esto el nombre de *altar de los perfumes*. Y por último, al rededor del tabernáculo habia un *átrio*, rodeado todo de columnas de bronce con sus capiteles de plata, que lo cerraban vistosas y finísimas cortinas. En este recinto encontrábase otro altar chapeado de bronce, que era el *altar de los holocaustos*, y una gran pila del propio metal donde se lavaban los sacerdotes antes de proceder á desempeñar las sagradas funciones de su ministerio, sirviendo tambien para la purificacion de las víctimas.

Moisés procedió á la consagracion de aquel magnífico templo; y el Señor para dar un visible testimonio de su aprobacion colocó encima del Tabernáculo la misteriosa columna que servia de guia á los israelitas, y que, como es sabido, de dia era nube que suavizaba los rayos del sol y de noche se transformaba en llama que alumbraba al pueblo escogido por entre las tinieblas.

Congregados en derredor del tabernáculo los hijos de Israel, Moisés tomó la palabra para anunciar solemnemente que Dios habia escogido á Aaron y á su descendencia para ejercer el sacerdocio; y habiéndoles consagrado con óleo santo, el jefe del pueblo de Dios puso á cada uno con sus propias manos las vestiduras sacerdotales. Constaban la del Sumo Sacerdote de una túnica talar de lino fino, semejante á las albas modernas, que se ajustaba al cuerpo por medio de un cíngulo; otra túnica casi talar de color violado atada por medio de un cinturon tan costoso como bien labrado; el superhumeral, vestido exterior muy corto; el *racional* ó pectoral, pieza cuadrada que cubria el pecho, en la que se leia en brillantes caractéres esta inscripcion:—DOCTRINA Y VERDAD, ostentándose grabados en doce piedras preciosas los nombres de los jefes de las doce tribus; una diadema

de oro que se colocaba en la frente y en la que estaba escrito el nombre de Jehová, y por último la tiara pontificia. Sobre esta vestidura brillaban el jacinto, la púrpura, la grana y mucha variedad de piedras preciosas, aumentada esta brillantez por las cadenas y los anillos de oro. El trage de los simples sacerdotes ó levitas componíase de la túnica talar, del cíngulo, tejido de varios colores y una mitra tambien de lino, en forma de media luna, que por medio de una cinta ó cordon se ajustaba á la cabeza.

Moisés fué quien colocó en la frente del Sumo Sacerdote la sagrada diadema; él quien bendijo los vasos destinados al culto; él quien ofreció la primera inmolacion; él quien imprimió en la frente del gran sacerdote de los levitas con la sangre del holocausto, el sello del sacrificio, y del sacrificio hasta la muerte, si fuera necesario por su Dios y por su pueblo.

No podia menos de ser un espectáculo magnífico en aquella vasta llanura, en medio de un pueblo ambulante, que traia siempre en su mano el bordon del peregrino, dispuesto á trasladar mañana la tienda que hoy ha sentado encontrar allí que se prestaba á Dios un culto con tamaña magnificencia, ver entre aquella montaña la riqueza del palacio del Señor, resplandeciente por todas partes de oro y de pedrerías. Aquel pueblo habia llegado á comprender que á Dios se lo debemos todo; que cuanto de rico hay en la naturaleza y en el arte, antes que para adornar nuestra persona, antes que para fomentar nuestra vanidad y convertirnos en ídolos, debemos ofrecerlo á Dios que contiene en sí cuanto hay de grande y de quien ha recibido la naturaleza sus tesoros y el arte sus supremas inspiraciones.

En el interior del Tabernáculo está pasando una escena, triste es verdad, espantosa, pero de la que se desprende que si aun entre las jerarquías humanas una injuria aumenta en gravedad si con ella se insulta á algu-

na de las majestades terrenas, cuando se trata de la Majestad Divina una profanacion, un sacrilegio tiene el carácter de un gran crímen, crímen cuyo castigo se lo reserva generalmente el Dios mismo á quien se ha inferido la ofensa.

Nadab y Abiú habian sido elevados á una de las dignidades mas grandes á que puede aspirar un mortal. Investidos del carácter del sacerdocio, todo el pueblo les abria paso, todos se inclinaban ante ellos, y cuando aparecian cubiertos con la túnica de lino, ceñidos con el cíngulo y ostentando la mitra en su frente, aquellas muchedumbres caian á sus piés reconociendo en ellos á los representantes de la divinidad. Olvidaron un dia que cuando se trata del culto divino, ceremonias á primera vista pequeñas, son preceptos de grande importancia. Por una lijereza injustificable, contra lo que estaba terminantemente prescrito, se atrevieron á aplicar para usos sagrados un fuego profano, como si despreciaran el fuego santo que los levitas debian mantener siempre encendido. Esta osadia recibió un castigo tan pronto como tremendo. Al tomar en sus manos sacerdotales el fuego profano, los infelices caen sin vida, consumidos por una llama prodigiosa que ni siquiera quemó un hilo de sus vestiduras.

Otro castigo debemos consignar aquí impuesto á un blasfemo. No era este un israelita, era el hijo de un ejipcio: solo su madre pertenecia al pueblo de Dios. A consecuencia de una contienda maldijo el nombre del Señor, y fué conducido ante Moisés. Pusósele en un encierro hasta que se acordara lo procedente; pues una blasfemia se consideraba como un crimen tan grande, que el caso de que tuviese que castigarse un blasfemo ni siquiera estaba previsto.—«Saca al blasfemo fuera del campamento, dijo el Señor á Moisés, y todos los circunstantes pongan sus manos sobre la cabeza del culpable, como testigos de que le oyeron blasfemar, y ape-

dréele despues el pueblo. Y dirás á los hijos de Israel: Hombre que maldijere á su Dios llevará la pena de su iniquidad. Al que blasfemare el nombre del Señor, lo acabará á pedradas toda la multitud, ya fuere ciudadano, ya extrangero.»

Un blasfemo es el mas culpable de todos los hombres. Nada tiene de particular que se le condene á muerte ya que el crímen del blasfemo va directamente contra el Autor de la vida; ni debe tampoco estrañarnos que la ley de Moisés impusiera al blasfemo la pena de ser apedreado por la multitud, ya que en un pueblo religioso, en un pueblo en que la religion constituye la base de su vida, la blasfemia es un atentado el mas repugnante que no puede menos de escitar á las masas, de conjurar contra el criminal las iras populares. Y no es esclusivo de la ley de Moisés el poner una tremenda expiacion contra los blasfemos. Remontémonos á los períodos de la historia cristiana en que la fé era la vida de los pueblos, y veremos por ejemplo á un rey de Francia decretando que se atravesase la lengua á los blasfemos, castigo que se impuso en tiempo de S. Luis á una de las personas mas respetables por su posicion y por sus riquezas. En 1347 Felipe de Valois dictó una disposicion contra los blasfemos, segun la cual el culpable, la primera vez que cometiese este crímen, debia ser puesto en la argolla por espacio de un mes, desde la madrugada hasta el mediodia, siendo cada uno libre de injuriar echando lodo en el rostro al delincuente que osara injuriar á su Dios con el lodo de torpes blasfemias. Al reincidente se le castigaba la segunda vez abriéndole el labio inferior con un hierro encendido; la tercera se le cortaba enteramente el labio y la cuarta se le quitaba la lengua. Luis XIV estableció castigos muy parecidos. Despues de las multas pecuniarias mandó que las primeras veces se les amputaran los labios, debiéndose cortar la lengua al que por ocho veces fuese castigado como blasfemo.

Aquellos monarcas comprendian que la blasfemia provoca justamente el enojo del Altísimo, y querian evitar que cayera sobre su nacion el brazo de la Divina Justicia. En nuestra España, pais esclusivamente católico, donde, gracias á la fé de nuestro pueblo y á nuestras tradiciones religiosas, algunos de los derechos públicos de la divinidad son todavía reconocidos por las leyes, se consignan en el código penas contra los blasfemos.

El pueblo de Dios, aunque siguiendo todavía su viaje, podia ya considerarse como definitivamente constituido. Tenia su templo, sus sacerdotes, su culto y su legislacion. Faltaba colocar esta legislacion bajo la salvaguardia de un código penal, era indispensable poner las cosas y las personas al amparo de las leyes. Para precaver los delitos contra las personas estableciόse la *pena del Talion*. «El que hiriere y matare á un hombre muera tambien de muerte. El que causara lesion á alguno de sus conciudadanos, como hizo, así se hará con él, quebradura por quebradura, ojo por ojo, diente por diente...» No debemos examinar aquí la ley del Talion bajo el punto de vista legal; pero si dirémos que debe tenerse en cuenta el estado de la sociedad para que eran hechas estas leyes, no pudiendo olvidarse que solo un sistema de represion justo y fuerte podia contener á aquel pueblo de *dura cerviz*, como le llama el Texto Sagrado, y que para juzgar las leyes es menester que nos hagamos cargo de las costumbres, de la educacion; esto es, del estado de civilizacion de un pueblo. Pero debemos consignar tambien que la ley del Talion acostumbra á ser una ley Providencial que Dios aplica á los grandes escándalos; y si lamentamos á veces ciertos desastres que caen sobre los pueblos, sobre las familias y sobre los individuos, remontándonos á las causas verémos allí con mucha frecuencia una expiacion que no porque sea terrible deja de ser justa, porque justo es

que aun acá en la tierra sean vindicados los grandes derechos de Dios y de la humanidad.

LECCION DUODÉCIMA.

CASTIGO DE LA ENVIDIA DE UNA MUJER.

Por lo que llevamos dicho fácil es venir en conocimiento del carácter de los hebreos. Veleidosos, descontentadizos, turbulentos, hasta el mismo Moisés, apesar de sus extraordinarias dotes de hombre de gobierno, á pesar de su voluntad de hierro, de ser hombre para quien, cuando se trataba de su mision, los obstáculos no existian, tenia no obstante ciertos momentos de disgusto en que la carga de su empresa casi llegaba á hacérsele insoportable. Y lo que mas sensible habia de hacérsele era la ingratitud de su pueblo. Solo en aras de la libertad de aquel pueblo Moisés supo renunciar á la posicion que ocupaba en la corte de Egipto, y cuando no fuese de su gusto morar entre los que esclavizaban al pueblo de Dios, su vida hubiera transcurrido tranquila y apacible en la casa de su esposa, rodeado del cariño de sus hijos y del aprecio y atenciones de su familia. Por el pueblo de Dios se habian impuesto privaciones y sacrificios de todas especies, y lejos de encontrar el reconocimiento no encontraba sino los desengaños de una torpe perfidia. Ya que no podia abandonar el papel que le confiara la Providencia, hubo un instante en que llegó á desear que Dios le diese la muerte. Deseo que no puede justificarse; porque nunca nos es lícito el querer sustraernos á una gran mision por duras que sean las pruebas que le van nexas, si sabemos que allí está nuestro providencial destino; deseo que nos da á conocer que ni aun las primeras eminencias

humanas están libres de las debilidades de nuestra especie.

El descontento contra Moisés que se manifestaba por medio de quejas y murmuraciones, iba á tomar cierto carácter de gravedad, ya que en el hogar mismo del legislador lo alentaban personas que, estando unidas á él con los vínculos de la sangre, debian estarlo tambien por la unidad de miras. En el techo de Moisés se habia introducido el réptil de la envidia. Nuestros lectores conocen ya á Séfora. Se veia elevada á la posicion mas alta á que puede aspirar una mujer, en su carácter de esposa de Moisés que era no solo el jefe de un gran pueblo, sino que era además su legislador y el restaurador de su nacionalidad. A la auréola humana que cubria la frente de Moisés añadíase otra auréola superior con que las inspiraciones celestiales, el trato constante con la divinidad engrandecian la figura del hombre de Dios; y no hay que decir que el pueblo veia esta doble auréola reflejarse en la esposa del gran caudillo. De seguro no se estrañará el que Séfora diese entrada en su pecho á esa presuncion que es tan fácil de insinuarse en una mujer, cuando se encuentra en una posicion á que no habria aspirado jamás, atendidos los precedentes de su modesta familia. Por desgracia, bajo el mismo techo se cobijaba otra mujer: María hermana del legislador. Esta se creia tener tantos títulos cuando menos á las consideraciones públicas y privadas como Séfora. Si carecia del carácter de esposa de Moisés, en cambio era hebrea, cualidad que no adornaba á su cuñada, y además se creia favorecida por Jehová con la inspiracion profética. Ya se comprende que habian de manifestarse antipatías entre las dos mujeres. La cuestion de la competencia se llevó sin duda hasta Moisés, quien no es estraño que entre la esposa y la hermana se decidiese por la primera, ya que el amor fraternal por fuerte que sea nunca lo es tanto como el amor conyugal. Sabido es de lo que es

capaz el amor propio ofendido de una mujer. María desde aquella hora ya no se manifestó resentida de Séfora, sino que llevó á mas alto punto su resentimiento; hizóse de su parte á Aaron, y juntos secundaban cierta sublevacion contra el caudillo de Israel, diciendo: «¿ Por ventura Moisés es el único á quien Dios ha dirigido la palabra? ¿No nos ha hablado tambien á nosotros?»

Moisés tenia un carácter extremadamente dulce; cuando no se atravesaba el cumplimiento de su deber se le veia condescendiente hasta el extremo; no hizo siquiere caso de lo que era para él una ofensa personal. Mas Dios no quiso permitir que bajo el techo de Moisés se dieran ciertos ejemplos, se pronunciaran palabras que podian ser funestas. Aun cuando esto no hubiese tenido otro carácter que el de una disension de familia no habia de quedar por parte de Dios sin el correspondiente correctivo. Para la familia de los que están al frente de una nacion la vida privada se puede decir que no existe; pues aun aquellos defectos que suelen calificarse de puramente domésticos trascienden al dominio público, y toman con frecuencia las proporciones de un escándalo.

Dios ordena que Moisés, Aaron y María se dirijan al Tabernáculo. Y al través de la sagrada nube en que Dios acostumbraba á hablar retumba su majestuosa voz que confunde á los culpables con estas palabras: « Si entre vosotros hay algun profeta; yo me le apareceré en vision ó le hablaré en sueños. Pero algo mas que esto hago con Moisés mi servidor, cuya fidelidad escede á la de todo mi pueblo; por esto le hablo cara á cara, por esto me ve frente á frente, y no bajo el velo de enigmas y figuras. ¿Cómo, pues, os habeis atrevido á levantaros contra él?» Dichas estas palabras se alejó la nube.

No se habian aun apagado los últimos sonidos de la voz sobrenatural cuando María recibia ya su castigo. Aspiraba á ocupar el puesto mas elevado y se la ve arras-

trarse por el suelo de la vergüenza; trató de ser la primera entre las hebreas y es arrojada del pueblo de Dios. La que dejó contaminar su alma de la envidia vió su cuerpo contaminado por la lepra, mal tan repugnante á la vista como espantoso por sus efectos.

Moisés era demasiado generoso para no pedir á Dios que perdonase á su hermana; pero el Señor quiso que en justa expiacion fuese echada del campamento, hasta que á los siete dias desapareció de ella la lepra y pudo regresar al seno de la familia.

Aaron que fué tambien hasta cierto punto cómplice del delito de su hermana no fué castigado como ella, ya que no habia sido él el iniciador de la falta, á la que sin duda sólo condescendió por un esceso de atencion hácia María, ya porque lavó su culpa con su humildad, acudiendo á Moisés y diciéndole: «Perdóname, hermano, esta falta en que locos hemos incurrido.»

LECCION DÉCIMA TERCERA.

LA INSURRECCION.

Los israelitas avanzaban hácia el norte dirigiéndose al desierto de Faraon. Caminaban formando un gran ejército, dividido en doce brazos, mandado cada uno de ellos por uno de los gefes de las doce tribus. En mitad del campamento iba el arca santa, sirviéndole como de muralla la tribu de Leví, bajo las órdenes de Aaron y sus dos fieles hijos Eleazar é Ithamar. Las tres familias de Gerson, Caath y Merari, pertenecientes á esta tribu sagrada, venian á constituir como tres parapetos para amparar el santo depósito. Los hijos de Gerson, colocados detras del Tabernáculo venian á formar la retaguardia, los flancos eran ocupados por los hijos de Caath

y de Merari, á cargo de quienes corria la custodia de los objetos del culto.

Iban acercándose á la tierra prometida cuando los hebreos empezaron á preguntarse:—¿Qué lo es que nos aguarda en aquel pais? ¿Encontraremos allí una tierra estéril ó fecunda? Al tratar de apoderarnos de ella, la hallarémos quizás ocupada por gentes diestras en el arte de combatir, que nos opondrán una resistencia invencible? Los hebreos al hacerse semejantes preguntas, manifestaban olvidar con facilidad que era Dios quien les conducia. Cuando hubiese sido un suelo ingrato, el Señor se habria encargado de fecundizarlo; cuando les hubiese impedido la entrada un ejército numeroso debian tener en cuenta que Dios habria combatido en favor de los hebreos. Pero á las consideraciones inspiradas por la fé sobreponian siempre otras consideraciones hijas del interés ó de la conservacion personal. ¡Tristes huellas de la servidumbre egipcia que aun no habian podido borrarse!

Moisés, hombre prudente hasta lo sumo, jamás se propuso seguir con los israelitas una política de absoluta resistencia; intransigente siempre que se trataba del cumplimiento de su deber, procuraba complacer al pueblo, cuando de esta condescendencia no hubiesen de resentirse los sagrados intereses de la justicia. Accediendo á lo que sus súbditos deseaban, Moisés conforme á lo dispuesto por el Señor, manda á la tierra de Canaan doce exploradores. «Atajad, les dice, por la frontera meridional, y luego que llegueis á las montañas, informaos del terreno; ved si los habitantes son débiles ó fuertes; si el suelo es fecundo ó improductivo, si está plantado de bosques, ó si al contrario carece de árboles. Traédnos frutos de aquellas comarcas, y despachad.»

Cuarenta dias emplearon los exploradores en cumplir con su cometido: durante este tiempo recorrieron el pais y se informaron detenidamente de todo. Los israe-

litas esperaban con solicitud la vuelta de los doce enviados. Su tardanza empezaba ya á hacérseles pesada, cuando un grito general de alegria saluda la vuelta de los doce guerreros, dos de las cuales iban cargados con un enorme racimo, mientras que otros traian granadas é higos, cuales no los habian visto jamás los israelitas. Todos deseaban escuchar de boca de los esploradores las nuevas que de Canaan habian de darles. Describiéronles la hermosura del pais, la frondosidad de sus montes y de sus valles; les manifestaron que era un suelo donde la naturaleza derramaba á manos llenas sus prodigalidades, y para ponderarles la fecundidad del terreno les dijeron: — «Conforme podreis conocer por estos frutos, es una tierra que mana leche y miel.»

Pero el cuadro que debian dibujar ante los hebreos ávidos de noticias, tenia tambien su lado sombrio. Su deseo de decir la verdad toda entera, en cumplimiento de su deber, les obligó á presentar el reverso de la medalla. Al ocuparse de los medios de defensa con que contaba el pais, dijeron que habia en él grandes ciudades debidamente fortificadas; que para rechazar toda invasion tenian hombres de elevada talla, de gran robustez, de fuerza hercúlea, raza de gigantes cuyo solo aspecto arredraba.

Al oir estos datos el pueblo se sintió sobrecogido de un secreto terror. Durante aquella noche no se oian en el campamento nada mas que quejas, lamentos, gritos de desesperacion. Las tribus amotinadas exclaman en presencia de Moisés y de Aaron: « Ojalá hubiésemos muerto en Egipto, antes que acabar nuestros dias en estos inmensos desiertos. Mas nos hubiera valido que poner el pié en esas comarcas donde sucumbirémos al filo de las espadas, dejando á nuestros hijos y á nuestras mujeres en el cautiverio.»

Ya no era esto una queja, ya no eran solo murmullos, era una insurreccion en forma. Tratábase nada menos

que de arrancar á Moisés el cetro del mando, de derribarle de su pedestal; tratábase de elegir un nuevo gefe; ¿para qué? para malograr en un sólo instante las privaciones, los rudos sacrificios de tanto tiempo; para volver á Egipto abdicando allí su carácter de descendientes de Abrahan, de Isaac y de Jacob, abdicando allí la libertad de su culto y de sus creencias; para volver á Egipto á pedir de rodillas á sus antiguos tiranos que les devolvieran las cadenas que Dios mismo se habia encargado de romper.—«¿No nos valdria mas, gritaban, que desanduviéramos el camino andado? Elijámonos un gefe y regresemos á Egipto.»

Y lo peor era que de los doce exploradores habia diez que fomentaban el descontento; sólo Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefoné; trataban de apariguar á las masas inspirándoles confianza en el Dios de los ejércitos: «La tierra que hemos visitado es muy buena, decian: si el Señor nos fuera propicio nos introducirá en ella. No querais ser rebeldes contra Dios, ni temais al pueblo de esta tierra. El Señor está con nosotros; no los querais temer.» El lenguage de los dos guerreros era el lenguage de la fé; aquellas turbas ni aun eran capaces de comprenderlo. Josué y Caleb iban á ser recibidos á pedradas.

Mas bien que Moisés, el gefe de aquel pueblo era Dios mismo; sus gritos de sedicion, pues, subieron hasta el cielo. Dios va á castigar la revuelta. Desde el santuario resuena airada y aterradora la voz de Jehová, que dice: —«¿¡Hasta cuando me irritará ese pueblo? ¿Hasta cuando habrán de hacerme resistencia, apesar de los pródigios que he hecho en su favor? Les heriré, pues; los consumiré... y á tí, Moisés, te constituiré gefe de una nacion mas grande y mas esforzada que esta.» Los exploradores que se habian constituido en gefes de la sedicion, caen muerstos repentinamente. Les habia herido el rayo de la divina justicia. Este castigo tiene ya aterrados á los

hebreos; pero esto no es mas que el principio del drama de sangre y de desolacion que va á tener lugar en su presencia y de que tantos de ellos han de ser víctimas.

El caudillo de Israel postrado en tierra de rodillas dirige á Dios una voz suplicante y dice: «Señor sufrido y de inmensa misericordia que quitas la iniquidad y las maldades; ante quien nadie puede vanagloriarse de ser inocente; que visitas los pecados de los padres sobre los hijos hasta la tercera y la cuarta generacion: perdona, te ruego, el pecado de este pueblo segun la grandeza de tu misericordia, así como les fuiste propicio desde que salieron de Egipto.» Estas palabras contienen un tanto el justo enojo del Señor; pero no lo desarman por completo. El crímen era demasiado grave para que el Señor protegiera su reproduccion por medio de la impunidad: «Los perdono conforme á tu deseo: mas juro por mi mismo que todos los que vieron mi majestad y los prodigios que hice en Egipto, y que no obstante esto, se levantan contra mi por décima vez, que me han irritado con sus murmullos y no han obedecido mi voz, no verán la tierra que prometí á sus padres. Diles, pues, en nombre del Señor: «Todos los que contais de veinte años arriba, morireis en el desierto, y en esta soledad yacerán vuestros cadáveres. Ninguno de vosotros, fuera de Caleb y Josué, que me han sido fieles, entrará en la tierra prometida. Mas haré entrar á vuestros pequeñuelos, de los cuales habeis dicho que serán despojo de vuestros enemigos; y vuestros hijos os verán andar vagando cuarenta años por el desierto, y pagarán tambien vuestra infidelidad hasta que sean consumidos los cadáveres de sus padres; porque así trataré á esa multitud perversísima que se ha levantado contra mí.»

Los hechos que tienen lugar en el pueblo de Dios deben ser considerados como lecciones importantísimas para todos los demás pueblos. No es sólo en los israelitas donde se revela la accion directa de la Providencia en

los destinos de las naciones. El estudio histórico de cada estado, república, imperio ó reino, llámese como se llame, no dejaria de ser altamente instructivo, si sin limitarnos á la humilde esfera de los hechos nos remontáramos á estudiar sus causas providenciales. Entonces en el primer eslabon de la cadena de los azotes con que Dios castiga un pais veríamos el anillo de grandes crímenes. Y así debe ser. Lo que recobrará nueva vida en el dia del juicio no son los pueblos; son los individuos que pasarán á formar despues un sólo pueblo de elegidos ó de réprobos. Es, pues, en la tierra donde debe consumarse la justicia divina sobre las naciones, en la solidaridad de su pasagera existencia. Si fuéramos á buscar el orígen de estas guerras que se suceden unas á otras, de esas pestes continuas, sin duda veríamos aquí castigados gravísimos delitos cometidos por los respectivos. Estados. Es verdad que en esas grandes expiaciones vemos á las naciones creyentes castigadas con las incrédulas; y es que si las unas deben expiar su incredulidad, las otras deben recibir la pena de no haber correspondido al beneficio de la fé con que el cielo las favorece.

En un momento de temeraria osadía trataron ya los hebreos de entrar en lucha. Moisés procura contenerles, pero es en vano.—«Porque traspasais la palabra del Señor; les dice, lo que ciertamente no sucederá en bien para vosotros? No querais subir, porque el señor no está con vosotros; no sea que caigais derrotados ante vuestros enemigos. Teneis delante de vosotros al Amalecita y al Cananeo, á cuya espada caeréis, porque no habeis querido obedecer al Señor.» Las palabras de Moisés fueron inútiles para detenerles; nada les aterraba tanto como el castigo que les habia impuesto Dios de tener que dejar sus restos en aquel desierto. Quieren sustraerse á este castigo; van á luchar pero como les ha dicho su jefe: Dios no está con ellos.

Haciéndose sordos á toda consideracion, se dirigen á

la cumbre de una montaña desde donde podrán hostilizar á los que defienden el pais de que tratan de apoderarse. Ni el arca de la Alianza ni Moisés se encuentran allí; por que no es el Señor quien allí les conduce.

Acampados en la falda del monte no tardan en ver venir imponentes masas de aguerridos y bien armados amalecitas y cananeos. Ha sonado ya la hora del combate. Los israelitas no podian vencer sino con el ausilio de Dios, y Dios no les asiste. La confusion se apodera de su campamento al ver los destrozos que en él causa el enemigo; á la confusion sigue la fuga; á la fuga la mas completa derrota.

El campo de batalla queda sembrado de israelitas. Sus cadáveres sirven de pasto á las fieras. Han empezado á cumplirse las amenazas divinas.

LECCION DÉCIMA CUARTA.

NUEVAS REVUELTAS CONTRA MOISÉS.

Hay una pasion que no porque se abrigue por punto general en los pechos de los que ocupan posiciones distinguidas es por esto menos bastarda. Pasion vil que todo lo huella, pasion funesta que lo que procura es dejar ruinas en pos de sí para que le sirvan de pedestal, y que para obtener su fin no vacila en medios por muy degradados que ellos sean. Tal es la ambicion. Podriamos enumerar aquí las numerosas víctimas inmoladas en el altar de torpes ambiciones; mas para ello necesitariamos muchos volúmenes: en la ambicion veriamos la causa de la miseria de muchas familias; y en ella encontrariamos casi siempre el orígen de esos trastornos, de esas conmociones sociales que impiden que los estados adelanten en las vias del verdadero progreso.

Tambien en el pueblo de Dios se encontraban infelices carcomidos por esa pasion indigna; y, como generalmente sucede, los que en Israel se dejaban dominar por menguadas ambiciones eran los que ocupaban puestos distinguidos. El curso de los acontecimientos nos pone en el caso de citar aquí los nombres de Coré, Dathan y Abiron. Los tres pertenecian á la clase privilegiada del sacerdocio; los tres eran objeto en Israel de especiales consideraciones. Despues de haber procurado seducir á otros dos cientos cincuenta de los principales miembros de la sinagoga, pertenecientes todos ellos al Consejo del legislador, tramaron una gran conjuracion en que se proponian nada menos que arrancar de manos de Moisés el cetro del mando. ¿Cuál era el grito de rebeldía de los conjurados? Si tratáramos de examinar lo que hay escrito en su bandera nos convenceriamos facilmente de que el lema de los revoltosos era:—¡Abajo las jerarquías!—grito fatal que vienen repitiendo de siglo en siglo todas las sectas antireligiosas y antisociales cuyos jefes con el mentido pretexto de igualdad quisieran escalar los primeros puestos. Ni Moisés que ejerce el poder político supremo, ni Aaron que ejerce el sacerdocio supremo gozan de derechos sobre los derechos de los demás, tienen títulos superiores á los titulos de la muchedumbre.

No tardó la sedicion en llegar á noticia de Moisés. Si bien es cierto que de suyo el hombre no tiene derechos sobre el hombre, sin embargo, Dios quiere que para el órden religioso y social haya sus correspondientes jerarquías, que haya quien mande y quien obedezca. Para manifestarles Moisés que el poder que ejerce sobre los hebreos no radica en su misma persona, sino que desciende de un orígen mas elevado, que si él y Aaron gozan de autoridad sobre el pueblo es en nombre de Dios, no acude á razones tomadas del derecho ó de la filosofía. Es menester presentar allí argumentos tangi-

bles, pruebas experimentales que no dejen lugar á la menor duda; pruebas en las que á la vez los revoltosos encuentren su castigo: hé aquí lo que el Señor inspira á Moisés.

—«¡Mucho os engreis, oh hijos de Leví! dice á los conjurados. Tome cada uno su incensario; tú Coré y todos tus afiliados, y tú Aaron separadamente; acudiréis mañana al Tabernáculo y elevaréis incienso al Señor. El hará ver de una manera clara quienes son los que ha escogido.»

Al dia siguiente Coré con los de su bando se dirigió al Templo. Junto al santuario hallábase un inmenso concurso. La revuelta habia sido pública, público habia de ser el castigo. Pero Dáthan y Abiron no habian acudido á la cita. Creyeron sin duda que fuera del santuario no habia de alcanzarles la justicia divina. Trata Moisés de contener la mano airada del Señor, pero reconoce luego que es en vano, y se persuade de que se necesita un castigo pues Dathan y Abiron se hallan todavía entre las muchedumbres á las que sobornan. Moisés con su aspecto imponente, al frente de los setenta ancianos de Israel, sale del santuario, y por entre aquellos montes retumban estas palabras:—« Retiraos de las tiendas de esos hombres impíos»—dice á las muchedumbres refiriéndose á los perturbadores,—«á fin de que no seais envueltos en el castigo de sus pecados. He aquí el signo en que conoceréis que el Señor me ha enviado para que hiciera todo lo que estais viendo y que no lo he sacado yo de mi mismo. Si estos murieren de muerte natural, señal es de que no me envió el Señor; pero si Jehová obrase un nuevo prodigio, de suerte que abriendo la tierra su boca se los tragara y descendieran vivos á los abismos infernales, conoceréis por ello que han blasfemado contra Dios.» A estas frases de Moisés siguió un silencio sepulcral. Las palabras del caudillo habian sido demasiado esplícitas y graves; el escar-

miento con que se decia que iban á ser castigados los culpables era demasiado espantoso, y por otra parte Moisés habia hablado con harta seguridad para que todos no se sintieran poseidos de un secreto terror al persuadirse de que tendrian que ser testigos de una expiacion tan horrorosa. Cuando Coré se habia ya asociado á sus parciales, estos sienten conmoverse la tierra debajo de sus piés... Pasan algunos instantes, y el pueblo de Dios busca inútilmente á los conjurados. Coré, Dathan y Abiron, envueltos entre los brazos de la Justicia divina, á la que habian provocado con sus insolencias, caen sepultados en las entrañas de la tierra, mientras que un fuego bajado de lo alto reduce á cenizas á los que se habian alistado en sus filas. Aaron recoge los incensarios de los delincuentes, y guarda las cenizas de las víctimas extendiéndola, en planchas. De los conjurados no quedó ya mas que el recuerdo de su insensato crímen y de su horrorosa expiacion.

Para convencer á los israelitas del derecho que á Aaron le asistía para ejercer el Sumo Sacerdocio, toma Moisés varas para cada uno de los príncipes de las tribus, escribiendo encima de cada una de las varas su respectivo nombre. «Pondrás estas varas, dice el Señor á Moisés, en el Tabernáculo; y la del que sea escogido por mí florecerá:» Las reconocieron al dia siguiente. Solo una habia brotado flores, cuyas hojas extendiéndose luego se transformaron en frutos: era la vara de Aaron.

Cuarenta años hacia que los hebreos divagaban por aquellas vastas soledades. Frecuentemente se hallaban casi á las puertas del pais de sus esperanzas, pero al querer penetrar en él encontraban siempre la voluntad de Dios por muralla. Era el primer mes del año cuarenta despues de la salida de Egipto cuando al dar vuelta á los desiertos de Sin, sentaron sus tiendas en Cades; como si esperaran allí la voluntad celestial para ir á Canaan. Allí les faltó el agua. Inútil es decir que de los

labios de los israelitas salieron nuevas quejas, nuevas murmuraciones que habian de apesadumbrar á Moisés. Este junto con Aaron penetra en el templo para impetrar de la Suma Bondad el medio de apaciguar el tumulto:—«Toma tu vara, le dice á Moisés la voz celestial, y los dos congregad al pueblo; hablad á esa peña delante de ellos; y ella dará aguas.»

La fé de Moisés y de Aaron acababan de ser sometidas á una ruda prueba. Es verdad que Dios les ha dicho que á su voz la roca se convertiria en un manantial; pero las impertinencias de los hebreos siempre ingratos, siempre inflexibles, habia introducido la perturbacion en la mente de Moisés; parece que éste y Aaron su hermano dudan, vacilan; al fin Moisés indignado dice á aquel pueblo:—«¡Oid, rebeldes! ¿Podemos acaso Aaron ni yo hacer salir agua de una peña para que bebais?» Dios le habia dicho que hablase y se obraria el prodigio; Moisés en vez de hablar conforme el Señor le habia mandado, hiere la peña con su vara. La peña obedece á los golpes de Moisés. Aquel pueblo no pudo menos de ver con transportes de júbilo que lo que no era nada mas que una árida roca quedaba convertido en una fuente.

La vacilacion de Moisés y Aaron al obedecer la órden de Dios tuvieron tambien su castigo. Habian faltado á la fidelidad, á la absoluta confianza que al Todopoderoso le debian; Dios no quiso dejar impune esta falta que, tratándose de los que estaban al frente del gobierno, tenia además el carácter de un mal ejemplo.—«Por cuanto no me habeis creido, para santificarme delante de los hijos de Israel, no introduciréis á estos pueblos en la tierra que les daré,» dijo el Señor á Moisés y Aaron. Acababan de quedar incluidos en el decreto de exclusion pronunciado contra otros muchos hebreos.

Aaron habia ya bajado al sepulcro, dejando para que orase junto á su tumba el nuevo Sumo Sacerdote, Eleazar su hijo; cuando desde Cades despacharon los he-

breos mensages á Ideumea para que les franquearan la entrada. La comision no tuvo buen resultado: los israelitas, cansados ya de una tan larga peregrinacion, tuvieron que hacer nuevos rodeos á fin de facilitarse el paso al pais de sus aspiraciones. Impacientes por entrar en Canaan, levántase contra Moisés un nuevo clamoreo; de todas partes resuenan contra el legislador murmuraciones en que se censura su conducta. ¿Habia motivos para ello? Muy al contrario; Moisés trató de evitar un derramamiento de sangre inútil; no quiso conducirles á unas luchas en que habrian sido nuevamente derrotados, puesto que la espada del Señor no estaba aun dispuesta para pelear en favor suyo; he aquí toda su falta.

Se ha dicho que hay hombres que han nacido para ser esclavos. Esto no es así; Dios da á todos los hombres derechos á una libertad proporcionada á las condiciones de su naturaleza y á la responsabilidad que exige de sus actos; y si hay pueblos para quienes la ley carece para ellos de fuerza moral, como el sentimiento del deber carece de estímulo, no culpemos por ello á la naturaleza humana; culpemos á los hábitos de estos hombres ó de estos pueblos y á los defectos de su educacion. Esta es la rzaon porque los israelitas no acertaban á saber someterse al gobierno paternal de Moisés, al ligero yugo que Dios les imponia.» Durante años y mas años no conocieron mas ley que el látigo de los egipcios; habianse acostumbrado á graduar la importancia de sus deberes por el peso de las cargas que se imponian sobre sus hombros. Y esta es la razon porque Moisés que no les gobernaba con el látigo, que les hacia comprender su dignidad, encontraba en ellos tales resistencias.

Esta vez los hebreos viéronse castigados con una plaga de serpientes cuyas picaduras producian la muerte. El castigo les hizo volver en sí, y de aquellos labios que lanzaran palabras de censura, salieron expresiones de

arrepentimiento.—«Hemos pecado, dijeron á Moisés; hemos hablado contra el Señor y contra tí.»

El Todopoderoso va nuevamente á confundir con su bondad las contínuas ingratitudes de su pueblo.—«Haz una serpiente de bronce, dice á Moisés, y ponla por señal sobre el asta de un astendarte; el que herido la mirare, vivirá.»

De este modo la imágen del réptil que daba la muerte restituye la vida; precioso símbolo de la verdadera vida de la humanidad que, perdida al pié de un árbol en el paraiso, habia de ser recobrada al pié de un árbol en el calvario; la cruz símbolo de muerte es hoy el gran símbolo de la vida.

LECCION DÉCIMA QUINTA.

MUERTE DE MOISÉS.

Los cuarenta años de la peregrinacion se habian ya cumplido: los hebreos, se encontraban, pues, ya próximos á dar fin á esa vida errante y llena de privaciones que venian llevando. Moisés sabia perfectamente que su pueblo estaba tocando las fronteras de la tierra de promision; pero sabia tambien que una órden de Dios le privaba á él de ver el coronamiento de una obra que le costara tantos pesares, que le expusiera á tantos peligros. Cuanto mas se acerca al pais de las esperanzas de los hebreos tanto mas se acerca Moisés al lugar en que está abierta su tumba: el gran caudillo no ha olvidado que antes de que pise aquella region privilegiada la mano del Omnipotente ha de cortar el hilo de su existencia. ¿Morirá Moisés en el campo de batalla? ¿Será víctima de una sublevacion popular? ¿Tendrá una muerte pacífica? He aquí lo que el célebre legislador no sabe.

Sin embargo está tranquilo. Ya se concibe que Moisés no erade esas almas cobardes que temen la muerte. Sensible habia de serle no ver terminada una tarea á que dedicó todo su vigor, á que sacrificó todos los momentos de su vida; pero ántes que todo se resigna á la voluntad del Ordenador Supremo; tiene la satisfaccion de haber llenado en el mundo el difícil papel que la Providencia le designara; y si tuvo la debilidad de una falta que le acarreó el castigo de no poder entrar en la tierra prometida acepta resignado la expiacion, y aguarda la hora de la muerte con la serenidad de una conciencia tranquila.

Los hebreos tienen que acudir á la fuerza de las armas para que se les abra paso. Pero cuentan con el auxilio del cielo, y vencen brillantes victorias ponen á su disposicion las regiones donde imperaban Sehon, Og y Arad, en cuyos dominios se establecen las tribus de Ruben y Gad, con una parte de la de Manassés, pero con la condicion de que ayudarán á las demás á conquistar la tierra prometida.

El pueblo se traslada á las llanuras de Moab. El monarca de esta pais, llamado Balac, se ve en la precision de librar una batalla contra los iraelitas. No han dejado de llegar á noticia suya los brillantes triunfos que han obtenido: el rey teme con razon esponer á su ejército á una derrota. ¿Retrocederá, pues, ante la superioridad de sus adversarios, cediéndoles el campo? Semejante resolucion habria sido para Balac y su pueblo harto vergonzosa.

En las horas de suprema crísis es cuando el hombre siente la imprescindible necesidad de las creencias religiosas. Cuando el hombre ve cerrarse ante si todas las puertas, entonces comprende lo poco que valen los esfuerzos humanos y que hay un poder mas alto que todos los poderes terrenos. Balac desea saber si la derrota de su ejército entra en los destinos

providenciales. A orillas del Eufrates levántase el pueblo de Behor, cuyo nombre seria ignorado si no lo hubiese hecho famoso la circunstancia de ser la residencia de un sacerdote gentil, cuyo nombre es Balaam, considerado como el oráculo de su tiempo. Balac envia órdenes á este adivino para que comparezca en el campamento á atajar la marcha de los israelitas á fuerza de conjuros.

No habian dejado de llegar á noticia de Balaam las victorias de los hebreos; victorias que, por inspiracion divina, comprendió que no las debian á la pericia militar, sino á la proteccion del cielo. Balaam poseido de un pavor sobrenatural se niega á hacer la voluntad del monarca.

Balac envia á Balaam lo mas escogido de su córte, le hace los mas seductores ofrecimientos; y aunque al principio se muestra inflexible, al fin se resuelve á emprender el viaje.

Sin duda Balaam durante su camino se entretenia en pensamientos de soberbia, sin duda se sentia ufano al ver que estaba pendiente de sus labios todo un pueblo. Balaam habia tal vez llegado á olvidar que cerca de su rey no habia de ser otra cosa que el instrumento de la Providencia divina. El Señor confunde su orgullo; pone palabras en boca de la humilde cabalgadura en que vá montado; Balaam, ve en su presencia al ángel del Altísimo, y se siente forzado á reconocer que el hombre nada vale por su saber, ni por su génio; que solo Dios es quien lee en el libro del porvenir, como es él quien asegura ó niega las victorias. En vista de este prodigio, que le llena de asombro, Balaam está resuelto á desandar lo andado; mas el ángel de Dios le detiene diciéndole:—«Vé, y guárdate de hablar otra cosa que lo que yo te mandare.»

El rey Balac está aguardando ansioso la venida de Balaam, seguro de que él ha de traerle el triunfo. Ape-

nas tiene noticia de su llegada se apresura á ir á recibirle. El monarca rodea al sacerdote de toda clase de consideraciones, le llena de regalos, le hace obsequios que pueden envidiar los príncipes de la córte. Sin embargo, Balaam no olvida la leccion que del ángel ha recibido.—«¿Por ventura, dice al Rey, podré hablar otra cosa, sino lo que Dios pusiere en mi boca?»

Por órden de Balaam levántanse los altares destinados á maldecir á los israelitas, se preparan debidamente las víctimas del sacrificio, y el Rey, con todo su pueblo está aguardando las palabras del célebre adivino. Este se dirige á consultar la voluntad del cielo. Al volver al altar, en presencia de una muchedumbre innumerable, ante el Rey y todos los dignatarios de su córte, en medio de un silencio sepulcral, Balaam con la vista fija en el campamento de los israelitas prorumpe en estas frases:—«De Aram me ha traido Balac, rey de los moabitas, de los montes del Oriente: Ven, dijo, y maldice á Jacob : date priesa, y detesta á Israel. ¿Cómo maldeciré á quien Dios no maldice? ¿Cómo he de detestar á quien el Señor no detesta? Desde las mas altas peñas le veo, y desde los collados le contemplo. Esta nacion habitará sola y no será mezclada entre los gentiles. ¿Quién podrá contar el número de la estirpe de Israel? Ojalá tenga mi alma la suerte de estos justos, y mis postrimerias sean semejantes á las suyas!»

El efecto que estas palabras habian de producir en el Rey y en los magnates de la córte, no es para descrito: á decir verdad no eran las mas apropósito para alentar al pueblo á una lucha en la que no tenian de su parte la proteccion de lo alto. No obstante, Balaam, apesar de toda su buena voluntad, no podia decir otra cosa que lo que decia. Su boca era el instrumento de un poder superior que le sujetaba.

—«¿Que es esto? esclama Balac encorelizado; te llamé para que maldijeras á mis enemigos y tú les bendi-

ces.» El Rey conduce á Balaam á otra colina, y enseñándole de nuevo al ejército de Israel le pide que eche sobre él sus anatemas. Levántanse de nuevo siete altares; se procede segunda vez á las ya descritas ceremonias; pero sin resultado favorable. Balaam, en nombre del Altísimo, dice:—Levántate, Balac y escucha. No es Dios como el hombre para que mienta, ni como el hijo del hombre para que se mude. Lo que ha dicho una vez ¿por ventura no lo hará? ¿No cumplirá lo que ha prometido? He sido llamado para bendecir, y no puedo detener la bendicion que sale de mi boca: No hay ídolo en Jacob ni se ven falsos simulacros en Israel. El Señor su Dios está con ellos, y percibo ya el sonido que anuncia la victoria. Dios le sacó de Egipto, cuya fortaleza es como la del rinoceronte. He aquí el pueblo que se levantará animoso como una leona...»

El Rey se sentia cada vez mas desconcertado. Pide al adivino que ya que se empeña en no maldecir al ejército de Israel, al menos que no le bendiga; y Balaam le reprende: «Te he dicho ya que no haré sino lo que me mande el Señor.» Balaam es llevado á las alturas del Fogor, por si allí se resuelve á maldecir las armas del ejército contrario; pero el Espíritu divino le embarga de tal suerte que en medio de la sorpresa universal, comienza á exclamar enagenado: «¡Qué bellos son tus tabernáculos, oh Jacob, y tus pabellones, oh Israel! bellos cual nemorosos valles y huertas de regadío junto á las corrientes; bellos cual tiendas que el Señor ha fijado á manera de erguidos cedros junto á las aguas!...» Y sin que se dejase intimidar por la furia del monarca mal reprimida, Balaam prosigue:—«He oido la palabra de Dios, y sé la doctrina del altísimo, y veo las visiones del Omnipotente; y he aquí lo que acaecerá en la sucesion de los tiempos:—De Jacob nacerá una estrella y de Israel se levantará un cetro, y de este pueblo saldrá El que domine y destruya á todos sus enemigos.»

Estas predicciones se cumplieron. De Jacob salió algunos siglos mas tarde una estrella misteriosa que guió á tres magos hácia el portal de Belen; de aquel pueblo salió EL QUE HABIA DE DOMINAR EL MUNDO con su Evangelio.

Esa politica fatal que consiste en llegar al término propuesto por caminos tortuosos, la política maquiavélica que trata de obtener el fin sin pensar en los medios, era ya conocida de Balaam. No vayamos á creer que fuese amigo de los israelitas; muy al contrario; si las palabras que salian de su boca contenian bendiciones para Israel, es porque, conforme dejamos dicho, una fuerza invencible movia su lengua. Todos los deseos de Balaam eran de poder servir la causa de Balac; lo mismo que éste odiaba de corazon á los iraelitas. La prueba está en el consejo que dió al Rey. Si se trata de vencer á los israelitas, para dominarlos empecemos por corromperlos. Mientras odien nuestro culto, mientras sus costumbres no sean las nuestras, mientras nos consideren como una raza enemiga, se batirán bizarramente contra nosotros. Pero probemos de vencerles con halagos antes de luchar con ellos; hagamos que tomen parte en nuestros festines, veamos si se postran ante nuestros dioses. Si pudiéramos encender en sus pechos la llama de la sensualidad, esta acabaria con su vigor; y si en vez de tener que combatir á soldados llenos de fe hubiésemos de habérnoslas con hombres afeminados por el vicio, la victoria seria nuestra.

Balaam al dar tan pérfidos consejos manifestó que comprendia perfectamente el fatal poder del vicio que debilitando los caracteres, enervando los espiritus, sume á los hombres en la impotencia.

El Rey acepta la proposicion de Balaam. Dispone en honor de los falsos dioses magníficas fiestas; y con el pretexto de vender vituallas, manda á las mugeres mas agraciadas de Moab y de Madian que pasen al campamento de los iraelitas, á fin de que, valiéndose de to-

dos los recursos, les induzcan á tomar parte en los festines que se preparan.

El lazo fué perfectamente tendido. Moisés que tanto habia trabajado para colocar entre los hebreos y los idólatras una barrera insuperable, vió multitud de israelitas que abandonaban el campamento para ir á cometer las mas degradantes torpezas y arrodillarse ante el ídolo de Beelphegór. Necesitábase otro gran escarmiento; necesitábase escribir con sangre una nueva página en la historia de los hebreos, á fin de que este pueblo pudiera leer una vez mas allí el rigor con que la Justicia divina descarga su tremenda mano sobre los apóstatas y los prevaricadores. Dios hizo sentir á los hebreos la fuerza de su justo enojo. Los caudillos que tomaron parte en la prevaricacion, en su carácter de traidores, fueron colgados á la vista del ídolo á quien habian adorado.

No faltaron celosos israelitas que supieron desagraviar al Señor. Mientras los hebreos que habian permanecido fieles estaban llorando en las puertas del Tabernáculo, hubo uno de ellos, el desventurado Zambri, caudillo de la tribu de Simeon, que con una accion indigna se atrevió á insultar su fidelidad. Finées hijo de Eleazar se levanta airado para defender la honra de su pueblo indignamente ultrajada por el escandaloso que va á cometer una accion brutal sin atender á lo que de él exige su posicion elevada, corre hácia el hombre que con sus torpezas está provocando á los israelitas; se arroja sobre él, y tiende en el suelo á Zambri junto con Cozbi cómplice de su crímen. La Justicia divina se dió por satisfecha con este arranque inspirado por un justo celo.

La muerte de Cozbi, hija de un príncipe de los madianitas, acabó de escitar el furor de estos, mientras que los hebreos deseaban vengar las asechanzas viles de que se valiera Balac, siguiendo el pérfido consejo de Balaam. Era menester que los dos ejércitos vinieran á las manos.

Declaráronse la guerra, pero una guerra sin cuartel; una guerra de exterminio en que despues de la lucha no debia ya haber vencidos, porque estos habian de quedar en el campo.

Los israelitas se disponen para la batalla. Saben que si la victoria no les proteje el pueblo de Israel caerá en el campamento para no volver á levantarse mas. ¿Quien merecerá la honra de ponerse al frente de los hebreos? Nadie se atreve á disputar este honor al que supo lavar la mancha que Zambri habia arrojado sobre el pueblo, y que matando á Cozbi lanzára contra los moabitas y madianitas un guante que estos no rehusaron recoger. Finees escoge los soldados de su ejército. No quiere que este sea muy numeroso; prefiere que el valor supla al número. Es indispensable que en el ejército de Finees no haya un solo soldado que pueda sentir debilitarse su teson; es necesario que no se cuente una sola defeccion. Finees se coloca al frente de doce mil hombres; y con este puñado de valientes se arroja sobre el enemigo.

La batalla fué tan sangrienta como decisiva. Finees cubierto de gloria y cargado de botin, regresó al campamento entre los plácemes de Moisés, de Eleazar y de todos los príncipes de la sinagoga. El ejército de Madian ya no existia. El encarnizamiento de la pelea fué tal que los pocos restos que del ejército quedaban fueron pasados ó cuchillo. En medio del campo sembrado de cadáveras se veia el inanimado cuerpo del Rey, que habia perecido en la pelea con otros cinco príncipes. Cerca del cadáver del Rey habia el cuerpo de un hombre cubierto con una túnica donde se veian los símbolos de la majia y de la astrología: tambien Balaam habia perecido.

Podemos decir que Moisés tenia ya terminada la difícil obra de la nacionalidad hebrea. Los israelitas tenian ya su culto, culto sublime en el que despreciándose las supercherías de las sectas idolátricas el hombre hincaba su rodilla y ofrecia su incienso ante el Dios verdadero por

medio de unos actos que, por lo mismo que eran inspirados por el Altísimo, estaban muy conformes á las legítimas exigencias del espíritu y del corazon. No solo los hebreos tenian su religion, tenian tambien sus leyes, y leyes que han admirado todos los grandes legisladores. Por espacio de cuarenta años habian ido formándose sus costumbres: y para que nada faltase, sus guerreros, ceñida la frente con el laurel de la victoria tenian sobre aquella tierra el derecho que les concedian brillantes victorias. Moisés habia ya terminado el papel que le confiara la Providencia en el difícil drama de la vida; podia ya, pues, bajar al sepulcro.

El legislador hebreo inspirado por Dios escribe el admirable libro del *Deuteronomio*, en que recuerda á los israelitas sus deberes con esa majestad y esa elocuencia que caracteriza la divina palabra. Moisés, lleno de robustez, y de vida, reune en torno suyo una por una las doce tribus para dirigirles el adios de despedida con unas palabras en cuyo acento se ve toda la ternura del gran caudillo. Por última vez bendice á su pueblo que embargado por la conmocion le ve alejarse para subir á la cumbre del Fasga, que se halla en lo mas culminante del monte Nebo. Allí el Omnipotente muestra á Moisés la querida patria de las promesas y de las esperanzas, y despues de haberle hecho pasear sus miradas por toda la tierra de Galaad hasta Dan; por toda la region de Neftalí, el pais de Efraim, de Manasés y de Judá, hasta el mar occidental ó mediterráneo, y finalmente, la parte meridional hasta Segor, dice con la mas majestuosa acentuacion:—«Esta es la tierra de Canaan que prometí á Abraham, á Isaac y á Jacob; mírala y muere.» Moisés baja al sepulcro obedeciendo la órden de Dios.

En vano las generaciones han buscado la tumba del grande héroe. Dios se empeñó en ocultarla, sin duda para que no hubiese pueblos que obedeciendo á instin-

tos idolátricos le erigiesen en divinidad ; ó tal vez para que los siglos no tratasen de profanar jamas los restos de un mortal que reunia en sí todas las cualidades que constituyen un grande hombre ; la fe, la piedad, la virtud, la ciencia y el valor. No importa que la humanidad no tenga sus restos; en cambio tiene sus libros donde las generaciones pueden admirar al célebre caudillo, al famoso legislador, al hombre de fe y de inspiracion que fué uno de los principales instrumentos de que se vale la Providencia en los difentes períodos de la historia para conducir el género humano por la senda de sus destinos; tiene sus virtudes religiosas y sociales donde se ve retratada aquella alma que sabia hacerse superior á todos los contratiempos, dominar todas las situaciones; tiene en fin, la nacionalidad judía cuyos restos esparcidos hoy por toda la faz de la tierra son una prueba de la robustez de aquella nacionalidad que subsistió por espacio de quince siglos.

La gran figura del legislador de los hebreos se ha visto rodeada en todas épocas de un prestigio universal.—Amado de Dios y de los hombres, dice el libro del Eclesiástico, su memoria se conserva en medio de las bendiciones de la posteridad. Hízole el Señor semejante en gloria á los santos, y fué el terror de sus enemigos. Engrandecióle en presencia de los reyes; santificóle por su fe y su mansedumbre, habiéndole escogido entre todos los hombres... Dios le comunicó los mandamientos y la ley de vida y de ciencia para que enseñase su testamento á Jacob y sus juicios á Israel.

Moisés á quien hemos dado á conocer como á legislador, como á político y como á hombre inspirado de Dios, tiene además el carácter de primer historiador del género humano. Sus admirables libros donde se refiere el origen del mundo y de la humanidad, su desarrollo en los veintiseis primeros siglos, las catástrofes que tuvo que pasar durante esta larga época, estos libros,

decimos, son escritos con 750 años de antelacion al Tschu-King de los chinos y 1000 por lo menos antes de Herodoto y Homero los primeros historiadores de Grecia. «Cuantas naciones han conocido estos escritos, dice un protestante (1), han admirado la majestad que en ellos rebosa.»

Todos los escritores antiguos rinden homenage á la gran superioridad de Moisés. Estrabon le tiene por un sacerdote de grande iniciativa que, proscribiendo los degradantes sacrificios de los gentiles, supo dar al culto público un carácter puro y elevado. Justino reconoce en él las mas raras cualidades como hombre igualmente fuerte en las ciencias humanas y en los secretos de la divinidad. Diodoro de Sicilia le proclama como un gran modelo de prudencia y de valor, y como digno gefe de un pueblo que muerto por la esclavitud parecia tarea imposible resucitarle á la vida de las naciones.

LECCION DÉCIMA SEXTA.

RAHAB.

Faltábales aun á los irraelitas el suelo donde habian de fijarse definitivamente. El suelo, ha dicho un escritor (2), es para los pueblos lo que el hogar para los individuos; el asilo querido de las riquezas mas preciosas y de los goces mas suaves, el punto donde se apoyan la fuerza del ataque y de la defensa, el manantial donde se alimenta la vida. Las razas nómadas no pasan de un pueblo comenzado; las razas separadas de su tronco viviente y arrojadas sin raices en pais estraño por la

(1) Muller.
(2) Mugeres de la Biblia.

espada del conquistador, no son mas que un deshecho de pueblo, ruinas de nacion; semejante á sombras fugitivas pasan sin hacer ruido en la historia de la humanidad, hasta el dia en que se establecen en regiones invadidas, ó vuelven á empezar sobre las tumbas de sus mayores una nueva existencia.

Para posesionarse del pais que les estaba señalado necesitábanse aun algunos dias de constancia en que debian medir su valor con ejércitos tan numerosos como aguerridos. No porque el pueblo de Dios haya perdido á Moisés ha de faltarle un gefe. Josué habia recogido el cetro de mando de las manos de Moisés próximas á helarse con el frio de la muerte. Cuando ya la gran lumbrera de Israel yace en un sepulcro ignorado, el Señor dice á Josué: «Moisés ha muerto; levántate;» y señalándole el rio Jordan que sirve de muralla á las fuertes ciudades que ha de conquistar, añade: «Pasa este Jordan tú, y contigo todo el pueblo, y dirígete á la tierra que yo daré á los hijos de Israel. Todo lugar que hollare la planta de vuestro pié será vuestro: desde el desierto y el Líbano hasta el grande rio Eufrates, toda la tierra de los Hethéos hasta el mar grande hácia el Poniente serán vuestras fronteras. Mientras tú vivas nadie podrá resistiros; como fui con Moisés así seré contigo: no te abandonaré jamás. Aliéntate: yo daré á esta muchedumbre la tierra que juré á sus padres. Esfuérzate, y no temas; el Señor tu Dios está contigo en todos los lugares á donde vayas.»

Josué no vacila ni un instante. Reune á los gefes y les dice:—«Introducios en el campamento é intimad al pueblo y decidle: «Haced provision de víveres; dentro «tres dias pasareis el Jordan y entrareis en posesion de «la tierra que el Señor os ha de dar.»

La ciudad de Jericó era la llave del pais de Canaan; Josué comprende que la tactica exige apoderarse de esta temible fortaleza. No porque podamos contar con el

auxilio divino debemos despreciar los recursos humanos; es menester que hasta en aquellas empresas que queremos realizar obedeciendo á una inspiracion celestial pongamos cuanto esté de nuestra parte. Asi lo verifica Josué. Obra como debe obrar un buen caudillo; organiza su ejército, alienta á sus subordinados, estudia los planes de campaña que habrán de ser mas convenientes. Como buen militar quiere informarse de los medios de defensa con que cuentan sus poderosos enemigos, de las fuerzas que tienen á su disposicion, del estado de sus fortificaciones, á cuyo fin resuelve mandar á Jericó dos hebreos con el carácter de exploradores. ¿Quién se prestará á una mision que, atendido el odio á muerte que en aquellas regiones se profesa á los israelitas, es altamente arriesgada? No faltan en el pueblo de Dios hombres esforzados dispuestos á arrostrar toda clase de peligros: Josué elige á dos de cuya constancia é impavidez está perfectamente seguro.

Marchan los dos exploradores, atraviesan las aguas del Jordan, y no tardan en verse á los piés de las murallas de Jericó. ¿A donde irán? Su fisonomia, sus maneras, su lengua, todo descubre su carácter de israelitas; en el momento mismo en que sean descubiertos se verán condenados á muerte. Pegada al muro hay una casa donde vive una muger llamada Rahab; los dos exploradores penetraron en ella en busca de hospedage. Era Rahab una muger que habia vivido entregada á todas las locuras del mundo; pero apenas los dos exploradores la hablan del verdadero Dios, lo reconoce y hasta le adora en el fondo de su corazon.

Jericó estaba perfectamente vigilada. No bien hubieron entrado los dos hebreos cuando se comunicó al rey la nueva de que en casa de Rahab se cobijaban unos espias venidos del campamento enemigo. Presentábase una escelente ocasion para dar á conocer todo el encono que Jericó abrigaba contra Israel.

Estarian los dos huéspedes platicando tranquilamente con la que les ofreció con tanta cordialidad un techo hospitalario, cuando en la puerta se oye un gran ruido.

Rahab comprende muy bien lo que este ruido significa. Sabe que en toda la ciudad están apostados guardas de vista desde que se tiene noticia de que los hebreos la amenazan; y si bien los dos exploradores para entrar en la vivienda de Rahab han esperado á que la noche esparciese sobre Jericó su manto de tinieblas, la vigilancia es tan activa que Rahab no duda que los extrangeros habrán sido descubiertos. ¿Entregará á los soldados del Rey á los que penetraron en su casa buscando allí un asilo? Pero ocultándolos se expone al furor del Soberano, que puede descubrir fácilmente á los que Jericó califica de espias; y Rahab tendrá que pagar en el suplicio su delito de encubridora de unos hombres que tratan de apoderarse de la ciudad. Rahab está resuelta á todo: aquellos hombres le han hablado de Jehová, del Dios grande, del Dios omnipotente; Rahab pertenece ya en alma á Israel y está dispuesta á prestarle cualquier servicio; ocultando á los dos israelitas no cree hacer traicion á su patria; la causa de los hebreos es la de Dios, y la causa de Dios está sobre todas las demas. Les hace subir á la azotea de su casa, ocultándolos allí entre haces de lino. Concluida esta operacion baja á la puerta que está custodiada por los guardias. Le dicen en nombre del Monarca que saben que allí han entrado dos extrangeros; que es menester que se los entregue inmediatamente, porque son espias. «Confieso que vinieron á mi casa, contesta con la mayor serenidad, pero yo no sabia de donde eran; y al ir yo á retirarme, siendo ya entrada la noche, salieron de aquí sin que pueda saber la direccion que han tomado. Id luego en su seguimiento y los alcanzaréis.»

Todo le salió á Rahab á pedir de boca. El libertinage

á que hasta entonces habia vivido entregada contribuia á su gran prestigio en la corte, debiendo á ello sin duda el que creyesen lo que decia, y no se empeñasen en hacer pesquisas en su habitacion. Los enviados del Rey se dirigen hácia el Jordan para alcanzarlos antes de que tengan tiempo de vadearlo. Al ver que se alejan, Rahab cierra la puerta para subir á aconsejar á los que están escondidos que procuren ponerse á salvo. Estos á fin de cumplir con su mision antes de marcharse, inquieren de su protectora el espíritu de la poblacion: á lo que les contesta:—«Ha llegado hasta nosotros el terror de vuestro nombre; no se sabe como hacer recobrar las desmayadas fuerzas de estos habitantes. Hemos sabido que el Señor secó las aguas del mar rojo al entrar vosotros en él, cuando salisteis de Egipto; y nadie ignora la desgraciada suerte de los dos reyes de los Amorrheos, que se hallaban á la otra parte del Jordan, Sehon y Og, que perecieron al filo de vuestra espada. Al tener la ciudad tales nuevas de vosotros un espanto general se ha apoderado de los moradores de Jericó, nuestro corazon desmaya, y si os proponeis entrar aquí nos faltará aliento para resistiros, porque el Señor vuestro Dios es el Dios que está allá arriba en el cielo y acá bajo en la tierra. Ahora, pues, —añade,—juradme por el Señor que así como yo os he protegido á vosotros, respetareis tambien vosotros la casa de mis padres, y me dareis la seguridad de que mi padre y mi madre, mis hermanos y hermanas y todo cuanto les pertenece estarán salvos; que vosotros os encargareis de patrocinar nuestras personas.» Los hijos de Israel acceden gustosos á esta demanda. Juran responder con sus vidas de la vida de sus padres y de toda la demas familia, con tal que se cobijen en la casa de Rahab sin salir de ella, y con la promesa por parte de esta muger que no les hará traicion, de lo contrario se creerian completamente desligados de su juramento.

Entréganle un cordon de color de escarlata para que lo coloque en el ventanal de su habitacion, segura de que no se atentará contra el lugar donde aquella seña figure.

Esperar á que amaneciese el nuevo sol habria sido una temeridad que los dos hebreos hubieran sin duda pagado muy cara, comprometiendo la misma existencia de su huéspeda. Aprovechando la oscuridad de la noche Rahab les descolgó con una soga por la parte que daba al campo, desde donde pudieron evadirse facilmente amparados por las tinieblas. Antes Rahab tuvo buen cuidado de advertirles que estarian ya guardadas todas las avenidas, que procurasen ganar el monte inmediato y que permaneciesen allí escondidos hasta despues de tres dias en que las fuerzas del Rey estarian ya cansadas de andar inutilmente en su busca.

Llegado que fué el tercer dia, los dos exploradores regresaron al campamento, dando cuenta á Josué de su cometido con las siguientes palabras: «El Señor ha puesto en nuestras manos toda esta tierra; todos sus habitantes están abatidos de terror.»

Alentado con tan escelentes nuevas, durante la noche manda Josué que se ponga en marcha el ejército, y que se traslade el campamento á las orillas del Jordan.

Tres dias estuvieron acampadas las huestes israelíticas, finidos los cuales Josué anunció á su ejercito que habia llegado la hora definitiva del combate: «Mañana el Señor obrará prodigios entre vosotros... En esto conoceréis que el Señor Dios viviente está en medio de vosotros. Hé aquí que el arca de la alianza del Señor de toda la tierra irá delante de vosotros al atravesar el rio Jordan. Luego que los sacerdotes que llevan el arca del Señor Dios de toda la tierra hubieren sentado las plantas de sus piés en las aguas del Jordan, las aguas que corren por la parte inferior seguirán su corriente, y las que vienen de la parte superior se pararán formando una especie de montaña.»

El ejército se pone en marcha con sorpresa de los enemigos que, contemplando sus movimientos á larga distancia, creen que en el Jordan, que habia experimentado una muy notable crecida, á consecuencia de recientes aguaceros, han de encontrar los israelitas una barrera insuperable. A la frente avanzan los sacerdotes con sus largas y magestuosas túnicas, los cuales rodean el Arca santa. Sigue despues la ilustre y numerosa tribu de Judá, que obtiene siempre el primer puesto desde que Jacob la prometió la gloria sin igual de dar un Salvador al mundo y de empuñar el cetro de Israel; viene inmediatamente la de Efrain, que se gloría de descender de José y de formar una raza patriarcal; tras de esta va la de Benjamin, la que pone su honra en ser la hija predilecta de Jacob. Cada tribu ocupa su lugar, sin faltar las de Ruben y de Gad, las cuales, aunque habian obtenido de Moisés los paises de Jáser y de Galaad, al ser invitados á dejar sus familias y sus rebaños en nombre de una palabra empeñada, contestaron á Josué: «Iremos al punto donde nos destines; así como obedecimos á Moisés te obedecerémos tambien á tí. Aquel de nosotros que no obedezca tus órdenes sea condenado á muerte.»

Los israelitas saborean ya el placer de posesionarse de la hermosa tierra cuyos magníficos horizontes se despliegan á su vista. Un escritor la describe en los siguientes términos:

«Esta tierra era entonces de una fecundidad maravillosa. Situada en una latitud mas meridional aun que la parte en el dia colonial del Africa, presenta sus valladados y sus colinas á los fuegos de un sol siempre ardiente mientras que el Mediterráneo envia allí sus frescas y regaladas brisas. El Líbano con sus copudos cedros la protege contra los frios vientos del Norte, y una cordillera de montañas que le sirve de límite por la parte del Mediodia, y corre despues hácia el Este, detiene en su marcha aquellas oleadas de aire sofocante y abrazador

que despiden los arenales de la Arabia. Raras son allí las lluvias, á menos que sea en otoño ó en primavera, pues en la estacion estival no hay mas que abundantes rocíos. Pero brotan de los flancos de las montañas abundantes chorros de agua, y las concavidades de los valles conservan su capa de verdor á beneficio de esta humedad que mantiene sin interrupcion la misma naturaleza. No seria razonable tomar el estado presente de la Palestina para hacerse cargo de su primitiva fertilidad. El hierro y la llama han pasado veinte veces sobre la faz de aquella desdichada tierra; el hombre no la fecundiza ya con el sudor de su rostro, ni su mano viene á detener los bruscos ataques de una naturaleza selvática, ni á corregir los deterioros que el tiempo deja en pos de sí. La guerra que estuvo allí de asiento por dilatados años, lo dejó todo agostado bajo su planta abrazadora; vino despues de ella la barbárie, y todo ha quedado en su derredor triste, sombrío, taciturno y caido en una languidez siempre mas decadente.»

Los levitas cargados con el sacrosanto depósito asientan sus piés en las aguas del Jordan. No retroceden estos ante la rápida afluencia de la corriente. Al poner su pié en el rio los ministros del Señor las aguas de la parte de arriba se detienen y acumulan, formando un monte que se divisa desde la ciudad de Adon, y las de la parte de abajo siguiendo su natural declive dejan un largo trecho vacío. Mientras esto sucede los hijos de Moab y de Ammon contemplan llenos de estupor aquel espectáculo.

Los sacerdotes hacen alto en mitad del rio interin pasa el resto del pueblo. Así en la Ley Nueva los sacerdotes del Señor, mientras dura el pasage de la vida del tiempo, figurado por el del rio Jordan, cuando se trata del cumplimiento de su mision, permanecen en su puesto para impedir que las oleadas del mundo sumerjan á los mortales confiados á su direccion. Ni la larga dura-

cion de la prueba, les intimida, ni la gran masa de las aguas de las pasiones que todo lo invaden, se acumula sobre ellos si son fieles en el cumplimiento de su deber; sin otra barrera que la fé y la gracia divina saben resistir á los embates del mundo, siendo mas fuertes que la corriente de la época. Ellos se mantienen firmes en el terreno de la verdad, en medio de las preocupaciones del siglo en que viven; y es que guardadores del Arca Santa, sienten salir de ellas un perfume celestial, una secreta virtud que sin cesar les reanima y les fortalece (1).

Estando ya á la vista de sus adversarios parece que Josué no habia de ocuparse en otra cosa que en el plan de la campaña. Sin embargo, acaban de recibir un gran beneficio del cielo como es el milagro de enjugarse el Jordan; antes de dar comienzo á la lucha es menester ofrecer al Altísimo un tributo de gratitud. Así lo dispone el mismo Dios. Doce hombres escogidos de entre las doce tribus sacan del álveo del rio doce enormes piedras para erigir un altar; no será un altar deslumbrante por su riqueza; no será tampoco una obra de arte; pero Dios aceptará este obsequio de un pueblo creyente que va á emprender la guerra en nombre de su fe. «Así cuando el dia de mañana, les dice Josué, os preguntarán vuestros hijos: ¿Qué quieren decir esta piedras? les contestaréis: al pasar el Arca del Señor el Jordan las aguas retrocedieron; por esto los hijos de Israel han erigido este monumento.»—No debemos ver en este memorable signo, el profético anuncio de las doce columnas de la Iglesia? Otro Josué, el gran caudillo de la humanidad, el Salvador, no de un pueblo, sino de todo el género humano, establecerá la Iglesia sobre doce piedras, que son los doce apóstoles; y como las piedras del Jordan no fueron pulidas por el arte, los apóstoles para sostener el

(1) A Guillemin.

edificio de la Iglesia no fueron pulidos ni por la filosofía, ni por la literatura, ni por ninguno de esos ramos del saber humano que hubiesen podido concederles un prestigio ó una influencia humana, y como las doce piedras fueron sacadas del fondo de las aguas, en el mar fué JESUS á buscar á los doce pescadores que habian de servir de base al edificio del catolicismo, siendo ellos los doce primeros é inmortales testimonios de la redencion de los hombres á través del rio de las edades.

Desde entonces el maná dejó ya de ser el alimento de los israelitas, puesto que tenian á su disposicion los frutos sabrosos y abundantes de una tierra que era suya.

LECCION DÉCIMA SÈPTIMA.

ASALTO DE JERICÓ.

El milagroso pasage del Jordan acabó de fijar sobre Josué la entera confianza de los hebreos, y de esparcir el terror en aquellos pueblos que no se sentian con fuerzas para combatir contra una causa en favor de la cual estaba el apoyo del cielo.

Los cananeos tienen respecto á los israelitas la fuerza del número, Jericó es una ciudad murallada, y desde que la amenazan los hebreos, se la ha prevenido con formidables medios de defensa. ¿Cuál va á ser el plan de ataque? Las luchas que el pueblo de Dios ha tenido que sostener han sido siempre en campo abierto. Para tomar una plaza fuerte es indispensable una táctica especial; no basta para ello el entusiasmo de los combatientes, porque para guardar la ciudad habia las piedras de las murallas que eran mas fuertes que los hombres. Por otra parte los israelitas carecen de instrumentos con que intentar un asalto. ¿De qué medios va á valerse Josué para apoderarse de aquella plaza? Ab-

sorto se hallaba meditando el sistema del ataque, cuando al levantar los ojos ve un varon de bella fisonomía, de majestuoso aspecto, que está en pié con una espada desenvainada. Su rostro brilla con una hermosura sin igual; Josué no ha visto un tipo semejante. Con la curiosidad que es de suponer, acércase al misterioso personage y le pregunta: «¿Eres tú de los nuestros ó de los enemigos?»—«Ni lo uno ni lo otro, contesta el desconocido; soy el príncipe de los ejércitos del Señor.» Josué reconoció en él al ángel de las batallas. Póstrase en tierra ante el enviado de Dios, y le dice:—«¿Qué es lo que teneis que mandar á vuestro siervo?»

El Dios de los ejércitos va á manifestar á Josué el plan y el resultado de la batalla. «Mira que he puesto en tu mano á Jericó, á su rey y á todos sus campeones. Durante seis dias consecutivos todos los hombres de armas daréis diariamente vuelta á la ciudad. Y el dia séptimo tomen los sacerdotes las siete trompetas que sirven en el Jubileo, y sitúense delante del Arca de la alianza: daréis siete vueltas á la ciudad tocando los sacerdotes las trompetas. Cuando su sonido se dejará oir mas largo é interrumpido, á la señal que herirá vuestros oidos, todo el pueblo gritará á una voz, y los muros de la ciudad caerán hasta los cimientos, y cada uno entrará por la brecha que tenga delante.»

A considerar este plan de ataque bajo el punto de vista militar tal vez podria parecer descabellado. Desfilando todos los dias el ejército por frente los muros de la ciudad ¿se trata de simular que llegan diariamente nuevos y numerosos cuerpos de combatientes? ¿Se quiere con el ruido de las trompetas y la gritería, hacer creer que las fuerzas israelíticas son inmensas, para intentar el asalto aprovechándose del terror que se apoderará en aquellos momentos de las cananeos? Todo lo que pudiéramos decir bajo el punto de vista natural seria altamente aventurado. Cuando quien obra es el Dueño

de la naturaleza, el creyente no debe vacilar en admitir los hechos que cuanto mas prodigiosos son mas brilla en ellos la Omnipotencia divina; acostumbrémonos á considerar con el criterio de las almas fieles estos hechos en que la Providencia ejerce un influjo tan directo, y no nos estrañarán por muy portentosos que ellos sean. En vano tratarémos de buscar una causa natural en hechos sobrenaturales.

Los israelitas cumplen al pié de la letra las instrucciones dadas por Josué. Por espacio de seis dias todo el pueblo de Dios atraviesa en silencio los muros de la ciudad. Llega la noche del dia séptimo: Josué dirige al ejército estas palabras: «Alzad el grito porque el Señor os ha entregado la ciudad. El anatema del Señor caerá sobre esa ciudad y sobre todo lo que hay en ella. Solo Rahab, la cortesana, quede con vida con todos los que están en su casa; por cuanto ocultó á los mensageros que enviámos.» Dichas estas palabras, óyese el prolongado y estrepitoso sonido de las trompetas, estalla en el campamento israelítico una inmensa griteria. Un instante despues los israelitas penetraban en la ciudad cuyas murallas habian sido derribadas por la mano de Dios.

Josué trató de aprovecharse del terror producido en los cananeos por la destruccion de Jericó. Junto á Bethaven, al E. de Bethel levantábase la ciudad de Ai. Josué mandó allí tres mil hombres para que se apoderasen de la poblacion. Este cuerpo espedicionario fué rechazado con pérdida, y su derrota sembró el desaliento entre los israelitas. Semejante descalabro contrariaba notablemente al valeroso caudillo. Un hecho de esta clase habia de rebajar la moral de su ejército, mientras que envalentonaba á los idólatras; los israelitas eran valientes, porque estaban en la persuasion de que su causa era la causa de Dios, y que Jehová combatia en su favor; un fracaso como el de Ai, podría menguar esa fé

ardiente que era la base de su entusiasmo. Josué siente comprimirse su pecho por la tristeza, rasga sus vestiduras; pero no por esto se disminuye su confianza en Dios. Está perfectamente persuadido de que las victorias como las derrotas tienen siempre una explicacion providencial, y va á preguntar al Altísimo la causa de este acontecimiento, postrándose en tierra junto con los demás ancianos. Con el rostro pegado en el suelo, con la cabeza cubierta de ceniza, exclama: «¡Ah Señor Dios mio! ¿Porqué quisiste que atravesásemos el rio Jordan si habíamos de caer en manos de los amorrheos para que nos destruyesen? Señor Dios mio, ¿qué podré decir yo al ver á Israel volviendo las espaldas á sus adversarios? Llegará á oidos de los cananeos y de todos los habitantes de estas regiones, y coaligándose nos cercarán y borrarán nuestro nombre de la faz de la tierra.»

La derrota que acababan de experimentar era un justo castigo. Josué, en nombre de Dios habia prohibido á los israelitas, amenazándoles con el anatema del Señor, el que se apoderasen de ciertos objetos de valor cuando entrasen á saco la ciudad de Jericó. Estos objetos habian de ser reservados para Jehová, ya que á Jehová pertenecia la victoria. Esta prohibicion fué infringida. No faltaron hebreos, que contra lo tan terminantemente prohibido, osaron manchar sus manos con la rapiña, escitando asi la indignacion del Altísimo que acababa de fauorecerles concediéndoles una tan brillante victoria, no para dar pié á sus malas pasiones, sino para que, inducidos por el agradecimiento sintieran aumentarse en sus corazones la fé y la piedad. «Israel ha pecado, dice el Señor; no ha obedecido mis órdenes; han tomado objetos que entraban en el anatema, y al robo han añadido la mentira, y lo han escondido entre sus muebles. Por haberse contaminado con el anatema Israel no se mantendrá fuerte en presencia de sus ene-

migos y huirá ante ellos. No estaré con vosotros hasta que hayais acabado con el reo de semejante maldad.»

Es indispensable, pues, una expiacion ; la existencia de Israel está comprometida en ello. Pero ¿quien es el culpable ? Josué lo ignora. Conforme á las instrucciones divinas va á preguntarlo á la suerte. Esta designa como á delincuente á Achan de la tribu de Judá. Josué con un acento de dulzura, con que se propone provocar en el culpable el arrepentimiento, se dirige á él diciéndole: «Hijo mio, da gloria al Señor Dios de Israel, y confiesa, y manifiéstame lo que has hecho; no lo encubras.» Achan no sabe resistir á estas frases: convencido de que su crímen ha atraido sobre su pueblo graves males declara su delito: «Verdaderamente yo he pecado contra el Señor Dios de Israel; soy reo del delito de que se me acusa. Vi entre los despojos una capa de grana magnífica, plata por valor de doscientos siclos y un barrote de oro de cincuenta siclos: llevado por la codicia me apoderé de ello y lo escondí debajo de la tierra en medio de mi tienda cubriendo con tierra el dinero.» Josué manda á algunos de sus dependientes á la tienda de Achan, donde en efecto encontraron el cuerpo del delito.

La confesion de su culpa, junto con su cordial arrepentimiento, pudo grangearle á Achan la misericordia para la otra vida ; pero Josué en su calidad de juez habia de castigar al reo que no porque fuese confeso dejaba de estar bajo la accion de la ley. Era necesario un escarmiento á fin de evitar mayores males; y sobre todo era indispensable obedecer la órden divina. El pueblo de Israel apedreó al culpable que con su crímen habia atraido sobre el campamento la cólera del Señor.

La justicia humana estaba ya consumada; Achan habia purgado su culpa en el suplicio, é Israel podrá contar de nuevo con el favor del Altísimo. Dispone el gefe de Israel un segundo ataque contra Ai, donde es me-

nester poner el nombre del pueblo de Israel y del Dios que le protege en el lugar que le corresponde. Salen de noche treinta mil hombres que rodean la plaza por su espalda, y se forma una emboscada de cinco mil, apostados en el promedio de Bethel y Ai, por la parte occidental. Al despuntar el alba, el grueso del ejército avanza por la parte del norte hasta llegar á un valle frente de la ciudad, donde hace alto. Las fuerzas enemigas mandadas por su rey, orgullosas con la anterior victoria, salen á batir á los israelitas, los cuales finjen retroceder ante la embestida de sus contrarios, replegándose hácia el desierto; pero á una señal de Josué, los cinco mil que formaban la emboscada salen y penetran en la ciudad, de donde habia salido todo el ejército, y pegan fuego á varios edificios; y saliendo inmediatamente caen sobre el enemigo, mientras el restante ejército, volviendo cara de repente, hiere en él y lo destruye por completo. El Rey de Ai es hecho prisionero, sufriendo mas tarde la misma suerte que á los demás prisioneros les estaba reservada.

Obtenida tan feliz y completa victoria, Josué llevado de su fe y de su espíritu religioso, siguiendo el ejemplo y las prescripciones de su antecesor, levantó un altar en el monte Ebal, donde escribió en compendio sobre piedras la ley de Moisés, procediendo despues á la bendicion de su pueblo.

Gabaon, metrópoli de algunas aldeas, la mas próxima entónces á verse invadida, está consternada. ¿Cómo salvar sus haciendas y sus vidas? Ellos quisieran contraer con los hebreos una alianza; pero comprenden que Josué no habrá de aceptarla. A mas de las instrucciones que de lo alto tenia recibidas entraba por mucho en la táctica de Josué el que entre los suyos y los cananeos mediara un abismo; que no hubiera entre ellos el menor lazo; asi aseguraba mejor las bases sobre que queria asegurar la nacionalidad hebrea, mientras que por otra par-

te comprendia el hábil caudillo que habia de menguarse el entusiasmo guerrero de los suyos, desde luego que admitiesen como amigos á una porcion de los habitantes de aquellas provincias. No quedaba otro recurso que comprar con una estratagema esta alianza que tanto deseaban los gebaonitas. Presentáronse, pues, al gefe de las fuerzas hebreas como venidos de un pais lejano; y para dar á su artimaña mayor apariencia de verdad, aparecieron ante Josué vistiendo unas ropas estropeadas, unos zapatos gastados, simulando que todo esto era efecto del largo viage, trayendo además unos panes secos y desmenuzados, diciendo que al salir de sus casas estaban calientes todavía. El pueblo de Israel procedió con demasiada ligereza, fué fácil en creer lo que se le decia, no acudió á las prácticas religiosas que le hubieran asegurado el acierto, se prescindió de Dios, y Josué, apesar de su habilidad y de su tacto como hombre político, no encontró inconveniente en jurar amistad á los que creia ser los embajadores de un pais muy distante.

No habian pasado tres dias sin que los hebreos supiesen que los que acababan de aceptar como aliados eran moradores de una tierra cuyos confines ya casi estaban pisando. Descubierta que fué la falsedad, irritáronse los israelitas, y se habrian echado encima de ellos para dejarlos sin vida, si Josué no les hubiese recordado que un juramento hecho en nombre del Dios de Israel les impedia darles la muerte, manifestándoles que el perjurio escitaria contra todo el pueblo las iras del Señor. Estas razones atajaron el motin: los quejosos se dieron por satisfechos con que á los gabaonitas se les obligara en adelante á desempeñar las faenas mecánicas necesarias para el servicio del Tabernáculo.

Entre tanto las pob'aciones comarcanas, que hasta entonces habian permanecido en un aislamiento propio de la independencia en que vivian, teniendo al frente cada una de ellas un gefe al que daban el nombre de

rey, creyeron que era indispensable aliarse entre sí para hacer frente al enemigo comun. Organizaron una liga: ¡esfuerzo inútil! Nada era capaz de contener la mano de Dios que habia de arrojarles de allí para dar aquel pais á su pueblo predilecto.

Al contraer los gabaonitas alianza con los hebreos, acababan de abrir á estos la entrada de Jerusalen. El rey de esta ciudad, Adoni-Sedek, auxiliado por los reyes de Hebron, Yarmuth, Lachis y Eglon, puesto que no se atrevian á acometer directamente á Josué, encamináronse hácia Gabaon ya para posesionarse de la ciudad, que era para ellos una fortaleza avanzada, ya para castigar á los gabaonitas la defeccion de haberse puesto de parte de los hebreos. Adoni-Sedek establece delante de Gabaon un formidable sitio, en la seguridad de que la fortaleza tendrá que rendirse muy pronto, no siendo posible que resista el vigoroso empuje de las fuerzas aliadas.

Los gabaonitas demandan socorro á Josué. Este á la cabeza de sus mejores tropas, despues de una marcha forzada, al amanecer cae inesperadamente sobre los sitiadores. El ataque fué tan vigoroso como afortunado: las numerosas fuerzas del rey de Jerusalen ni siquiera aceptaron la lucha, sino que se declararon en vergonzosa fuga. Los guerreros de Adoni-Sedek caian diezmados por las tropas de Josué. Y para que no den lugar á la menor duda de que quien lucha contra ellos es el mismo Dios que sobre los despojos de aquellos pueblos quiere fundar una gran nacion, la nacion depositaria de las grandes tradiciones de la humanidad, mientras en medio del mayor desconcierto huyen por la cuesta de Beth-horon, vense azotados por un pedrisco tan terrible que causa en ellos mayor destrozo que las mismas armas de los israelitas. Josué en el entusiasmo de la victoria, Josué que sentia en su pecho aquella fe ardorosa que transporta las montañas, pide á Dios que detenga á los

astros en su regular y majestuosa marcha, á fin de que el sol alumbre los últimos episodios de aquel completo triunfo, y no acabe aquel dia sin que los enemigos del pueblo escogido hayan experimentado la mas desastrosa de las derrotas. El autor de la naturaleza corresponde á la fé del entusiasta caudillo, y la mano del Omnipotente detiene el sol en su carrera, concediendo á Josué una hora de tiempo para ir al alcance de sus enemigos.

Compadezcamos al incrédulo cuyo espíritu harto empequeñecido por menguadas preocupaciones no puede resistir el peso de semejantes maravillas, y sintámonos orgullosos de pertenecer al dichoso número de los fieles, que al leer estos prodigios creen y adoran. Para el Sumo Hacedor el gobierno universal de la naturaleza no es mas que un juego. Solo el hombre ingrato que para no oir la voz de Dios dentro de su conciencia, ensaya borrar su nombre escrito en su alma, como lo está en el alma de todos, rehusa su creencia á los brillantes hechos de que la historia sagrada conserva el recuerdo. Dejémosle, pues, hecho presa del delirio de sus sofismas; y veamos nosotros en estos milagros un nuevo motivo de reconocimiento y de gratitud en favor del Dios que eleva á la humanidad hasta el punto de intervenir directamente en los acontecimientos de los pueblos. Este prodigio tiene en su favor testimonios históricos que el escéptico no puede recusar. Los anales chinos recuerdan un solsticio extraordinario, acaecido en el reinado de Yao, septimo emperador despues de Fo-hi, contemporáneo de Josué; y las leyendas arábigas expresan que el caudillo hebreo, habiendo empezado á combatir á los de Ariha ó Jericó en viernes, temeroso de que la lucha cogiese parte del sábado, en cuyo dia como á consagrado al Señor, debia abstenerse de pelear, suplicó á Dios y logró la suspension del curso de la naturaleza para acabar con el enemigo (1).

(1) D' Herbelot Biblíot. Orient.

LECCION DÉCIMA OCTAVA.

REPARTO DE LA TIERRA DE PROMISION Á LAS DIFERENTES TRIBUS.

El triunfo que acabamos de relatar hacia á Josué dueño de una gran parte del país de Canaan. Pero no habia llegado todavía la hora de descansar sobre sus laureles. El gefe del pueblo de Dios tenia aun enemigos que combatir; y si las armas de los hebreos se paseaban vencedoras por el sud de la Palestina, en el norte se habia formado una poderosa liga, que á la superioridad del número añadia la de los medios de defensa y ataque, pues contaban los aliados con caballería y con carros de guerra, mientras que los israelitas ni tenian caballos, é ignoraban el modo de hacer frente á aquellos carros armados de hierro cortante que eran arrojados en medio de los batallones para despedazarlos.

No por esto se intimidó Josué; seguro del auxilio de Dios no cuenta jamás el número de sus enemigos, ni examina el poder de sus armamentos; el que vió caer los muros de Jerusalen verá tambien huir á la caballeria enemiga por muy fuerte que ella sea. Trábase una batalla. Los de Josué suplen con su entusiasmo las fuerzas que les faltan, arrójanse como leones sobre el enemigo y logran desbaratar sus planes. La acometida es tan impetuosa que ni siquiera aciertan los adversarios á presentar resistencia.

Israel, teniendo á Josué por gefe y el brazo de Dios por escudo, va caminando de victoria en victoria hasta términar definitivamente la conquista.

Hasta entónces los israelitas no se situaban en los puntos conquistados. Entraba en el plan de Josué el que las tribus no fuesen estableciéndose en las ciudades,

ya para no desprenderse de fuerzas que necesitaba, ya para no exponer al ataque del enemigo guarniciones diseminadas, ya para que no menguase el ardor en los que contaban con un solar donde vivir tranquilos léjos de la agitacion del campo de batalla, en el seno de la familia. Pero cuando Israel se hubo ya paseado victorioso por toda la comarca; cuando aquellas ciudades se hubieron hundido al estrépito de las batallas, cuando del ejército enemigo no quedaban ya sino restos dispersos que buscaban su salvacion en la fuga, ó que se sometian al yugo del conquistador, Josué procedió al reparto de la Tierra de Promision. ¿A quién se dará la preferencia? ¿Qué tribu gozará de los puntos mas fértiles, mas favorecidos por la naturaleza? Josué no conoce esas pasiones mezquinas que tan amenudo ciegan á los que estan al frente de un pueblo. Josué tenia en Israel su familia, sus parientes, podia haber favorecido á aquellos con quienes le ligaban mas íntimos lazos; pero no procede así: todos se han batido con energía; en la hora de la lucha cada tribu ha estado en su puesto: á todos corresponde igualmente el fruto de la conquista. No quiere Josué establecer ninguna primacía. Hombres hábiles y experimentados reciben la órden de recorrer el país, levantar un plano, y dividirlo en porciones tan equitativas que donde falta la extension lo suple la fecundidad. Concluida esta operacion, la suerte decide de la posicion respectiva que deberán ocupar las doce tribus. Simon y Judá se posesionaron del sud teniendo á sus fronteras la Idumea, y la Arábia Petrea; Asser y Neftalí, se situaron en el norte, confinando con la Siria y la Fenicia, encontrando las demás su lugar entre estos puntos extremos y entre el Jordan y el Mediterráneo.

Solo á la tribu sacerdotal de Leví no se le asignó una provincia en particular. Tienen ellos una herencia mas augusta, es el sacerdocio; su provincia, su solar está en el cielo No es por esto que los ministros del Altísi-

mo no hayan de poder atender á sus necesidades ni al decoro de su clase. No ignora Josué que puesto que los estados deben constituirse á la sombra de la religion en un pais bien regido, no puede jamás desatenderse al sacerdocio, esa salvaguardia de la fé y de la moral de un pueblo, esa institucion divina que constituye la garantía de todas las instituciones sociales; esa representacion viva de la justicia, del derecho y del honor que contiene á los pueblos cuando van á lanzarse en brazos de la anarquía, como contiene á los gobiernos cuando tratan de hacer pesar sobre sus súbditos el brazo del despotismo; ese centinela, en fin, de los grandes intereses de la nacionalidad, de la pátria, que cuando la vé hundirse en el precipicio de la degradacion para echarse despues á placer del primer tirano que trate de sojuzgarla á su capricho, lanza el grito de alerta para despertar en nombre de Dios á las naciones dormidas. El sacerdote debe tener alimentos de que mantenerse, vestidos con que cubrirse, un hogar donde cobijarse; al entrar en el sacerdocio no ha dejado de ser hombre, ni de tener las necesidades del hombre; y sin atentar en lo mas mínimo contra los principios de abnegacion que en el hombre de Dios deben siempre sobreponerse á todo interés terreno, no hay que olvidar nunca que existen imperiosas prescripciones respecto á la independencia y al decoro sacerdotal, como existen necesidades imprescindibles en las exigencias de la vida mortal. Todas las tribus, conforme á lo dispuesto por Moisés, designaron una parte de sus bienes á sostener el decoro y la independencia del ministerio sagrado.

La religion que nos ordena el que nos resignemos con nuestra suerte, limitándonos al papel que nos da la Providencia en el drama de la vida, no nos manda que renunciemos á nuestros legítimos títulos, ni que dejemos de reclamar los derechos que nos asisten. En otra

leccion hablámos de Caleb, otro de los exploradores enviados por Moisés á examinar el pais de Canaan. Conforme dejamos consignado, en la conjuracion tramada contra el Libertador del pueblo judio á consecuencia de las nuevas que de Canaan habian traido los exploradores, de entre estos únicamente Josué y Caleb no se declararon de parte de los conjurados; y no solo apoyaron á Moisés, sino que tratando de contener á las masas, pusieron en peligro sus vidas. En recompensa de este servicio Moisés prometió dar á Caleb la tierra que hubiese pisado.

En virtud, pues, de esta promesa, los hijos de Judá llevando á su frente á Caleb, se presentan al caudillo, á quien Caleb habla en estos términos:—«Cuarenta años tenia yo cuando me envió Moisés, siervo del Señor, desde Cadesbarne, á reconocer esta tierra; y le referí lo que me pareció ser la verdad. Mas mis hermanos, que habian subido conmigo, hicieron desmayar el corazon del pueblo: con todo, yo seguí al Señor mi Dios. En aquel dia juró Moisés diciendo: «La tierra que holló tu «pié será tu posesion y la de tus hijos perpetuamente.»

Cabalmente la tierra que reclamaba Caleb eran unos montes donde se habian parapetado los Enáceos, y donde habian establecido puntos fuertes y dispuestos á defenderse. Al derecho que tiene sobre aquel pais Caleb en virtud del juramento de Moisés quiere añadir el derecho de la conquista, y aquel hombre que apesar de ser octogenario conserva todavía el vigor de la juventud, prosigue diciendo: — «Hoy tengo ochenta y cinco años; con tan robusta salud como la que tenia cuando vine á informarme del estado de esta tierra, el vigor de aquella edad se conserva todavía en mí tanto para combatir como para andar. Dame, pues, este monte, en el que estan los Enáceos, y hay ciudades grandes y fuertes: quizá el Señor estará conmigo y podré concluir con ellos.»

¿Qué habia de contestar Josué al valeroso guerrero que así se expresa apesar de sus ochenta y cinco años? Por toda respuesta le da su bendicion, y le dice que puede disponer en adelante de la tierra que tan justamente le reclama.

Caleb se apoderó de Hebron, y los hebreos descansaron de tantas luchas como habian tenido que soportar.

Por de pronto quedaba cerrado aquel período de guerras, que fué para los israelitas un período de triunfos. Los rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés, que desde muchos años se hallaban establecidos á la otra parte del Jordan, pero que habian abandonado sus hogares para pelear con los demás hebreos, podian ya descansar tranquilamente en el seno de sus familias.

Josué les llama para decirles:—Habeis cumplido todo lo que os mandó Moisés, siervo del Señor, y tambien á mi me habeis obedecido en todo. En tan largo espacio de tiempo no habeis jamás hasta el dia de hoy abandonado á vuestros hermanos. Y por cuanto el Señor vuestro Dios nos ha concedido ya tranquilidad y paz, volveos á vuestras casas, y á la tierra de vuestra posesion que os dió Moisés, siervo del Señor. Sólo tengo que añadiros que guardeis cuidadosamente y cumplais de obra los mandatos y leyes que os prescribió Moisés, que ameis al Señor vuestro Dios, que en todo sigais sus caminos, que observeis sus mandamientos, que os dirijais á El y le sirvais con todo vuestro corazon y con toda vuestra alma. Dichas estas palabras, Josué les da la bendicion y les despide.

El Jordan se interponia como una barrera entre los rubenitas, los gaditas, la media tribu de Manasés y los demás hijos del pueblo de Dios. No podian comunicarse con la frecuencia con que hubieran deseado; el rio con sus avenidas les cerraba muchas veces el paso para poder ir siempre que lo hubieran deseado á postrarse ante el Arca Santa, y tal vez sus descendientes habrian

acabado por olvidar que formaban una misma nacion. En su consecuencia, levantaron un altar de inmensas proporciones, como símbolo de la grandeza del Dios á quien lo consagraban.

Muy pronto hubo de llegar este hecho á noticia de las demás provincias.—¿ Tratarán de adorar á otro Dios que á Jehová, practicarán un culto distinto del nuestro? El lema del pueblo escogido era una fe, un culto y un Dios; aquella nacion que habia de tener unidad de leyes y unidad de costumbres, no habia de permitir que les faltase á esas unidades la mejor salvaguardia, la que constituye la base de todas, que es la unidad religiosa. No habian de tolerar ellos que se levantase altar contra altar; tenian demasiada fe para permitir esa tolerancia religiosa que en el fondo no es mas que el escepticismo ó el indiferentismo; y esa fe viva, ardiente, producia en ellos la íntima conviccion de que puesto que Dios es uno y una la verdad, una debe ser la fe, la religion, el culto verdadero. La unidad es esencial á la verdad religiosa. Todo lo que se destaca del gran centro de unidad empieza por secarse, y despues muere, á manera de las ramas separadas de la unidad del árbol. En vano la muchedumbre de los desertores y de los disidentes se elevará á grandes proporciones; la palabra divina no se ha de mudar por el hecho de que sean muchos los que deserten de sus banderas. El ardor con que Moisés, Josué, todos los que Dios habia colocado al frente de su pueblo, sostenian la unidad religiosa, son una nueva garantía en favor de esa unidad que constituye otro de los caractéres de la verdadera religion y que resalta de un modo especial en la Ley de gracia, en la que solo la Iglesia católica constituye el centro de salvacion, el Arca sagrada donde deben ampararse todos los que surcan las aguas del mar de la vida, si quieren un dia llegar á las playas de una dichosa eternidad. La Iglesia, siempre la misma, como el mismo es siempre Dios, no permite

la menor escision, ni la menor alteracion. En su seno los hombres como hombres pueden engañarse; pero cuando un hombre elegido por Dios, en la persona del Pastor Supremo, constituye su representacion, cuando es la Iglesia la que habla, su palabra es la palabra misma de Dios; y como la palabra de Dios la palabra de la Iglesia es infalible.

En la tierra no hay sino un gran centro de luz divina: es el catolicismo. Toda luz debe partir de la Iglesia católica, cuyo foco es el pontificado. Esta luz tiene sus rayos; pere es menester que dimanen del foco comun. Y si por desgracia viene á interponerse una mano temeraria, si aparecen sectas que en su carácter de tales dejan de comunicar con el único principio de luz divina, los rayos de la verdad religiosa ya entonces no alumbran á los infelices sectarios y no queda á lo mas sino la mentida brillantez de engañadores sistemas. Aparece entonces el cisma; ¿y qué es el cisma? Es la verdad herida, la verdad destrozada; es decir, no es ya la verdad, por que la verdad es inviolable. Todos los errores tienen su sepulcro donde van á ser enterrados en un período mas ó menos largo; solo la verdadera fe posee el privilegio de resistir á la accion de los tiempos y de las circunstancias, ya que solo la fe verdadera es la obra de Dios, y Dios no destruye jamás su obra. En el tempestuoso mar de los siglos se ha visto á la barquilla de Pedro agitada por tempestades siempre amenazadoras; mas nunca ha sido invadida ni dominada por el furor de las olas; nunca ha naufragado. Muy léjos de esto, la manera como ha sabido sobreponerse á todos los peligros son la señal de una proteccion toda divina. Para ello no hay mas que leer la historia. Nada hay mas visible ni mejor demostrado á todos los ojos y á todas las conciencias; de suerte que ningun error, ninguna mentira, ninguna secta, ningun cisma puede encontrar escusa contra tan brillante testimonio.

Los israelitas creyendo que la ereccion del nuevo altar era señal de que á la otra parte del Jordan iba á establecerse un nuevo culto, se congregan en Siloh, donde resuelven nombrar una comision compuesta del celoso y decidido Finées y acompañado de diez de los principales, uno de cada tribu, quienes se dirigieron á Galaad á pedir explicaciones.

Estas explicaciones los interpelados las dieron muy satisfactorias. No se trataba de tener un Dios diferente del Dios verdadero; no se trataba de ofrecer á Jehová un culto distinto del que le ofrecian los demás hijos de Israel; ni de inmolar en el nuevo altar víctimas que solo debian inmolarse en el altar erigido junto al Tabernáculo. Muy al contrario; aquel altar debia ser un monumento que recordara á las generaciones futuras la union que reinaba entre ellos y sus hermanos de la otra parte del Jordan, manifestando á sus hijos que todos constituian un solo pueblo y que no reconocian sino un solo Dios.

Segun el historiador Josefo, el ilustre caudillo Josué, terminada ya por entonces la conquista, se retiró á descansar en Sichen por espacio de diez años. Despues de este período de descanso, Josué convoca á todo Israel, y representado este por los ancianos, los príncipes, los caudillos y los magistrados, recogen con la mas religiosa atencion las postreras palabras que salen de boca de su gefe, próximo á partir para la eternidad.

—Vosotros veis todo lo que el Señor vuestro Dios ha hecho con las naciones que os rodean, y de que manera El mismo ha combatido por vosotros... Os ha repartido por suerte toda esta Tierra desde el Jordan hasta el mar Grande; pero quedan todavía enemigos que vencer. El Señor vuestro Dios los aniquilará á vuestra presencia y poseeréis toda la Tierra como os lo ha prometido. Solo os exije que seais firmes y solícitos en guardar todo lo que está escrito en el libro de la ley de Moisés; y no os desvieis de ella en ningun sentido. Despues que hayais

entrado en pais de estos gentiles, que han de estar entre vosotros, no jureis por el nombre de sus dioses, no los sirvais, no los adoreis jamás. Estad unidos al Señor vuestro Dios como lo habeis hecho hasta aquí... Lo que habeis de procurar con mucho cuidado es que ameis al Señor vuestro Dios. Mas si os adhiriereis á los errores de esas gentes.... si os mezclarais con ellos por medio de lazos matrimoniales ó amistades, tened entendido ya desde ahora que el señor vuestro Dios no las destruirá, sino que serán para vosotros un abismo, un lazo, una barrera que tendreis siempre junto á vosotros, y una espina en vuestros ojos hasta que os quite y extermine de esta escelente tierra que os ha dado.—Josué concluye manifestándoles con conmovedoras palabras que él va á partir para otra tierra, y les exhorta de nuevo á que no olviden las promesas ni las amenazas de Dios, porque Dios nunca falta á su palabra.

No se da aun por satisfecho con tan imponentes advertencias: quiere bajar á la tumba con la seguridad de que aquel pueblo que va á cerrarle sus ojos, y que hasta entonces le ha sido fiel, continuará en su fidelidad á su Dios. Lo que quiere Josué es que Israel no sirva ya al Señor por temor, que el yugo divino no tenga que imponérsele á la fuerza; sino que su fe, su piedad sea el homenaje de una nacion que sabe hacer digno uso de su libertad, consagrando al Altísimo espontáneamente sus corazones y sus inteligencias. «Si os parece malo servir al Señor, se os da á escoger, les dice; elegid hoy lo que os agrada; á quien principalmente debais servir.»

Y el pueblo contesta: «Léjos de nosotros el que abandonemos jamás al Señor y sirvamos á dioses agenos. El Señor nuestro Dios es quien nos sacó á nosotros y á nuestros padres de la tierra de Egipto, del pais de la servidumbre. El fué quien hizo grandes prodigios á nuestra vista; El fué quien nos guardó en todo el camino por donde anduvimos, en todos los pueblos por don-

de pasámos. Servirémos, pues, al Señor, porque El es nuestro Dios.»—Ya se concibe el efecto que habian de producir en el religioso corazon de Josué semejantes palabras. Pero, quiere insistir mas:—«Si abandonareis al Señor, les añade, y sirviereis á dioses agenos, se volverá contra vosotros y os afligirá, y destruirá despues de los bienes que os ha hecho.» Y el pueblo contesta: «No será así, porque servirémos siempre al Señor.» Josué entonces les recuerda que en vista de esta promesa está empeñado su honor y su palabra en favor de la causa de su fe que libremente han prometido sostener.—«Vosotros sois testigos de que vosotros mismos habeis escogido al Señor para servirle.»—«Sí, testigos somos.»—«Ahora bien, añade el caudillo; humillad vuestros corazones al Señor Dios de Israel:» y el pueblo exclama unánime:—«Al Señor nuestro Dios servirémos y serémos fieles á sus mandatos.» ¡Magnífico espectáculo el de una nacion que á voz en grito, proclama á Dios por su único gefe, y protesta que defenderá siempre la causa de la religion y de la fé que es la base de la grandeza de un pueblo; protesta tanto mas hermosa cuanto que no es efecto del temor, sino que es el resultado de una conviccion profunda, íntima de que á Dios se lo debemos todo! Cuando los pueblos lo comprenden así entonces es cuando son dignos de la libertad; entonces es cuando puede hablárseles de sus derechos porque está ya asegurada la garantía de sus deberes; entonces es cuando la civilizacion adelanta, cuando el progreso se realiza porque hay ya un derrotero fijado por Aquel que señaló á las naciones la carrera de su desenvolvimiento, como señaló su curso á los astros.

Es menester que todo esto no se limite á palabras, sino que se recoja el eco de estas palabras; es menester que se tome acta de esta solemne demostracion; que la posteridad pueda leer en un monumento perenne estas entusiastas promesas; á fin de que, si un dia los israelitas

trataran de separarse de los deberes religiosos, que son los primeros de un pueblo, como son los primeros de la familia y del individuo, les contenga el juramento de sus mayores cuya memoria se graba en una enorme piedra.

Concluida esta solemne ceremonia, Josué muere á la edad de ciento y diez años, sin dejar un borron en su historia, y sin que sea su larga vida ese tegido de ambiciones ó de intrigas que tan amenudo se encuentra en los grandes hombres.

Es verdaderamente admirable que en vísperas de una muerte segura, ante el espectáculo de la eternidad que se despliega á la vista de aquel hombre de fe con todo su imponente aparato, tenga bastante fuerza de espíritu para hablar á las masas en el lenguaje con que lo hizo, y que al escucharlo no se diria sino que el eminente caudillo está en el vigor de su juventud, conserva toda su robustez. ¡Brillante resultado de la tranquilidad del hombre, que ansioso de cumplir fielmente con su destino, no siente en su corazon las heridas que abre el cáncer del remordimiento; heridas cuyo horroroso dolor se experimenta de un modo particular cuando el mortal ve abrirse para él las puertas de la eternidad, donde encontrará al Juez inflexible de sus actos.

LECCION DÉCIMA NONA.

VINDICACION DE UNA DESHONRA.

La muerte de Josué dejaba en Israel un vacío harto difícil de llenar. Ya que no habia en aquel pueblo una dinastía en que radicase el principio de autoridad política, necesitábase un hombre que, cuando no tuviese las relevantes circunstancias de Moisés y de Josué, tuviera á lo menos sobre aquellas masas suficiente

prestigio para tenerlas á sus órdenes; este hombre no se encontraba. Mientras vivieron los contemporáneos de Moisés, aquellas venerables figuras en que se reflejaba la fé del gran caudillo, la nacion se conservó compacta y unida bajo la égida de algunos ancianos, que eran dirigidos por el Sumo Sacerdote. Pero los que habian sido testigos de los grandes milagros obrados por Dios, iban desapareciendo; y faltada aquella nacion de una fuerza material que amparase la fuerza moral, sucedió á Israel lo que sucede á todos los pueblos que están sin gobierno, cayeron primero en la anarquía para lanzarse despues en brazos de la esclavitud. Se les habia dicho que serian fuertes mientras permaneciesen sumisos á las disposiciones divinas; ellos no guardaron esta fidelidad tan recomendada por Moisés y por Josué. Vino un dia en que faltados del lazo de la autoridad no habia allí costumbres públicas; y, lo que era aun mas sensible, iban perdiendo la primera base de su existencia política, que era su fé en Dios, pues se les veia á menudo postrarse ante los ídolos.

A esta época se refiere un hecho que arroja de sí suficientes datos para poder calcular la profundidad del abismo en que iban cayendo aquellos pueblos faltados de un gefe.

Las rencillas del hogar, los disturbios de familia son tan antiguos como la sociedad doméstica. No es estraño: donde empieza la historia de la humanidad allí empieza la historia de las pasiones.

En la falda del monte de Efraim habitaba junto con su consorte un hijo de Leví, que por pertenecer á esta tribu sagrada, era objeto de atenciones de toda clase. Vino un dia en que en el claro cielo de la paz doméstica apareció una nube; vino un dia en que los dos esposos no llegaron á comprenderse, y en un momento de fatal exasperacion el mútuo resentimiento saliendo de sus límites, manifestó á donde conducen esas discusiones

que turban esa armonía de la familia, que es en el hogar doméstico la primera base de la moralidad y del bienestar. Los dos esposos que no cabian en un solo corazon, acabaron por no caber en un solo techo. La muger fué á buscar en su padre, que habitaba en Belen, el amor que ya no encontraba en su marido.

Cuatro meses duró esta separacion. El levita sentia sublevarse su conciencia al pensar que habia en el mundo una muger cuyo destino debia estar unido al suyo; que no habian de continuar divididos por una gran distancia los que estaban ligados por el lazo conyugal. Es menester una reconciliacion aun á costa del amor propio, porque el deber de marido está sobre todas las consideraciones mezquinas; y el levita que tiene el sentimiento de este deber, manda á su criado que tenga preparadas las caballerías, y que se disponga á acompañarle, porque su honra de esposo, su conciencia de hombre de bien le exige realizar una reconciliacion, echando un velo sobre lo pasado.

El levita se pone en camino y se dirige á la casa del padre de su consorte. Si bien es verdad que aquellos dos pechos habian estado cubiertos con las cenizas de miserables disensiones, al través de estas cenizas percibíanse aun los ardores del amor conyugal. Apenas la esposa, que sin duda lamentaria tambien la separacion, vé al levita que se dirige á su encuentro, apenas llegan á cruzarse una mirada cuando vuelve á dejarse sentir en toda su intensidad el amortiguado afecto. La reconciliacion queda felizmente consumada, y el suegro del levita no sabiendo disimular su júbilo, se arroja en brazos de su yerno, y aquella casa presenta el hermoso espectáculo que ofrece un cielo en el momento de serenarse, despues de una deshecha tempestad.

Transcurridos los tres dias que el descendiente de Leví pasó en la casa del padre de su consorte, trató de ponerse en marcha para volver á Efraim en compañía de esta.

Al venerable anciano habíale parecido muy corto el tiempo trascurrido al lado de su yerno; se empeñó en que aquel dia habia tambien de comer con él, á cuya demanda accedió por fin el levita. El afectuoso suegro no se dá todavía por satisfecho; quiere que el levita dilate su marcha; pero este no cree poder condescender á tales exigencias, y el quinto dia por la tarde emprende con su esposa el regreso á Efraim. Podian haber pasado la noche en Jebús; pero Jebús no estaba ocupado por los hijos de Israel, y prefirieron pernoctar en Gabaa, habitada por los benjamitas.

Cuantos hayan seguido el curso de la historia saben que en aquellos tiempos el viagero no tenia que comprar el pan de la hospitalidad, ni tenia que entregar dinero en cambio de un techo que le cobijase. Sin embargo Gabaa ya no abria sus puertas al forastero. Las pasiones sensuales dan lugar á las pasiones egoistas; el hombre que no piensa en nada mas que en gozar, no se acuerda de las necesidades de su hermano.

El levita teniendo al lado á su esposa, se sienta en medio de la plaza. Hállase en una poblacion amiga, los habitantes de Gabaa son hijos de Jacob, y él en su calidad de levita, tiene derecho á sus atenciones. El hijo de Leví vé con sorpresa que ante él permanecen cerradas todas las puertas; nadie le brinda con un techo hospitalario. Por fortuna vive en Gabaa un anciano que no pertenece á la tribu de Benjamin. Al volver de su tarea del campo, vé al levita y á su esposa abandonados en medio de la plaza. El buen anciano les conduce á su habitacion, y les provee de todo lo necesario.

Gabaa era un pueblo relajado, disoluto; las torpezas mas soeces, las mas degradantes brutalidades constituían parte de sus costumbres; no parecia sino que Gabaa era Sodoma que habia revivido de entre sus cenizas. Las pasiones mas brutales, los viles instintos que ponen al hombre al nivel del irracional se satisfacian alli de un

modo tan repugnante, que podemos decir que Gabaa estaba tocando las últimas fronteras de la abyeccion de un pueblo. Hallábanse el levita y su muger cenando amigablemente con el venerable varon que les ofreciera un techo hospitalario, cuando se oyen en la puerta de la casa fuertes golpes, y se percibe allí una salvage gritería. Era la manifestacion de los soeces instintos de aquellas masas embrutecidas. La dignidad humana se siente ofendida al pensar en el estado de abyeccion á que puede llegar un pueblo envilecido. El respetable anciano se propone poner á salvo á su huésped. Con su voz trémula, con acento conmovedor les dice: —«No querais, hermanos, no querais cometer semejante maldad.» —Invoca los deberes que á él le incumben por haberles ofrecido su amparo:—«Este hombre ha entrado á hospedarse en mi casa; desistid, pues, de semejante locura.»

El levita pudo salvarse de las manos de aquella plebe, pero no salvó á su esposa. Consignemos aquí que el habitante de Efraim con su comportamiento no escuchó la voz del deber. Hoy que el sentimiento del honor está robustecido por el Evangelio, sabemos que la honra de una esposa es un depósito sagrado que el marido debe defender mientras tenga un brazo, mientras le quede un aliento, porque para el buen esposo la honra de su consorte vale mas que su vida. Solo el hombre sin dignidad, solo el miserable cobarde que lo sacrifica todo á su conservacion personal, puede permitir que la deshonra eche una mancha sobre la frente de aquella que está intimamente unida á él; deshonra que en último resultado cae sobre la frente misma del esposo, y cuyo borron le echa en cara la misma sociedad que se subleva contra el marido que así olvida sus obligaciones.

Durante la noche la infeliz muger se vió víctima de los mas criminales atropellos. Inútil fué toda resistencia. Al asomar la mañana, la pobre esposa extenuada, sin

fuerzas, despues de aquella noche de terrible martirio, despues de sufrir la tortura mas horrorosa, puede escapar de las manos de aquellos bárbaros, y prueba de dirigirse al alojamiento de su marido. Apenas salva los umbrales de la puerta cuando siente que no puede sostenerse sobre sus piés; la infortunada muger cae en el suelo sin sentido.

Habia ya aparecido el nuevo sol cuando el levita sale presuroso de su aposento. En la puerta de la habitacion vé el cuerpo de su esposa que le intercepta el paso. El levita la llama; pero su consorte no le contesta: no tarda en persuadirse de que está llamando á un cadáver. Era un asesinato perpetrado por la sensualidad, y perpetrado en la esposa de un hombre á quien en Israel debian tenerse muchas consideraciones.

El cuerpo exánime que el levita contempla ante sí es el de la muger á la que con la reconciliacion habia dado una nueva prenda de amor; el de la muger á la que en virtud de sus derechos conyugales un dia ántes habia arrancado á la ternura de un padre querido; es el de su esposa á la que asesinaron los benjamitas, sus hermanos mismos, cubriéndola con el velo de la deshonra. ¿Qué dirá á su padre cuando le pregunte por su hija? ¿Qué contestará á los de Efraim cuando le interroguen acerca su consorte?

El levita sin exhalar un gemido, sin desplegar sus lábios, escondiendo en el fondo de su corazon todo su dolor y todo su encono, toma el cadáver, lo coloca sobre una de las bestias de carga y se dirige á Efraim. Apenas llegado á su casa consuma un acto que solo se concibe comprendiendo todo el furor de que estaba poseido aquel esposo. Toma el cadáver de su consorte, hace de él doce pedazos y envia uno á cada una de las doce tribus.

Israel entero comprendió aquel grito de venganza. Las tribus se reunen inmediatamente. Ordenan al levi-

ta que explique el hecho; y éste, sin formas estudiadas, sin otra elocuencia que la de la verdad, dice ante los representantes de Israel congregados en Marfa:

«Llegué á Gabaa de Benjamin con mi muger y me hospedé en ella; cuando unos hombres de aquella ciudad cercaron de noche la casa, donde posaba, con designio de matarme; y despues de haber ultrajado á mi muger con una furiosa é increible lascivia, por último murió. Y tomándola yo la dividí en trozos, y envíelos á todos los términos de vuestro país, porque nunca se ha cometido en Israel una maldad tan grande, un esceso tan abominable. Presentes estais aquí los hijos de Israel; resolved lo que debais hacer.»—Todos los israelitas puestos de pié contestan que no se retirarán á sus casas sin que se haya consumado un ejemplar castigo.

Los benjamitas pertenecian tambien al pueblo escogido. Tambien ellos gimieron un dia bajo el yugo extrangero; tambien ellos descendian de Jacob, tambien ellos contribuyeron con la fuerza de su brazo á conquistar la tierra de Promision. Es una tribu hermana; los israelitas no se resuelven á hacer á todos los benjamitas culpables del crímen cometido, envolviéndolos á todos en una comun expiacion. Se reducen á enviarles embajadores para que les entreguen á los culpables á fin de condenarlos á muerte.

La demanda era justa. Israel entero se sentia ofendido con el atroz ultrage que se acaba de inferir á la esposa de un levita; la enormidad del delito, la dignidad de la nacion exigian que se lavara la deshonra, que cayera sobre los delincuentes la cuchilla de la justicia. Los benjamitas no solo se negaron á dar una satisfaccion, sino que comprendiendo que esta negativa equivalía á una declaracion de guerra se armaron para batirse contra las demás tribus.

La tribu de Benjamin era tan valiente como osada: por mucho que sus habitantes fuesen inferiores en nú-

mero, el ardor con que estaban dispuestos á sostener la lucha hacia que aquellos veinticinco mil hombres, que sin contar los moradores de Gabaa, formaban su ejército, constituyesen una fuerza imponente.

Los de Israel fiaron demasiado en la justicia de su causa y en la superioridad del número; no invocaron el auxilio del Dios de los ejércitos; por dos veces la victoria se declaró en favor de los autores del crímen y de los que les favorecian. ¿Es que Dios tenia dispuesta la impunidad del delito? Muy al contrario; lo que Dios queria era que la justicia que habia de consumarse por medio de las armas se consumara en nombre de Jehová; ya que tambien á la divinidad habian ofendido los de Benjamin con su atentado.

Los israelitas comprenden su falta, la lloran, aplacan al Señor por medio del ayuno, ofrecen holocaustos y víctimas; y por fin, en medio de los gemidos de una ardorosa oracion, postrados ante el ara santa, consultan el Altísimo diciendo:—«¿Debémos salir otra vez á pelear contra los hijos de Benjamin, nuestros hermanos, ó permanecer en la inaccion?»—«Salid; porque mañana los pondré en vuestras manos,» les dice una voz divina.

Alentado con esta esperanza Israel se dirige al combate. Esta vez ya no se desatienden las leyes de la guerra; se traza un plan de campaña, se coloca al ejército en posicion conveniente. Realizóse por completo la prediccion del oráculo. Puede decirse que toda la tribu de Benjamin cayó al filo de la espada israelítica.

He aquí una vez mas la justicia de Dios castigando el crímen ya en este mundo. Despues de una noche de horrores, un rio de sangre viene á inundar á la desventurada tribu de Benjamin. Se trataba, es verdad, unicamente de la inmolacion de una muger; pero esta muger era la esposa de un levita, y por otra parte habia muerto víctima de las mas soeces brutalidades. El crímen solo lo cometió Gabaa; mas toda la tribu se ha-

bia asociado á él rehusando la entrega de los culpables.

Como sucedió en Gabaa, la venganza divina á veces no sigue inmediatamente á la perpetracion del delito; hasta parece en ciertas ocasiones que el malvado se eleva orgulloso sobre el pedestal de sus crímenes; pero la justicia de Dios tiene siempre su dia y su hora. Las mismas torpezas oculta tras el silencio de la noche, escondidas en el seplcro de la obscuridad tienen tarde ó temprano su misteriosa venganza.

LECCION VIGÉSIMA.

MUERTE DEL REY DE MOAB.

A lo largo de las costas del Mediterráneo se habian refugiado algunos indígenas escapados al cuchillo de Josué. Estos fueron multiplicándose hasta que por fin pudieron ya pensar en recobrar su perdida nacionalidad, en constituir nuevamente un pueblo. No dejó de presentárseles una ocasion propicia. Faltado Israel de un gobierno, sin esa unidad política que estrecha entre sí á las diferentes partes de una nacion, falseada la misma unidad religiosa, podemos decir que los israelitas, mas bien que un pueblo, no constituian sino una agrupacion de familias, á la que les faltaba un vínculo comun que les diese cohesion y fuerza.

Los israelitas olvidados de los beneficios recibidos de Dios acabaron por mezclarse con los idólatras, quienes empezaban prosentándoseles como amigos para constituirse despues en tiranos. De esta suerte castigaba Dios la perfidia de aquella nacion tantas veces ingrata. Sin embargo, cuando Israel volvia sobre sí, é impelido por el arrepentimiento, se arrodillaba ante su Dios, entónces el Señor abria nuevamente las entrañas de su misericordia enviándoles caudillos, á los que se daba el nombre de Jueces.

Uno de los capitanes del pueblo de Dios de que hace mencion la Sagrada Escritura es Judá. Durante su gobierno pusieron los israelitas en fuga á Adonibezéc, al cual hicieron prisionero, cortándole despues las extremidades de los piés y las manos, para que en adelante no pudiera dirigirse contra Israel, ni manejar contra los israelitas un arma de guerra.

Por muy penoso que sea para Adonibezéc este castigo, reconoce la justicia con que Dios le hiere, y exclama:—«Setenta reyes, á los que fueron cortadas las extremidades de las manos y de los piés, recogian debajo de mi mesa los resíduos de mi comida: como yo hice, así me ha pagado Dios.» Era la pena del Talion; Adonibezéc lo confiesa: sin acusar á los israelitas adora la justicia divina.

En castigo de sus contínuas prevaricaciones, los hijos de Israel cayeron en poder de Eglon, rey de Moab. Por espácio de diez y ocho años tuvieron que someterse á una servidumbre ominosa, hasta que por fin apareció un hombre que sintiendo correr por sus venas la sangre de Abrahan, que comprendiendo que aquel pueblo resucitado por Moisés, á costa de tantos sácrificios, no debia continuar con el carácter de un pueblo esclavo, concibió el noble propósito de restaurar la decaida pátria. ¿Cómo hacerlo? Por medio de la fuerza era imposible; el que se hubiese atrevido á llamar á los israelitas á las armas, despues de pagar muy caro semejante atrevimiento, no habria hecho mas que aumentar los males de sus hermanos, ya que toda tentativa de rebelion habria salido frustrada. Los falsos dioses se levantan sobre el altar del Dios verdadero, el sacerdocio israelítico se encuentra postergado, y el santo nombre de Jehová hecho objeto de burla. Es menester resucitar la antigua fé junto con la antigua nacionalidad; este hombre que se llama Aod siente en su pecho la inspiracion divina que le llama á la restauracion de la pátria, y va á

realizar un proyecto que no deja de tener sus grandes dificultades, pero que lo realiza en nombre de Dios, y que es por otra parte el único medio que le quedaba á Israel para romper sus cadenas. Para este proyecto se necesita mucho valor, mucho dominio sobre si mismo; si se fustra tendrá que resignarse á sufrir la muerte en medio de los mayores tormentos; pero no importa: Dios lo quiere; está destinado á ser el salvador de Israel; fuerza es que cumpla su muy delicada mision, aun á riesgo de su vida.

Dirígese á la morada del rey con el pretexto de entregarle unos regalos que le ofrecian los hijos de Israel. Introducido á la presencia de Eglon le dice:—Tengo que hablarte en secreto, ó rey.—Eglon dispone que despejen la sala los que se hallan presentes. Luego que estuvieron solos, Aod dice al rey con acento solemne:—Tengo que hablarte en nombre de Dios.—Eglon que no comprende lo que significa el aire misterioso con que el israelita se presenta, se levanta de su trono. Al levantarse el tirano, Aod saca una daga que trae oculta en la cintura y la hunde en el seno de Eglon. El que tenia tan duramente esclavizado á Israel cae en tierra nadando en su propia sangre. Aod sale de aquella pieza sin que nadie se aperciba de él, pero permanece oculto en el palacio.

La servidumbre del Rey veia con mucha estrañeza que el monarca no salia de su habitacion; pero las leyes de la etiqueta de la corte les impedian entrar en la pieza de su soberano. Por último se deciden á presentarse á Eglon. A los piés del trono encuentran el cadaver del monarca que tiene todavia en su pecho la daga del hijo del Israel. Fácil es suponer la confusion que un acontecimiento de esta clase habia de producir en la real morada: al saberse la noticia todos los dependientes corren en tropel hácia la pieza en que se encuentra el cuerpo de Eglon; y Aod aprovecha estos momentos para emprender la fuga.

Apenas sale del palacio, llama hácia sí á los hijos de Israel, al sonido de la trompeta les reune en Efraim y les dice:—«Seguidme; porque el Señor ha puesto en nuestras manos á los moabitas nuestros enemigos.»

Israel obedece á su voz y se arroja como un impetuóso torrente sobre Moab. La sorpresa producida por la muerte inesperada de Eglon, el hallarse completamente desprevenidos, la confusion producida por un acontecimiento tan fatal, y sobre todo el ímpetu de la acometida de los israelitas hace que los de Moab apenas acierten á defenderse. Moab queda vencido, é Israel entra de nuevo en las condiciones de un pueblo independiente.

La Santa Escritura nos presenta á Aod como á salvador del pueblo de Dios, manifestando que á él fué debida la paz de ochenta años, de que disfrutó Israel, despues de la muerte de Eglon. El texto sagrado lejos de acusarle por este hecho, cuenta en su alabanza la confusion de los moabitas y la decision de Israel en escuchar su voz y seguir los pasos del caudillo que les conduce á una victoria segura.

La daga de que se vale es el cuchillo de la justicia divina; una inspiracion celestial es la que arma su valerosa mano; el soplo de Dios brilla aquí á los ojos de la fé, como brillan los resplandores del rayo.

Muy justo es que la moral, las leyes, la conciencia pública se subleven contra el hombre que mancha sus manos con la sangre de otro hombre. Las mismas leyes divinas están muy expresas en condenar el asesinato; y bajo ningun pretexto puede justificarse una traicion sangrienta. Pero no confundamos al criminal con el hombre que obedece á una órden del cielo; guardémonos de equiparar el asesino con el salvador de un pueblo que realiza una mision en nombre de Dios. La palabra santa está aquí para su defensa. «No es que sea lícito al fanatismo refugiarse sin expiacion y sin remordimientos, dice el autor de los *Angeles de la Biblia*, en los brazos del An-

gel de las justicias y en el seno del soberano Señor de la vida; pero cuando es el Espíritu Santo el que viene á atestiguar en el Libro de los Libros la inspiracion del libertador de Israel, ¿quién osará oponer su pensamiento particular á las órdenes de lo alto? Esta pregunta equivale á esta otra: ¿quién se atreverá á acusar á Dios del sacudimiento del trueno que hiere á un hombre? ó mejor, ¿quién tendrá la audacia de pedirle cuentas de los azotes que diezman los pueblos? Lo que hace con el fuego del cielo ó con una atmósfera emponzoñada, ¿no tiene derecho de ejecutarlo por medio del brazo de un mortal? Cuando Aod anunció á Eglon que iba á hablarle en nombre de Dios, ¿era en las manos de la Omnipotencia un instrumento menos digno que los elementos devoradores? Reconózcase aquí el dedo del Altísimo en el justo castigo de un opresor de un pueblo, de un rey señalado por la Escritura como entregado á una vida toda sensual. Y con este motivo podrémos repetir lo de un célebre escéptico, lord Byron, refiriéndose á los que menosprecian la Biblia: *Les valdria mas no haber nacido que leer para dudar ó para despreciar.*»

LECCION VIGÉSIMA PRIMERA.

DÉBORA.

Hasta aquí hemos visto á la mujer representando un papel secundario en la historia del pueblo de Dios; vamos á verla constituyéndose en restauradora de la independencia israelítica.

Otra vez las tribus septentrionales cayeron en el abismo de la esclavitud. Jafin, rey de Assor, las dominaba con la vara del más cruel despotismo. El ódio de raza que existia entre los hijos de Israel y de Canaan, hacia más triste la servidumbre de parte de los segundos, y

de parte de los primeros más áspera la tiranía. Veinte años hacia que duraba esta opresion funesta. Los abatidos hebreos se acuerdan de su Dios, y del fondo de aquellas tribus sube hasta el cielo un grito de angustia.

Veíase entónces á los israelitas ganar la montaña de Efraim y aproximarse á una palmera que extendia sus esbeltas hojas entre Rama y Bethel. Una mujer se cobijaba á la sombra de este árbol misterioso: se llamaba Débora.

Los afligidos hebreos, con la frente abatida por los rudos golpes de la esclavitud, se dirigian hácia Débora. Débora, con su fé religiosa, con su entusiasmo nacional, que no habia podido doblegar todo el poder de los cananeos, representaba para Israel la pátria con los recuerdos de una pasada gloria, la patria con sus esperanzas inmortales. Guardadora de la ley, era además su intérprete inspirado. Israel veneraba en ella á la profetisa, y además habia cubierto su sien con la aureola con que cubria la augusta frente de sus jueces.

¿Era á propósito una mujer para estar al frente del pueblo israelítico en tiempos tan difíciles? ¿Para recobrar la perdida nacionalidad no se necesitaba un valor, una decision que no se encuentra fácilmente en una mujer? La historia nos presenta á menudo heroinas que con su teson y su tacto han llegado á donde no llegaban los hombres de su tiempo. Débora se penetró perfectamente de la necesidad de ligar el porvenir del pueblo de Dios con su pasado; y cuando llegó la hora, supo manifestar que su valor era tan grande como su fe; que sabria unir el entusiasmo de la accion á la fuerza del pensamiento.

Llama á Barac, una de las figuras más culminantes dal pueblo de Dios, y que por su entereza y energía estaba muy bien reputado en Israel. Al presentársele el ilustre guerrero, aquella mujer le dice inspirado por el espíritu del Señor que vibra en su palabra:—«Marcha,

y lleva al ejército al monte Thabor, y tomarás contigo diez mil combatientes de los hijos de Neftalí y de los hijos de Zabulon. Y yo te traeré á tí al lugar del torrente Cedron á Sísara, general del ejército de Jabin.»

Barac no se siente tan animoso como Débora. La empresa trae consigo muchas dificultades. Si á su lado tiene á la profetisa, cuya palabra de fuego sabrá abrasar á Israel, Barac está seguro de poder levantar á los hebreos del polvo de su apatía; pora sin ella, él duda de todo. Barac no tiene bastante fé ni en su propio valor, ni en su prestigio: —«Si vienes conmigo, iré; mas si no quieres venir conmigo, no partiré.»—Estas frases bastan para manifestar lo mucho que puede Débora. La muger valia más que el guerrero.

La profetisa contesta con una dignidad mezclada de un merecido desden :—«Bien está; iré contigo; mas esta vez no se atribuirá á tí la victoria, porque por mano de una mujer será entregado Sísara.»

Débora abandona el sitial del juez para empuñar la espada del guerrero, y con esa resolucion propia de los corazones grandes, sin vacilar un solo momento, parte con Barac.

El general hebreo reune á diez mil combatientes, y acompañado de la profetisa sube al Thabor. El monte solitario é imponente elevaba ante ellos sus truncadas cumbres. Los vengadores de Israel subieron aquellas pendientes tapizadas de enredaderas de brillante follage, sombreadas por robles y alfónsigos que crecen con exhuberancia y que sirven de abrigo al lobo, al jabalí, al lince y á la serpiente. Era el sitio mas apropiado para la marcha de una profetisa guerrera y de su ejercito.

En la cima del Thabor se estiende un llano de mas de tres kilómetros. Los israelitas se detuvieron en la gran plaza oval de la célebre montaña donde se cierne el águila y el buitre. Desplégase allí un horizonte inmenso. Al este se descubre el lecho del lago de Genezareth,

una parte de la reluciente superficie de este lago, el curso del Jordan, y mas allá del rio los montes de Galaad y de Bassan. Al sud se eleva Gelboé, y se vislumbran las montañas y los valles que forman el corazon del pais de Canaan. Al oeste el Carmelo y el Mediterráneo cierran el paisage, mientras que por la parte del norte se destacan las últimas cordilleras del Líbano, de donde se lanza fieramente el Hermon, á manera de plateada y ondulante cinta de su corona de nieve.

Puede decirse que desde allí se domina toda la tierra de Promision. Tal vez la profetisa comprendió que la vista de aquella tierra, que habia sido el objeto de tantas esperanzas y el teatro de tantos triunfos, llevaria la exaltacion y el heroismo á los pechos de aquellos israelitas, que se aprestaban á batirse nuevamente por su independencia.

En torno del Thabor se presenta la llanura de Jezrael con sus muelles ondulaciones, cuya llanura está cruzada por el torrente Cison, que corre entre magníficos penachos de verdor, señalando su curso encinas de majestuosas hojas que parecen de finísimo terciopelo. Allí es donde Canaan con todo su imponente ejercito, con sus nuevecientos carros de guerra, y teniendo á su frente al valeroso general Sísara, aguarda á su víctima que se ha declarado en rebelion, y que se empeña en luchar con fuerzas muy superiores y mejor organizadas.

Vamos á dar alguna noticia acerca el estado militar de Israel.

En un principio, Israel no tuvo otras armas que palos, hondas y flechas. Eran las únicas de que tenian necesidad en su calidad de pastores. Pero vino un dia en que los pastores tuvieron que ser soldados, viéronse en el caso de batirse, y entonces se sirvieron ya de espadas, puñales y armas arrojadizas. Como en todas las victorias que alcanzaban sobre los israelitas, al apoderarse de sus despojos, se aprovechaban de su armamento, no

tardaron en poder cubrir sus cabezas con cascos, amparar sus pechos con corazas y escudos. Sus palos se convirtieron en lanzas ó medias picas; en una palabra, Israel contó muy pronto con los elementos militares con que contaban las demás naciones. Tenian sobre sus enemigos la ventaja que les daba su ligereza en las correrías; y además, eran casi todos ambidiestros, arrojando con una y otra mano piedras y dardos con una fuerza inconcebible y una seguridad tal que, conforme una expresion bíblica, llegaban á acertar un cabello. Despues de la catástrofe que sepultó en el Mar Rojo al ejército de Faraon apoderáronse de las armas de los egipcios que las olas arrojaban á la orilla, y ostentaron en sus brazos escudos adornados de geroglíficos paganos. No tardaron en desterrarse estos emblemas del fanatismo idólatra, sustituyéndolos los signos que representaban la fé y la nacionalidad israelítica. En general sus corazas eran de algodon batido á manera de fieltro, ora hechas con túnicas de malla, ora cubiertas de escamas de laton, puestas las unas sobre las otras, y algunas veces de planchas de hierro ó de acero. Sus cascos eran tambien de este metal, con penachos formados de colas de caballo ó de la crin ó cerda de bestias feroces. Sus escudos eran de madera ó de mimbres cubiertos de cuero. Los habia tambien de acero y cobre, ó forrados con planchas de estos metales, y la riqueza y el lujo habian hecho que los personajes de distincion los usaran algunas veces forrados de oro. Sus espadas que eran anchas y cortas, les caian sobre el muslo, y los puñales los llevaban colgados en la cintura. Sus instrumentos bélicos eran trompetas, de que se valian para dar la señal de reunion, para los toques de marcha y para levantar el campamento. Se servian de ellas los sacerdotes, y parecíanse á las trompetas ordinarias de un solo tubo recto. Las catapultas, las ballestas y las catapulto-ballestas venian á ser los equivalentes de los varios proyectiles que la inven-

cion de la pólvora ha esparcido por todos los pueblos del universo. Como sucede en el hecho que nos ocupa, á veces sus adversarios se valian de carros erizados de hoces que sembraban á su paso la desolacion y la muerte. Lo que caracterizaba de un modo especial á los hebreos eran las banderas ó estandartes, con una enseña diferente para cada tribu. La de Judá, que ocupó por mucho tiempo el primer lugar, ostentaba por emblema un leon; la de Efraim se distinguia por un toro, la de Manasés, enarbolaba un unicornio galopando, y la de Benjamin, dejaba ver una zorra sobre un fondo cortado. Destinada como estaba la de Zabulon al comercio dábase á conocer por un barco, mientras que la de Isachar, tribu de traficantes, tenia en sus banderas el sol, la luna y siete estrellas. Levantábase sobre la de Ruben una serpiente erizada delante de un gallo; un árbol copudo era el emblema de la de Simeon, un pavo el de la de Gad, un salvaje con un ramo en la mano el de la de Dan, una ciudad cubierta de parapetos el de la de Aser, y Neftalí dejaba ver en sus altivos pendones un escuadron erizado de lanzas. Durante el régimen de los jueces, que es al que nos referimos, no siempre los de Israel llevaban consigo sus armas; en las horas de prueba dirigian su vista al cielo, y la primera espada de que procuraban proveerse era su fé en Jehová, su esperanza en el socorro divino (1).

Acampados los israelitas en las alturas del Thabor y los cananeos en el dilatado valle que se estiende á sus faldas, esperan la hora de venir á las manos.

Todo está dispuesto; los de Canaan empiezan ya á saborear el placer de abusar del triunfo que están seguros de conseguir sobre los israelitas, haciendo que en lo sucesivo sientan mas los efectos de la servidumbre.

Va á darse la señal del combate. Israelitas y cananeos la aguardan con ansiedad, cuando en el campamento de

(1) *Mujeres de la Biblia.*

Israel, en medio de un imponente silencio, se levanta una voz majestuosa que dice solemnemente á Barac:— «Levántate, porque este es el dia en que el Señor ha puesto á Sísara en tus manos : mira que él mismo es tu caudillo.» Esta voz es la de una mujer; es la voz de la magnánima Débora.

La palabra de Débora produce un efecto mágico; diez mil combatientes siguen con fé al Dios que ha de conducirles al triunfo, precipítanse por la pendiente del Thabor, llenos de entusiasmo abandonan sus posiciones para caer sobre el enemigo.

Los israelitas penetran en el campamento de Canaan; un indescriptible pavor se apodera de los soldados de Sísara, quienes no sabiendo resistir al ímpetu del ataque vuelven la espalda, y caen bajo el filo del cuchillo israelita.

Cerca de Cades-Neftali un guerrero, solo, á pié, huye ocultándose entre la espesura de los bosques. Este guerrero es el general cananeo Sísara que no sin grandísimo esfuerzo ha logrado escapar á la terrible mortandad que deja aniquilada su tropa. No le acompaña ni un ayudante de guerra, ni un soldado; tras de sí deja un vasto cementerio donde junto con el ejército de Jabin queda sepultado el poderío de Canaan. Bañado de su propio sudor, sin fuerzas, llega á la cordillera donde se abriga la tienda de Heber, donde va á refugiarse de la persecucion de los israelitas que andan en su busca.

Heber no está en la tienda : la esposa de este llamada Jahel sale al encuentro del fugitivo general y le abre las puertas de su morada. Sísara se cree salvo; y en medio del despecho de tan completa derrota abriga sin duda en su alma planes de una feroz venganza para el dia en que Canaan logre reparar sus fuerzas.

Jahel le hace el recibimiento mas afectuoso, le rodea de esta delicada solicitud de que la mujer posee el secreto, le colma de toda clase de atenciones. Sísara está

postrado por la fatiga, y Jahel estiende sobre el general que tanto hizo sufrir á los israelitas un manto para abrigar su sueño : tiene sed, y Jahel le presenta un vaso de riquísima leche.

Antes de dormirse el general hace á su agraciada protectora esta recomendacion :—«Ponte á la puerta, y si alguno llegare y te preguntase ¿Hay aquí alguien? Responderás : No hay nadie.» El general queria continuar siendolo aun debajo del techo hospitalario; mandaba á Jahel como habria mandado al último de sus soldados.

Sísara se duerme con seguridad creyendo tener por centinela á la esposa de Heber.

Cuando Sísara está sepultado en un profundo sueño, la puerta de su habitacion se abre de nuevo para dar entrada á una mujer. Con su mano derecha sostiene un martillo, y empuña con la izquierda uno de los clavos que sirven para fijar las cuerdas de la tienda. ¿A donde va? Esta mujer se adelanta, llega hasta el lecho del guerrero, se acerca á su cabecera, y con el clavo le atraviesa la frente. El miserable Sísara cae ante esta mujer, se revuelca debajo de sus piés y muere. Era Jahel que acababa de vengar al pueblo de Dios hiriendo de muerte al implacable enemigo de los israelitas.

Pocos momentes despues Barac, el general de Israel pasaba junto á la tienda de Jahel buscando á su mortal adversario.—«Ven, le dijo esta; y te mostraré al hombre que buscas.» Barac ve á Sísara bañado en su sangre y con la cabeza destrozada. Habíase cumplido fielmente aquella prediccion : «Por mano de una mujer será entregado Sísara.»

Aquella guerra empezada por una muger fué terminada por una muger ; vióse entónces que Dios designa tambien á mugeres para obras tan árduas como la restauracion de un pueblo , y que el sentimiento de la nacionalidad , los ardores del patriotismo , por mucho que sean mas propios del hombre, caben tambien en el pecho de una muger.

Respecto á la accion de Jahel dirémos lo que hemos dicho de la de Aod: era una inspiracion celestial; he aquí lo que la justifica.

Escuchemos el magnífico himno de victoria que en vista de un tan completo triunfo que asegura á los hebreos su independencia, sale de boca de Débora y es repetido por todo el pueblo frenético de alegría.

Débora enaltece á Judá, porque en un sublime arrebato Israel se habia dispuesto á comprar su independencia con su sangre:

«Bendecid al Señor, vosotros los de Israel que espontáneamente expusisteis vuestras vidas. ¡Oid reyes, atended príncipes!

«Yo, yo soy la que cantaré al Señor, y entonaré himnos al Dios de Israel.

«Oh Señor! cuando saliste de Seir y cruzaste las regiones de Edom, se estremeció la tierra, y los cielos y las nubes se derritieron en agras: Los montes fluyeron á vista del Señor, cual el Sinaí delante del Señor Dios de Israel.»

En la embriaguez de tan magnífico triunfo, la profetisa recuerda los peligros pasados. Hubo un dia en que el hebreo temblaba al atravesar las llanuras, porque la mirada del opresor podia expiar sus vacilantes pasos. El pueblo de Dios, helado de espanto, se escondia entre los ocultos senderos de las montañas; pero vino la hora en que Débora comunicó su calor á Israel su hijo.

«Desiertos permanecieron los caminos en los dias de Samgor, hijo de Anath y en los dias de Jahel; y los caminantes tenian que seguir veredas excusadas.

«Se habian acabado los valientes en Israel, cesaron de ser, hasta que se hubo alzado Débora, se hubo alzado como madre de los israelitas.»

El pueblo escogido pagó con la esclavitud la infidelidad á su Dios. Al dejar de ser sostenido por el Espíritu

divino perdió el ardor que le sostenia en las horas de prueba. Empezó por sentirse débil y acabó por ser cobarde.

«Apenas se veia ni broquel, ni lanza entre los cuarenta mil soldados de Israel.»

La profetisa habia sido severa hasta en la hora misma en que Israel se levantó para lavar su oprobio. Se apercibe de su severidad, y con la delicadeza propia de las almas varoniles, ofrece con arrebato su amor y su admiracion hácia los gefes que han conducido á Israel á exponerse á ser destrozado por las fuerzas enemigas.

«Mi corazon os ama, oh príncipes israelitas! Vosotros que de voluntad propia os lanzasteis á la refriega.»

Pero este valor que exalta, ¿á quién lo atribuye?

«Bendecid al Señor, les dice.

«Que el pueblo se reuna para celebrar la gran victoria pues todos, ricos y pobres gozan de una apacible seguridad.

«Los que cabalgais luidos bridones, los que os sentais en tribunal, los que discurrís por los caminos, hablad.

«Donde se estrellaron los carros y se anegaron las falanges enemigas, allí se han contado las justicias del Señor y su clemencia para con los bravos de Israel. Volvió el pueblo á reunirse á las puertas de las ciudades y á recobrar su primacia.»

Ante la grandeza del asunto que la ocupa, parécele que todavia su inspiracion no es bastante poderosa:

«Levántate, levántate, Débora; levántate, levántate y entona un cántico.»

Y comenzando por evocar el recuerdo de su invitacion al general israelita exclama:

«Levántate, Barac, y echa mano de tus cautivos, oh hijo de Abrahan!»

Al eco de estas palabras diez mil hebreos han corri-

do á lanzarse sobre Sísara. Una muger es la que ha hecho triunfar la causa de Jehová.

Débora bate palmas en favor de los que ha arrastrado á la victoria. A sus simpáticos acentos suceden justos reproches contra las tribus á las que la indecision ó el desaliento ha tenido alejadas del combate: Ruben que sentado entre sus arroyos se mece al balido de sus carneros; Gad que sigue tranquilamente con su vista el curso del Jordan; Dan, Aser, que se echan voluptuosamente sobre sus costas marítimas, mientras que Zabulon y Neftalí, dan al ejército de Israel la mayor parte de sus soldados prontos á luchar y á morir.

Débora reproduce las emociones de la batalla. Ve llegar á los cananeos, y con un desprecio irónico los llama los *reyes* para hacerles caer de mas alto.

El torrente de Cison hace rodar los cadáveres de los cananeos. Cuando evoca esta escena, la profetisa escita una vez mas su poético arranque:

«El torrente de Cison arrastró sus cadáveres, el torrente de Cadumim, el torrente de Cison; huella, ó alma mia, los campeones.»

En la derrota de los enemigos, Débora oye las uñas de los caballos rompiendo el suelo. Llega, por fin, á la muerte de Sísara. El nombre de Sísara personificaba para ella todas las amarguras, todos los sufrimientos de su amada patria. ¡Con que entusiasmo aplaude á Jahel! Escuchémosla contando con voz palpitante las últimas convulsiones de la agonia del general que pagó con su vida sus numerosas crueldades.

«Bendita entre las mugeres, Jahel... y bendita sea en su tienda.

«Dió leche al que le pedia agua, y en taza de príncipes le presentó manteca.

«Echó la mano izquierda á un clavo, y la derecha á un martillo... dió á Sísara el golpe, taladrando con gran fuerza una sien.

«Cayó entre sus piés: perdió las fuerzas y murió: delante de sus piés se revolcaba, y yacía exánime y miserable.»

Y durante el suplicio del Cananeo, Débora se traslada al lugar donde habita la madre de la víctima, y ve á esta muger al través de una ventana esperando á su hijo y diciendo entre suspiros:

«¿Cómo tarda en volver su carro? ¿Cómo son tan pesados los piés de sus cuatro caballos?»

Las sirvientas rodean á la madre de Sísara, y Débora las escucha calmando las angustias de la infeliz muger.

«Quizás está ahora repartiendo los despojos, y se está escogiendo para él la mas hermosa de las cautivas; quizás se separan del botin brillantes vestimentas y numerosas alhajas para adornar los cuellos.»

Herida por el contraste de los dos cuadros que acaba de evocar, Débora se detiene bruscamente, y concluye diciendo:

«Así perezcan, Señor, todos tus enemigos y brillen como el sol en oriente los que te aman.»

Por lo que acabamos de decir, facilmente se reconocerá en Débora una de las mas brillantes personificaciones de la nacion hebraica. Débora es Israel, es el pueblo de Dios, velando sobre la integridad de su fé y de sus leyes, es Israel defendiendo su independencia á todo trance, hiriendo á los violadores de su nacionalidad como á enemigos de su fe y de su Dios; Débora es Israel que bebe en el conocimiento de su gran destino, un valor heróico. «Débora, dice una escritora ilustre, no solo idealiza la nacion de Jehová, podemos decir que la encarna, que la hace vivir y palpitar de su propia vida, que la comunica los ardores de su corazon, la vivacidad de sus sentimientos, el brillo de su imaginacion.»

He aquí lo que vale una muger de fé que comprende su deber y su destino.

LECCION VIGÉSIMA SEGUNDA.

EL PREMIO DE UNA VIUDEZ VIRTUOSA.

Tambien en la presente leccion debemos bosquejar la figura de una muger. Pero esta vez la protogonista de nuestro relato no es la heroina que ciñe una espada para defender á su patria, ó que en un arranque de fe y de energía venga en la persona de su enemigo, los ultrajes hechos al pueblo de Dios. Lo que vamos á referir no es un drama sangriento, es una égloga; la existencia de la muger que va á ocuparnos se agita en un círculo mas modesto que los campos de batalla, donde hemos visto á la admirable Débora, y sus virtudes si no tan espléndidas, son mas prácticas, porque son las virtudes del hogar á donde por punto general se reduce la mision de la muger.

Era durante el régimen de los jueces. Belen, la ciudad de la abundancia, no veia estenderse bajo sus piés la verde alfombra de la fecundidad que acostumbraba cubrir su privilegiado suelo. Sus campos se perdian en la esterilidad, su pueblo estaba faltado de pan, y en su fresca campiña no se veia sino la aridez de la muerte.

A consecuencia del hambre que asolaba al país, un habitante de Belen, Elimelech, para escapar de los rigores de la miseria fué á buscar un asilo en país extrangero, donde fijó su residencia con Noemi, su esposa, y con sus dos hijos Mahalon y Chelion. A la otra parte de las tristes riberas del mar Muerto, al sud del Arnon, encontrábase un extenso valle de sabrosos pastos, de ricas cosechas: eran los campos de Moab, el pueblo pastor, Elimelech se estableció en aquel frondoso país. Habia huido de los rigores del hambre; mas

no pudo evitar el golpe de la muerte. Elimelech descendió á la tumba en un país que no era el suyo.

Mahalon y Chelion se hicieron de Moab una segunda patria, y trataron de casarse con dos jóvenes moabitas en las que residian todas las virtudes naturales, todos los instintos generosos que encontrarse podian fuera de la religion de Moisés; las consortes de Mahalon y Chelion, se llamaron Ruth y Orfa. Diez años hacia que los dos hijos de Elimelech habitaban en aquel país estrangero, cuando Ruth y Orfa lloraban ya su temprana viudez. ¿Castigó el Señor á Elimelech por haberse ido á un país donde no se adoraba al Dios verdadero? ¿La muerte de Mahalon y de Chelion fué en pena de haberse desposado con las hijas de los idólatras? La Biblia guarda silencio acerca el particular; sin embargo, ello es que de los que habian salido de Belen no quedaba sino Noemi.

Noemi, sin su esposo, sin sus hijos, no se sintió con valor para continuar en un país que habia abierto sus sepulcros para encerrar allí los pedazos de su corazon. En Moab habia perdido sus mas caras afecciones; no podia continuar en una tierra que le fuera fatal y donde todo le recordaba su triste abandono. Dirigió su vacilante mirada á su país natal, al país donde se guardaba su cuna, los recuerdos de su niñez, la dicha de su primera juventud; aquellos primeros años de la vida que se habian deslizado para ella tan placenteros, dando lugar á que se la llamara Noemi, que significaba *feliz*.

«El Señor habia vuelto la vista hácia su pueblo y le habia dado que comer.» Noemi parte de Moab para dirigirse nuevamente á Belen.

Dos seres habia en Moab que la apreciaban; eran Ruth y Orfa. Estas dos mugeres veian en Noemi á la madre de sus esposos; de aquellos esposos á quienes amaban aun despues de la muerte; el amor que profesaban á Noemi venia á ser un reflejo del que habian profesado

y seguian profesando á sus maridos al través de la tumba. Ruth y Noemi están dispuestas á desterrarse de su patria, á abandonar sus afecciones, á hacer el costoso sacrificio de su familia para ir en pos de la madre de sus esposos á compartir con ella sus sufrimientos. ¡Resolucion generosa que prueba lo mucho que valian aquellas dos almas!

Noemi conoce por una triste esperiencia las amarguras del destierro; y agradeciendo tamaño sacrificio se niega á aceptarlo. Ella, privada del compañero de su vida, sin sus queridos hijos, víctima de la mayor horfandad, y ciñendo en su cabeza su corona de cabellos blancos, tiene que morir á toda esperanza en la tierra. Pero las viudas de Mahalon y de Chelion son todavía jóvenes, el porvenir aun puede sonreirles. En la region de Moab pueden encontrar un esposo; y tal vez no está léjos el dia en que estrechen en sus brazos un sér que dándoles el nombre de madre cure con el bálsamo de su ternura sus llagados corazones, y los ondulantes pliegues de aquella montaña abriguen todavía su dicha.

«Id á la casa de vuestra madre, las dice; el Señor haga con vosotras misericordia como la hicisteis vosotras con los difuntos y conmigo. El os conceda que halleis descanso en las casas de los maridos que os deparará la suerte.» Noemi da á sus nueras el postrer adios, y con trémulos labios imprime en sus frentes el beso de despedida.

Un copioso llanto baña los rostros de las dos jóvenes, las cuales dicen á Noemi con resolucion:—«Contigo irémos á tu pueblo.»—«Volveos, hijas mias, exclamó Noemi; y con una sublime expresion de afecto les hace observar que ella ya no puede tener hijos que darlas en matrimonio; que está sola en el mundo, que hallándose ya en la edad de la vejez no puede esperar en un nuevo enlace que consuele los dolores de su mísera existencia, y ya que Dios tiene destinado probarla con el infortunio

gocen ellas de la vida que aun despues de la viudez guarda para ellas sus encantos.—Volveos hijas mias; idos:... vuestra angustia agrava la mia.»

Las dos jóvenes no cesan de llorar; pero las frases de Noemi han producido en Orfa su efecto. La imágen de la felicidad doméstica evocada por Noemi ha logrado persuadir á la viuda de Chelion. «Orfa besó á su suegra y volvióse.»

Sin embargo Ruth mas fuerte que su hermana, no se deja convencer por los halagos de la felicidad conyugal, ni su espíritu desfallece ante el negro panorama del sufrimiento que Noemi presenta á su vista con toda su lobreguez.—«Tu hermana política se ha vuelto á su pueblo y á sus dioses, vete con ella,» la dice la solícita anciana.

Ni el ejemplo de Orfa, ni las palabras de Noemi son capaces de quebrantar la resolucion de Ruth.—«No me incites más para que te deje y me vaya;—la contesta con energía; porque á donde quiera que fueres yo iré; y donde morares yo tambien moraré! Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. La tierra que te recibiere en tu muerte, en esa quiero morir; y allí tendré yo el lugar de mi sepulcro.» El mismo Voltaire, el patriarca de la impiedad ha dicho: «Ni en Homero ni en Herodoto leemos rasgo alguno que hable y conmueva el corazon como esta respuesta que dió Ruth á su suegra.»

Hay en estos arranques de la ternura una elocuencia que deja sin palabra al interlocutor. Noemi no sabe que contestar. *Tu Dios será mi Dios* le ha dicho Ruth. Efectivamente el Dios de una mujer de sentimientos delicados, de alma tan elevada como Ruth no podia ser sino el Dios de Noemi, es decir; el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de la humanidad. Ruth promete observar siempre la religion de Jehová, y esta promesa es tanto mas cordial cuanto que para acercarse á las aras del Dios de Israel ha tenido que sacrificarlo todo. Noe-

mi no puede ya insistir en que Ruth se separe de ella. Por otra parte Ruth la ama con demasiado desinterés para que Noemi tuviera valor para romper el lazo de la única afeccion que le quedaba en el mundo.

La familia de Noemi habia vivido en la parte del pais de Moab comprendido en la Arabia Petrea. Cuatro jornadas por lo menos necesitaban aquellas dos mujeres para atravesar el dilatado valle en que corren apacibles las aguas del lago Asfáltite cerrado por dos majestuosas cordilleras, cuyas cumbres se pierden en la inmensidad de un cielo siempre sereno.

Las dos pobres viajeras llegan á Belen. Cuando Noemi volvió á respirar el aire de la patria, cuando vió aquella tierra que sus piés no habian pisado hacia ya diez años, ¡qué de recuerdos mezclados de dulzura y de hiel no habian de agolparse en su alma! Su juventud toda entera se le presentaba á la vista de aquel bendito suelo. ¡La juventud! esa edad poética de las ilusiones y de los encantos, esa edad del porvenir á cuya memoria se olvida lo presente. Hay momentos en la existencia en que la juventud que se presenta á nosotros con todo su colorido, ya que no puede hacer retroceder, á lo menos parece que interrumpe la vida real. Despues este sueño se desvanece, y no deja en pos de si sino el cansancio de una larga pesadilla.

Los placeres del hogar paterno, las amistades de la adolescencia, el matrimonio, las caricias de sus hijos, todo habia de pasar por la imaginacion de Noemi cual fugitivos fantasmas.

Diez años atrás Noemi al lado de su esposo y precedida de Mahalon y Chelion habia salido de Belen; ¿cómo volvía allí? Sin una familia que la acompañara, sin unos amigos que la recibiesen, sin un techo donde cobijarse.

Noemi vuelve á Belen desconocida. En su rostro se dibujan las huellas de la desgracia; sus ojos cansados de

llorar han perdido su brillantez, en su frente están escritos sus pesares que han dejado en ella surcos indelebles, su cabeza está inclinada bajo el peso del infortunio. —« ¿Esta es aquella Noemi?»—Se preguntan las mugeres de Belen al recordar aquel nombre que simbolizaba felicidad. La infeliz muger les responde con acento triste: « No me llameis Noemi; sino llamadme *Mara* (1) porque el Todopoderoso me ha llenado en extremo de amargura. Salí llena de bienes y el Señor me ha hecho volver vacía, ¿porqué, pues, me llamais Noemi, habiéndome humillado el Señor, habiéndome afligido el Todopoderoso?»

Cuando llegaron á Belen, era el tiempo de la primavera. Todo sonreia en la naturaleza; los campos respiraban animacion y júbilo: sin embargo, Noemi y Ruth habian de estar tristes. Solas, completamente desamparadas, sin bienes, y hasta sin hogar no habian de ver ante sí, sino el triste espectro de la miseria con toda su desgarradora realidad.

Ruth es jóven y robusta; puede procurarse el sustento sirviendo á alguna rica familia de Belen. Mas para ello es menester que abandone á Noemi; para dejarla sola Ruth no se habria quizás decidido á desterrarse de su pais natal. Compartirá con ella el sufrimiento, con ella sabrá bajar á la tumba, si es menester; y cuando las lágrimas de Noemi busquen confundirse con otras lágrimas, encontrarán las de Ruth que lamenta no tanto su propio infortunio como el de aquella á quien tiene todas las consideraciones de una madre.

Solo un recurso le queda. Es el último recurso de la indigencia. «Si lo mandas,—dice la jóven Ruth á Noemi, —iré al campo, y recogeré las espigas que escaparen de las manos de los segadores, donde quiera que hallare gracia con algun padre de familias, que use de cle-

(1) *Mara* significa dolor. *Josefo*, Ant. Jud. lib. V, cap. XI.

mencia conmigo.» ¡Recoger las espigas que escapen de las manos de los cegadores! ¡Triste medio! Y sin embargo es el único para escapar de la miseria.—«¡Anda hija mia!» la responde Noemi.

La jóven viuda sin pensar en las humillaciones á que va á exponerse, sale de Belen, penetra en el primer campo que se le ofrece, y se la ve inclinarse para recoger los granos que dejan á su espalda los segadores. El campo pertenecia á Booz uno de los propietarios mas opulentos de la ciudad.

Ruth está entregada á su tarea cuando ve bajar á un hombre por la pendiente de la colina á cuya sombra se ampara Belen. Este hombre llega al campo y dice á los segadores:—«El Señor sea con vosotros.»—Los segadores contestan á su vez: —«Bendígate el Señor.»

¿Quién es este hombre? En las atenciones de que se le rodea Ruth no puede menos de descubrir al propietario del campo:—¿Qué va á decirme? ¿Me arrojará de aquí en mi calidad de extrangera? Tales son las preguntas que se haria en su interior la tímida Ruth.

El ver á aquella jóven llama efectivamente la atencion de Booz, el cual dice al mayoral de sus segadores: «¿De quién es esta muchacha?»

Apesar del poco tiempo que habitaba en Belen, apesar de su posicion obscura, Ruth no era desconocida. Era pobre, vestia el sayal de las indigentes; pero al través de su pobreza, y hasta tal vez de sus harapos, los habitantes de Belen han descubierto en Ruth, en la jóven que ha abandonado las comodidades de su familia, que ha renunciado á su porvenir solo para no dejar á la madre de su difunto esposo, un alma hermosa; el amor á su marido llevado hasta el punto de condenarse con su suegra á las mas tremendas privaciones ha admirado á los hijos de Belen. La ciudad toda se ocupa de ella.

—«Esta es aquella moabita que vino con Noemi,» responde á Booz el mayoral.

La hermosura moral tiene tambien su misterioso iman para los espíritus bien formados. Se concibe que haya hombres que no viendo nada mas allá de las formas exteriores, llevados por un despreciable materialismo, no se conmuevan sino ante la pasagera hermosura del cuerpo; que sin saber penetrar en el fondo del sér humano se limiten á su superficie. El cuerpo no es sino la corteza del hombre; lo que constituye principalmente al hombre es el alma. Hay pues una hermosura mas atractiva que la de las formas corporales; hay la hermosura del alma que tiene encantos hasta para los ángeles del cielo, y á la cual destina Dios inmarcesibles coronas. La Escritura no nos declara si era hermosa la fisonomía de Ruth; pero nos describe perfectamente su piedad filial, su modestia, su timidez, su castidad y su fe, bellos rasgos de la hermosura de su alma. Booz era uno de esos varones rectos para quienes la belleza interior merece siempre grandes consideraciones.

Manda Booz á sus criados que respeten á la jóven. Hace mas; quiere evitar que dirigiéndose Ruth á otra propiedad se vea expuesta á la humillacion de un recibimiento inhospitalario: con la previsora solicitud de un padre, la dice:—«Oye, hija; no vayas á otro campo á espigar, ni te apartes de este sitio.»—El bueno de Booz quiere hasta impedir que en sus propiedades la dignidad de la estrangera pueda verse ofendida por la rústica familiaridad de alguno de sus mozos.—«Incorpórate con mis muchachas,—la dice,—y donde segaren síguelas. He dado órden á mis criados que nadie te inquiete.» Booz quiere que nada le falte á Ruth. El agua escaseaba mucho en aquel pais:—«Cuando tuvieres sed,—le añade,—vete al hato, y bebe del agua que beben tambien mis criados.»

Ruth manifiesta su agradecimiento y su respeto hácia Booz haciendo á su protector una profunda reverencia Ella, hija de los moabitas á quienes el pueblo escogido

rechazaba de su alianza; ella, pobre y sin apoyo humano, oye una voz que no es para ella ni la voz de la familia, ni la voz de la amistad; es la voz de un estrangero que le da la bienvenida en el pais de Israel; ve una mano protectora dispuesta á levantarla una barrera hasta para salvaguardar el pudor de su alma.—«¿De donde á mi esta dicha de haber hallado gracia en tus ojos?» le pregunta Ruth.

Booz le recuerda esa abnegacion que la ha llevado hasta á abandonar su pais natal, hasta á sacrificar su familia y su bienestar, para dirigirse á una nacion desconocida donde solo la aguardaba el sufrimiento y la indigencia.—«El Señor te galardone conforme tus obras; y recibas un cumplido premio del Señor Dios de Israel, á quien has venido, y debajo de cuyas alas te has acogido.»

La jóven se siente consolada; Booz habia *hablado á su corazon* (1).

El generoso hebreo incita á Booz á tomar parte en la comida de sus segadores; á mojar su pan en la mezcla de agua y vinagre con que en la Palestina se refresca el campesino durante la estacion de los calores.

Ruth se sienta entre los dependientes de Booz. Allí pudo saciarse.

Ha satisfecho ya su hambre, se halla bajo la proteccion de un hombre rico, nadie la desaira; sin embargo, ¿Ruth está contenta? ¿Toma parte durante la comida en las expansiones de los campesinos?

Si ella come, hay una mujer que no puede acercar una espiga á sus hambrientos lábios; Noemi no tiene un poco de pan con que restaurar sus agotadas fuerzas. Ruth al pensar en su querida Noemi no puede sentirse alegre. Ocioso seria decir que reservó para la anciana una parte de su comida.

---

(1) Ruth, II, 13.

Ruth se levanta para volver á su tarea. Booz confiando de nuevo la jóven estranjera al respeto de sus servidores, les dice :—«Aunque ella quiera segar con vosotros no se lo estorbeis : y de vuestras gavillas echad de propósito algunas espigas, y dejad que queden allí para que las coja sin rubor, y ninguno la reprenda cuando las recoja.»

Ruth estuvo espigando en el campo toda la tarde. Al caer el dia la jóven habia hecho una abundante provision. Los granos recogidos por Ruth ascendian á un efi (1) que cargó sobre sus espaldas para dirigirse á encontrar á la amiga á quien no habia visto desde la mañana.

Noemi al ver la abundante cosecha de Ruth la pregunta por el nombre del hospitalario dueño á cuya propiedad se habia dirigido. Ruth pronuncia el nombre de Booz. Al oir este nombre el corazon de Noemi da un latido, asoma en su mente un rayo de esperanza. Noemi ha concebido un pensamiento, un gran pensamiento : si se realiza Ruth ya no tendrá que pensar en su porvenir. Pero el pensamiento de Noemi no debe comunicarlo aun á su nuera. Se limitó por entonces á manifestarle que Booz era pariente suyo.

Noemi incitó á Ruth á que continuara dirigiéndose á espigar á las propiedades de Booz.

La cosecha de la cebada y del trigo tocaban á su término. ¿Qué hará en adelante Ruth ?

¿Se verá obligada á condenarse á un trabajo que no tendrá ni la facilidad, ni la poesia de las tareas campestres ? ¿Su amor á Noemi, la llevará hasta gastar sus fuerzas en estas luchas cotidianas que escitan el hambre y cuyo precio es un mendrugo de pan ?

Ha llegado ya la hora de que Noemi manifieste su plan á Ruth. Pronuncia ante la jóven una palabra so-

(1) Medida de capacidad que equivale á unos 38 litros.

lemne:—«Hija mia, yo te buscaré reposo, y procuraré que estés bien.» Noemi la propone un casamiento. ¿Con quién trata de casarla? Ruth gime en la indigencia, no tiene quien se interese por ella, y á todo esto reune la fatal circunstancia de ser moabita. Noemi propone casarla nada ménos que con el rico propietario Booz. A primera vista semejante proyecto podrá parecer descabellado, pero Noemi lo tiene pensado todo.

La viuda de un hombre que muriese sin sucesion podia dar una prueba suprema de su amor y de su fidelidad, pidiendo á un segundo enlace el hijo que debia mantener en Israel el nombre y la herencia de su primer esposo.

Era el pariente mas cercano del difunto el que tenia el deber de casarse con la viuda; pero no un deber tan estrecho que atentara contra la libertad de la union conyugal, ya que la viuda podia dejar de reclamar su derecho lo propio que el pariente podia negarse á la demanda.

Booz era pariente de Ruth por parte de su difunto esposo.—«Este Booz, con cuyas criadas estás incorporada en el campo, es nuestro pariente y esta noche avienta la cebada en la era. Lávate, pues, y úngete y ponte tus mejores vestidos, y ve á la era.» Noemi la dice lo que ha de hacer para manifestar á Booz su derecho.

Este episodio de la vida de Ruth vamos á copiarlo de un ilustre poeta, Florian. Algo se separa del texto bíblico; pero el hecho es el mismo, y sin querer compararlo con la divina sublimidad de la Sagrada Escritura, fuerza es convenir en que Florian lo esplica con una sencillez y un encanto admirable.

«Ruth abrazó á su suegra, y le dió palabra de obedecerla: luego despues un tranquilo y agradable sueño cerró sus párpados. Aun no habia asomado el sol en oriente cuando Ruth salió al campo. Los segadores rendidos de cansancio, dormian junto á las hacinadas ga-

villas. Ruth echó de ver á Booz entre sus trabajadores: á la sazon estaba gozando de un tranquilo sueño, apoyada en las gavillas su venerable frente. Detúvose á la vista del anciano y exclamó:

«¡Respetable viejo, consuelo del infeliz! Vele por tus canas el ángel del Señor; dígnese Dios concederte largos años de vida para emplearlos en su servicio. La serenidad de tu alma se refleja en tus facciones; la pureza de tu corazon se descubre en la tranquilidad de tu frente. Duermes, y parece que estás pensando en los beneficios que te propones dispensar. ¿Acaso sueñas en los infortunados á quienes procuras hacer felices? ¡Ah! Si por ventura el sueño te trae á la imaginacion mi ternura, no lo dudes; este sueño te dice la verdad.

«Las exclamaciones de la jóven viuda dispertaron al anciano (1).»

—«¿Quién eres?» le preguntó.

—«Yo soy Ruth tu esclava: extiende tu manto sobre tu sierva, porque eres mi pariente.»

Booz la ha comprendido. Booz conoce la virtud de Ruth; y esta al pedirle el apoyo de su madurez le ofrece en cambio el sonrís de una juventud casta, de una vida que los vientos del mundo no han marchitado. Es la flor que busca la sombra del árbol para hacer subir hasta él su perfume.

—«Hija, bendita seas del Señor, le contesta Booz.... Yo haré para tí lo que me dijeres; porque todo el pueblo que habita dentro de las puertas de mi ciudad, sabe que tú eres una muger virtuosa.»

Pero Booz era uno de esos tipos de acrisolada honradez que al realizar una accion procuran antes no faltar á nadie.—«No niego que yo soy tu pariente, añade; pero hay otro que lo es mas cercano que yo. Reposa esta noche; y luego que se haga de dia, si quiere quedarse

(1) Hijos de la Biblia.

contigo por derecho de proximidad, sea en hora buena; mas si él no quisiere, yo sin duda alguna te recibiré.... Duerme hasta la mañana.»

Al rayar el alba Ruth recibió de Booz seis modios de cebada, que llevó ó su suegra. Al llegar á la pobre morada de Noemi, Ruth le refiere lo que ha pasado. Noemi que conoce la generosidad de Booz, su natural actividad, su carácter firme y perseverante, espera con confianza el resultado de la obra que ha emprendido.

Las dos mugeres hallábanse entretenidas con sus esperanzas cuando Booz sube la colina de Belen hasta llegar á las puertas de la ciudad. Allí se sienta y aguarda. No tardó en pasar el pariente de Ruth, á quien antes se habia referido.—«Llégate acá por un momento, le dice, y siéntate.» Llegóse á él el hombre y se sentó. En aquellos tiempos patriarcales, los contratos, por solemnes que fuesen, no habia necesidad de consignarlos en escritura; tenian suficiente garantía en la palabra del hombre y en la fidelidad de algunos testigos. Booz reune á diez ancianos de la ciudad, y en presencia de este tribunal le pregunta si quiere usar del derecho de rescate sobre la tierra de Elimelech. El pariente contestó que queria conservar su privilegio.—«Luego es necesario,—siguió diciéndole Booz,—que te cases tambien con Ruth la moabita, que fué muger del difunto, para que levantes el nombre de tu pariente en su herencia.»—El pariente rehusó sostener la casa de Elimelech á espensas de la suya.—«Renuncio al derecho de parentesco. Usa tú del derecho mio, del que protesto desprenderme voluntariamente.»

Habia en Israel la costumbre de que cuando un pariente cedia su derecho á otro, se quitaba su calzado. El pariente, pues, en testimonio de la cesion que acababa de hacer á Booz, verificó esta operacion.

El bienhechor de Ruth, dirigiéndose solemnemente á los ancianos y al pueblo, dijo.—«Vosotros sois hoy tes-

tigos de que entro á poseer todo lo que poseia Elimelech y Chelion y Mahalon, entregándomelo Noemi, y que tomo por muger á Ruth, la moabita, muger que fué de Mahalon, para levantar el nombre del difunto en su heredad, para que no quede extinguido su nombre de su familia y hermanos y pueblo. Vosotros, repito, sois testigos.»—«Nosotros somos testigos»—respondieron á una los hombres allí congregados, quienes uniendo sus voces graves y comedidas, pronunciaron la bendicion del himeneo:—«El Señor haga con esta muger que entra en tu casa, como con Raquel y Lia, las cuales levantaron la casa de Israel: para que sea un dechado de virtud en Efrata y tenga un nombre célebre en Belen. Y sea tu casa como la casa de Farés que Thamar dió á luz para Judá, por la posteridad que te diere el Señor de esta jóven.»

Desde aquel instante Ruth ha cambiado de destino. No era mas que una indigente y ha pasado á ser la señora de uno de los mas ricos patrimonios de Israel; la que tenia que mendigar algunas espigas perdidas goza de inmensas posesiones; puede ya dictar órdenes á aquellos criados de Booz de quienes antes tenia que recibir su gracia.

Tambien Noemi disfruta de la dicha de la desposada. No creia encontrar en el pais natal sino pesares, y Dios la depara una cadena de dichas; su vejez se deslizará en medio de la bienandanza, teniendo á su lado á Booz que la apoya con su afecto y á Ruth que la rodea de su ternura.

A Ruth solo le faltaba una corona para su dicha; el tener un hijo. Dios le concede las bendiciones de la maternidad; y cuando Noemi levanta en sus brazos al recien nacido, la anciana se rejuvenece; mas que la emocion de la abuela siente los transportes de la madre. Las mujeres de Belen esclaman al ver su indescriptible satisfaccion:—«Ha nacido un hijo á Noemi.»

Ruth era una estranjera; pero por su piedad filial, por su rectitud, por el cúmulo de virtudes que adornaban su corazon, mereció ser llamada al conocimiento y al servicio del Dios verdadero, obteniendo despues grandes recompensas.

Poco antes no tenia con que satisfacer su hambre; supo sobrellevar su infortunio con valor; por desgraciada que fuese no apagó jamás las chispas del afecto filial que profesaba á Noemi. Vino un dia en que un nieto suyo se sentó en el trono. De su descendencia salió una generacion de reyes.

Para que llegue á la cumbre de la elevacion á que podia aspirar una mujer en Israel, Ruth será una rama unida al tronco de Judá de que ha de salir la redencion del mundo, gozará del honor de entrar en la genealogía de Jesucristo; y en la ciudad que ha acogido á la jóven extranjera nacerá el Salvador de las naciones.

LECCION VIGÉSIMA TERCERA.

GEDEON.

La infidelidad á los favores divinos es muy frecuentemente la causa de los infortunios que hacen que reguemos de lágrimas la carrera de nuestra vida. Por más que nos veamos envueltos en el huracan de la adversidad, guardémonos de quejarnos de la Providencia divina; Dios nos hiere porque nos ama. Somos tan débiles que nos dejamos desvanecer por las ilusiones del mundo, nos dejamos seducir por el brillo aparente de goces de un momento, nos dejamos arrastrar por nuestro egoismo. Cegados per la indiferencia religiosa nos olvidaríamos por completo de nuestros destinos inmortales si Dios no llamara á la puerta de nuestro corazon por medio de acontecimientos adversos. La desgracia es la que

nos despierta del letargo del indiferentismo; y entonces no debemos hacer mas que besar la mano amiga que si nos hiere es para salvarnos.

Lo que sucede con los individuos y con las familias sucede en mayor escala con las naciones. La adversidad es la primera lecoion de los pueblos. Durante la prosperidad les vemos debilitarse en la afeminacion, gastar sus riquezas en el lujo y sus fuerzas en el frenesí de goces materiales; pero vienen estas enseñanzas providenciales que se llaman desgracias; entonces es cuando la necesidad de la esperanza les hace comprender la necesidad de la fé; tratan de explicarse la filosofía de sus sufrimientos, y la encuentran en sus infidelidades, y se ven en la precision de levantar los ojos al cielo.

Hé aquí lo que sucedió al pueblo hebreo. Débora, la gran profetisa, habia bajado al sepulcro; Barac, el ilustre caudillo ya no existia. La victoria obtenida sobre Canaan aseguró á Israel cuarenta años de paz y de bienandanza; pero tambien esta vez abusaron de su prosperidad. Israel tuvo que gemir por espacio de siete años oprimido por Madián.

Hasta donde llegó el régimen de opresion de Madián nos lo dice claramente la Santa Escritura. Los israelitas no pudiendo ya vivir en los pueblos tuvieron que buscar un último asilo en las grutas y en las cavernas de los montes. Ni aun allí estaban seguros; sus mieses eran destruidas, muertos sus ganados; Israel habia llegado al postrer extremo de las humillaciones.

Otra vez levantan hasta Dios un grito de socorro.

Aparece en medio de los israelitas un profeta que les recuerda los favores que tienen recibidos del Altísimo y les echa en rostro su mala correspondencia.—«Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo os hice salir de Egipto, y os saqué de la casa de la esclavitud; y os libré del poder de los egipcios, y de todos los enemigos que os maltrataban; y los eché cuando entrásteis, y os en-

tregué su tierra. Y dije: Yo soy el Señor Dios vuestro, no temais los dioses de los amorrhéos en cuya tierra habitais.—Y luego el profeta añade en nombre de Dios: —¡Y no quisisteis oirme!»

Con estas frases reprendia el inspirado del Señor las ingratitudes de los hebreos y les manifiestaba la justicia de los castigos divinos. ¿Pero no habrá lugar á la esperanza? ¿Estarán ya cerradas las puertas de la misericordia?

En Efra, debajo de una encina que pertenece á Joás, está sentado un jóven de bello rostro, de arrogante y simpática figura. En la cabaña de Joás hay el hijo menor de éste, llamado Gedeon. El hijo de Joás es un campesino sin posicion, sin fortuna, sin un nombre; pero siente dentro de si arder con todo su fuego la llama de la fé y llora los dolores de la patria. El jóven á quien hemos aludido se presenta á Gedeon que está limpiando el grano para esconderlo de los madianitas, y le dice:—«El Señor es contigo, ó el mas fuerte de los hombres.» Gedeon, para quien los pesares de Israel constituyen el único pensamiento, responde al desconocido: —«Por vida vuestra, si el Señor está con nosotros, ¿cómo es que nos han alcanzado tantos males? ¿Dónde están aquellas sus maravillas que nos contaron nuestros padres?... El Señor nos ha dseamparado.»

Estas frases indicaban el profundo pesar que destrozaba el pecho de Gedeon.

El jóven le añade:—«Vé con esa tu fortaleza, y librarás á Israel del poder de Madian: sabe que yo soy el que te envio.»

Gedeon no acierta á comprender estas frases. Gedeon hombre obscuro, perla ignorada tanto mas preciosa cuanto que él mismo desconocia su valor, no sabe convencerse de que tenga que cambiar la hoz del agricultor por la espada del guerrero; no comprende que pueda dirigir ejércitos el que solo sabe dirigir arados.—¿Cómo

podré yo librar á Israel? Mi familia es la última de Manassés, y yo soy el menor en la casa de mi padre.— Gedeon no goza de la menor influencia; nada hay que pueda hacerle acreedor al prestigio que necesita el hombre que se propone libertar á su patria. El jóven le contesta:—«Yo estaré contigo, y derrotarás á Madian como si fuese un solo hombre.»

Lo que está oyendo Gedeon ¿será la voz del Señor? La autoridad con que le habla el jóven le dá lugar á sospecharlo. Levantando los ojos al cielo Gedeon dice:— «Dame una señal de que eres tú el que hablas conmigo.»

Gedeon dice al misterioso personage:—«No te retires de aquí hasta que vuelva.»—«Esperaré hasta que vuelvas,» le contesta el jóven.

Gedeon volvió poco despues con carne de cabrito y panes ácimos, que ofreció á su huésped, el cual le ordenó que colocase aquellas viandas sobre una piedra. El estranjero extiende sobre ellas el báculo que empuña en su mano: brota una milagrosa llama que lo consume todo, y aquel personage á la luz de las llamas desaparece por los aires. Era un ángel del Señor.

Desde aquel momento Gedeon se dispone para cumplir con la delicada mision que ha recibido de Dios, pronto á sacrificarse por su fé y por su pueblo.

No tarda en presentársele una ocasion para manifestar su celo. Hay allí un altar consagrado á Belo. Atentar contra el ídolo es exponerse á la venganza de los impíos y de los apóstatas; es faltar hasta á las consideraciones de su misma familia. Por la noche los siniestros resplandores de un incendio alumbraron los campos de Joás; y al dia siguiente envueltas entre las cenizas del bosque encontráronse las ruinas del altar de Baal. Para restaurar al pueblo de Israel era indispensable empezar revindicando su fé; por esto Gedeon inaugura su obra derribando los ídolos que en Israel se habian levantado, y cuyo supersticioso culto provocaba la justa cólera del Señor.

Al dia siguiente los idólatras con un sentimiento de sorpresa mezclado de ira vieron que el altar de Baal habia desaparecido. «¿Quién ha hecho esto?»—se preguntan. Las pesquisas verificadas produjeron su efecto; no faltó un delator que dijo:—«Gedeon, hijo de Joás, ha hecho todo esto.»

Dirígense á casa de Joás para demandar venganza:—«Sácanos aquí tu hijo para que muera, exclaman enfurecidos; ha destruido el altar de Baal y volado el bosque.

Joás les contesta :—¿Acaso sois los vengadores de Baal para combatir por él? Si él es Dios, vénguese del que ha derribado el altar.»

Los madianitas y amalecitas resuelven castigar el hecho de una manera terrible. Sus ejércitos pasan el Jordan, y acampan en el valle de Jesrael.

Los montes donde se refugian los hebreos reproducen el eco de una trompeta; es Gedeon que está llamando á los israelitas. La casa de Abiezer; las tríbus de Manassés, de Assér, de Zabulon, de Neftalí; todos se aprestan para el combate. No preguntan por la gerarquía social del caudillo; no es nada mas que un campesino; pero el llamamiento lo hace en nombre de la fé y de la patria; Israel hace tiempo que aspira á sacudir sus insoportables cadenas.

Gedeon suplica de nuevo al Todopoderoso le manifieste decididamente su voluntad si tiene dispuesto que se ponga al frente de los israelitas en el campo de batalla.

Con su natural sencillez dice al Señor :—«Pondré en la era este vellocino de lana, y si el rocío cayere en solo él y toda la tierra quedare seca, sabré que mi mano ha de salvar al pueblo.»

Acude á la prueba; el milagro se verifica conforme á lo que él ha propuesto.

No le basta á Gedeon este primer testimonio; se atreve á exigir de Dios un segundo prodigio.—No se en-

cienda contra mí tu furor, Dios mio; ruégote que solo el vellocino quede seco.» Tambien esta vez Dios corresponde á su demanda.

Podrá parecer una impertinencia, una temeridad de parte de Gedeon el querer que Dios confirmara con tantos milagros su destino de caudillo; y esta temeridad se nota tanto mas al recuerdo de que Moisés vió cerrarse ante él las puertas de la Tierra de Promision por un solo momento de duda á la divina palabra. Sin embargo, no debe olvidarse que Moisés se hallaba ya desde mucho tiempo investido de la alta cualidad de conductor de Israel; estaba acostumbrado á distinguir la inspiracion verdadera de las falsas inspiraciones; comunicábase de contínuo con el Santo de los Santos; Moisés no tenia escusa; por esto aceptó sin replicar su expiacion por muy penosa que le fuese. Al contrario, Gedeon se hallaba en muy diferentes condiciones. El, el último de la última familia de Manassés, ¿cómo puede creerse llamado á ser el libertador de Israel? El hombre rudo, acostumbrado solo á las tareas del campo, ¿de dónde habia de sacar, no ya el valor, sino la inteligencia que se necesita para una mision tan delicada? ¿No hubiera podido suceder que no fuese nada mas que una ilusion lo que él creia un llamamiento divino?

Y cuando sus votos se han cumplido Gedeon cree; Gedeon sabrá luchar, y sabrá morir si es necesario.

El labrador convertido en guerrero marcha al combate al frente de treinta y dos mil soldados que serán tanto mas valientes en la hora de la batalla cuanto que Israel ha visto talados sus campos, robadas sus mieses, saqueadas sus haciendas, escarnecido su culto y profanado su altar: los hebreos creen llegada la hora de borrar tales afrentas con el filo de sus espadas.

Atendido el número de los soldados y el coraje con que estaban dispuestos á batirse, el triunfo hubiera sido una cosa muy natural. Dios quiere que aquella victoria sea un milagro.

Así se lo manifiesta á Gedeon al decirle: «Mucha gente traes contigo. Madian no será entregado en sus manos, no suceda que se glorie contra mí Israel, y piense: Por mi fuerza me libré.»

Conforme á lo dispuesto por el Señor, Gedeon solo se queda con lo mas escogido de su ejército, reduciéndolo á diez mil hombres.

Aun diez mil hombres podian hacer que el triunfo se explicara naturalmente. Es menester reducir mas, mucho mas las fuerzas de Gedeon. El Dios fuerte va á demostrar al mundo que quiere ser llamado el Dios de los ejércitos, y que el soplo divino en los combates obra con igual poder cuando echa el terror en el gran número, y cuando exalta el brazo del pequeño número al que da la victoria.

La fuerza queda tan reducida que mas que un ejército, lo que Gedeon va á conducir al campo de batalla puede llamarse una pandilla. Las tropas hebreas no esceden el número de trescientos hombres. Eran uno contra ciento; pero á favor suyo está la espada del Altísimo.

Gedeon dice á sus soldados:—«Levantaos, que el Señor ha puesto el campamento de Madian en nuestras manos.» Divide los trescientos hombres en tres partes, en vez de armas les dá una trompeta y un cántaro vacío; su espada es una luz que pone en sus manos para que la escondan debajo de los cántaros. ¿Qué táctica militar es esta? ¿Cuál es el plan de Gedeon? Su órden de batalla se limita á la siguiente disposicion:—Lo que me vereis hacer hacedlo vosotros. Yo entraré por un lado del campamento; imitad lo que yo hiciere. Cuando sonare la trompeta que tengo en mi mano, haced sonar vosotros las vuestras al rededor del campo, y gritad todos á una: —«Al Señor y á Gedeon.»

Los madianitas se hallan acampados en un extenso valle. En las primeras horas de la noche no se ha oido

en torno del campamento la más pequeña agitacion, el menor señal de ataque de parte de los israelitas: Madian puede entregarse con tranquilidad al reposo.

Era ya cerca de la media noche. El ejército madianita está abismado en un profundo sueño, cuando se percibe el sonido simultáneo de trescientas trompetas, cuyo eco repitiéndose por aquellas montañas produce un estruendo horroroso. Los madianitas despiertan azorados. Al tañido de los instrumentos militares sigue el estrépito de los cántaros que los de Gedeon rompen unos contra otros, y mientras los madianitas no aciertan á explicarse lo que sucede, ven en un instante las cercanías del campamento alumbradas por trescientas luces; y entre el ruido de las trompetas perciben los gritos unánimes de:—La espada del Señor y de Gedeon.

Los hebreos no abandonan sus puestos.

Las tropas de Madian están despavoridas; todo es confusion; los madianitas salen de sus tiendas sin saber á dónde se dirigen; figúranse sin duda que ya no se trata de una batalla campal sino de una lucha brazo á brazo, pues fácilmente pueden persuadirse de que las trescientas luces sirven para alumbrar un inmenso ejército de reserva. Los madianitas alborotados, ciegos, tirando de sus espadas y lanzando espantosos alaridos, hiérense mútuamente haciendo unos en otros una espantosa carnicería. Los jefes huyen hácia el Jordan con parte de la tropa; mas los hombres de las tribus de Neftalí, de Asser y de Manassés, van en su seguimiento. Gedeon dispone que los israelitas que se hallan en el monte de Efrain pasen á ocupar las orillas del Jordan, para interceptar el pasoá los fugitivos. Poco despues el caudillo recibe las cabezas de Oreb y Zeb generales madianitas, cuyo ejército ha sufrido la más completa derrota.

La lucha de Gedeon contra Madian simboliza la lucha de la fe contra los que la combaten. Importa poco que

los creyentes tengamos que luchar contra el escepticismo, la indiferencia y la incredulidad; importa poco que todos los errores se coaliguen contra la verdad religiosa, y que el número de los apóstatas y de los impíos sea inmensamente mayor al de los fieles. Los hijos del catolicismo formamos hoy el verdadero pueblo de Dios; cuando defendemos nuestra calidad de católicos, cuando sustentamos los derechos de nuestra conciencia, por mas que las fuerzas de la incredulidad sean inmensas, por mas que acuda á los recursos del escarnio, por mas que se valga de la prensa, de la tribuna, por mas que logre fascinar á las masas, no olvidemos que Dios está con nosotros.

El hecho que acabamos de delinear simboliza tambien esa lucha constante del hombre que es lo que constituye la realidad de la vida. El cántaro de barro es el emblema del cuerpo, y en la antorcha que traen los israelitas en sus manos viene significada el alma. El cuerpo debe tambien tener su accion y su parte en la victoria. El medio de conseguir el triunfo consiste en ser fiel en guardar dentro del alma la antorcha de la religion, en hacer oir nuestra voz en la defensa de los principios religiosos, en lo que constituye las grandes convicciones del hombre, y sobre todo del cristiano, en trabajar en que se realicen en la vida y mas allá de la muerte los supremos destinos de la humanidad. Y si menester fuera romper el vaso de barro del cuerpo en aras de la fe, no debemos vacilar ante el sacrificio de la existencia de un dia; porque en este sacrificio está el último escabel del triunfo.

LECCION VIGÉSIMA CUARTA.

EL VOTO DE JEFTÉ

Despues de Gedeon, ejerció el cargo de juez de Israel Abimelech, cuyo rienado fué tan corto como tempestuoso. siguiendo mas tarde un período de cuarenta y cinco años de paz, durante los cuales los hebreos obedecieron las órdenes de Thola y de Jair.

Muerto Jair, otra vez la ingratitud con sus negros borrones viene á manchar la historia del pueblo israelítico, otra vez se ve á la nacion escogida postrada ante mentidas divinidades, y otra vez en justo castigo Israel llora su libertad perdida viéndose sujeta al yugo de los ammonitas en Oriente y el de los Filisteos en Occidente.

Pasan años y mas años sin que los hijos de Moisés acierten á romper las pesadas cadenas de una esclavitud ominosa; hasta que al fin, no pudiendo ya por mas tiempo resistir este peso, caen en tierra á los piés de su Dios.—«Contra tí hemos pecado, exclaman al ver desoladas las tríbus de Judá, de Benjamin y de Efraim, á todo Israel reducido á la miseria; contra tí hemos pecado; hemos dejado al Señor Dios Nuestro y servido á los Baales.»

El Señor reprende justamente su conducta. «¿Pues qué?—les dice—¿no os oprimieron los egipcios y los amorreos, los hijos de Ammon y los filisteos, y tambien los sidonios, los amalecitas y los cananeos, y clamasteis á mí, y os libré de sus manos? Y con todo esto me habeis abandonado, y habeis dado culto á dioses agenos... Id, y clamad á los dioses que os habeis escogido, que ellos os libren en la hora de la angustia.»

No hay que negar que si la reprension fué severa no

es porque fuese inmerecida. La historia del pueblo de Dios venia siendo una serie de defecciones, de apostasías. Y si el Señor en su justo enojo hubiese obstinadamente cerrado los oidos á sus súplicas, fuerza es convenir en que los israelitas le habian dado motivos de sobras para ello. Mas Dios en su inagotable bondad, si castigaba á Israel era para levantarle de su postracion; no para perderle.—«Hemos pecado.—exclaman, haz tú de nosotros lo que te agradare, solamente que ahora nos libres.»

Era la voz del arrepentimiento, y de un arrepentimiento cordial. A las palabras siguen las obras. Los israelitas toman los ídolos con cuyo cuyo culto se habian contaminado, y derribándolos de sus altares los arrojan fuera de su país. Esta vez como siempre las puertas de la misericordia divina se abren á los golpes del arrepentimiento.

La historia del pueblo de Dios en semejantes casos es la historia de todo hombre que reconoce sus pasadas culpas. El Señor aflije y humilla al culpable que profanando los altares de su corazon, en vez de consagrarlos al Dios verdadero los consagra á las divinidades de las pasiones ó de los vicios; los castigos que el Altísimo le envia son el llamamiento de la Providencia que por medio de los golpes del infortunio le recuerda su dignidad perdida, su corazon embrutecido, su honor de creyente y de hombre de bien arrastrado por el suelo. Entonces el que se ha dejado conducir por la pendiente del vicio, confiesa sus debilidades sin excusarlas, y la misericordia divina le hace comprender que tras de la culpa debe estar el arrepentimiento, porque tras del arrepentimiento está el perdon; y entonces el pecador abre su oprimido pecho á la esperanza, confiesa que lo merece todo, reconoce la enormidad de sus delitos, desea apaciguar la ira divina, desconfia de sí mismo, y besa la mano que le azota. El hombre restituye el Criador el co-

razon que solo á él le pertenece, y este corazon se convierte en santuario del Dios verdadero. La justicia divina queda aplacada ; el pecador se ha salvado.

Ya Israel y Ammon son dos pueblos enemigos, puesto que no sacrifican á unas mismas divinidades, no se postran ante un mismo altar. Desde que Israel ha levantado sus ojos al cielo siente la necesidad de trabajar en sacudir sus cadenas ; Israel no es ya el pueblo abatido que yace en el lodo de una esclavitud degradante, se declara pues entre ammonitas é israelitas una hostilidad abierta que ha de exterminar á uno de los dos pueblos, los cuales no pueden vivir por mas tiempo juntos.

Los de Ammon no dudan de la victoria. Israel carece de organizacion, no cuenta con un ejército, le falta un caudillo ; su derrota es segura: los ammonitas, mas que á un combate parece que se dirigen á un festin. Los hijos de Ammon establecen sus tiendas en Galaad; los de Israel situan en Masfa su campamento.

¿Quién será el jefe israelita ? No hay que buscarlo entre esos hombres de posicion y de fortuna, ni entre los sucesores de los jueces; todos se habian dejado abatir por la molicie y contaminar por la idolatría ; no hay en Masfa un solo hombre que se distinga por su valor y en quien los hebreos puedan depositar su confianza.

En los picachos que se elevan sobre Galaad , tras de aquella naturaleza salvage, entre aquellas inaccesibles rocas vive un hebreo, que tiene aterrados á los ammonitas de la comarca. Su nacimiento es una deshonra; su nombre recuerda á los israelitas el oprobio de su cuna. Hijo de una esclava, se vió arrojado del hogar paterno por sus hermanos. No encontrando en la ciudad quien acogiese al nuevo Ismael amparóse en aquellas escabrosas montañas, constituyóse en jefe de aventureros, ejercitándose en continuas escaramuzas contra los opresores del

pueblo de Dios. Este hombre que vivia de la punta de su espada se llamaba Jefté.

Los israelitas se acuerdan del varon intrépido á quien se habia echado de su hogar, y que tras de las ásperas formas del aventurero encerraba un corazon noble, un alma llena de fe. Los mismos que le condenáran á una vida mísera y errante son los encargados de ofrecerle el mando en gefe de las tropas de Israel.

—Ven y sé nuestro príncipe para pelear contra los hijos de Ammon, le dicen.

Jefté no puede menos de recordar la ofensa que un dia se le infirió al cerrar para él las puertas de la casa de Galaad:—«¿No sois vosotros los que me aborrecisteis, —les contesta,—los que me echasteis de la casa de mi padre? Ahora me venís á buscar compelidos por la necesidad.»

Mas la patria sufre, el pueblo de Dios gime, es menester dejar á un lado resentimientos personales para no acordarse si no de ocupar el puesto de honor que le señala á Jefté el deber de israelita.

El que no era sino un gefe de aventureros habia de ser general de un ejército; y en aquella ciudad de donde se le echára con ignominia habia de entrar ciñiendo en su frente de guerrero la corona de Príncipe. Todo esto no puede menos de halagarle; pero hay algo que debe de interesar todavía mas á su corazon de padre. Jefté tiene una hija, una hija única que hasta ahora ha participado de su infortunio y de sus privaciones, ángel en la tierra que con sus caricias, consolaba al valeroso desterrado. Jefté va á ver á su hija pasar de la cabaña al palacio, se la rodeará de consideraciones, será la primera entre las jóvenes de Israel. Y lo que le incita de un modo especial á no resistirse decididamente á aceptar la propuesta que se le hace es la idea de que va á luchar por su religion y por su nacionalidad.—«Venimos á buscarte para que pelees contra los hijos

de Ammon,» le dicen.—Estas palabras no pueden menos de producir en Jefté un efecto mágico.

La guerra es siempre un azote de Dios. El caudillo prudente y humanitario, por mucho que sea su valor, no debe apelar al recurso fatal de la espada, no debe acudir al derramamiento de sangre sino en momentos supremos, cuando se han agotado ya todos los medios pacíficos. «Es una vergüenza para la raza humana, ha dicho un escritor, que haya de apelarse á la fuerza bruta para someter á las exigencias de la justicia á nobles criaturas á quienes el privilegio de la inteligencia y de la libertad moral debiera bastarles para andar por el camino de la justicia, ó á lo menos para entrar en él.»

Jefté antes de emprender la lucha acude á medios pacíficos por si puede lograr que el pueblo de Dios entre de nuevo en la posesion de sus derechos sin derramamiento de sangre. Manda mensageros al rey de Ammon para persuadirle de la injusticia con que procede contra los hijos de Israel; alega los derechos que asisten á los israelitas para ocupar aquella tierra.

El rey de los ammonitas se cree demasiado fuerte para ceder á las razones de los enviados de Jefté. Por toda respuesta manda á su gente que se dirija contra el caudillo de Israel.

Al lanzarse sobre el enemigo Jefté comprende toda la importancia de aquel combate en que van á jugarse los destinos del pueblo de Dios, y al dirigirse desde Masfa, desde aquel nido de águila que domina los montes de Galaad, Jefté levanta los ojos al cielo, y eleva á Dios este voto en que se descubre perfectamente al hombre que no ha perdido su fé al empuñar su espada, sino que reconoce que la victoria es un don del cielo.—«Si pusierais en mis manos á los hijos de Ammon— dice Jefté dirigiéndose al Altísimo,— el primero, sea el que fuere, que salga de las puertas de mi casa, y ven-

ga á encontrarme cuando vuelva, lo ofreceré al Señor en holocausto.»

Israel combate y vence. Su triunfo fue tan rápido como decisivo. Jefté pasea su carro triunfal por veinte ciudades.

Adornado con los laureles de la victoria Jefté se dirige hácia su morada, y espera el momento en que su hija, la criatura que él mas ama en este mundo participará de sus satisfacciones.

Jefté se acerca á su hogar. A alguna distancia oye los coros de las jóvenes de la poblacion que al son de rústicos instrumentos cantan himnos de triunfo. Al acercarse á su casa, radiante de alegría ve salir una jóven... Jefté se siente aterrado; de su rostro desaparece instantáneamente el destello de la alegría; anublan sus facciones las sombras del pesar mas profundo. ¿Qué es lo que está pasando en su interior?

Jefté antes de emprender la batalla, en un arranque de fé y de entusiasma habia hecho este voto:—«El primero, sea el que fuere, que saliere de las puertas de mi casa, y viniere á encontrarme cuando vuelva en paz, lo ofreceré al Señor en holocausto.» Quien primero salió de las puertas de su casa para ir á su encuentro era su hija!!

Hay un voto hecho al Señor; este voto es menester cumplirlo. La ternura se opone á él; pero para el caudillo israelita cuando habla la fé la ternura calla. El valiente guerrero se turba, destroza sus vestidos de general, y de su corazon desgarrado el amor de padre arranca este grito: «¡Ay de mí, hija mia! Acabas de hacerte desgraciada y me has hecho tambien desgraciado á mí; he abierto mi boca ante el Señor; no puedo dejar de cumplir mi palabra.»

¿La hija de Jefté al oir estas frases se deshace en llanto? Las palabras de su padre son la cuchilla del sacrificador levantada ante ella cabalmente en la hora en

que la felicidad terrena le abria sus complacientes brazos, en que todo le sonreia, en el momento en que iba á ser la muger mas afortunada de Israel. ¿La hija de Jefté se lanzó en el marasmo de la desesperacion? Preciosa existencia que ha crecido entre las flores del desierto es pura y cándida como ellas; y lo mismo que ellas ha guardado para Dios todos sus perfumes. La hija de Jefté léjos de inmutarse deja salir de sus labios virginales esas palabras que han admirado á las generaciones:—«Padre mio; si has dado tu palabra al Señor, haz de mí todo lo que le has prometido, puesto que te ha otorgado el vengarte de tus enemigos y vencerlos.» El pueblo de Dios ha recobrado sus derechos, Israel ha reconquistado su nacionalidad, Dios podrá ya ser públicamente adorado. ¿Qué importa que tenga que haber una víctima, y que esta víctima sea yo?

Apenas se concibe tanta grandeza de alma en una débil jóven, Si la hija de Jefté en vez de haberse formado en la soledad de los campos donde con la robustez del cuerpo adquirió la robustez del espíritu, se hubiese formado en la molicie de un palacio; si en su infancia en lugar de una costumbres puras como el aire que respiraba se hubiese acostumbrado á las delicadezas, á la afectacion, á los tumultuosos placeres de las grandes capitales, tal vez no hubiese sido capaz de este arranque.

La fé de Jefté necesita una víctima; su hija está pronta al sacrificio.

Fácil es comprender la generosidad de la abnegacion de Jefté, que se resigna á perder la vida en la edad de la juventud, en la hora de las mas risueñas ilusiones. ¿Quién no se turba á la vista de la muerte? «En tan critico momento,—escribe un poeta—la vida tiene cierto encanto cuyo secreto conoce por experiencia propia el corazon que está próximo á ver extinguida su respiracion. Muchas veces al través de la postrera lágrima

que se escapa de unos párpados próximos á cerrarse para siempre, se descubre el pesar que escitan antiguos recuerdos. ¿Qué significa ese pesar tardío é involuntario? ¿Acaso el mundo nos oculta misteriosamente algunos bienes especiales? ¿Por qué los ángeles de los cielos se detienen á veces al pasar por la tierra?»

Una sola demanda hace la hija de Jefté á su padre. —«Solamente otórgame esto que te ruego: Déjame ir dos meses á dar vuelta por los montes, y á llorar mi virginidad con mis compañeras.»

Lo que ella llora no es la vida terrenal que va á perder; es la virginidad: nueva enseñanza dada con todo el carácter solemne de esta sublime escena para marcar ya muy de antemano la diferencia de la Ley Antigua y de la Ley del Evangelio que vino á traer al mundo el mismo Hijo de Dios. Entónces la vírgen era una muger que no podia presentarse en público sin bajar la cabeza; hoy la vírgen es una muger honrada por el cristianismo, es un tipo á quien la Iglesia respeta y hasta venera, porque ve en su pureza un trasunto del cielo. La muerte antes de la virginidad era el dolor mas amargo para la hija de Israel, y es porque la privaba del derecho de formar en el número de las ascendientes del Mesías.

Jefté accede á los deseos de su hija. La jóven que en los albores de su vida va á ver cortada su existencia por el hierro fatal del sacrificador, dirígese á visitar por última vez aquellos montes de Tob que recogieron su primer sonrís de niña y que repiten su adiós postrero. Al visitar las soledades en que se deslizó pura y apacible su infancia, contempla para no volverlas á ver ya mas las flores de aquellos montes únicas compañeras de su niñez. ¡Las flores! Tambien como ella mueren apenas empezada su juventud. En las flores ve el símbolo de su destino.

«Por la noche,—dice un poeta describiendo la situa-

cion de la hija de Jefté;—por la noche, á la sazon en que los corazones de los hombres sumidos en el sueño dan al olvido sus pesares rudos, sola se aflige y se desvela una virgen desconsolada; sola en medio del desierto, triste, pálida y estraviada, con voz doliente cuenta en los siguientes términos su afliccion y pesadumbre:

«La tierna viña anímase y reverdece con los rayos de la aurora; la verde palmera no teme perder su sávia y su vida; y yo voy á morir!

«Algun dia mis amigas al oir el dulce nombre de madre, esperimentarán en su corazon un júbilo fruto de un noble orgullo y se extasiarán ante el sonrís de un niño que en lo bello se parecerá á su padre. Esto harán mis amigas, y yo voy á morir!

«Prodigando su ternura á los autores de sus dias, si llegan á encorvarse bajo el peso de los años, serán el apoyo de su débil ancianidad; y yo voy á morir!

«Dios mio, tú que desde los cielos oyes las quejas de una doliente vírgen, atiende al llanto de mi padre, y dígnate darle consuelo; concédele de vida todos los dias de que tu rigor me priva, y entonces sabré morir resignada (1).»

¿Fué realmente la hija de Jefté inmolada? ¿O condenándose á una soledad murió para sus amigas, para la familia, para la sociedad; resignándose á permanecer siempre virgen murió para el porvenir que constituia todas las esperanzas de la hija de Israel? Este es el secreto de Dios.

---

(1) *Hijos de la Biblia.*

LECCION VIGÉSIMA QUINTA.

EL PODER DE LOS HALAGOS.

Al atravesar el espacio que separa Jafa de Egipto, encuentra el viajero un inmenso desierto que consiste en dilatadas llanuras de blanca arena cortadas por pequeños montes sin verdor, al fondo de los cuales se hallan unos valles en que solo asoma un poco de yerba amarillenta. Acercándose más á las playas del Mediterráneo, se encuentran algunos villorrios árabes, junto á los que están las ruinas de los pueblos que fueron teatro de los hechos que vamos á describir,

Una parte de este país hoy despoblado y estéril perteneció antiguamente á los filisteos, cuya república abrasaba apenas un territorio de ciento cuarenta kilómetros de longitud.

Los filisteos fueron un dia una nacion poderosa; pero descendientes de Cam llevaban en su raza el peso de la maldicion pronunciada contra su padre; debian someterse á los judíos que como descendientes de Sem disfrutaban de las bendiciones concedidas al Patriarca. Viéronse efectivamente, dominados por los hebreos al posesionarse éstos de la tierra prometida; pero si lograron su dominacion nunca pudieron obtener su exterminio. Debilitados los filisteos por la lucha, pudieron no obstante salvar su independencia amparándose en las costas del Mediterráneo. Sin embargo, conservando contra los hebreos el ódio de raza, sobrescitado por las derrotas que les hicieron experimentar, aprovechaban todas las ocasiones que se les presentaban de hostilizar á las tríbus de Dan y de Simeon que les eran limítrofes.

Corria el año 2848 de la creacion del mundo. Jefté ha-

bia ya bajado á la tumba, y el pueblo de Dios reincidiendo en sus antiguas prevaricaciones se veia una vez mas sometido al yugo de sus adversarios. Pero mientras el Señor les castigaba con la esclavitud, movido por su incomparable bondad les deparaba un libertador.

Ocultos é ignorados en la tribu de Dan vivian Manué y su esposa la que lloraba el infortunio de su esterilidad. Lamentábase ésta por no poder ser contada entre el número de las que dando un hijo á Israel podian abrigar la esperanza mas halagüeña para la muger israelita; la de poder contar entre sus descendientes al Salvador del mundo, cuando se le aparece un desconocido, un varon de peregrina belleza que dice á la muger de Manué en tono de completa seguridad: «Estéril eres y sin hijos; más concebirás y parirás un hijo... él comenzará á librar á Israel de mano de los filisteos.» Dicho esto desaparece el misterioso personage.

Enagenada de alegría, la buena muger corre á encontrar á Manué para participarle lo que ha pasado.

Manué cree en las predicciones anunciadas á su esposa; pero á fin de que pueda cumplirse perfectamente el destino de libertador de Israel designado á su futuro hijo, pide al Señor le conceda la gracia de que se le presente de nuevo el misterioso varon á que nos hemos referido, con el objeto de interrogarle acerca lo que deben hacer con el niño que les nacerá.

El Señor accede á esta demanda. La esposa de Manué hallábase sentada en el campo cuando se le acerca el sugeto de hermoso rostro y de imponente figura que le hiciera tan faustos anuncios.

Levántase la muger precipitadamente para ir en busca de su esposo.

De vuelta ya los dos, pregunta Manué al desconocido: «¿Eres tú el que has hablado á mi muger?»—«Yo soy» le contesta.—Manué requiere de él la conducta que deberá observar con el niño; y su interlocutor le mani-

fiesta que el futuro libertador de Israel deberá abstenerse de probar vino ni otro licor, que no podrá comer manjares inmundos; en una palabra, que su sobriedad será la que contribuirá á darle ese vigor físico, ese temperamento especial, esas fuerzas hercúleas que han de hacerle el terror de los filisteos.

Manué le ruega que acepte para comer con ellos un cabrito que le aderezan. El desconocido rehusa aceptar este obsequio.—«No comeré de tu pan, le dice; más si quieres hacer un holocausto, ofrécelo al Señor.»

La fisonomía del varon con quien hablaba, su aire magestuoso, sus predicciones, y especialmente estas últimas frases hubieron de escitar la curiosidad de Manué, el cual pregunta á su improvisado amigo.—¿Cómo te llamas para que verificada que sea tu palabra te honremos?—Este le contesta: ¿Porqué preguntas por mi nombre, que es admirable?

Insistir en su curiosidad hubiera sido una inconveniencia. Manué, sin decir una palabra más, toma un cabrito, y con las correspondientes libaciones lo coloca sobre una piedra para ofrecerlo al Señor.

Envuelto entre el humo de la llama del sacrificio se vé subir al cielo al personage que diera á los esposos tan satisfactorias noticias. El desconocido era un ángel del Altísimo.

Las predicciones del ángel no tardaron en tener efecto. Vino un dia en que la esposa de Manué, á pesar de estar entrada en años, pudo estrechar contra su pecho un niño que la daba el nombre de madre. La consorte de Manué puso á su hijo el nombre de Samson, *sol*, porque con el apoyo de su extraordinaria robustez habian de desaparecer de entre los hebreos las tinieblas de la esclavitud, amaneciendo nuevamente el sol de la independencia.

Frisaba Samson en los veinte años cuando trató de enlazarse con una jóven filistea. Sus padres al principio se

opusieron al enlace: ignoraban que este casamiento era una disposicion de Dios. Dirigiase á Tamnatha la ciudad de su futura esposa, cuando al pasar junto á unos viñedos se le aparece un leon cachorro que feroz y rugiendo se abalanza sobre él. Samson siente dentro de si el espíritu del Señor, que le comunica una fuerza estraordinaria; adelántase á encontrar á la fiera, y trábase una lucha terrible entre el osado jóven y el rey de las selvas: Samson despedaza al Leon como si fuese un pequeño cordero. Despues de esta hazaña continua tranquilo su viage.

Pasó algun tiempo, y el hijo de Manué resolvió dirigirse nuevamente á Tamnatha para celebrar las bodas. Al hallarse junto al viñedo en que destrozó al Leon, dirigióse al lugar de aquella sangrienta escena, por si encontraba allí todavía algunos restos del feroz animal. Efectivamente los encuentra, y halla además en la boca del disecado leon un enjambre de abejas y un panal de miel. El jóven se apodera de este sabroso manjar y da una parte á sus padres para que coman de él; pero no les descubre de donde lo ha tomado.

En aquellos pueblos las bodas se celebraban con banquetes y fiestas que no terminaban hasta siete dias despues del casamiento. Lo propio se verificó con el de Samson. Conforme á la costumbre del pais se ejercitaba el discurso proponiendo por via de diversion cuestiones envueltas en la obscuridad de alguna sentencia enigmática. En el caso de que por el término de siete dias no pudiesen los convidados descubrir el sentido de la parábola propuesta estos debian entregar á Samson treinta vestidos y otras tantas túnicas; en el caso contrario, era Samson quien habia de dar á los filisteos este premio. El enigma fué inspirado por la miel que encontró en la boca del Leon.

—Propon el problema, para que lo oigamos, le dicen los asistentes á aquella fiesta de familia.—Ahí lo teneis:

«Del voraz salió el manjar y del fuerte la dulzura.»

Preciso es convenir en que era muy difícil encontrar la clave de estas palabras á todo el que no estuviera en antecedentes de la historia del leon muerto y de la miel encontrada en sus fauces. Desesperaban ya los filisteos de poder resolver la cuestion; el plazo iba á finir sin que les quedara otro recurso que entregar al novio las costosas prendas por el señaladas. La esposa de Samson, en su carácter de compatricia, creyeron que habia de ser la que les evitara este contratiempo. Entre el esposo y los amigos, se figuraron que como á filistea habrá de hacer traicion al primero para favorecer á los segundos. Dirígense, pues, á la recien desposada diciéndole:—«Acaricia á tu marido, y persuádele que te descubra cual es el significado del enigma.» Los convidados llevan su resolucion hasta el criminal estremo de hacer que la fiesta termine con un sangriento drama.—«Si no lo quisieres hacer te pegarémos fuego á ti y á la casa de tu padre. ¿Por ventura nos habeis convidado á las bodas para despojarnos?»

La esposa de Samson está dispuesta á acceder á su demanda. Ora por medio de halagos, ora por medio de caricias trata de arrancar á Samson su secreto; y por fin comete la villanía de acudir á ese supremo recurso á que nunca acude en vano una mujer; al recurso de las lágrimas.

—«Tú me aborreces,—le dice,—tú no me amas; por esto no me quieres declarar el enigma que propusiste á los jóvenes de mi pueblo.» Estas palabras proferidas ante un esposo por la boca de la esposa, cabalmente en los primeros dias en que se han hecho la mútua entrega de sus corazones, son de una grande elocuencia. A los primeros ataques de la seductora Samson tiene todavía fuerzas, cuando no para una negativa absoluta, al menos para evadir la respuesta.—«No lo quise decir á mí padre y á mi madre, ¿y quieres que te lo diga á ti?»

La esposa de Samson no se dá por vencida: vuelve á insistir; apura los recursos de la seduccion, llora. «Cuando la debilidad se bate contra la fuerza, pero está herido el corazon, dice el autor de las *Mugeres de la Biblia*, entonces la muger recobra la supremacia de su flaqueza, y su aparente impotencia es un arma poderosa de que se vale para su triunfo. Hace sentir al hombre el rubor de prevalecerse de su predominio, se entrega á la desesperacion de la derrota, y finge resignarse á ella mientras con esta resignacion aparente su gazmoñería está preparando una emboscada. Al fin se interesa en ello la generosidad del hombre, teme abusar de su poder, vacila en sus designios. Las caricias primero, despues los suspiros, y por fin el llanto son otras tantas flechas aceradas que hieren al esposo en lo mas delicado de la sensibilidad. El entendimiento se turba, la constancia vacila; la noble razon como un rey vendido por sus amigos deja caer el cetro de sus manos; la fuerza misma es un estorbo para el corazon el cual acaba por renunciar á la victoria del poder, porque vé que se le escapa la victoria de la generosidad; y una mirada decide la lucha. Tal es la estrategia del amor pasivo que obra con ojos de lince, mientras que el amor activo con los ojos vendados se entrega á disposicion del vencedor.»

Samson que sabia luchar con los leones no sabe luchar con una mujer. Encierra dentro de su pecho un corazon demasiado noble para creer que las lágrimas de su esposa son lágrimas fingidas: no acierta á adivinar que su consorte sea capaz de venderle tendiéndole los lazos del cariño. El hijo de Manué es víctima de una de las traiciones mas indignas, de la traicion del corazon, ya que para llevarla á cabo se abusa de lo mas íntimo que hay en el hombre, que es la cordialidad. Samson revela el secreto á su esposa.

Convengamos en que no seria el cariño lo que indujo á la jóven filistea á casarse con el israelita; de lo contra-

rio no se hubiera vendido á los filisteos, que por mas que fuesen sus compatricios, debian para ella valer mucho menos que aquel á quien habia jurado amor y fidelidad. La indigna esposa corre á manifestar á los convidados la confidencia que acaba de hacerle Samson.

Se acercaba el término prefijado para la solucion del problema propuesto cuando los paisanos de la esposa de Samson se le acercan para decirle:—«¿Que cosa mas dulce que la miel ni mas fuerte que el Leon?»

El hebreo comprende perfectamente que su mujer le ha vendido. Samson cumplirá su promesa; pero será pidiendo al poder de su brazo las prendas de ropa que debe entregar; Samson empieza á constituirse en vengador de Israel matando en Ascalon á treinta enemigos del pueblo de Dios, cuyos trages entrega á sus rivales.

No se oculta al israelita que no puede contar con el afecto ni con la fidelidad de una esposa que ha cometido con él una vil felonía. Samson le manifiesta su enojo marchándose á la casa de su padre.

No ha repudiado á su consorte, lo que se ha propuesto únicamente es hacerla sufrir el castigo de una ausencia, para que en adelante se resuelva á cumplir mejor con sus deberes de esposa, para que sepa responder dignamente en lo sucesivo á los nobles sentimientos del corazon del hebreo.

La conducta de su mujer ha podido debilitar el amor de Samson, pero no apagarlo. Al llegar el tiempo de la siega fué éste á ver á su consorte, y en prueba de su afecto le trae de su pais un cabrito.

Llega á Tamnatha, encamínase á la casa de su suegro; pero al querer penetrar en el aposento de la jóven filistea, el padre de ésta se lo impide.—«Creí que la habias aborrecido y la dí á un amigo tuyo.» Samson se limita á responder:—«De aquí adelante no habrá culpa en mí respecto á los filisteos si yo os hiciere mal.»

Atendido el carácter de Samson, la grave ofensa que

se habia inferido á su calidad y á su honor de esposo, los deseos que abrigaba desde hacia mucho tiempo de vengar á la nacion israelita, esta frase que pronuncia ante su suegro contiene una grave amenaza. Irritado, sale de Tamnatha, logra tener á su disposicion trescientas raposas de las que abunda mucho la Palestina. Samson no solo es fuerte, es tambien ingenioso; el ardid, la astucia multiplica los recursos de su fuerza y de su valor. Toma las raposas, las ata cola con cola, pone teas en medio, y luego las suelta á fin de que corriendo incendien las mieses de aquel pueblo que abusando de su organizacion y de su número mira á los israelitas como unos miserables esclavos, y se cree dispensado con ellos de toda clase de deberes, pudiendo insultarles hasta en lo mas sagrado de la conciencia y del corazon. La campiña de Tamnatha queda convertida en una inmensa hoguera que de los campos de trigo se extiende hasta los viñedos y los olivares.

Los filisteos saben que la causa de todo esto es la mujer que despues de haber entregado su corazon á Samson, no contenta con abusar de su confianza, con venderle traidoramente, ha llevado su perversidad hasta faltar á su fé de esposa y unirse con otro hombre. La filistea y su padre son quemados vivos.

Del ultrage hecho, no á su persona, sino á toda su nacion el esforzado hijo de Manué no se limita á tomar venganza por medio de un ardid; la sabrá tomar tambien con su valor personal. Para ello le sobran fuerzas, y si tiene que sostener luchas cuerpo á cuerpo Samson sabe vencer de una manera brillante á sus enemigos.

Cuando cree haber cumplido con el deber que le impone no solo la honra de su pueblo sino tambien su propia honra pasa á habitar á la cueva de la peña de Etam.

Para castigar á Samson se arma todo un ejército de filisteos, que entrando por la tierra de Judá, acampan en un lugar que despues se llamó *Lequi* , es decir, Quija-

da. Los de Judá les preguntan cual es el motivo que les ha hecho empuñar las armas contra ellos; y los filisteos contestan que lo único que pretenden es que se les entregue á Samson. Los hebreos se manifiestan dispuestos á obedecer esta exigencia antes que exponerse á una lucha, para la que no estan preparados. No importa; Samson por sí solo sabrá hacer lo que no se atreven á hacer los que estan al frente de su pueblo, los cuales ni siquiera tienen valor para amparar al que se ha constituido en sostenedor de sus derechos.

Samson ve venir á un gran número de hebreos que tratan de apoderarse de su persona para entregarlo atado á los filisteos. Antes de ponerse en manos de los hebreos les exige el juramento de que respetarán su vida: —«Juradme y prometedme que no me matareis» les dice.—«No te matarémos, solo te entregarémos atado.»

Samson se somete á ello. Custodiado como un criminal camina hácia Lequi donde le aguardan sus enemigos. Al verle estos envuelto en fuertes ataduras corren hácia él deseosos de satisfacer su feroz encono; pero aquel nuevo Hércules siente dentro de sí una robustez superior: con una sacudida rompe las cuerdas que le atan de la misma manera que si fuesen un débil hilo, se deshace de los que tiene á su lado, y tomando lo primero que le viene á mano, que es una quijada de asno, se precipita sobre los filisteos con un ímpetu tal que éstos aterrados le abren paso, y no solo se libra de ellos sino que tiende á sus piés gran número de víctimas.

El cansancio le produce una sed abrasadora. Samson es el brazo de Dios que castiga á los opresores del pueblo escogido; el Señor se encargará de hacer brotar agua hasta de la misma quijada de que Samson se ha valido para sembrar el terror entre los filisteos.

Los que preocupados por un fatal escepticismo llegan á olvidar el inmenso poder de Dios, sienten asomar la duda en sus inteligencias al leer las estraordinarias ma-

ravillas de la historia de Samson: es esta una disposicion fatal que compromete en los espíritus débiles el respeto debido á los Libros santos, protegiendo los funestos gérmenes de la incredulidad. Nunca la sabiduría divina hace milagros inútiles. ¿Hay por ventura algo más satisfactorio para la inteligencia que se somete á la fé, que encontrar en la sola vida de un hombre esta multitud de pruebas del poder de lo alto comunicado como una imágen de la Gracia á la debilidad de un corazon mortal? El tipo de Samson tal como nos lo presenta la Sagrada Escritura tenia no solo su utilidad, si que tambien su necesidad en tiempo de la tiranía de los filisteos. Era menester que los pueblos infieles aprendieran á temer la mano todo-poderosa de la que el taumaturgo israelita estaba constituido en visible agente; necesitábase sobre todo, sostener la fiel esperanza de los verdaderos hijos de Dios, que los habia aun, á pesar de tantas prevaricaciones. Guardémonos de discutir unos hechos cuyas mas pequeñas nubes se disipan por completo al considerarlos bajo un punto de vista tan providencial como filosófico. Felices todos los que sedientos por el cansancio de las pesadas luchas de la existencia, piden á Dios que haga brotar una fuente de aguas ricas. Esta fuente brotará por todas partes; sí, por todas partes, aun en medio de un vil resto de la muerte verémos aparecer esta fuente milagrosa; hagamos que salga de nuestros labios secos por el esfuerzo del combate el santo grito de la plegaria, y al querer apagar nuestra sed Dios nos mandará unas aguas celestiales de las que el instrumento de nuestra lucha será casi siempre el prodigioso canal.

Cierta noche que Samson fué á la ciudad de Gaza hospedóse en casa de una mujer de malos antecedentes. Al saberlo los filisteos creian llegado el momento de poder apoderarse impunemeute de la persona de Samson. Cierran sus enemigos todas las salidas de la ciudad á fin de

que no pueda salir hasta que amanezca para que entónces sea asesinado á mansalva por hombres apostados al efecto. El hebreo duerme tranquilamente, y al llegar á media noche se dirige hácia una de las salidas de la poblacion, y encontrándola cerrada, con esa robustez singular que Dios le ha comunicado arranca las dos hojas de la puerta y huye hacia los montes.

Conforme queda dicho, su primera esposa habia muerto; estaba pues libre Samson para contraer segundas nupcias con una mujer llamada Dálila, lo que efectivamente hizo. Sabian por experiencia los filisteos que el valeroso hebreo solo era débil en presencia de la seduccion; y figurándose que su fuerza extraordinaria no seria mas que accidental, en la seguridad de que habia de tener alguna parte vulnerable, se proponen robarle su secreto por medio de su segunda consorte, que creen favorecerá los planes de los enemigos de Samson, como los favoreció la primera.

Los cinco sátrapas ó gefes de la nacion se encaminan á encontrar á Dálila para darla el pérfido consejo de que en cambio de un vil interés venda su fidelidad.—Engaña á tu esposo,—la dicen—y sabe de él en que consiste esa fuerza tan grande que tiene, y de que modo podremos apoderarnos de él.» A Dalila no se le oculta que no solo se trata de prender á su esposo, sino tambien de maltratarle; sin embargo esta mujer de corazon gastado, de espíritu abyecto; esta mujer sin afecciones, sin sentimientos se deja dominar por esta menguada propuesta: —«Si lo haces, te darémos cada uno mil y cien monedas de plata.» Sin duda los filisteos ya la conocian; sabian que para Dalila el dinero volia mas que el amor conyugal.

Fuerza es confesar que tratándose de su esposa en Samson la fuerza moral no correspondia á la organizacion física; al través de los fatales encantos de la seduccion dentro de aquel cuerpo de atleta no se veia mas que un alma de niño.

Dálila, aquella alma llena de falsedad, aquel corazon cuyos latidos generosos habia extinguido la perfidia, entre los alhagos y caricias que dirige á su esposo, como instigada sólo por una mera curiosidad, y fingiendo que lo único que quiere es que corresponda á su afecto de esposa con su confianza de marido, le pregunta:—«Dime, en que consiste tu fuerza tan grande?»—No tiene valor Samson para contristar á Dalila negándose á darle una contestacion; pero dueño aun de sí mismo responde valiéndose de una mentira:—Si me ataren con siete cuerdas de nervios recientes y todavia húmedos quedaré tan débil como los demás hombres.»

La infiel Dalila corre á manifestar á los sátrapas lo que le ha dicho su esposo. Imposible parece que una mujer llegue á tal extremo de villania. « Hacer traicion á precio de dinero, conforme escribe un autor á quien hemos citado otras veces; hacer así traicion bajo señales de afecto es el último grado de abyeccion á que puede llegar un alma. ¿Será que la molicie torpe aniquile en la conciencia todo sentimiento de honor; sujetándolo todo al bajo criterio del egoismo? ¿O permite Dios alguna vez que esta molicie llegue ó disgustarse de los envilecidos objetos de sus goces hasta el punto de hacerlos pedazos con la mas estúpida irrision ó la mas vergonzosa indiferencia?»

Conforme Dálila se lo habia indicado, los príncipes de los filisteos la proporcionaron siete cordeles con los cuales cuida de atar á Samson, quedándose los sátrapas ocultos en la casa prontos á apoderarse de su víctima, caso de que no llegara á poder romper sus ligaduras; pero de lo contrario no habian de presentarse. Dálila tiene ya cautivo á su esposo, es menester probar si la ha engañado; la infame Dálila se encarga de hacer el ensayo gritando:—«¡Samson; los filisteos sobre tí!» A este grito Samson dispierta, y rompe al instante los lazos en que le habia envuelto la traidora Dálila.

Dálila ha visto fustrados sus planes; no obstante sabe ocultar el despecho limitándose sin duda á engañar á su esposo manifestándole el gracioso contento que se dibuja en el semblante siempre que uno se ve amistosamente burlado en un juego sin importancia. ¿Abandona esta mujer su criminal proyecto? No; dispone un nuevo ataque que disfraza como la primera vez con la máscara de una curiosidad pueril y de una gracia juguetona.

—«Mira como te me has burlado, dice Dalila á su esposo, y no me has dicho verdad; descúbreme siquiera esta vez con que convendria fueses atado.» Y Samson la responde:—«Si fuera atado con cuerdas nuevas, que nunca hayan servido, quedaré débil, y como cualquiera de los otros hombres.»

Echa mano Dalila de este segundo medio, y despues de tomar las precauciones de la primera vez grita:—«Samson, los filisteos sobre tí.» Samson rompe los cordeles, y por segunda vez quedan inutilizados los malvados planes de su esposa.

Dalila no se rinde: acude como siempre á la ficcion, esconde sus indignos propósitos tras el manto de una mentida ternura, y dándose aire de resentida se expresa con un poco mas de imperio. «¿Hasta cuando me has de engañar y decir mentira? Descúbreme con que conviene seas atado.»—Samson empieza ya á vacilar. Cuando se trata de una persona á quien apreciamos hay ciertos secretos que cuando no los podemos revelar á aquellos con quienes nos unen lazos de íntima confianza, sentimos el peso de estos secretos como una carga insoportable. Samson no hace todavía la fatal revelacion, pero se dispone á hacerla. Un escritor le compara muy bien á aquellos pájaros que poco ántes se cernian libremente por los aires, y que descendiendo por sobre las hojas de los árboles, fascinados por la vista de una serpiente, bajan por grados á su ruina, espantados del peligro, pero sin valor para sustraerse á él. Descorre una parte del mis-

terioso velo y dice á la importuna Dálila:—«Si tejieres siete trenzas de mis cabellos con los lizos de la tela, y rodeándolas atadas á un clavo, le hincares en tierra, seré sin fuerza.» Dálila aprovechándose del profundo sueño en que está sumido su esposo le fija los cabellos en tierra, y como las otras veces exclama:—«Samson los filisteos sobre tí.» Tercera derrota de parte de Dálila. Samson dispierta de su sueño, y agitando su robusta cabeza arranca el clavo y la tela con los cabellos.

Un ataque más, y el guerrero quedará vencido por una falsa mujer. Dálila va á agotar todos sus recursos; echa mano de las últimas armas: amorosas quejas, dulces reproches, muelles súplicas, sentidos lamentos; todo va á apurarlo. Para vencer á Samson alega los títulos que le da su afecto, su amor propio de esposa ofendido, invoca su derecho para que él como marido se lo descubra todo; en fin, con la llave falsa de un amor mentido quiere abrir la puerta del corazon de Samson para arrebatarle su secreto y hacerle despues víctima de su imprudencia.—¿Como dices que me amas, exclama la pérfida, puesto que tu corazon no está conmigo? Por tres veces me has mentido, y no me has querido decir en que consiste tu grandísima fuerza.» Samson que no se hubiera rendido jamás como guerrero se rinde como esposo. El secreto sale por fin de sus labios:—«Si fuera, rapada mi cabeza, mi fuerza se apartará de mí, desfalleceré, y seré como los demás hombres.» Samson acaba de pronunciar su sentencia. Creyó demasiado en la curiosidad de Dalila, pero no creyó sin duda en su perfidia. Esta se persuade de que Samson le ha abierto definitivamente su pecho. Envia recado á los sátrapas en estos términos:—«Venid aun una vez mas por que ya me ha descubierto su corazon.» Los sátrapas se dirigen á casa de Dalila, llevando el dinero que es el precio de su perfidia.

Samson duerme profundamente. Dálila llama á un

rasurador que le corte las siete guedejas de sus cabellos, y grita en seguida: «Samson, los filisteos sobre tí»— Samson dispierta. La fuerza que le comunicára el Señor habia ya desaparecido. Desde aquel momento la malvada Dálila deja el disfraz de sus caricias; la esposa se convierte en verdugo; arroja de sí con desprecio al que ántes alhagaba, y se la vé cebarse en el resultado de su vil traicion.

Esta trágica escena nos dá dos importantísimas lecciones, pues que pone á nuestra vista dos de las principales llagas del corazon humano: el amor sensual en Samson que se deja arrastrar por él, y el vil interés en Dálila que en cambio de su atroz villanía recibe una suma de dinero. Nadá iguala á la humillacion del hijo de Manué en presencia de aquella mujer; el hombre que tenia muy erguida su cabeza ante un ejército de filisteos comete la debilidad de arrodillarse á los piés de una mala mujer; el que no cedia al estruendo de los campos de batalla cede á los cantos de una sirena que si le hace oir las armonías de falsas lisonjas, si le adormece al son de hipócrita ternura es para desgarrarle cobarde y traidoramente. Samson tiene, pues, la culpa si ha caido en manos de sus adversarios; y si vemos que al apoderarse de él le arrancan los ojos, esto no es sino una imágen de la ceguera de su alma. La historia del pecado, y por consiguiente, la humanidad casi toda entera está en esta narracion de los Libros sagrados. Este relato nos manifiesta que la odiosa idolatría del oro mata el último sentimiento de dignidad en el corazon de una mujer ingrata que en medio de la mayor perfidia no siente el mas pequeño remordimiento; se vé ademas aquí la debilidad de la carne que echando en torno de la inteligencia el humo de sus torpes atractivos, acaba por desvanecerla siempre que el hombre, en esas luchas del cuerpo contra el espíritu, no sabe sustentar los indisputables derechos de este último contra las fuertes arremetidas de aquel.

Todo lo que se nos refiere de Dálila y Samson es una importante enseñanza que nos dá á conocer cuanto deben temerse los artificios de las pasiones culpables, de qué manera se insinuan en el corazon é introducen en él su veneno, y como por grados va perdiendo fuerzas y debilitándose el espíritu del hombre hasta caer en los lazos que le tiende el vicio. Cuando se vacila entre las inspiraciones de la conciencia y las solicitaciones de la pasion la batalla está ya perdida ; la pasion vençe desde el momento en que nos vé cobardes ante ella.

Samson descubre un secreto que no debia revelar jamás, ya que de él pendia la obra á que le destinára la Providencia. Dios quiere que su fuerza consista en el cabello , es decir, en lo más débil é inútil para el hombre, á fin de dar á entender que su valor no era el resultado ni de su temperamento especial ni de su atlética musculatura , sino un don del cielo. Despues de descubierto su secreto, sus fuerzas le abandonan y queda hecho el juguete de sus enemigos.

Dichoso el hombre que antes de descubrir un secreto aprovecha algunos momentos para concentrarse y medir las consecuencias de su revelacion. ¡Cuantas Dálilas hay en el mundo que abusando de una hora de fatal obcecacion, ó quizá nada mas que de imprudente ligereza, se aprovechan de una confianza de que son indignas para hacer burla del débil que á ellas se entrega sin reserva!

Al cortársele el cabello la fuerza habia huido de Samson, como la sávia de un árbol se detiene agostada en el instante en que es herido por el rayo. ¡Qué vivo emblema de la debilidad en que cae el hombre despues de haber consentido en un crímen ! El placer tan brillante en halagüeñas promesas , tan seductor antes de que le hayamos probado , al tocar el alma con su vara mágica no hace mas que regocijarla al pasar, pero muere luego, dejando solo en la conciencia culpable la vergüenza de

una esperanza burlada y las ruinas de una virtud perdida. La imágen de este momento terrible la tenemos en Samson al dispertar de su sueño.

Segun llevamos indicado, los filisteos se apoderan de Samson, le vacian los ojos, y cargado de cadenas le conducen á la ciudad de Gaza. Allí es encerrado en una cárcel; y no contentos sus enemigos con haberle privado no solo de la libertad, sino de la vista, le reducen á la situacion mas terrible á que puede ser reducido un esclavo. El que tenia el carácter de juez en Israel se vé obligado á dar vueltas á la rueda de una tahona.

Encarcelado, ciego, reducido á la situacion de bestia de carga, piensa aun en lo que podrá hacer en favor de Israel; si no vé ya la luz del sol, si ha desaparecido para él la luz de la libertad, brilla aun en su alma la luz del patriotismo. En la lóbrega cárcel á que se le ha condenado su corazon late todavía por Israel, por su fe, por su pueblo, y si no puede vengar á su pais matando, puede vengarlo muriendo. Si vive como esclavo, sabrá morir como héroe.

A medida que le crecian los cabellos sentia nuevamente dentro de si el espíritu de Dios que le restituia las perdidas fuerzas.

Los sátrapas se habian congregado para festejar entre orgías el ídolo Dagon, por haber caido en sus manos el valiente israelita que por tanto tiempo les tenia aterrados. El pueblo aclamaba á su falsa divinidad, repitiendo:—«Nuestro Dios ha puesto en nuestras manos á nuestro adversario que asoló á nuestra tierra y mató á muchísimos.»

Despues de torpes bacanales los príncipes de los filisteos mandan que el ciego israelita sea sacado de la cárcel; ¿para qué? para que sirva de espectáculo á las masas que le convertirán en objeto de ludibrio.

El lugar en que estaba reunida la asamblea era una sala inmensa que tenia su base principal en dos columnas

bastante cercanas una de otra. El techo, formado á modo de plataforma, como se acostumbra en Oriente, sostenia una gran multitud de espectadores, que veian desde allí el interior del templo, en donde se hallaba apiñada una muchedumbre no menos considerable.

Samson, debidamente custodiado, conforme es de suponer, se presenta en aquel recinto. Las sátiras mas insultantes, las burlas mas soeces resuenan en los oidos del infeliz ciego. Le hacen pasar por la humillacion de convertirle en juguete. ¿Se resistirá á ello Samson? Tiene suficiente dominio sobre sí mismo para saberse humillar hasta este punto. Pero tras de su persona está Israel, está el pueblo de Dios; se le presenta una ocasion para vengarle; Samson sabrá hacerlo.

Despues de servir de diversion á las masas allí reunidas, fingiendo cansancio, dice al muchacho que le acompaña:— «Déjame tocar las colunas sobre que descansa la casa para apoyarme sobre ellas.» Conviene en ello su guía; mas apénas está colocado junto á los dos pilares, el atleta que ha recobrado ya su antigua robustez, eleva á Dios dentro de su pecho la siguiente plegaria:—«¡Señor Dios! Acuérdate de mí: restitúyeme ahora mi primera fuerza Dios mio!» Hecha esta oracion, el forzudo hebreo abraza las dos colunas, las dá una fuerte sacudida y grita desaforadamente:—«¡Muera Samson con los filisteos!...» Un momento despues el templo de Dagon no era mas que un monton de escombros entre cuyas piedras yacian hacinados multitud de filisteos. Donde encontró la venganza de Israel encontró Samson su sepulcro.

Abstengámonos de dar á la muerte de Samson el carácter de un suicidio, como no es suicida el valiente militar que en el campo del honor para que los suyos se apoderen de la fortaleza incendia un polvorin, por mas que sabe que ha de morir entre las ruinas. Samson, lo mismo que el soldado que tal hace, es un mártir de la patria.

En el paganismo griego encontramos admirables analogías con este relato de la Santa Escritura, lo que manifiesta que las principales invenciones de la mitología proceden de este divino manantial. No cabe duda que Samson ha de ser el prototipo del Hércules pagano, ya que el héroe del paganismo se identifica perfectamente con el héroe del pueblo de Dios en muchos de los episodios de su vida, aunque adulterados despues por la libertad de los poetas. Difícil seria poder darse mayor semejanza que la que existe entre el pasaje de Samson con Dálila y el de Scilla, princesa de Megara, cortando á su padre Niso el cabello de oro del cual pendia la victoria, para entregárselo á Minos su enemigo mortal. El propio orígen debemos reconocer en las *Vulpinates* ó fiestas de las vulpejas que celebraban los romanos por abril, lanzando al circo una porcion de zorras con teas encendidas en la cola, para vengarse de los estragos que estos animales causaban en los campos, fiesta que en Italia fué importada de la Fenicia, y cuyo primer orígen debe ir á buscarse en el relato bíblico.

La familia de Samson fué á recoger de entre los cadáveres los restos del valiente juez de Israel, que cuando no tuvo mas que ofrecer ofreció á su patria el sacrificio de su vida, y su cuerpo fué religiosamente depositado en la tumba de sus ascendientes.

LECCION VIGÉSIMA SEXTA.

CULPABLES CONDESCENDENCIAS DE UN PADRE.

La severa educacion de la desgracia habia enseñado á los hebreos á acordarse de Aquel que era él solo que podia salvarles.

Entre bosques de palmeras y viejos olivos descuella

como una flor la ciudad de Rama, que en tiempo de Jesucristo se llamaba Arimatea, y en la época á que nos referimos tenia el nombre de Ramatha. Allí vivia un varon de la tribu sacerdotal llamado Elcana.

Segun la costumbre de los israelitas, costumbre cuya base estaba solo en el ejemplo, pero no en la ley de Moisés, Elcana tenia dos esposas: la de primer órden que se llamaba Ana y la de segundo órden llamada Fenenna.

Entre los peregrinos que cada año se dirigian á Silo, donde desde el tiempo de Josué residia el Arca Santa, hallábase un hombre que iba allí acompañado de sus dos mujeres: era Elcana que iba á ofrecer á Jehová las primicias de sus frutos y de sus rebaños, siguiéndole en esta peregrinacion Ana y Fenenna, junto con los hijos de esta última. Ana estaba triste, porque no tenia quien le diese el nombre de madre; al contrario, Fenenna ceñia orgullosa la corona de la maternidad.

En aquellos sacrificios, despues de haberse derramado junto al altar la sangre de la víctima, sus carnes eran en parte consumidas por el fuego, y en parte distribuidas á los sacerdotes y á la familia que iba á ofrecerlas. Teniendo Fenenna varios hijos su esposo le daba á ella de los restos del sacrificio una parte mayor que á Ana, lo cual constituia para ésta un doloroso recuerdo de su esterilidad, recuerdo tanto mas triste para ella cuanto que su rival se complacia en echarle en cara su infortunio. La infeliz Ana, mujer de virtud sólida, de humildad profunda, léjos de responder á los insultos de Fenenna, limitábase á desahogar con un copioso llanto su oprimido corazon.

Todos los años aquella familia verificaba su peregrinacion; lo que queria decir que todos los años se reproducia aquella escena de altivez de parte de Fenenna y de humillaciones de parte de Ana.

Por más que fuese estéril Ana, su esposo que no po-

dia ménos de reconocer sus virtudes, prendado de la belleza de su espíritu, manifestaba en su favor todas las delicadezas de sus sentimientos apasionados. Al apercibirse de que oprimida por la amargura, á pesar de los afectuosos homenages de que la hacia objeto, al ver que habia perdido el apetito, la consolaba con ternura:

—«Ana ¿por qué lloras? la decia; ¿y porqué no comes? ¿y por qué causa está afligido tu corazon? ¿Por ventura no soy yo mejor para tí que diez hijos?»

No obstante esta solicitud, Ana sufria, sufria siempre. Tal vez el corazon de Ana tan amante, tan hermoso, encontraba un nuevo motivo de pesar en la generosa afeccion de su marido. Ana no habia podido dar sucecion al esposo que la favorecia con su especial ternura.

No vemos en ella el despecho ni la desesperacion de Agar: más digna que aquella, en esas horas de una suprema angustia que ningun recurso humano puede aliviar, elevaba al Todopoderoso sus ojos humedecidos por tantas lágrimas, y en el templo, ante el Arca Santa era donde permitia que desbordase la amargura de su pecho, y hacia subir hasta el cielo el grito del dolor salido de un alma llena de fé y de piedad; su corazon destilaba una plegaria que no podia interpretarse sino por el movimiento de sus trémulos labios.

Ana pide al Eterno que eche sobre ella una mirada, que se compadezca de su infortunio, que cure esa llaga que la llena de rubor. Suplícale que la dé un hijo. Este hijo no pertenecerá á ella; pertenecerá á Aquel que la habrá otorgado la dicha de la maternidad; será *Nazareno*, es decir, consagrado al Señor, no por un tiempo determinado, sino para siempre.—«¡Señor de los ejércitos! esclama, si volviendo propicio tus ojos atendieres á la afliccion de tu esclava, si te acordares de mí, si dieres á tu sierva un hijo varon, le consagraré al Señor por todos los dias de su vida.»

Esta súplica era una plegaria del corazon que los la-

bios solo la externizaban balbuceándola. Sentia Ana unos afectos tan vehementes, una emocion tal, que el Sumo Sacerdote Helí, poco acostumbrado á ver en la oracion ese fervor cordial, ese abandono íntimo, ese entusiasmo que en la Ley antigua apenas se conocia y que en la Ley de JESUCRISTO es una de las grandes inspiraciones del Evangelio, sospechó que fuese resultado de la embriaguez esta agitacion que era el efecto del fervor, y hasta llegó á manifestarle su sospecha con cierta acre severidad.

Fácilmente se concibe cuanto habia de resentirse Ana del inmerecido reproche que se le dirigia. Sin embargo léjos de dar á conocer un justo resentimiento, con aquella sublime humildad que constituye uno de los principales encantos de la mujer virtuosa, contestó con respeto:—«No es así, señor mio; soy una mujer muy infeliz; no he bebido vino ni cosa que pueda embriagar; sino que he derramado mi alma en la presencia del Señor. No tengas á tu sierva como á una de las hijas de Belial; lo que he dicho hasta aquí es el efecto de la magnitud de mi dolor y de mi tristeza.»

Ante el acento de dulzura y de emocion de estas frases, Helí no pudo menos de retractar sus sospechas, y lo que antes era severidad se cambió en palabras de esperanza.—«Vete en paz, la dijo, y el Dios de Israel te conceda la peticion que le has hecho.»—«Ojalá tu sierva halle gracia en tus ojos,» repuso Ana, y abandonó el lugar sagrado.

La esposa de Elcana sentia el admirable efecto de los consuelos de la religion. Las expresiones de Helí alentaron su esperanza; desde entonces ya no lloró, ya no manifestó la languidez de la tristeza, ya no se dejó dominar por su infortunio; la fé en la promesa del Sumo Sacerdote restituyó la serenidad á aquel semblante sombreado por uno de los pesares más amargos que podia esperimentar una mujer.

Al año siguiente Elcana volvia á Silo sin traer en su compañía á su esposa predilecta. Estaba nutriendo un infante. Ana tenia un hijo.

Ana no ha olvidado su voto. Por muy dulce que sea para ella la ternura de la maternidad, sabrá desprenderse del fruto de sus entrañas para consagrarlo al Señor: ya es madre, ya puede entrar en la sagrada genealogía del Redentor del mundo; Ana se da por satisfecha. Al niño que sostiene en sus maternales brazos le da el nombre de *Samuel* para significar que lo ha recibido del Señor.

Apenas el niño pudo ser destetado cuando la esposa de Elcana se apresura á cumplir su promesa. Acompañada de éste encamínase á Silo, y despues de ofrecer el sacrificio de un becerro se presentan á Helí. La madre de Samuel recuerda al Sumo Sacerdote el episodio de su oracion.—«Señor, le dice: yo soy aquella mujer que estuve aquí orando á Dios delante de tí. Por este niño oré y el Señor accedió á mi demanda. Yo le entrego al Señor por todos los dias de vida que le concediere.» Hacia algun tiempo que en aquel mismo lugar, postrado sobre aquel mismo pavimento, en presencia de aquel mismo sacerdote pidió un hijo á Jehová. El Omnipotente la habia escuchado.

Los dos peregrinos se postran. Lo que va á salir del corazon de la madre no es ya esta vez una plegaria muda; es un himno de triunfo. A la expresion de los acentos de este cántico se revela la grande alma de aquella mujer, se adivina el entusiasmo de que habia de sentirse embriagada aquella esposa que habia estado devorando humillaciones trás humillaciones de una rival insolente. Se ha visto asistida por el Todopoderoso, el destructor de la violencia, el apoyo de toda debilidad; por el Soberano Príncipe vindicador de la justicia y de la verdad, que sabe volver por los derechos de la virtud cuando esta se ve víctima de torpes atropellos. De

rodillas ante el Dios en quien reconoce la fuente de la vida, Ana proclama la gran creencia de la inmortalidad del alma, de este principio de nuestro sér, que por lo mismo que es un soplo de Dios, debe ser inmortal como Dios; humillada su frente ante el Motor supremo de la gran máquina del universo, Ana reconoce la accion de la Providencia divina sobre la humanidad.

En el entusiasmo de que está animado aquel espíritu Dios le abre el libro del porvenir, y Ana lee en aquel libro: la que no era mas que una mujer á quien todos miraban con soberano desden es ya una profetisa, y á la distancia de muchos siglos anuncia el advenimiento de Cristo.

Pero no resumamos este canto. Estos gritos del alma no se analizan, se repiten.

«Sobresaltóse de gozo mi corazon en el Señor, y se ha engrandecido mi valer en mi Dios; se ha ensanchado mi faz ante los que me hostilizaban por cuanto confié en que Tú serias mi salud.

«No hay santo como el Señor, porque no hay otro Dios fuera de tí, y no hay fuerte como el Señor nuestro Dios.

«No multipliqueis, oh mortales, vuestras grandezas vanagloriándoos; apártense de vuestra boca cosas viejas; porque el Señor es el Dios de las ciencias y á él están patentes los pensamientos.

«El arco de los fuertes fué quebrado y los débiles han sido armados de fortaleza.

«Los que estaban hartos tuvieron que alquilarse por pan, y los hambrientos se saciaron.... la estéril parió y la que tenia muchos hijos se debilitó.

«El Señor es el que quita y da la vida; Él el que conduce á una inmortalidad desdichada ó feliz.

«El Señor enriquece y empobrece, abate y ensalza.

«Del polvo levanta al mendigo y del lodo ensalza al pobre para que se siente con los Príncipes y ocupe un

trono de gloria. Porque del Señor es toda la tierra hasta sus polos y Él es quien sobre ellos asentó el orbe.

«Guardará los piés de sus santos; pero los impíos enmudecerán ante Él y andarán en tinieblas, porque el hombre no es fuerte por su propia fuerza.

«Al Señor temerán sus adversarios; sobre ellos tronará en los cielos; el Señor juzgará á la tierra hasta sus últimos confines; dará el imperio á su Rey y ensalzará el poder de su Cristo.»

Bajo la impresion de este santo entusiasmo, Ana se separa del hijo á quien pocos dias antes amamantaba no solo con la leche del cuerpo, sino con la leche del corazon que es la ternura y el cariño maternal, y sobre todo con la leche del alma que es la fé, enseñando á aquel niño á levantar al cielo aquellos infantiles ojos apenas abiertos para la vida.

Todos los años, en la época en que los israelitas iban á depositar en Silo la primicia de sus bienes, Ana emprendia su peregrinacion al santuario central y entregaba al niño un sobrepelliz trabajado por sus propias manos. Helí bendecia á los padres de Samuel y decia á Elcana:—«Que el Señor te dé sucesion de esta muger, en pago de la prenda que has depositado en manos del Señor.»

El Altísimo escuchó la plegaria del sacerdote; Ana tuvo además tres hijos y dos hijas.

He aquí lo que nos dice la Biblia sobre la madre de Samuel. Esta mujer no aparece sino un instante en la escena de la Historia Sagrada, pero es para dejar á su paso unas huellas tan simpáticas como luminosas. En el relato bíblico empezamos por enternecernos en favor de la mujer antes de admirar la profetisa. Ana nos interesa por sus largos sufrimientos, por esa cadena de pesares, de humillaciones, de abatimientos que constituyen la primera parte de su vida de esposa, por la grandeza de alma que manifiesta ante la provocacion de su rival,

por la respetuosa ternura que sabe inspirar á su esposo. El ardor de su fé, la expansion de su ferviente plegaria no puede menos de cautivarnos; y cuando la oimos con voz trémula y apagada ofrecer á su Dios el hijo que la concedió, tras los pliegues de aquel delicado é impresionable espíritu descubrimos un alma varonil que goza de esa fuerza que nos eleva sobre las almas vulgares; la fuerza del sacrificio. Al presentar á Jehová á Samuel, que en fuerza de esta cordial consagracion está destinado á ser el segundo fundador de la nacionalidad hebrea, no puede menos de sorprendernos el oir de sus labios de mujer las creencias altamente espiritualistas que completará y derramará sobre el mundo el Cristo que ella anuncia, el Dios de las bondades y de las misericordias, el Verbo encarnado á quien ella parece ya dirigirse en su muda y elocuente oracion.

Ana representa en la historia uno de estos escalones colocados por la mano de Dios para que la humanidad subiese hasta Jesucristo; era uno de los crepúsculos de la magnífica civilizacion evangélica.

Samuel creció á la sombra del santuario bajo la vigilancia de Helí.

Sumo sacerdote y juez, fuerza es confesar que Helí no se hallaba á la altura de su doble mision. A sus virtudes le faltaba la fuerza activa que le asegurase su influencia. Helí no era un buen padre; echábase de menos en él el vigor que debe ser inherente á la autoridad paterna; los defectos del padre obscurecian en Helí las virtudes del sacerdote y del juez.

Sus dos hijos Ofni y Finees, que ejercian el sacerdocio, con sus costumbres poco edificantes deshonraban el santuario; el débil anciano al reprocharles su conducta lo hacia con sobrada suavidad, faltábale el valor de castigarles con la autoridad de un padre, la majestad de un pontífice y la energía de un juez. Limitábase á decirles:—«Porque haceis estas cosas tan malas que me re-

fiere todo el pueblo? No obreis así, hijos mios, porque con vuestra mala fama haréis prevaricar al pueblo del Señor. Si pecare un hombre contra otro hombre, puede Dios aplacarse con él; pero si pecare contra Dios ¿quién elevará por él una súplica?» Helí se limitaba á hablar á la inteligencia y á la reflexion de sus hijos; pero cuando las pasiones dominan en el hombre, cuando sigue la fatal pendiente del libertinage, cuando el vicio tiene en el corazon un trono, las lecciones inspiradas por la razon pierden su prestigio; debilitada ya la fuerza moral, era menester acudir á los medios represivos que tenia en su mano Helí como padre, como juez y como sacerdote. No castigando á sus hijos, su túnica de pontífice y de juez se veia arrastrada por el suelo; mal podia exigir de los estraños lo que no acertaba á obtener de los suyos; para establecer el órden en el pueblo era indispensable empezar por su casa.

Presentósele á Helí un varon de reconocida virtud compeliéndole ya por medio de consejos, ya por medio de amenazas á que cumpliese en lo sucesivo los delicados deberes de su posicion, abandonando esa fatal sistema de condescendencias, que nunca puede escusar la ternura paternal. Este personaje habló á Helí en los siguientes términos:—«Esto dice el Señor: ¿Por ventura no me he manifestado visiblemente á la casa de tus padres cuando estaban en Egipto en poder de Faraon? Yo me le escogí entre todas las tribus de Israel por sacerdote, para que subiera á mi altar y me quemara allí incienso; yo dí á la casa de tu padre parte de todos los sacrificios de los hijos de Israel... ¿Por que has honrado á tus hijos mas que á mí? Por tanto dice el señor Dios de Israel: He aquí que llegan los dias en que cortaré el brazo de la casa de tu padre de modo que no haya viejo en tu casa. No quitaré del todo de mi altar varon de tu linaje; pero será para que se anublen tus ojos: y la señal que tendrás es lo que ha de suceder á

tus dos hijos Ofini y Fenees: en un dia morirán entrambos.»

A pesar de tan severas advertencias, Helí continuó en su culpable tolerancia, sin reprender á los criminales con la conveniente energía.

Samuel contaba doce años. Dormia en el mismo lugar sagrado á poca distancia del sacerdote Helí, cuando entre sueños escucha una voz que le despierta llamándole por su propio nombre. Samuel cree que es Helí quien le llama; y levantándose precipitadamente se dirige al anciano para decirle :—«Aquí estoy pues me has llamado.» Helí le contesta :—«No te he llamado ; vuélvete y duerme.» El muchacho se durmió otra vez; pero no bien habia conciliado el sueño cuando percibe la misma voz. Samuel movido por su espíritu de obediencia corre á encontrar al gran sacerdote, el cual le despide como antes. «No te he llamado; vuélvete y duerme.» Por tercera vez oye la voz; y entonces Helí le dice reconociendo en este llamamiento una causa sobrenatural :— «Anda y duerme ; y si la voz te llamare, responderás : Habla señor que tu siervo oye.»

Efectivamente, llama otra vez la voz : «Samuel, Samuel ! y este responde :—«Habla, Señor que tu siervo oye.» El Señor va á hablar: «Mira que voy á hacer en Israel una cosa que todo el que la oyere se llenará de terror. Realizaré contra Helí todo lo que he anunciado sobre su casa : comenzaré y acabaré. Ya te he predicho que habia yo de ejercer mi justicia sobre su familia en castigo de su iniquidad ; el sabia que sus hijos hacian cosas indignas y no los ha corregido. Por tanto he jurado á la casa de Helí que la iniquidad de esta casa no se expiará ya ni con víctimas ni con ofrendas.»

Despues de esto Samuel durmió tranquilamente sin que nada viniera á turbar su apacible sueño en lo restante de la noche. Al llegar la mañana dirigióse, como

de costumbre, á abrir las puertas de la casa del Señor.

La timidez tan propia en su tierna edad, la gravedad de las amenazas que habia de dirigir á Helí, el respeto que profesaba al que además de su carácter de Pontífice ejercia para con él las veces de padre, embargaban su lengua, y las frases que Samuel habia oido de boca del Señor, al querer proferirlas ante Helí se helaban en sus labios.

Helí fué quien interrogó á Samuel. «Hijo mio; ¿qué es lo que te ha dicho el Señor? Ruégote que no me lo encubras.»

Samuel se lo manifestó todo. El Sumo sacerdote al oir los tremendos augurios que salian de los labios de aquel que mas que un niño podia llamarse un ángel, se limitó á responder: «El Señor lo dispone, hágase lo que sea agradable á sus ojos.»

Las palabras de Samuel habian de ser para Helí la voz de la conciencia. No obstante habituado ya á esa tolerancia fatal que le hacia sacrificar en aras de un mal entendido afecto sus mas sagrados deberes de padre, no sentia ya el peso del remordimiento, ó cuando lo sintiera, preferia soportar su tortura antes que tener el valor de hacer cumplir á sus hijos sus obligaciones.

Los funestos ejemplos que veia Israel en Ofni y Finees no eran lo mas á propósito para contener al pueblo de Dios en la senda fatal de sus prevaricaciones. A los mas lamentables extravíos tuvo que seguir la expiacion. Entónces como siempre cuando Israel se separaba de Dios era para ir á caer bajo el yugo de sus tiranos.

Los filisteos libraron una batalla contra los israelitas. A esta batalla siguió para el pueblo de Dios una derrota tan vergonzosa como completa. Sucedió lo que sucedia siempre que el brazo del Señor no peleaba en favor de Israel.

Tratan los israelitas de emprender nuevamente el combate; pero esta vez esperan que la presencia del

Arca del Señor les asegurará el triunfo.—«Traigamos con nosotros de Silo, dicen los Ancianos, el Arca de la alianza del Señor, y venga ella con nosotros para que nos salve de nuestros enemigos.»

Si se hubiese tratado aquí de un arranque de entusiasmo religioso, si este acto hubiese sido una expansion de su fé y de su arrepentimiento, efectivamente el Altísimo se habria puesto de su parte. Pero se trataba tan solo de una formalidad. La justicia divina no se satisface con exterioridades, que ningun valor tienen cuando no las acompaña la sinceridad del corazon. El Arca del Señor no habia de servir de baluarte á los que con sus actos se burlaban de los preceptos que en el Arca estaban contenidos. En vano nos formamos la ilusion de que Dios ha de protegernos desde el instante en que acudimos á las santas prácticas religiosas que acostumbran proporcionarnos la mediacion celestial en los acontecimientos adversos; si nos falta un corazon recto y una conciencia pura no estrañemos que Dios se haga sordo á nuestras plegarias. Los actos del culto exterior han de ser siempre la manifestacion de nuestras almas sinceramente religiosas; pues en el santuario del espíritu es donde Dios quiere principalmente ser adorado.

El Arca del Señor es sacada de Silo. La acompañaban en su carácter de sacerdotes los dos hijos de Helí, Ofni y Finées. Al llegar el Arca al campamento las fuerzas israelitas prorumpen en tales aclamaciones de alegría, creen tan segura la victoria, que el temor llega á apoderarse de los filisteos, los cuales dicen entre sí: «¡Ay de nosotros! Quién nos salvará de las manos del Dios de los israelitas, de este Dios que hirió á Egipto con todo género de azotes en el desierto?» Pero sus gefes les alientan: «¡Esforzaos y sed hombres! ¡Nunca sirvais á los hebreos! Esforzaos y pelead.»

Un hombre agobiado bajo el peso de la vejez, casi

centenario, ciego, está sentado en su sillon de audiencias en el dintel del templo. Su vacilante mirada manifiesta su inquietud, una ansiedad indescriptible se pinta en su fisonomía: este viejo es Helí que aguarda nuevas del combate que se está librando.

Levántase en Silo un inmenso clamoreo. Al preguntar el Sumo Sacerdote lo que significa aquel ruido, preséntase ante él un guerrero de la tribu de Benjamin, jadeante de cansancio, destrozadas sus vestiduras, ennegrecida la frente por el polvo, y dice: —«Yo vengo de la batalla: yo he logrado escapar del combate.»

Helí en medio del mayor sobresalto, con voz trémula le pregunta: —«¿Qué ha sucedido, hijo mio?» El fugitivo responde: —«Huyó Israel delante de los filisteos: se ha hecho un gran destrozo en el pueblo: tus dos hijos Ofni y Finées han perecido; el Arca del Señor ha sido hecha cautiva.»

Al oir estas últimas palabras el anciano sacerdote cae de su sillon, y muere. Así terminaron los dias de aquel infeliz padre cuyo principal y tal vez único defecto fué una culpable flojedad para con sus hijos: leccion severa con la cual nos hace ver Dios que si el cariño paterno aconseja la blandura, hay ocasiones en que los padres deben desplegar una prudente firmeza en nombre de la religion, de los derechos de la paternidad y de los verdaderos intereses de la familia. El padre que cegado por un amor mal entendido abdica su carácter de tal, permitiendo que se arrastre por el suelo su autoridad paterna, es un culpable que merece los castigos de Dios, como los mereció el desgraciado pontífice cuya vida tuvo un fin tan trágico.

Finées al ir al campo de batalla habia dejado á su esposa próxima á ser madre. Al oir la noticia de la toma del Arca y la muerte de su culpable esposo; al presenciar el fallecimiento de Helí, sintió que le faltaba el aliento de la vida. Luchando con los horrores de la

agonía, da á luz un hijo. Al estrechar con sus manos ya heladas por la próxima muerte dá á su hijo un nombre que espresa la angustia de que se halla poseida. Se llamó, «*I Rabod*, *¿dónde está la gloria?*» «Acabóse ya la gloria para Israel por haber sido presa el arca del Señor.» Y diciendo esto la jóven madre exhala su postrer suspiro.

La presencia del Arca en medio de los filisteos atrajo sobre ellos grandes calamidades. A los siete meses ya no habia un solo lugar filisteo cuyos moradores consintiesen en tenerla consigo. Apelóse al recurso de dejarla abandonada en mitad de un camino, puesta sobre un carro de bueyes, los cuales sin ser guiados por nadie, la condujeron al territorio israelita.

El Arca quedó instalada en Cariathiarim; y los israelitas se agruparon de nuevo en torno del depósito sagrado que acababa de devolverles el Señor. Por aclamacion del pueblo las insignias de sacerdote y de Juez que adornaron á Helí fueron entregadas á Samuel. Conforme dice el Historiador Josefo los israelitas formaban entonces una verdadera teocracia; las leyes emanaban de Dios mismo que las habia dado á Moisés; y como ellas regulaban los intereses materiales lo mismo que los asuntos religiosos, el mismo poder decidia los casos de conciencia y terminaba los procesos civiles. Samuel, pues, llegó á ser el jefe político de la Judea, juntando á la autoridad civil la autoridad religiosa. Comprendió que las faltas que tantas veces habian perdido á los hebreos, mas bien que vicios incurables eran los estravíos propios de un pueblo jóven. Imprimió una direccion saludable á su pais, hizo desaparecer de él los últimos restos de la idolatría, escitó á los hebreos al arrepentimiento, y cuando la nacion se hubo fortificado purificándose, la condujo al combate. Para defender la causa de Dios y de su patria reunió á los judíos armados en Marfath, no léjos de Ramatha y de Silo. La audacia

de los filisteos fué humillada en una sangrienta lucha, teniendo que doblar su rodilla ante el pueblo de Dios. Samuel habia logrado solidar la obra de Moisés.

LECCION VIGÉSIMA SÉPTIMA.

ESTABLECIMIENTO DE LA MONARQUÍA EN ISRAEL.

Samuel habia entrado ya en el postrer período de la vida. Sus hijos no eran dignos de constituirse en continuadores de su mision ; no podian ser los que recogiesen la herencia moral y política que al descender al sepulcro habia de dejar el prudente y virtuoso juez de Israel.

El santo Profeta confiaba en que la nacion sabria sostener por sí misma su unidad y su independencia; pero los hebreos creyeron que solo una monarquía hereditaria habria de consolidar su homogeneidad.

El pueblo de Israel al substituir el régimen de la teocracia pura con el de los Jueces imploró la proteccion celestial, pidiendo al Altísimo que fuera Él quien le designára la persona que habia de regirles. Cuando los hebreos quieren tener rey es tambien á Dios á quien van á pedirlo. Comprenden que Dios no abdica jamás los derechos de su Providencia sobre los pueblos; y sea el Estado monárquico ó democrático, el derecho social necesita siempre de una sancion divina ; ha menester de la sancion de la Justicia Eterna sin la cual el derecho no existe. El querer prescindir de la accion de Dios en el gobierno de las naciones es un atentado contra la divinidad , atentado que la Providencia castiga de una manera terrible. Bajo todas las formas de gobierno debe encontrarse siempre el principio divino como única solucion á todos los grandes problemas.

Congréganse los ancianos de Israel, y dirigiéndose á Ramatha, donde se hallaba el supremo Juez, revestido del carácter de jefe del Estado, le dicen en nombre del pueblo:—«Bien ves que tú eres ya viejo, y que tus hijos no andan por tus caminos; establécenos un Rey que nos gobierne.»

El régimen monárquico era el que habian adoptado la mayoría de los pueblos, creyendo ver en él mayores garantías de órden, de estabilidad y de buen gobierno. Los israelitas aducen en favor de su pretension el ejemplo de las demás naciones.

Semejante demanda desagradó á Samuel. Habia ejercido el gobierno de la nacion judaica con un desinterés y un celo que nada dejaba que desear. Samuel no pudo menos de resentirse al ver que se le exonera solo porque ciñe en su frente su diadema de cabellos blancos; y lo mas lamentable para el virtuoso anciano es el comprender que de lo que se trata principalmente es de buscar en lo sucesivo su bienestar, no ya en la proteccion divina, sino en la política humana.

El santo Juez eleva al Altísimo una oracion para que le manifieste el Señor si ha de atender á las exigencias de su pueblo. Desprovisto de ambicion personal, sin apego al puesto que ocupa, por muy elevado que sea, lo que quiere es cumplir con su destino, lo que desea es que se realice la voluntad celestial.

—«Escucha la voz del pueblo,—dice á Samuel el Señor, en todo lo que te piden; no te han desechado á tí sino á mí para que no reine sobre ellos... Me dejaron á mí y sirvieron á dioses agenos, así obran tambien contigo.»

Dios ordena además al gefe de Israel que les de á entender las prerogativas, los derechos del monarca, la sumision que tendrán que prestarle, los impuestos á que se les obligará para el régimen del Estado, la obediencia á que le estarán sujetos.

Así lo hace Samuel. El pueblo acepta gustoso la nue-

va carga que va á imponerse, limitándose á contestar: —«Rey habrá sobre nosotros; nosotros serémos en adelante como las demás naciones; nos juzgará nuestro rey; irá delante de nosotros y peleará en nuestras guerras.»

Samuel les dice que pueden retirarse á sus casas en la seguridad de que sus votos quedarán cumplidos: él sabrá abandonar su posicion y retirarse á la vida privada; él sabrá atenerse á la voluntad del pueblo, ya que á ello no se opone la voluntad de Dios.

Faltaba saber quien habia de ser el primero que ceñiria la nueva corona de Israel. Los hebreos quieren rey; pero es Dios quien ha de designarlo. Samuel queda encargado de consultar la voluntad divina.

Una vision celestial descorre ante el santo varon el velo de los decretos del Altísimo.—«Mañana á esta misma hora enviaré á tí á un hombre de tierra de Benjamin; y le ungirás por caudillo sobre su pueblo de Israel; él salvará á mi pueblo de manos de los filisteos.

Un labrador jóven, de gallardo aspecto, de aventajada talla, pero de obscuro linaje, acompañado de un mozo, habia salido de órden de su padre Cis en busca de unas acémilas que á éste se le habian estraviado. Inútilmente habian recorrido los territorios de Jémini, de Salim y de Suf. Desesperado ya de obtener su objeto, hallándose junto á la ciudad en que residia Samuel, el mozo dijo á Saul:—«Mira, en esta ciudad hay un varon de Dios, varon insigne: todo lo que él dice se cumple sin duda. Vamos, pues, allá, por si nos da algun indicio sobre el motivo de nuestro viaje.»

Al encontrar á Samuel los dos forasteros hacia veinticuatro horas que el Señor le habia dicho que se le presentaria un jóven de la tribu de Benjamin, el cual estaba destinado á ser ungido por rey. Samuel contempla al jóven benjamita, y nuevamente percibe la voz de Dios que le está hablando:—«He aquí el hombre que te dije: éste reinará sobre mi pueblo.»

Samuel está dispuesto á despojarse de las insignias judiciales, para inclinar su frente ante el nuevo monarca. Sin revelar aun al jóven labrador su gran destino, sin anunciarle todavía el trono que le está preparado, le obsequia con un convite á que asisten unas treinta personas, en representacion de Israel. Ya no es Samuel el que preside la mesa; es el desconocido que se encuentra allí en busca de unas acémilas. ¿Qué significa esto? ¿A qué vienen semejantes honores, tan inusitada preferencia? ¿Por qué todo un juez de Israel cede su lugar á un simple labriego? Nadie acierta á esplicárselo.

Hace mas Samuel. Le invita á dormir en su vivienda, y le introduce en la mejor pieza de su casa.

Lo que está pasando es para Saul un misterio incomprensible. Nunca habia sospechado siquiera que él, sencillo hombre del campo, hijo de una familia humilde, jóven sin historia y sin nombre se viese tan honrado por el jefe de su pueblo.

Pronto va á saber la causa de estos honores. Al partir Saul, el juez de Israel sale á acompañarle, y cuando se encuentra á las puertas de la ciudad, dice al jóven: —«Manda al criado que se adelante á nosotros y vaya andando.»

Samuel unge la cabeza de Saul, y abrazándole, pronuncia ante el que no habia sido mas que un labrador, estas palabras:—He aquí que el Señor te ha ungido por Príncipe sobre su heredad; tú librarás á su pueblo de las manos de los enemigos que le rodean.

Tarea arto difícil habria de ser el describir las sensaciones que experimentaría Saul. Jóven de fé, reconoce en Samuel al varon de Dios, ve en el venerable juez un instrumento de la Providencia divina, y por mucho que sea su asombro al saber que están destinadas á manejar un cetro aquellas manos que hasta entonces no manejaron sino el arado, cree en la palabra de Samuel.

Sus inclinaciones, sus costumbres, todo habrá de ex-

perimentar una transformacion. *Mudóle Dios el corazon*, nos dice la Santa Escritura. Con esta expresiva frase nos da á entender el texto sagrado que el hombre á quien Dios destina para un puesto, sea este el que sea, recibe de lo alto esas cualidades que la religion llama *gracias de estado*, gracias que tienen la virtud de regenerar los corazones y hasta de cambiarlos. La fé de Saul, su probidad, sus hábitos de trabajo, sus conocimientos en el arte de labranza, podian hacer de él un buen agricultor; pero necesitábase algo mas para que fuese un buen monarca. Prudencia y tacto durante la paz, valor é intrepidez en la guerra, elevacion de miras para dirimir las contiendas de sus vasallos, esa intuicion propia de los grandes políticos en conocer á los hombres y á las cosas y sobre todo una extraordinaria habilidad unida á una particular energía, he aquí lo que necesitaba Saul, ya que se trataba no solo de fundar una dinastía, sino de fundar un régimen para el que Israel no habia sido educado.

Lo que Samuel manifestó á Saul acerca de su porvenir fué un secreto que el jóven benjamita no reveló siquiera á sus parientes mas cercanos.

Va á tener lugar la promulgacion del nuevo régimen; va á ser proclamado el nuevo monarca. Samuel convoca solemnemente al pueblo que ignora todavía quien es el elegido; y tomando la palabra dice :—«Esto dice el Señor : Yo saqué á Israel de Egipto; yo os libré de las manos de los egipcios y de las de todos los reyes que os perseguian. Mas vosotros habeis desechado á vuestro Dios que es el solo que os ha salvado de todos los males y de todas vuestras tribulaciones; y habeis dicho : Establece un rey sobre nosotros. Ahora, pues, presentaos delante del Señor por órden de tribus y familias.»

Samuel que se veia injustamente arrojado por el clamor popular de su puesto de presidente de la Judea, podia en su despecho, abusando de su posicion y de la

omnímoda confianza que en él se habia depositado, elegir por rey un hombre sin cualidades que no hubiese sabido sostener la púrpura sobre sus espaldas, un hombre sin talento de cuya cabeza se hubiese caido la corona, un monarca inepto en cuyas manos se hubiese roto el cetro real, seguro de que el pueblo volveria á llamarle á él á la judicatura suprema, ó ceñiria en su frente la diadema de soberano. Mas Samuel no se inspira en su interés personal; si ha ocupado el primer puesto de la Judea ha sido solo para obedecer á la voluntad de Dios; lo que él quiere es la dicha de su pueblo. El mismo se encarga de rodear de gran prestigio la persona del nuevo príncipe; para que los Israelitas vean en este una persona sagrada ha verificado la ceremonia de la uncion; á fin de que le respeten como á representante de la divinidad les manifestará que el nuevo rey es Dios mismo quien se digna elegirle.

Para que se dé á conocer la voluntad del Señor se echan suertes. Entre las tribus sale la de Benjamin, entre las familias de Benjamin, sale la de Metri, á la que pertenece la casa de Cis. Se sortea al indivíduo de esta familia á quien debe darse la corona israelítica..... El pueblo repite un nombre que va de boca en boca; es el de Saul. ¿Quién es Saul? Este nombre en Israel es desconocido. Le buscan entre los concurrentes; pero Saul no ha asistido á la asamblea popular.

No tardan en saber donde vive Cis, padre de Saul. Una comision del pueblo se encamina á su casa; dicen al jóven que es menester que vaya al lugar de la reunion, y ellos mismos le conducen ante Samuel.

Samuel presenta á Saul al pueblo; y con voz grave dice:—«Bien veis al que ha elegido el Señor,» y el pueblo prorrumpiendo en espontáneas aclamaciones grita:—¡Viva el Rey!

En presencia del nuevo monarca y del pueblo congregado Samuel proclama solemnemente la ley de la

nueva monarquía, y á fin de que se la rodee del debido respeto la deposita en el Arca junto á los Libros Sagrados. Hecho esto Samuel despide al pueblo.

No habian de faltar descontentos. Muchos de los que pedian el establecimiento del régimen monárquico deseaban ver en Israel el fausto de una córte espléndida; contemplando en naciones estranjeras el lujo de un palacio, la majestad de un trono, se habian dejado deslumbrar por este esplendor. Mas que para dar unidad á la nacion, querian el régimen monárquico por sus formas exteriores. A estos no les satisfizo la eleccion de Saul. Veian en él un hombre modesto; su casa tenia mas de cabaña que de palacio; no acertaban á comprender que trás del pobre traje del labriego se escondiese el alma de un monarca. A la proclamacion de la monarquía siguió un grito de rebelion :—«¿Por ventura podrá éste salvarnos?»

Saul no hizo caso de los revoltosos. Si le faltaba un nombre estaba dispuesto á adquirirlo con sus virtudes; si le faltaban títulos sabria conquistarlos en el campo de batalla. Interin no se haya ganado su corona de rey con su espada de guerrero Saul continúa manejando el arado.

No habia transcurrido un mes cuando se le presenta ya á Saul ocasion de manifestar que es digno de estar al frente de Israel. Naás monarca de los ammonitas, se posesiona de Jabés, poblacion de Galaad. Los habitantes le piden que haga alianza con ellos. Naás responde con jactanciosa insolencia :—«La alianza que haré con vosotros será arrancaros á todos el ojo derecho para que seais el oprobio de Israel.»

Algunos ancianos de Jabés llegan á Gabaa en demanda de socorros á tiempo que regresaba Saul del campo con sus yuntas. El pueblo todo está llorando.—¿Qué tiene el pueblo que llora? pregunta Saul.

Por toda contestacion le repiten los mensajeros las palabras de Naás.

Saul no contesta. Se acabó para él el tiempo en que iba trás de unas yuntas; en lo sucesivo deberá ir delante de un ejército. Saul toma una cuchilla para matar á sus bueyes, y haciéndolos pedazos manda que estos pedazos se repartan por las diferentes provincias de Israel, con este aviso que él pronuncia con toda la energía de un gran general y todo el corage del rey que ve insultada á su nacion: —«Así serán tratados los bueyes de aquel que no comparezca al combate.»

Pocos dias mas tarde el labrador es ya un caudillo que en los campos de Bezec pasa revista á un ejército de trescientos mil hombres.

Por primera vez maneja la espada, y sin embargo Saul es ya un capitan consumado. Sus disposiciones no pueden ser mas acertadas. Saul se arroja sobre los ammonitas. El combate duró pocas horas. Del ejército de Naás no quedaron sino algunos restos dispersos que buscaron su salvacion en la fuga.

Adornadas las sienes de Saul con el laurel de la mas brillante victoria, no solo las tribus le reconocen por soberano, sino que aquellos que antes se resistian á reconocer al nuevo monarca estuvieron á punto de perder sus vidas. Saul los coloca bajo la salvaguardia de su autoridad para que no sean víctimas del furor de las masas. No quiere que sea obscurecido con manchas de sangre de hermanos el majestuoso espectáculo de aquel completo triunfo.

Ha llegado ya la hora de que Samuel en presencia del pueblo conmovido se despoje de su carácter de juez. Pero al entregar á Israel las insignias de su autoridad, quiere dar cuenta de su administracion, en la que no ha buscado jamás satisfacer sus particulares intereses, ni fomentar la ambicion ó el orgullo, sino que ha procurado únicamente el bien de sus subordinados.—Ya veis, les dijo, que he aceptado vuestra voluntad en cuanto me habeis manifestado, y que atendiendo á vuestros

deseos os he designado un rey. Ya el rey está al frente de este pueblo; y á mí me veis viejo y lleno de canas. Pero puesto que he dedicado á vosotros mi existencia, juzgadme: aquí me teneis. Declarad contra mi delante del Señor y de su ungido si me he alzado jamás con la propiedad agena; si á alguno he calumniado, si á alguien he oprimido, si he aceptado cohecho de manos de alguno: si así fuere, os lo restituiré; yo mismo seré en tal caso el condenador de mis actos.»

El pueblo contesta á Samuel:—«No nos has calumniado, ni oprimido, ni hecho injusticia *en nada.*»—Pues bien, añade Samuel, el Señor es testigo, y su ungido es testigo tambien de que no hallais delito alguno en el que fué vuestro juez.»—Y el pueblo responde:—Sí; testigo.

Samuel se despide de aquellas masas con un discurso tan tierno como elocuente. Les recuerda uno por uno los beneficios de Jehová, les cita las épocas en que el mismo Dios se encargó de sacudir el yugo de la esclavitud que tantas veces habia pesado sobre sus padres, conmemora las veces que la espada de su Omnipotente brazo ha peleado por ellos, y concluye con esta frase:—«Ahora ya teneis á vuestro Rey que habeis elegido y demandado; ved en él un don del Señor. Si temeis á Dios y le servís, si no escitais su enojo, vosotros y el rey que os manda tendréis á Dios por jefe. Pero si no escucháraís la vos del Altísimo, si os hiciérais rebeldes á sus palabras la mano del Señor caerá sobre vosotros como cayó sobre vuestros padres. Temed, pues, al Señor, y servidle en verdad y de todo vuestro corazon. Habeis visto las grandes maravillas que ha hecho sobre vosotros. Si os obstináreis en la malicia, vosotros y vuestro rey perecereis juntamente.

LECCION VIGÉSIMA OCTAVA.

PREVARICACION DE SAUL.

El primer rey de Israel no correspondió á las lisongeras esperanzas que hizo concebir en el principio de su reinado. Andando el tiempo, el orgullo empezó á posesionarse de su espíritu, su tacto se convirtió en destemplanza; en vez de la prudencia propia de un soberano dejóse dominar por ímpetus insensatos.

Tuvo un hijo llamado Jonatás tan virtuoso como valiente. Este, al frente de un pequeño ejército habia alcanzado en Gabaa un completo triunfo de los filisteos.

Hasta parece que llegó á tener envidia de los triunfos de su hijo.

Los filisteos se aprestan á tomar la revancha. Un innumerable ejército de peones, con seis mil ginetes y treinta mil carros de guerra asienta sus reales en Macmas. A Saul ya no le sonrie la victoria. Aun antes de empezar la batalla, muchos de los israelitas dejándose dominar del miedo, huyen de las filas, y van á esconderse en los agujeros de los peñascos.

Tenia Saul aviso del Sumo Sacerdote de no llegar á las manos con los enemigos sin antes haber sacrificado al Señor de quien depende el éxito de las batallas. Pero el holocausto habia de ser ofrecido por manos del Pontífice, puesto que el Rey, que habia recibido la mision de gobernar á su pueblo no la recibió de ofrecer holocaustos. La potestad política estaba separada de la potestad religiosa. En Israel todos debian inclinar ante el rey la cabeza; pero en el templo el rey debia inclinarla ante Dios y ante el sacerdote como representante de Dios. Saul que en el órden político lo podia todo, no podia nada en el órden religioso. Sobre el Rey estaba el Pon-

tífice; y si el Pontífice habia de respetar las prerogativas de la potestad real, el rey no podia usurpar las atribuciones del pontificado, sin hacerse reo de sacrilegio.

Saul no lo tuvo en cuenta. Al ver que sus tropas huian vergonzosamente le faltó paciencia para aguardar al Pontífice, y tomando el holocausto con sus manos profanas, lo ofreció por sí mismo. La dispersion de su gente no le autorizaba para ejercer funciones sacerdotales, y mucho menos para dudar de la Omnipotencia divina.

Al terminar la ceremonia en que el Rey, sin facultad alguna, se habia constituido en sacerdote, preséntase en el campamento Samuel. A pesar de sus años Samuel conservaba aun todo el vigor de su alma. Por mucho que fuese el amor que tuviera á Saul como persona privada, el respeto que le profesase como soberano, Samuel no habia de callar ante una falta que estaba en su deber el corregir: Saul ofreciendo por sí mismo un sacrificio habia faltado á Dios, habia usurpado los derechos del Pontífice. Era el rey de Israel, es verdad; pero Samuel no era hombre que se dejase deslumbrar por el brillo de una corona; sobre sus atenciones de israelita están sus deberes de sacerdote: Samuel sabrá cumplirlos aun cuando para ello fuese menester poner en peligro su existencia.

Al ver al venerable sacerdote, Saul se adelanta á recibirle. Al presentársele el monarca con las manos culpables de sacrilegio, el santo anciano le pregunta:—¿Qué has hecho?

Saul trata de excusarse.—«Ví que el pueblo se me iba á la desfilada. Tú no habias venido en el plazo señalado, y los filisteos estaban acampados en Macmas. Yo dije: Ahora descenderán los filisteos contra mí á Gálgala, y no tengo aplacado al Señor. Compelido de esta necesidad ofrecí el holocausto.»

—Has obrado neciamente, responde con energía el

celoso sacerdote; tú no has guardado las órdenes que te dió el Señor tu Dios.»

Sin dejarse imponer por la majestad de la persona real, Samuel en presencia del Rey en quien no vé sino un gran culpable, prorrumpe en terribles amenazas, le augura que se le arrancará de su cabeza la corona para que vaya á adornar otras sienes mas dignas.—Si no hubieses cometido este delito tu trono se habria consolidado. Mas ahora tu reinado no se sostendrá por mucho tiempo. El Señor se ha buscado ya un varon segun su corazon; el Señor le destina para caudillo sobre su pueblo, por cuanto tú no has guardado los mandatos del Altísimo.» Dicho esto, Samuel se retira de la presencia del Monarca.

El Rey adelantó su campamento hácia Gabaa. El ejército de Saul que antes se elevaba á muchos millares quedaba reducido á seiscientos hombres.

Debilitados sus espíritus, embotadas sus armas, los israelitas no tenian ya mas recurso que rendirse. Los filisteos se preparan para darles el último golpe, despues del cual la nacion israelita descansará ya en el panteon de la historia. Les cercan por todos lados, seguros de que el pequeño ejército de Saul no podrá escapar de caer prisionero.

Hay todavía en Israel un hombre de gran valor; un hombre de aquellos que suscita la Providencia en los momentos críticos; es Jonatás, el hijo del Rey. Al ver que una parte de los enemigos ocupa ya una de las cimas que dominan el campamento de Israel, dice Jonatás á uno de sus escuderos:—Ven conmigo.

Para llegar á las escarpadas rocas desde donde los filisteos dominan el campamento israelita era menester atravesar peligrosos desfiladeros donde á cada paso podian encontrar la muerte. La empresa mas que atrevida era temeraria. Sin embargo, el valiente Jonatás pregunta á su escudero si está dispuesto á seguirle, y le inspi-

ra confianza en la Providencia diciéndole:—«El Señor puede triunfar con pocos como con muchos.»—El criado contesta con resolucion :—Haz lo que bien te pareciere. Vé á donde te plazca, y yo estaré contigo.

Jonatás y su escudero se adelantan hasta las avanzadas enemigas, y logran dejar en el campo veinte cadáveres.

La noticia de esta hazaña se difundió en el campamento israelita con la rapidez del rayo, llevando nuevo aliento á las tropas de Saul. Este, aprovechándose de la impresion producida por el hecho de Jonatás, pone en pié su tropa y la arroja sobre los filisteos, prohibiendo bajo pena de la vida que ninguno de los de su ejército, ya fuese gefe, ya soldado, tomara el mas leve sustento hasta quedar consumado el exterminio de los gentiles.

Jonatás no tuvo noticia de esta órden. Rendido por la fatiga, hambriento, recrea sus labios con un poco de miel que encuentra por el camino.

Llega á conocimiento de Saul que hay en el ejército uno que ha faltado á sus órdenes. Saul jura condenarle á muerte aun cuando sea su mismo hijo Jonatás. Efectivamente no tarda en saber que el transgresor de su mandato es el príncipe real, á quien condena al último suplicio.

Aun suponiendo que la órden no hubiese sido despótica como efectivamente lo era el privar á su ejército del alimento necesario, debilitándolo así para que pudiese pelear con mas vigor, Jonatás no habia de considerarse como reo por haber faltado á una órden que ignoraba. El condenar á muerte á Jonatás no era un acto de justicia, ya que no habia allí un delito. ¡Tal vez la sentencia de Saul reconocia un orígen rastrero! Quizas la envidia se habia apoderado de su corazon! ¡quizás llegaba á tener celos hasta de su propio hijo. ¿Quién sabe s fué este el móvil de su inícuo fallo? ¿Quién sabe si Saul

se hubiese complacido en ver derramar la sangre de Jonatás por temor de que no fuese él quien le arrebatara la corona?

Se comunicó á Jonatás el decreto de muerte. El hijo de Saul comprende que esta sentencia es altamente arbitraria. Pero quien lo manda es su padre y su rey; Jonatás acepta un fallo que va á privarle de la vida en la flor de su edad, confiesa que efectivamente ha probado un poco de miel en el campo de batalla, y con la resignacion propia de las almas grandes, contesta: —¡Moriré!

Pero entre la inocente víctima y la cuchilla del verdugo se interpone el pueblo que reconoce lo inícuo de semejante condenacion. Aquellas masas se levantan como un solo hombre, y hacen llegar á los oidos del rey este clamor que pesa sobre él como una amenaza:— ¿Porqué ha de morir Jonatás que tanto ha contribuido á salvar á Israel? ¡Vive el Señor que no ha de caer en tierra ni un solo cabello de su cabeza!

Los clamores del pueblo imponen á Saul hasta el punto de obligarle á rasgar la sentencia de muerte dada contra su hijo.

En la vida de Saul se ve que la ambicion, la envidia, el orgullo, son el alma de sus actos. Despues de usurpar las prerogativas del sacerdocio, se atreve á promulgar leyes *bárbaras* condenando á muerte á los que no las cumplan, tratando de hacer á su mismo hijo víctima de su despotismo. No busca ya en la guerra la consolidacion de la nacionalidad israelítica, ni la gloria de Dios; busca sólo su propio encumbramiento; así es que le vemos erigiéndose para sí mismo un arco de triunfo. Mientras se ocupa de su elevacion, mientras trata de quitarse de en medio aquellos que puedan hacerle sombra, aun cuando tenga que pasar sobre el cadáver de su hijo, sólo una vez se acuerda de elevar un altar al Señor que le colocó sobre un trono, y que le ha conducido á cien victorias. Y á todos estos hechos que bastan ya

para condenarle, añade la violacion de una órden del cielo que le manda el exterminio de los amalecitas, y hasta de sus rebaños.

Samuel le dice:—«Esto ordena el Señor Dios de los ejércitos: Vé, y hiere á Amalec, y destruye todo lo que tuviere; mas no codicies cosa alguna de las suyas.»

En efecto, Saul se dirige contra los amalecitas y los vence. Pero Saul no cumple con la órden de Dios; se reserva para sí la mejor parte del botin y perdona al rey enemigo, dejando contra el pueblo de Dios un elemento constante de lucha.

El virtuoso Samuel llora en el silencio las defecciones del Príncipe que está deshonrando su corona. Profesa un afecto entrañable al monarca á quien él mismo ha hecho subir á las alturas del trono; pero lamenta profundamente que su conducta atraigan sobre el Rey y sobre su pueblo las venganzas divinas. Haciendo resistencia á las emociones de su corazon, tiene que presentarse nuevamente á Saul para hacerle sabedor de los castigos que Dios le depara.

Dirígese Samuel al lugar donde se encuentra el Monarca. Se habia prohibido de órden del Señor el que en la guerra contra Amalec buscase el aumento de sus riquezas sino el vengar á Israel y librarle de un enemigo terrible. Mas Saul, impelido por su miserable ambicion, se ha quedado con lo mejor del botin. Samuel lo sabe:—«¿Qué voz de ganados es esta que resuena en mis oidos?» pregunta.

Saul trata de excusarse:—«El pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de las vacas para sacrificarlas al Señor tu Dios.»

Respetando como respeta en Saul la persona del Rey, le pide permiso antes de pronunciar contra él palabras aterradoras.

Con pretexto de sacrificar al Señor ha infringido Saul el precepto que en nombre del Señor se le habia dado:—

«¡Pues qué! le pregunta; antes que ofrecerle holocaustos y víctimas ¿no quiere el Señor que se obedezca su voz? Vale más la obediencia que las víctimas. El no querer atemperarse á las órdenes de Dios, es como un crímen de idolatría. Por cuanto, pues, has desechado los mandatos del Señor, el Señor te desecha á tí para que dejes de ser el rey de su pueblo.

Saul confiesa su delito, y trata de sincerarse diciendo que si ha obrado mal ha sido por condescender con la voluntad del pueblo. Aun cuando esto fuese cierto, no bastaba para justificarle. Se le habia puesto al frente de Israel para dirigirle, no para condescender con sus caprichos. Su carácter de rey, su honra y su autoridad de soberano, le ponian en el caso de resistir á la voluntad del pueblo, siempre que este tratase de arrastrarle á una accion inícua. Como á monarca, la responsabilidad que trataba de echar sobre el pueblo, caia exclusivamente sobre él. Los grandes puestos traen consigo grandes deberes; el que carece del valor necesario para cumplirlos, debe abandonar un destino en que no puede ser sino perjudicial, ya que le falta la fuerza de su posicion. Saul, sea por ambicion, sea por cobardía ante las masas, no ha querido obedecer unas órdenes, que por lo mismo que venian del cielo, debian ser para él más respetadas que la voluntad de sus súbditos. Si temió escitar las iras populares, si no se atrevió á dar el correspondiente castigo al rey de Amalec, Saul ya no sirve para el trono israelítico. Por esto Samuel le manifiesta que Dios ha resuelto arrancarle la corona.

El rey se arrodilla á los piés del sacerdote, mas ya es tarde. No es la primera vez que ha faltado Saul. En su conducta manifiesta que sus palabras de arrepentimiento son palabras hipócritas. Samuel le dice que se apartará de su presencia para no volverle á ver, y además le repite esta amenaza:—«El Señor arrebatará de tus manos el cetro de Israel, y se lo dará á otro que es más digno que tú.»

Lo que no se ha atrevido á hacer Saul con toda su autoridad de rey, cediendo, no á razones de humanidad ni de generosidad, sino únicamente á funestos respetos humanos, ante los que sacrifica la bienandanza de su pueblo, va á hacerlo Samuel.

Traedme aquí á Agag, rey de Amelec, dice con voz imperiosa.

Samuel es inmediatamente obedecido. El rey altanero que habia jurado aprovechar todas las ocasiones para destruir á la nacion israelita, se presenta ante Samuel temblando. Aquel hombre que se manifestaba tan fiero, tan orgulloso, se espanta á la vista de la muerte á que le condenan sus crímenes. Tiene que renunciar para siempre á sus bienes, á su corona, que él pensaba reconquistar, á sus proyectos ambiciosos que él estaba en la persuasion de poder realizar un dia, á su vida licenciosa. *¿Siccine separat amara mors?* ¿Con qué es menester que una muerte amarga me separe de todo?

Hé aquí las palabras del voluptuoso, del libertino, del avaro en su hora postrera. No siente morir ni porque ya no podrá representar su papel en la historia, ni porque no podrá llenar una mision sobre la tierra; no teme la muerte por el juicio de Dios que á ella sigue, la teme porque ha de renunciar para siempre á su libertinage, á sus placeres sensuales, á sus culpables goces; la teme porque ya no podrá disfrutar de sus riquezas, de su patrimonio, que tal vez ha adquirido vendiendo su conciencia y su honor, traficando con su honradez, haciendo traicion á la virtud, y por esto repite como el rey amalecita:—«*¿Siccine separat amara mors?*»

Samuel se retira á Ramatha. Se ha despedido de Saul para no verle más: ya el virtuoso sacerdote no volverá á visitar la tienda del monarca, ya no pisará más su palacio; pero si todo esto exige de él su autoridad de pontífice y su carácter de guardador y defensor de los derechos de la divinidad, como á hombre privado,

obedeciendo á las exigencias de su corazon derrama por él en secreto abundantes lágrimas.

LECCION VIGÈSIMA NOVENA.

DAVID Y GOLIAT.

Mientras Samuel agobiado por el peso de la tristeza, lamenta los fatales estravíos del primer monarca de Israel, Dios detiene el curso de las lágrimas del afligido profeta, manifestándole donde ha de encontrar al nuevo rey que constituye la esperanza del pueblo escogido.

Donde Samuel hallará al afortunado mortal que ha de ceñir la corona israelítica, levantándola del lodo en que se ha complacido en arrastrarla el desgraciado Saul, es en la tribu de Judá, en Belen, en el seno de la familia de Rahab y de Ruth, cuyo descendiente es Isaí.

Se encamina, pues, Samuel á la ciudad de Belen, y llevando en sus manos el aceite de la consagracion, penetra en la casa de Isaí. Reune á todos los indivíduos de aquella familia, entre los cuales Dios ha escogido al que ha de recoger la herencia de Saul. El primero que se presenta á su vista es el primogénito de la casa llamado Eliab. Es un jóven de gallarda estatura, de aspecto imponente; para dar majestad á aquella frente solo faltaba una corona; la púrpura real habria sentado bien sobre aquellos atléticos hombros. Sin embargo, no es ni la majestad exterior, ni el aire de grandeza lo que han de determinar la eleccion de la Providencia divina. Lo que Dios quiere que sea grande es el alma; lo que ha de estar adornado con el aire de nobleza es el corazon: Eliab no puede ser el escogido.

Isaí presenta á Samuel á otros seis de sus hijos; ninguno es digno de representar la autoridad política en Israel.

El profeta pregunta á Isaí si tiene aun otro hijo. Isaí le responde que aun tiene otro que se dedica á la ocupacion de apacentar las ovejas. No siempre los cetros han de nacer de las espadas; tambien pueden convertirse en cetros los cayados. Samuel que lo comprende así ordena que se le traiga al pastor.

Ve aparecer ante sí un jóven de modesta mirada, de acento dulce, de rostro angelical, de cabello rubio. Al presentársele este jóven de quince abriles, Samuel oye la voz de Dios que le dice:—«Levántate y úngele, porque este es el escogido.»—Este jóven se llamaba David.

Samuel verifica la ceremonia de la consagracion en la casa de Isaí; pero sin dar á este acto el menor carácter de publicidad, pues no ha llegado todavía la hora en que Saul ha de bajar del trono. Concluida la ceremonia, David se dirige otra vez á cuidar los ganados, y Samuel se retira á su soledad, esperando el desenlace de unos acontecimientos que él se contenta con haber preparado.

Dejemos la casa de Isaí para volver al palacio de Saul.

El culpable rey de Israel siente dentro de sí todo el peso de los remordimientos, ve levantada sobre su cabeza la cuchilla de la justicia divina, y no duda que las amenazas de Samuel se cumplirán tarde ó temprano. Una cruel melancolía le atormenta; por muchos esfuerzos que haga no puede durante la noche conciliar el sueño; preséntanse á su turbada imaginacion fantasmas aterradores que le transportan algunas veces hasta el delirio. En sus oidos resuena el eco de la sentencia que Dios ha fulminado, y el miedo de las venganzas del cielo que han de caer sobre él le producen un frenesí, que acaba por hacerle insoportable hasta la vida misma.

Uno de los cortesanos propone al Rey un medio para calmar su frenético humor.—«Te buscaremos un hombre que sepa tañer el arpa para que cuando permita el Señor que sientas los arrebatos del espíritu malo, halles en sus dulces tonos algun alivio á tus dolores.»

La música es uno de los recursos mas poderosos para suavizar los pesares del alma, para sosegar las tormentas del corazon. Toda la naturaleza tiene sus armonías así en la amenidad de los prados como en las sinuosidades del desierto y en las cumbres de las montañas. La música es la que adormece al mas astuto de los réptiles, ablanda las fieras, llena de placer la cabaña del salvaje. La música es de tal suerte la espresion de los fuertes sentimientos del alma que en todos los siglos y en todas las civilizaciones vemos constituirse en intérprete de los deseos, de las esperanzas y de las pasiones. Ella perpetua entre las generaciones las glorias nacionales, escita el entusiasmo de los guerreros, inspira á los héroes, derrama la miel en las copas de la amargura, reproduce los sollozos del llanto, sorprende el amor de una madre, de una esposa, robándole sus suspiros. La esperanza, el dolor, el sepulcro, el sentimiento de la divinidad, todo cuanto hay de querido, de grande ó de sagrado para el hombre se expresa por medio de la música; la flauta del pastor y la lira del bardo embelesan las campiñas, mientras que un coro acorde de vírgenes entona las alabanzas celestiales, ó una ronca trompeta conduce los hombres al combate. Aquellas armonías que abriéndose paso por nuestros oidos penetran hasta el fondo del alma, hieren el corazon en lo mas delicado de sus fibras y producen sensaciones que no pueden describirse, porque se escapan á las formas de nuestro limitado lenguaje. La música es un don del cielo, un celeste vislumbre de los goces de la inmortalidad.

Saul acepta el proyecto, y poco despues aparece en el régio palacio un jóven de maneras humildes pero nobles, de rostro tostado por los ardores del sol pero simpático; es David que se presenta en el real alcázar con aquella arpa cuyas sublimes armonías hasta entonces solo habian repetido los ecos de las montañas.

El Rey de Israel al principio pudo encontrar algun

alivio en sus dolores. En las horas sombrías de su apesarada existencia complacíase en ver al muchacho de dorada cabellera, de fresco y gracioso rostro, de tranquila mirada hacer resonar en sus oidos las vibraciones de su instrumento; y bajo la serena y benéfica influencia del jóven artista el Rey se sentia apaciguado. El Rey Saul experimentó en favor de David el mas entrañable cariño, constituyóse en su protector, nombróle su page de armas y mandó decir á su padre:—David se quedará cerca de mi persona.

El corazon de Saul estaba harto gastado para que las encantadoras melodias de David pudieran devolverle la calma. Por puros que fuesen los cantares del hijo de Isaí no bastaron para alejar de aquel conturbado espíritu el temor de las amenazas del cielo; la mano inocente que hacia suspirar las sonoras cuerdas, no podia arrancar del pecho de Saul los suspiros de la paz propia de una conciencia recta. Saul acabó por cansarse de los acentos de David como acababa por cansarse de todo: el cándido jóven cuyo inocente pecho no respiraba libremente en aquel palacio restituyóse á guardar sus ganados, y aquellos cantos que se elevaban ante el rey de Israel, se complació en elevarlos ante el Rey de la Creacion en el vasto y majestuoso palacio de la naturaleza, libre de las intrigas de las córtes.

Pero Dios que destina á David para algo mas que entonar himnos en presencia de Saul le destina tambien para algo mas que apacentar ovejas.

La trompeta guerrera está resonando nuevamente en el pueblo de Dios; israelitas y filisteos marchan dispuestos á emprender una decisiva batalla. Los dos campamentos enemigos están levantados sobre las alturas que dominan el valle del Terebinto, valle angosto y profundo que se extiende á la derecha del camino que desde Jafa dirige á Jerusalen. Los filisteos se han reunido en Soco de Judá, y acampan entre Soco y Areca en los con-

fines de Dommin; las tropas de Saul ocupan el lado opuesto.

Bajo las banderas de los filisteos milita un hombre disforme, de figura colosal, á quien se le conoce con el nombre de gigante Goliat. El caudillo Goliat es un bastardo. Su cabeza y todo su cuerpo está cubierto de hierro y de acero. Dotado de una fuerza extraordinaria ciñe un morrion de bronce, viste una coraza escamada del mismo metal, botas tambien de bronce cubren sus gruesas piernas, ampara su pecho un ancho é impenetrable escudo y una formidable lanza le sirve para el ataque y la defensa. Con aire insolente está provocando á sus adversarios. Se acerca á las avanzadas de los israelitas para decirles con soberano desden:—Esclavos de Saul ¿porque habeis salido á la batalla? Dadme acá un hombre, que venga cuerpo á cuerpo á batirse conmigo; si me matare serémos vuestros siervos; mas vosotros nos serviréis si yo lograre la ventaja.»

Nadie responde al audaz reto de Goliat. A la vista de aquel coloso los israelitas sienten que el miedo hiela su corazon; á su desafío no contestan ni una palabra; el mismo Saul, un dia tan valiente, ve desaparecer sus brios; los ardores de su juventud fueron apagados por pasiones fatales. El cobarde rey ya que no se resuelve á recoger el guante que le arroja su terrible adversario, ya que no tiene valor para exponer su vida en una lucha frente á frente, ofrece magníficas recompensas al guerrero que venza á Goliat. Al que matare al osado filisteo el Rey le colmará de riquezas, la casa de su padre quedará exenta de tributos, y la misma hija del Soberano será ofrecida para esposa del vencedor. Apesar de tales promesas nadie se atreve á medir sus fuerzas con las de Goliat. Este pudo repetir por espacio de cuarenta dias: —«Yo he insultado hoy á los escuadrones de Israel.»

David que era todavía demasiado jóven para empuñar una lanza, solia hacer frecuentes excursiones al cam-

pamento israelita, donde tenia tres hermanos, á quienes llevaba vituallas. Una mañana al penetrar en el campo oye un clamoreo general que anuncia que israelitas y filisteos van á llegar á las manos. El jóven pastor ve aparecer la imponente figura del bastardo filisteo que repite sus insultos. Apodérase del pecho de David una generosa indignacion. El instinto de las grandes acciones, el deseo de vengar á su Dios y á su patria le inducen á aceptar el desafío.

Su hermano mayor Eliab reprende á David por semejante bravata; le acusa de altanero, y le reprocha el que haya dejado abandonadas sus ovejas.

David no hace caso de las rudas reprensiones de Eliab. Preséntase el jóven pastor al Rey y le dice:—Que nadie se deje intimidar por este hombre; yo iré y pelearé con el filisteo.

Saul escucha las palabras de David con desconfianza; no se atreve á poner la suerte de Israel en manos de aquel muchacho que ostenta las insignias de la vida pastoril.

Al ver el desden con que el Rey le trata, se decide á referirle las hazañas de su mocedad, á fin de que Saul se convenza de su presencia de ánimo ante los mayores peligros, y del valor y fortaleza de que le ha dotado la Providencia divina.

«Pastoreaba tu servidor el ganado de su padre y venia un leon ó un oso, y arrebataba un carnero en medio de la manada. Y yo iba tras ellos, y los mataba, y les quitaba la presa de entre los dientes; cuando ellos se revolvian contra mí, yo les asia de las quijadas y perecian ahogados en mis manos. Yo que maté un leon y un oso sabré matar á este incircunciso. Yo iré, borraré la deshonra del pueblo, porque ¿quién es este filisteo que ha tenido la osadía de insultar al ejército del Dios vivo? El Señor que me libró de las garras del leon y del oso me librará tambien de las manos de este filisteo.»

Al ver tamaña resolucion, Saul le responde :—Anda, y el Señor sea contigo.

Saul viste á David sus ropas de guerrero, cubre su cabeza con su yelmo de cobre, ármale de loriga, y coloca en su cintura su regia espada.

Quien venciese al altivo Goliat no habia de ser la espada de un rey; Goliat debia ser vencido no por un guerrero sino por un pastor. David se siente embarazado con aquellas armaduras; despójase de ellas, y con el rostro descubierto, y dispuesto á presentar su pecho desnudo á la lanza del filisteo, toma por espada su báculo.

Va á principiar el desigual combate de que depende el triunfo ó la derrota de Israel. Si David perece en la demanda, si no sale airoso en tan atrevida empresa lo que llorará Israel no será la muerte de un hombre, será la muerte de todo un pueblo.

Anúnciase á Goliat que hay en Israel quien acepta el desafío.

Seguro el filisteo de la gran superioridad que se figura tener sobre los israelitas, se apresura á presentarse á la arena, donde ha de dar pronta cuenta del adversario que ha tenido la presuncion, la loca temeridad de aceptar el duelo.

Aquel hombre que es el espanto de Israel, precedido de un escudero, se adelanta con paso grave.

David reduce todos sus preparativos á escoger cinco guijarros del arroyo, y se dirije al encuentro del gigante. Este, al persuadirse de que el israelita con quien ha de medir sus fuerzas es aquel pastor imberbe que ni empuña lanza, ni ciñe espada, ni ostenta yelmo, le echa una mirada de soberano desprecio.—«¿Soy yo por ventura algun perro que vienes tú á mí con un palo? le dice Goliat. Ven acá, añade el insolente bastardo, y daré tus carnes á las aves del cielo y á las bestias de la tierra.»

David lleno de fé en Dios le responde:—«Tú vienes á

mi con espada, lanza y escudo ; mas yo vengo á tí en nombre del Señor de los ejércitos, del Dios de los escuadrones de Israel, á los cuales has insultado hoy. El Señor te pondrá en mis manos y te mataré, te quitaré la cabeza, y seré yo quien dará los cadáveres de los filisteos que están en el campamento á las aves del cielo y á las bestias de la tierra, para que sepa toda la tierra que hay Dios en Israel...» Poco despues Goliat besaba la arena herido por una certera piedra que le dejó David clavada en la frente.

El bizarro pastor luego de tender en el suelo sin sentido á Goliat, se dirige hácia él, le arranca de su propio costado la tan temida espada, y con la misma espada de Goliat le corta la cabeza, y acompañado del general israelita Abnor la presenta por trofeo á Saul, anunciándole la fuga y la derrota de los enemigos. Desde entonces David ya no es un pastor; es un guerrero en cuya tienda de campaña figuran las formidables armas del mas temido de los adversarios de Israel.

LECCION TRIGÉSIMA.

EL VÉRTIGO DE LOS CELOS.

Saul acoge con benevolencia y hasta con admiracion al jóven héroe que con su presencia de ánimo acaba de librar á Israel de un enemigo tan formidable como Goliat. Despues de esta accion el que matando al temible filisteo acababa de conquistar la mano de la primogénita de Saul habitó en el palacio del monarca ; el que habia de ser yerno del rey empezó por ser uno de los dignatarios de su córte.

Las escelentes cualidades y el recuerdo de su hazaña atrajeron al jóven cortesano la universal estima ; sobre todo al príncipe real Jonatás, hombre de gran corazon,

le ofreció desde luego no ya la protecion de hijo del soberano, sino el afecto de amigo ; el sentimiento de la amistad fundió aquellas dos almas en una sola ; desde entonces los sufrimientos, las alegrias de David fueron las de Jonatás; como David participó tambien del efecto que habian de causar al hijo del rey los acontecimientos prósperos ó adversos.

En manifestacion del justo aprecio que el vencedor de Goliat merece á Jonatás le regala una de sus mas preciosas túnicas, su arco y su espada.

Saul concedió á David una elevada graduacion en su ejército, entregándole el mando de algunas de sus tropas.

Cuando el rey dejó el campo de batalla para volver á su residencia llevóse consigo al jóven gefe. La marcha de David fué una continuada ovacion para el héroe ; el entusiasmo que producia la vista del pastor convertido en guerrero rayaba en delirio. Hasta las mujeres salian de las ciudades , y en sus himnos de triunfo que entre danzas y al son de panderetas entonaban en presencia del monarca, repetian este estribillo : « Saul ha muerto á mil ; David ha muerto á diez mil.»

Siempre son odiosas las comparaciones; la que las mugeres de Israel acababan de hacer entre Saul y David no podia dejar de producir terribles resultados. Al arrojar flores sobre la cabeza de David las mujeres de Israel le entregaron á la envidia de Saul.

Tenia éste un alma demasiado degradada por las pasiones para que no sintiera el incentivo de los celos. El cáncer de la envidia empezó á producir en el pecho de Saul sus terribles estragos.—«A David le han dado diez mil y á mí me han dado mil;» exclama en su despecho enfurecido el monarca: «¿que le falta ya sino ser rey?» Estas palabras son la nube que anuncia la tormenta.

Saul ha cambiado ya su afecto en aborrecimiento. De su pecho comprimido por un encono que no acierta á disimular salen gritos de furor.

David que estaba acostumbrado á ver á Saul oprimido de cruel melancolía, no comprende que sea él la causa del mal humor del Soberano. Para calmar su espíritu, David que al empuñar la espada no olvidó los dias felices en que en la inmensidad de los bosques hacia vibrar las cuerdas del arpa, toma el melodioso instrumento, á fin de ahuyentar con sus armonías los tétricos pensamientos que agitan el espíritu del Rey. Nada es capaz de aquietarle; se le ve vagar por el palacio como un loco, y en un momento de insensato frenesí toma una lanza y la asesta contra el pecho de David.

El jóven guerrero sabe evitar el golpe. No por esto se intimida, ni siquiera se irrita contra su poderoso rival, sino que le compadece. El verdadero valor no sabe temer ni aborrecer; el alma que tiene el secreto de su fuerza contempla los mezquinos esfuerzos de un enemigo; y si el crímen le horroriza, la persona del criminal que acude á un atentado para saciar malvadas pasiones solo logra inspirarle compasion. Al furor de Saul opone David la dulzura, trata de desarmarle con su generosidad; pero esta misma elevacion de sentimientos que manifiesta David cubren de rubor al celoso monarca, y no hacen mas que dar creces á su encono.

Saul no puede tolerar la presencia del virtuoso jóven; á fin de alejarle de sí pone á su disposicion mil hombres para que les conduzca á la victoria, esperando que el arrojo de David le abrirá en el campo del honor un prematuro sepulcro.

David ciñe en su frente nuevos laureles que hace mas brillantes el entusiasmo de los pueblos. Con sus triunfos aumenta el martirio del envidioso monarca.

Tan modesto como valiente, David no habia reclamado el precio de su victoria sobre Goliat; el título de yerno del Rey. Para su corazon desinteresado existia un título mas ilustre; el de salvador de la patria. Saul le promete que nuevos hechos de armas le han de mere-

cer la mano de Merob, su hija primogénita:—«Hé aquí á Merob, mi hija mayor, le dice; te la daré por mujer con tal que seas valiente y pelees en las guerras del Señor.»

David con aquella delicadeza que da á conocer un pecho magnánimo cuando se le ofrece un galardon, por mucho que lo tenga merecido, declina respetuosamente la honra que le ofrece su Rey.—»¿Quién soy yo, contesta el jóven inspirado por la modestia; cuál ha sido mi vida, qué es en Israel la familia de mi padre para llegar á ser yerno del Rey?»

¿Qué significa este ofrecimiento de Saul? ¿Quiere decir que en aquellos momentos en que la justicia deja oir su voz aun á los espíritus mas aletargados por las pasiones, Saul hubiese resuelto cumplir con su palabra, entrar en la senda de su deber y de su honra? No: Saul lo que quiere es que sean los filisteos los que se encarguen de realizar su vergonzosa venganza. «No sea yo quien le mate con mis manos; que muera á manos de los filisteos.»

Era menester que el pérfido Saul llenase la medida de su ingratitud. Al llegar al tiempo en que su hija Merob debia desposarse con el vengador de Israel, Saul olvidando sus promesas, la da por mujer á Habriel Malathita.

Tamaño comportamiento no dejaria de herir el corazon del magnánimo jóven; sin embargo no sale de su boca la menor queja.

El rey tiene otra hija llamada Michol. La belleza, la bravura del jóven jefe, la poética exaltacion de su carácter, su esquisita sensibilidad dan á David un irresistible atractivo al cual no puede menos de ceder la segunda hija del Soberano. Su delicada alma al ver las injusticias de que es blanco el jóven cortesano, se siente movida por una piedad que no tarda en convertirse en un sentimiento mas vivo y mas íntimo.

El rey tuvo noticia del aprecio que David inspira á la princesa, y encuentra en esta coyuntura una nueva arma contra el vencedor de Goliat. No dudaba que David para obtener por esposa á Michol consentiria en arrostrar todos los peligros, hasta comprometer su existencia.—«Se la prometeré por esposa para que sirva á mis designios, se dice á sí mismo el caviloso monarca; y esta promesa hará caer sobre él la mano de los filisteos.»

—«Hablad á David, manda Saul á sus criados, y decidle: «Tú estás en la gracia del Rey. Piensa ahora en ser su yerno.» David, á pesar de los motivos que tiene para ello, no conoce la desconfianza, porque no conoce la perversidad; á las propuestas del Rey que encierran en sí toda la perfidia del negro corazon de un malvado, David contesta con ingenuidad:—«¡Os parece poco ser yerno del Rey! Soy pobre y de condicion demasiado humilde.»

Cuando Saul tuvo conocimiento de la contestacion de David manda que se le den toda clase de seguridades. —«El rey no necesita de dote para su hija, lo que quiere es que se le presenten los despojos de cien filisteos para vengarse de los enemigos de Israel.»

David que por su posicion se cree indigno de Michol, trata de probar si otra vez por su valor podrá elevarse hasta la hija del Monarca.

Algunos dias despues David marchaba á la cabeza de un puñado de israelitas para atacar á los filisteos. Pronto volvió de su expedicion el jóven caudillo, presentando al rey doble número de despojos del que éste habia fijado. Por mucho que sienta recrudecerse su encono, se vé en la precision de entregarle su hija.

Ni la ternura de Michol, ni la amistad de Jonatás pudieron formar en torno de David una barrera contra el celoso resentimiento de Saul, el cual, irritado por la gloria cada dia creciente de su yerno, cae en una especie de

manía furiosa. En cierta ocasion en que el confiado David hacia vibrar las sonoras cuerdas de su arpa para derramar sobre las llagas del corazon de Saul el bálsamo mas dulce y consolador, cuando Saul debiera haber sentido su alma inundada de un goce celeste, toma por segunda vez la lanza homicida y la arroja contra el pecho de David. Este supo preverlo, aparta el cuerpo, y la lanza rechinando queda clavada en la pared.

Un vértigo de muerte está atormentando al agresor. Su odio no es ya el arrebato de un momento; ha pasado á convertirse en una fiebre que contínuamente le devora.

El hijo de Isaí ha huido á su casa. Saul hace guardar durante la noche la morada de su yerno por emisarios que á la mañana siguiente debian asesinarle. Por fortuna Michol tiene conocimiento del peligro que corre su esposo. Le advierte este peligro.—«Si no te pusieres en salvo esta noche, mañana morirás,» le dice afligida la pobre esposa. Pero para evadirse de una muerte segura hay una dificultad; la puerta de la casa está ya ocupada por los asesinos.

Michol en su afectuosa solicitud encuentra un recurso para salvar á su esposo. Aprovéchase de las tinieblas de la noche, y descuelga por una ventana aquel que ya no volverá á ver por espacio de muchos años.

Sensible ha de serle esta penosa separacion cuando apenas ha tenido tiempo para gozar del dulce cariño de un esposo á quien ama con entrañable ternura. Lágrimas salidas de lo mas íntimo de su corazon se asoman á sus ojos; pero no es la hora de llorar; es la hora de poner á salvo la preciosa vida de su marido. Con el fin de dejarle tiempo para que pueda esconderse en lugar seguro, acude á una estratajema, previendo que han de llegar luego los asesinos.

Dirígese Michol al lecho de David, coloca una estátua ó bulto en la cama del fugitivo, y le cubre la cabeza con una piel de cabra.

Penetran los emisarios de Saul en la cámara de David para apoderarse de su persona:—«Está enfermo ;» les contesta Michol.

Saul teme que se le escape de sus garras la inocente víctima:—«Traédmelo acá en la cama para que sea muerto.»

Los guardias obedecen las órdenes del rey; pero en vez de la persona de David, no encuentran en la cama nada más que un bulto parecido á un cuerpo humano.

David se dirige al desierto de Ramatha donde halla al viejo Samuel que, retirado de la vida pública, pasa sus postreros dias entre hombres que sienten en su pecho la inspiracion celestial, y que cantan las alabanzas del Señor. Samuel recibe con los brazos abiertos al ilustre fugitivo, quien le refiere todo lo que le ha sucedido con su implacable suegro. Los dos pasan á morar en Nayoth.

Allí le acompaña el furor de Saul, quien envia soldados en su persecucion para que se lo traigan preso. Lo encuentran entre aquel coro de hombres que bajo la direccion de Samuel se consagran á elevar al cielo himnos de alabanza y plegarias de misericordia ; y no sabiendo resistir al ascendiente de aquella reunion de hombres, que llevados por su fé religiosa viven en una region superior, hincan tambien su rodilla para cantar las glorias del Escelso. El mismo Saul en persona, lleno de furor en vista de la inutilidad de sus mensajes, resolvió pasar allí para apoderarse de su yerno ; pero tampoco acierta á resistir al poder de aquellos cánticos sublimes ; se siente transportado á un mundo desconocido, y despojándose de sus reales insignias se postra en tierra, une su voz á los demás cantores, y no se reconoce con fuerzas para ejecutar su designio sanguinario. Por muy viciado que esté el corazon, queda siempre en él un fondo de fé que en instantes dados alienta el senti-

miento religioso hasta el punto de que este se haga completamente irresistible.

David, que conoce perfectamente á Saul, no se cree ya seguro en el retiro de Nayoth; quiere huir á un desierto ignorado; pero antes se propone dar á Jonatás el adios de despedida. Al ver á su íntimo amigo, con el acento de la confianza inspirada por la cordialidad, se queja del comportamiento de su padre con estas sentidas palabras:—«¿Qué he hecho yo? ¿Qué maldad es la mia, y qué pecado he cometido contra tu padre para que atente contra mi existencia?»

Jonatás trata de tranquilizarle:—«No temas; no morirás: mi padre no hará cosa chica ni grande sin que antes me la descubra: me lo revela todo: ¿seria esto lo único que me ocultase?»—«Tu padre sabe muy bien, observa David, el afecto que me profesas: él no te comunicará sus proyectos contra mí por no darte un pesar. No lo dudes; disto de la muerte un solo paso.»—«Haré por tí todo cuanto quieras,» le dice Jonatás.

Jonatás está dispuesto á interesarse por David, y á probar una nueva reconciliacion; pero salió tan mal con su intento, escitó de tal manera las furias del monarca, que poco faltó para que no fuese víctima de su infructuosa tentativa. Saul, rompiendo el dique de su furor, no pudiendo contener el ódio que le devora, la indignacion que le inspira la amistad de su hijo con David, le dice:—«¿Piensas que no sé que amas al hijo de Isaí para ignominia tuya y para confusion de tu desgraciada madre? Todos los dias que el hijo de Isaí vivirá sobre la tierra, ni tú ni tu reino estareis en seguridad. Yasí, envia á buscarle desde luego, tráemelo acá, porque ha de morir.»—Jonatás contesta con resolucion:—«Pero, ¿por qué ha de morir? ¿Qué ha hecho?»—El furioso monarca no sufre en boca de su hijo la defensa de su rival; la malhadada pasion de los celos, el frenesí de la envidia ahoga en él hasta los más poderosos sentimientos de

la naturaleza, y tomando su lanza trata de atravesar el pecho de Jonatás. El príncipe se levanta indignado y deja conocer el justo sentimiento que le causa la conducta de su padre.

Al despuntar los albores del nuevo dia Jonatás se presenta á David. Le dá á conocer la inutilidad de sus esfuerzos. A David no le sorprende semejante noticia. Es menester que se separen el uno del otro, que suspendan por un tiempo indefinido las intimidades de una amistad tan afectuosa como desinteresada; protesta al hijo de Saul su respeto como á príncipe y su ternura como amigo, y se despide de él. Abrázanse estrechamente y mezclan sus lágrimas con sus besos. David sobre todo llora con toda la amargura del más hondo pesar al verse alejado de lo que más ama en el mundo; de Michol su esposa y de Jonatás su amigo, los cuales quedan á merced de los arrebatos de un padre déspota y sanguinario.

David y Jonatás se separan por fin, jurándose mútuamente una fidelidad imperecedera.

No creyéndose seguro David en Israel su patria querida, aquella patria en favor de la cual habia arrostrado los mayores peligros, y estaba dispuesto á derramar toda la sangre de sus venas, tiene que buscar un asilo en tierra estraña. Era una nueva prueba que le deparaba la Providencia divina. Le destinaba Dios para un gran puesto; habia de educarse en la escuela de la adversidad. Al que habia perdido las solícitas ternuras de una esposa, las intimidades de un amigo íntimo, sólo le faltaba perder la patria.

David tiene que refugiarse en país de Filistía; tiene que morar entre aquellos filisteos de cuya sangre trae aun salpicados sus vestidos de guerrero, entre aquellos que odiaban á su Dios, á su patria y á su rey; que profesaban á su nombre un ódio irresistible.

No tardó en ser conocido. Los criados de Achis, rey

de Geth, al verle esclaman:—«¿No es este David?»—Al verse descubierto sabe que le aguarda una muerte segura, y acude al recurso de fingirse loco.

Logra perfectamente su propósito.

—«¿Habeis visto un mentecato como este? ¿Por qué me lo habeis traido? exclama Achis. ¿Nos faltan aquí locos para que me traigais á este á hacer locuras en mi presencia ?

Libre ya de las manos de Achis, retírase David á la cueva de Odollam, pequeña aldea de su tribu, donde reuniendo á toda su familia, que era como él víctima de una persecucion injusta, asociándose á otros descontentos del reinado de Saul y á algunos de esos aventureros que están prontos á afiliarse siempre á cualquier bandera, constituyóse en jefe de pandilla. Con mucha facilidad David logró tener á sus órdenes cuatrocientos hombres, pertenecientes muchos de ellos á la tribu de Gad. En pocos dias David los tuvo perfectamente disciplinados y aguerridos, pudiendo recorrer á su gusto las fronteras del reino desde donde podian incomodar á los enemigos de Israel.

Creció la cólera de Saul al saber que David se habia constituido en caudillo, temiendo que la popularidad del hijo de Isaí y sus dotes de guerrero y de jefe, no acabaran por proporcionarle un ejército capaz de batirse con el suyo y de arrebatarle la corona. David no era un rebelde; no era más que un soldado de la patria: la conducta de Saul le habia dado motivos de sobras para declararse contra él; pero para David Sau continuaba siendo el representante de la autoridad legítima No se rodeó de una partida de guerreros para arrebatar la corona de Saul; los soldados de David tenian el carácter de una vanguardia del ejército de Saul; venian á ser los guerrilleros del pueblo de Dios.

Saul despues de ser envidioso y egoista habia acabado por ser cobarde. Todo le inspiraba miedo, recelaba

de todo; su hijo, sus cortesanos, sus confidentes, los que mas adictos se mostraban á su persona no podian inspirarle confianza por muchos esfuerzos que hiciesen. Veia en cada hombre un enemigo, un conjurado contra su corona.

El caviloso monarca reune en Gaba á sus magnates para exponerles amargas quejas que eran solo hijas de su suspicacia y de sus temores:—«Ahora escuchadme, hijos de Jemnis, les dice el rey teniendo su lanza en la mano. ¿Es que el hijo de Isaí ha ofrecido á todos vosotros extensas propiedades? ¿Es que esperais que os hará tribunos y centuriones? Os digo esto, porque veo, que todos os habeis conjurado contra mí; no hay uno que me descubra lo que está pasando; mi mismo hijo tiene hecha alianza con David. Nadie de vosotros se duele de mi suerte; yo veo que nadie me hace la menor delacion. No es estraño: mi hijo mismo es el que escita contra mí á uno de mis vasallos el cual todos los dias está poniéndome asechanzas.»

Al escuchar unas recriminaciones que en su mayor parte carecian de fundamento, un cortesano llamado Deog, que obtenia la privanza del Rey, quiso aprovechar esta ocasion para procurarse nuevamente los favores y la estima del Monarca. Constituyóse á este efecto en delator del sacerdote Achimelech diciendo que protegia y alentaba al rebelde, al cual habia hecho entrega de la espada de Goliat de que era depositario.

El sacerdote acusado de fautor de la rebelion es conducido á la presencia de Saul. En vano trata de escusarse diciendo que si prestó su proteccion á David fué porque vió en él al yerno del monarca, al esposo de una princesa; añadiendo que no tenia motivos para sospechar siquiera que David hubiese faltado á la lealtad debida á la persona del Soberano. El Rey no quiso escuchar razones. Sin atender á la inocencia de Achimelech ni á su carácter sagrado le condena á morir: y no

solo muere Achimelech, sino que sospechando que los sacerdotes están en favor de David, Saul da una prueba de que su orgullo, su envidia, las pasiones que braman feroces en su corazon le han conducido hasta la impiedad, pues con Achimelech son pasados al filo de la espada de Deog, que se constituye en verdugo, ochenta y cinco personas que pertenecen al servicio del Señor.

Solo un hijo de Achimelech logró escapar de aquella feroz matanza, huyendo á colocarse entre las filas de David.

Al tener noticia de semejante desastre, David se horrorizó; y su sentimiento fué tanto mayor cuanto que la causa de la muerte de aquellos sacerdotes era solo el amparo que inocentemente le habian prestado.—«Bien sabia yo que Deog habia de constituirse en espia. ¡Yo soy la causa de todas estas muertes! exclamó profundamente apesadumbrado. Y dirigiéndose al hijo del sacerdote:—«Quédate conmigo, le dice; no temas; el que intente contra tu vida tendrá que atentar contra la mia; yo me constituiré en escudo de tu persona.»

Notificaron á David que los filisteos tenian sitiada á Ceila; que los alrededores de aquella poblacion eran víctimas del saqueo. David está resuelto á ir á batirse contra los enemigos de Israel y poner en libertad á los sitiados. Los hombres que le acompañan vacilan ante una empresa que creen temeraria, ya que temen verse entre dos enemigos; pues mientras á su frente estarán los filisteos, pueden estar á sus espaldas las tropas de Saul. El bizarro David se desentiende de toda clase de consideraciones. Tiene un deber que cumplir como soldado y como israelita. Lo que de ahí resultará le importa poco con tal que cumpla con lo que su valor le inspira y su corazon le manda.

Con toda su gente se dirige á encontrar á los sitiadores. David dió una prueba mas de su gran pericia militar. Poco tardó en obtener el triunfo; los filisteos al de-

jarle el campo donde quedaron muchos cadáveres de los enemigos de Israel, le dejaron tambien sus numerosos ganados. El hijo de Isaí entró triunfante en Ceila á la que acababa de restituir la libertad.

En el pecho de Saul no cabe ningun sentimiento generoso. Debia haberse regocijado de la derrota que David acababa de hacer sufrir á los filisteos que no eran únicamente los enemigos de su cetro, sino de su nacion. Pero en la derrota de los filisteos Saul no ve mas que nuevos laureles colocados en la frente de un rival temido; este triunfo acaba de escitar su implacable cólera. Saul resuelve que David encuentre su sepulcro en aquella misma ciudad de Ceila sobre cuyas murallas ha plantado victoriosa la bandera israelita. Ordena, pues, á sus tropas que se dirijan á Ceila para cerrar dentro de la ciudad á David y á su gente.

Cuando tiene noticia de este movimiento, David abandona á Ceila para ir á refugiarse á la soledad de Ziph, al mediodía de la tribu de Judá, sobre el camino que de Jerusalen conducia al Sinaí. Ziph era para David una fortaleza escelente. Colocada en un extenso desierto, rodeada de fuertes posiciones, podian vivir allí seguros sus soldados. El situó su tienda sobre una altura cubierta de árboles y de malezas, defendida á la parte de Occidente por un bosque tan espeso como inaccesible.

Allí fué á encontrarle la amistad de Jonatás.

Por aquellos dilatados bosques, entre aquella naturaleza salvaje se están paseando el Príncipe real y el esposo de una de las princesas. Ya se comprenderá cuán afectuosa habia de ser esta entrevista. Hacia mucho tiempo que David no habia visto á Michol; que nada sabia de ella. En este tiempo ¡por cuántos episodios habia pasado su vida! ¡Cuántas tristezas habia tenido que devorar! Perseguido un dia y otro dia por un adversario que es su rey, que es el padre de su esposa, y contra el cual nunca volverá aquella espada que

no tiene otro destino que defender al pueblo de Dios, ya se concibe lo mucho que sufriria aquel hombre, que, si un dia vió sonreirle la suerte siendo trasladado de su cabaña de pastor al palacio del monarca y ocupando los primeros puestos del reino, vió despues levantarse contra él todas las persecuciones, teniendo que pedir á una vida errante, en la proscripcion, lejos de su esposa, la defensa de su persona que peligraba á todos los instantes. El tiempo no habia borrado en Jonatás el cariño fraternal que á David profesaba. Obedeciendo á los nobles impulsos de su amistad trató de alentar al valiente y virtuoso proscrito, expresándole la esperanza de verle un dia sentado sobre el trono.—«No temas, le dice ; no te ha de hallar la mano de mi padre; tú reinarás sobre Israel: mi padre mismo está convencido de ello.»—Solo un amigo desinteresado y generoso como Jonatás podia pronunciar semejantes palabras. Hijo primogénito del Rey, contando con una gran popularidad en Israel, y teniendo además en su apoyo un valor á toda prueba, Jonatás tenia á la corona de Saul derechos muy atendibles. Sin embargo, Jonatás conoce que la corona de Israel caerá mejor en las sienes de David que en las suyas, y abdicará gustoso sus derechos en favor de aquel amigo por quien habia expuesto su misma existencia.

David y Jonatás se despidieron para no volverse á ver.

Informado Saul del lugar en donde se hallaba David, se pone él mismo en persona al frente de sus tropas para cerrarle dentro de aquellas montañas.

El ejército de Saul reunido todo en el punto donde se ha refugiado David, forma en derredor de aquellos montes un vasto círculo. Falta solo que David sea arrojado de los peñascos en que se ampara, y tendrá que caer irremisiblemente en manos de su enemigo que tiene jurada su muerte. David está perdido : no le queda

ningun recurso de salvacion; toda resistencia será inútil.

Pero cuando Saul va á apoderarse de su rival, que tiene cerradas todas las salidas, llega al campamento un mensajero que le dice:—«Apresúrate, ven : los filisteos invaden todo el reino.» Tan inesperada noticia pone á Saul en la precision de dejar escapar á su víctima, viéndose en el caso de aplazar su venganza.

No creyéndose ya seguro David ni en Ziph ni en Maon va á ocultarse entre las ásperas peñas de Engaddi.

Expulsados ya de Israel los filisteos, Saul emprende de nuevo su persecucion contra David. Aquel hombre oculto entre peñascos era su constante pesadilla; Saul no se creia seguro en su trono mientras viviese David: una revelacion interior de su destino le estaba diciendo á todas horas que su cetro habia de pasar á manos del proscrito. Saul no gozaba un instante de tranquilidad; para encontrar un reposo que buscaba en vano era menester que viese abrirse una tumba para su rival. Saul se empeñaba en luchar contra la Providencia ; trataba de borrar con su furor las páginas del libro de los destinos; pero este es un libro escrito por Dios : sus páginas no pueden borrarlas los mortales por muy poderosos que sean.

Informado del lugar en que se halla David se dirige á Engaddi con tres mil hombres escogidos entre todo Israel. Ve la asperidad del terreno donde se refugia su perseguido. Su ferocidad le da fuerzas para internarse en un país habitado solo por fieras, sube aquellas alturas accesibles únicamente á cabras montaraces. No importa que su púrpura real se rasgue entre aquellas malezas, que sus piés acostumbrados á pisar un palacio se desgarren entre aquellos terrenos. El espíritu infernal de la venganza le empuja. Saul es capaz de todo.

David con sus parciales se esconde en una cueva. Saul, para satisfacer una necesidad, entra en aquella

cueva completamente solo. Sin ser visto de Saul, David contempla á su mortal adversario, á aquel adversario que tiene ya preparados para él sus verdugos, que le busca para darle muerte. La menor indicacion habria bastado para que su gente que está escondida con él se arrojara sobre Saul que ignora el peligro en que se encuentra. Ya los de David no pueden contenerse mas; quieren aprovechar la ocasion de deshacerse del Rey, ya que sobre todos pesa una sentencia de muerte fulminada por un monarca contra el que no habian conspirado. David les manda que no salgan de allí; y se adelanta él sólo hacia Saul, sin que éste se aperciba.

David se halla ya junto á Saul. Le basta sacar su espada y dejarle tendido á sus piés. Así la vida de David se habrá salvado, y al dia siguiente sobre el cadáver de su perseguido se levantará el trono del hijo de Isaí. David que habria respetado la persona de su rey hasta en una lucha cuerpo á cuerpo no es capaz de darle una muerte alevosa. En vez de clavar su espada en el pecho de su enemigo se limita á cortar un pedazo de su manto sin que el Rey se aperciba.

Los soldados de David esperan que les presentará el cadáver de Saul, y no les presenta mas que una orla de su vestido. Los suyos le escitaban á que se librara de su adversario.—«El Señor me asista, les contesta el noble gefe, para que no extienda yo jamás mi mano contra mi monarca, contra el Ungido del Señor.» Llega á tal punto su delicadeza, su respeto en favor de su rey que hasta se arrepiente de su accion, creyéndola injuriosa á la majestad real. Pero ¿no es Saul para él un enemigo encarnizado? La defensa de su persona inicuamente perseguida ¿no le concede algun derecho? ¿No puede cuando menos apoderarse de Saul, y retenerle en su poder? Saul es su rey; el menor atentado contra su monarca David lo considera como un delito. Pero ¿y si cae en sus manos? No importa; David se resignará

á la muerte; bajará tranquilo al sepulcro porque tendrá en su favor la satisfaccion de su conciencia.

Al salir de la cueva, David que como sabe vencer á sus enemigos sabe vencerse tambien á sí mismo en las difíciles luchas del amor propio, despreciando todos los peligros, é inspirándose únicamente en su generosidad sale en pos del Rey para prosternarse á sus piés. Da voces á las espaldas del Soberano de Israel diciendo:— ¡Mi Rey y Señor!

Saul que no se ha reunido todavía con sus tropas se encuentra sólo en presencia de su rival. Este se postra á los piés del Monarca y con sentido acento le dice:— «¿Porqué das oidos á los que dicen: David conspira contra tí? Tus ojos ven que el Señor te ha puesto en mis manos en la cueva; llegó á asaltarme la idea de matarte; pero al ver en tí á la persona de mi Rey, te perdoné, y me dije: No extenderé mi mano contra mi Rey porque es el Ungido del Señor.» Y enseñando á su padre político la punta del manto que le arrancó en la cueva, añade. — Observa, padre mio, y reconoce, si esta orla que está en mi mano es la de tu manto; como te quité una parte de tu vestido podia haberte quitado la vida. Reconoce, pues, que en mi pecho no cabe la iniquidad; que ni hoy ni nunca he faltado contra tí; y sin embargo, tú pones asechanzas contra mi existencia. Nunca yo pondré mi mano sobre mi Rey; el Señor que lee en los corazones de entrambos juzgará tu conducta y se encargará de vengarme. ¿A quién persigues, ó rey de Israel? ¿A quién persigues? A un hombre que le basta la presencia de su rey para desarmarle, á un hombre que nunca ha de hacer armas contra tu persona.

Por muy degradado que esté el espíritu de Saul, hay en estas frases una dignidad tan sublime unida á tal delicadeza de sentimientos que el mismo rey se deja vencer por el efecto de estas palabras. La ternura escitada por tan bello lenguaje deja caer en el espíritu de

Saul una gota de su divino rocío. Apenas acertaba á comprender que pudiesen salir de boca de David semejantes espresiones, ya que él media los sentimientos de David con la perversidad de los suyos.—«¿Es por ventura tu voz la que oigo, hijo mio David?»

Las palabras de David han obrado ese prodigio que sólo es capaz de obrar la generosidad de sentimientos. De aquellos ojos que sólo hacía brillar la siniestra chispa del más concentrado encono, están cayendo lágrimas. La admiracion, el rubor, los pasados recuerdos de una vida tranquila y virtuosa le hacen prorrumpir en llanto. Por primera vez despues de mucho tiempo Saul da oidos á la voz de la justicia.—«Tú vales más que yo, prosigue Saul; porque tú no me has hecho sino bienes, mas yo te he pagado con males. Me has demostrado hoy tu bondad para conmigo, puesto que el Señor me ha puesto en tus manos y has respetado mi vida. ¿Quién como tú al encontrar á un enemigo que le persigue de muerte, le deja seguir tranquilo su viaje? El Señor te recompense lo que hoy has hecho conmigo. Y ahora, por cuanto sé ciertisimamente que has de reinar, que has de sostener en tu mano el cetro de Israel, júrame por el Señor que despues de mí no has de extinguir mi linage ni exterminarás el nombre de la casa de mi padre.»

David presta gustoso este juramento.

Las pasiones habian hecho demasiado estrago en el corazon de Saul para que la envidia no le condujese á nuevas persecuciones. No tardó en arrepentirse de haber dejado escapar á David de sus manos, despreciando una ocasion tan escelente para apoderarse de su enemigo. Volvió á emprender la persecucion con nueva saña, teniendo otra vez que buscar David un sitio seguro donde refugiarse.

Al ilustre proscrito le faltaba añadir un nuevo dolor á los muchos que desgarraban su amante pecho. Samuel, el sabio y celoso Pontífice, el gran Profeta, aquel Samuel

que se habia constituido en su protector, acababa de bajar al sepulcro. Israel entero fué á pagar un tributo de gratitud al que habia sido su juez.

Como sino bastase este sufrimiento para destrozar el pecho de David, recibe otra noticia no ménos funesta para él: Michol, que le diera tantas pruebas de conyugal cariño, ha faltado á sus juramentos de esposa: el vil Saul, no pudiendo herir á David en su persona, ha tratado de herirle en su honor entregando á su hija á otro marido. Saul se habia propuesto llenar la medida de sus iniquidades. Sabe bien que obrando de esta suerte sacrifica la honra de la Princesa y hasta su mismo honor de padre; que está echando un nuevo borron sobre su historia ya bastante negra: todo esto le importa poco con tal que pueda inferir un insulto á David; con tal que en su insolencia pueda echar al rostro de su yerno esta afrenta: — «Tu esposa pertenece ya á otro hombre.»

Corramos un velo á tanta perfidia; no nos empeñemos en enseñar toda la podedumbre de aquel corazon; y sigamos de nuevo los pasos del fugitivo. Le encontrarémos en la Arabia Petrea, oculto en el desierto de Faran. Está faltado de víveres; se le presenta la perspectiva de tener que morir de hambre él y los suyos.

Habia en aquel país un rico propietario llamado Nabal. Es uno de los hombres más poderosos de la comarca, pues su ganado cuenta más de cuatro mil cabezas, que pacen todas en sus vastísimas posesiones. Nabal es uno de estos hombres que dan á conocer que los bienes de la tierra no constituyen la felicidad. De génio intratable, de carácter sombrío, su apellido de Nabal, que significa insensato, se le adaptaba perfectamente. Sus palabras, sus maneras, todos sus actos revelaban la dureza de su corazon, la perversidad de su alma; pertenecia á esta repugnante raza de egoistas que ni siquiera tratan de encubrir su amor á las riquezas ó á los goces sensuales; que á su egoismo añaden su insolencia.

Al ver á sus soldados acosados por el hambre, David recuerda que hay en Maon un rico hacendado que debe á la gente de David muchos favores , ya que varias veces han defendido sus pastos y su ganado y se han constituido en guardias de su opulento patrimonio. Se verificaba entonces el esquileo en los ganados de Nabal, lo que se celebraba con banquetes y otros regocijos. ¿No era oportuno hacerle saber que los hombres que han defendido los ganados cuya lana recoge en aquel dia, tienen necesidad de él y le tienden una mano?

Por conducto de diez de sus parciales, David hace un llamamiento á la generosidad de Nabal. Nabal responde con un insulto. Á los guerreros que le hablan en nombre de David, del ilustre hijo de Isaí, Nabal les contesta:—«¿Quién es ese David, y quién es el hijo de Isaí?»—Les trata como holgazanes que han tomado las armas para no dedicarse al trabajo.—«Son muchos los siervos, les dice, que huyen de sus amos. ¿Tomaré mi pan y mi agua y la carne de mis ovejas, que he hecho matar para mis esquiladores, y lo daré á unos hombres que no sé de dónde son?»

Tan insolente desden no pudo menos de impresionar á David. La dureza de Nabal añadida á su ingratitud, el grosero lenguaje que usara con sus enviados, piden un castigo. David dice á los suyos:—«Cíñase cada uno su espada.»

El caudillo se ciñe tambien la suya y toma el camino de la casa de Nabal.

Uno de los criados de este sintióse penosamente impresionado al ver la altanera acogida que recibieran de Nabal los enviados de David. Era éste uno de los pastores sobre quienes vigilaban David y los suyos. Recuerda la delicadeza con que el hijo de Isaí y sus partidarios les trataban. Su corazon, su conciencia le está diciendo que Nabal al contestar con un bochornoso desaire á la pretension de aquellos que le tienen prestados

grandes beneficios ha sido injusto, ingrato, cruel; ha faltado á las leyes no solo de la humanidad, sino tambien del reconocimiento. ¿Se atreverá á advertírselo? Su amo es un hombre brutal; no tolerará un aviso, ni aun un consejo.

El criado, pues, no es á Nabal á quien se dirige; sabe que hay en la casa un corazon donde se deja oir la voz del deber. Nabal tiene una esposa que es el reverso de la medalla de su marido, puesto que á una belleza singular reune una prudencia exquisita, una discrecion en que da á conocer las escelentes cualidades de su alma; su nombre es Abigail. Á la esposa, pues, de Nabal es á quien acude el solícito criado que adivina las consecuencias que puede traer consigo el insulto que se acaba de dar á David y á sus soldados.

El fiel servidor se encamina á encontrar á la señora de la casa y le informa del brusco comportamiento que Nabal ha observado con David. No bien el mozo termina su relato cuando Abigail manda cargar sobre asnos doscientos panes, dos pellejos de vino, cinco carneros cocidos, cien medidas de grano tostado, cien atadijos de pasas y doscientos panes de higos secos.—«Pasad adelante, que yo os sigo, dice Abigail á sus servidores.»

Abigail montada en un jumento habia ya llegado al valle, cuando descubre gente armada. Son los parciales de David; su gefe los capitanea, y con su auxilio va á vengarse de Nabal.

Abigail lo ha comprendido todo. La vida de Nabal está en peligro. Sin duda este hombre es indigno de ella; pero ¿qué importa? es su esposo, y la voz del deber la pone en el caso de defenderle, aun á riesgo de su propia existencia.

Al encontrarse con el irritado guerrero, Abigail que reconoce toda la justicia de su enojo, baja precipitadamente de su cabalgadura, y prosternándose ante él

hasta tocar la tierra, le dice:—«Caiga sobre mí, señor, la iniquidad de mi esposo.»

Trata de excusar á su marido, cuyo nombre expresa la insensatez: un hombre que no está en su cabal juicio no puede responder de sus actos.

Al rogar á David que la permita á ella reparar una falta que no ha estado en su mano el evitar, David queda desarmado y abandona sus vengativos proyectos. La voz de Abigail es para David la voz de un ángel que le recuerda que el capitan que dirige las batallas del Eterno no debe vengar por sí mismo lo que no es la causa de Dios sino su causa personal; y le exhorta á que reciba con calma el ultraje de un pecador, dejando el cuidado de su defensa á la Justicia Soberana, cuyos designios se cumplen no solo en el tiempo, sino en la eternidad.

«Escucha las palabras de tu esclava. No hagas caso, Señor, te ruego, del infeliz Nabal. Yo, sierva tuya, no ví á los criados que enviaste. Ahora, pues, vive el Señor y vive tu ánima; Dios es quien te prohibe que vengas á derramar sangre, ó que te vengues por tu mano; que sean impotentes como lo es Nabal tus enemigos y los que procuren mal contra tí, Señor mio. Acepta esta bendicion que te trae tu sierva y dalo á las gentes que te siguen. Perdona á tu sierva tanto atrevimiento: seguramente el Señor hará para tí una casa duradera, por cuanto tú peleas sus batallas: y así no sea hallada culpa en tí en todos los dias de tu vida. Si alguno se levanta para perseguirte y atentar contra tu vida, tu existencia será guardada entre aquellas existencias que Dios protege, y el alma de tus enemigos rodará como rueda la piedra arrojada por la honda.»

Reconociendo Abigail en David al futuro soberano de Israel, con aquel encanto de una muger pura y virtuosa que nos enseña el camino de la dignidad y del honor, exhorta á David á no manchar con sangre unas manos

destinadas á manejar un cetro, á no abrir el camino de tristes remordimientos para aquella alma que, puesto que su destino está en el trono, deberá contemplar con semblante tranquilo á los pueblos confiados á su direccion; y mal podria calmar las pasiones de sus súbditos el que un dia hubiese sido víctima de ellas.

Fuerza es convenir en que la insensata grosería de Nabal habia hecho perder á David aquel ánimo sereno que no se alteraba en medio de las mayores adversidades. Ante aquellas frases que respiran toda la dulzura de una muger de sentimientos sublimes y en las que vibra el eco de una palabra profética, David siente renacer su perdida calma, siente que su espíritu vuelve á colocarse en la altura propia de aquel corazon tan noble y tan delicado. David no conocia el precioso sentimentalismo del Evangelio que nos manda corresponder á la gravedad de la injuria con la generosidad del perdon; pero ante la idea de la Justicia Divina que está evocando tan elocuentemente Abigail, comprende la inutilidad de sus vengativos proyectos. Hasta llega á avergonzarse en presencia de aquella muger que le pide gracia en favor de un esposo infeliz, contra el que David iba á desenvainar una espada que no debe desnudarse jamás para fines tan pequeños.

Con voz conmovida bendice David en la persona de Abigail á la mensagera de Dios, y ve en sus consejos una inspiracion celestial.

David agradecido acepta los presentes de Abigail, y la despide diciéndola:—«Vuélvete en paz á tu casa; ya ves que he escuchado tu súplica y que he honrado tu presencia.»

La jóven esposa regresó á su casa. Nabal acababa de dar un espléndido banquete en el que manifestó esta alegría estúpida que pasa del estrépito de la crápula al letargo de la saciedad. Nabal se habia embriagado. La afligida esposa que no podia ménos de sentir desgarrado

su corazon al ver las degradaciones de su torpe marido, creyó conveniente no decirle nada aquella noche, ya que sus palabras se habrian perdido en el vacio cuando no hubiesen escitado un necio furor.

Pero al amanecer del dia siguiente, cuando Nabal habia ya vuelto en sí y podia ser útilmente llamado á su deber, manifestóle Abigail el peligro que habia corrido su existencia, dándole á entender que aquella noche, á no haber sido ella, en vez de dispertar Nabal en su lecho habria dispertado en la eternidad.

Débil como lo indicaba la violencia de sus instintos, Nabal escucha estremecido el relato de su muger, la sangre se le hiela en el corazon y queda inmóvil como una piedra.

Diez dias despues Dios habia vengado á David. Abigail era viuda.

A David que habia visto arrebatársele tan indignamente su primera consorte Michol, le faltaba una esposa que en momentos dados calmára los ardores de su corazon, le enseñára los senderos del bien con ese criterio propio de la muger fiel y virtuosa. Nadie mas á propósito que Abigail que acababa de dar tan escelentes muestras de su discrecion, y cuya alma era tan parecida á la suya.

La jóven viuda ve presentarse en su casa unos mensageros de David que la dicen:—«David nos envia á tí para tomarte por muger.»

Abigail que tanto habia de sufrir al ver su existencia ligada para siempre á la de un hombre tan brusco como Nabal no habria pensado jamás en faltar á la fidelidad de esposa. Pero es Dios quien ha roto los sagrados lazos que á Nabal la unian: Abigail se postra en tierra, y hablando en su corazon al guerrero que la toma por guia de su agitada existencia, dice:—«Hé aquí tu sierva que se dará por afortunada en lavar los piés de los criados de mi Señor.»

Sorprendida agradablemente por una felicidad que no habia esperado, hace con presteza Abigail todos sus preparativos, y acompañada de cinco doncellas que la sirven, se pone en camino para ir á desposarse con David.

Abigail apenas vuelve á aparecer en la escena sagrada. Símbolo de la muger evangélica así por sus virtudes domésticas como por su puro sentimentalismo, la hermosa y dulce figura de Abigail no envejecerá jamás, porque en nuestras civilizaciones cristianas se encontrarán siempre esos celestiales tipos.

Grande por la inteligencia y por el corazon, la esposa de Nabal habia vivido unida á un hombre que no era capaz de comprender ni la elevacion de sus ideas, ni la nobleza de sus sentimientos: y sin embargo, manteniendo intacta su dignidad de esposa, sufre en silencio las repugnantes faltas de su marido, y se expone ella misma á la muerte para salvar al culpable. ¿Qué le faltaba para sostenerla en aquel austero espíritu de sacrificio, que hace de Abigail un tipo cristiano? Ella cree en una Providencia que interviene de un modo directo en la historia de la humanidad y hasta en la historia de cada uno de los hombres; cree en una justicia infalible que se realiza en otro mundo superior, y, espera en aquella eternidad ante la cual las miserias de acá abajo aparecen fugitivas como una sombra. Hé aquí porque vale tanto aquella muger.

Volvamos á David. Saul le está persiguiendo todavía. Los confidentes de David anuncian á éste que el Rey acompañado de sus tropas se encuentra ya en el desierto donde él se refugia y que pasa la noche en Gabaa de Aquila.

Con esa osadía propia de los grandes guerreros á David se le ocurre la idea de ir á sorprender al Rey en su propia tienda de campaña. Muy atrevido es el paso; pero David tiene tal fe en la Providencia que le protege,

que dice á dos de los guerreros de su confianza.—¿Quién de vosotros descenderá conmigo al campamento de Saul? —Yo descenderé contigo, le contesta con resolucion Abisai.

Los dos valientes aprovechándose de las tinieblas de la noche se dirigen silenciosos hácia el lugar en que el Rey se encuentra. Penetran sin ser vistos por el campamento, y llegan hasta la tienda misma del rey. La real persona de Saul está custodiada por su general en gefe Abnér, que con su escolta rodea el pabellon del monarca. Mas Abnér y todos los de su escolta, en la seguridad de que nadie ha de ir allí á sorprenderles, están dormidos. David y su compañero se internan en el sitio donde se halla el Rey. Encuentran al Monarca sumido en un profundo sueño, teniendo su lanza en la cabecera.

Abisai cree llegada la hora de librar á David y á su gente de su encarnizado enemigo.—«Dios le ha puesto en tus manos, dice á David; ahora pues con un solo golpe de lanza le coseré con la tierra y no será menester un segundo golpe.»

Tal vez aquella lanza que Saul tiene á su lado es la que asestó dos veces alevosamente para atravesar el pecho del inocente David. Saul es un azote para su pueblo; Israel entero celebraria su muerte. Por otra parte, á las generosidades de David ha correspondido con las mas negras ingratitudes. ¿Quién no habria de creer que despues de lo acontecido en la cueva de Engaddi no abandonase sus criminales proyectos? ¿Quién no hubiera dicho que las palabras pronunciadas entónces ante David eran la expresion del arrepentimiento?

No obstante David dice á Abisai:—No le mates.—David ve en el rey una persona sagrada; atentar contra él, por muchos motivos que haya, para David es un crimen.—«¿Quién extenderá su mano contra el Ungido del Señor y será inocente?»

David protesta de nuevo que si Saul no perece en el

campo de batalla, mientras no le mate el Señor, él nunca atentará contra su vida.—«Toma la lanza que está á su cabecera y el jarro de agua, y vámonos : » dice David á Abisai.

A favor de la obscuridad , salen los dos guerreros del pabellon real , atraviesan todo el campamento, y logran sin ningun percance llegar á un monte cercano donde tienen medios para escapar de las tropas de Saul.

Desde lo alto del cerro, donde se cree ya seguro, increpa David al general Abnér la falta al cumplimiento de su obligacion, ya que no sabe velar sobre la persona del monarca.—«¿Porqué no guardas como debes al Rey tu Señor? Esta noche ha entrado uno del pueblo para matar al Rey. Vosotros faltais á vuestra obligacion. Vive el Señor que sois reos de muerte vosotros que descuidais la guardia de la persona del Soberano.

Y para convencer al General de que efectivamente no ha custodiado á Saul como debia , David desde lo alto de la montaña continua diciéndole :—«Ahora bien : mira donde está la lanza del Rey, donde está el vaso de agua que tenia en su cabecera.»

Saul que está oyendo las palabras que se dirigen á Abnér, ve que efectivamente su lanza y su jarro han desaparecido. Comprende el riesgo en que ha estado su vida, adivina que quien ha hecho esto no puede ser sino David , porque solo David es capaz de tanto valor y tanta generosidad. Efectivamente no tarda en reconocer al valiente guerrero en la voz que habla desde el monte.—«¿Es esta tu voz, David , hijo mio ?»

David se queja otra vez de su injustificable obstinacion en perseguirle, y le manifiesta la facilidad con que habria podido darle muerte.

Otra vez el monarca repite ante David sus protestas de paz y de reconciliacion.—«He pecado. Ya puedes volver, hijo mio David; que no te haré mal alguno, ya que

mi vida ha sido hoy preciosa en tus ojos: reconozco que hasta ahora he obrado neciamente.»

El prudente mancebo que no ha podido olvidar lo de Engaddi, no hace caso de las promesas del Rey; le devuelve la lanza y el jarro; y teniendo por mas conveniente salir del territorio israelita en que en una persecucion tenaz gastaba sin provecho las fuerzas de sus secuaces, ya que no le quedaba otro remedio, ya que Saul no habia de cejar en su persecucion, para que no pudiese creerse que trataba de encender una guerra civil, resuelve muy á pesar suyo el retirarse de su querida patria, presentándose á Aquis, rey de Geth, que le dió por residencia la ciudad de Siceleg.

Los filisteos que antes le habian rechazado como vencedor de Goliat le acogieron como á enemigo de Saul. Numerosos israelitas fueron á alistarse en sus banderas.

El agradecimiento le impidió hacer armas contra los filisteos que le habian abierto sus puertas y le concedian hospitalidad. Pero á mas de los filisteos, Israel tenia otros enemigos; eran los amalecitas. David, ayudado de los suyos, emprende frecuentemente contra ellos excursiones guerreras, luchando así hasta en el destierro en favor de aquella patria cuyo rey tenia decretada contra él una sentencia de muerte.

Mas de seis meses hacia que David se hallaba en medio de los filisteos cuando estos resuelven ir á librar contra las tropas de Saul una batalla decisiva. El rey Aquis invita á David á que vaya á ayudarle.—«Habeis de venir conmigo al campamento tú y tu gente.»

Es tal la confianza que las prendas personales de David le inspiran á Aquis que le añade:—Yo te confiaré la custodia de mi persona.

David y sus parciales obedecen la órden del rey en cuyos dominios se hallaban.

¿Se batirán contra sus compatricios los israelitas? ¿Harán armas contra su patria? Los magnates filisteos co-

nocen demasiado á David para que no sospechen que en el campo de batalla, por muchos que sean los motivos de resentimiento que tenga contra Saul, no vuelva en favor del rey de Israel sus armas.

Estos magnates, pues, se presentan á su rey Aquis para decirle:—«Vuélvase atrás David, y estése allá en el lugar que le has señalado, y no venga con nosotros á la batalla, no sea que se revuelva contra nosotros, luego que empecemos el combate.»

Los príncipes de los filisteos, que conocen el patriotismo de David, recelan que al librarse una accion contra Israel no sea David el que se encargue de presentar sus cabezas al monarca israelita.

David y sus tropas abandonan el ejército filisteo. Cuando vuelven á Siceleg, la ciudad de su residencia estaba reducida á cenizas. Las mugeres y los hijos de los guerreros habian desaparecido. Entre las primeras estaba Abigail. Los amalecitas aprovechándose de la ausencia de David, acababan de tomar una venganza tan vil como cobarde de la derrota que de los israelitas habian sufrido.

David y los suyos lloraron por la suerte de sus consortes. La sensacion producida por este acontecimiento fué tal que los partidarios de David atribuyendo á su jefe la responsabilidad de aquel desastre se sublevan contra él. No se le oculta á David que aquel tumulto no significa mas que el grito de la desesperacion. David sabrá vengar á su esposa y á las esposas de sus súbditos.

Con sus seiscientos hombres se dirige á marchas forzadas á encontrar á los amalecitas. Es tal el deseo que él y los suyos tienen de encontrar á sus enemigos que llevan un paso tan precipitado que al llegar al torrente de Besór mas de doscientos hombres caen postrados de cansancio. David sigue adelante, sin detenerse en contar las pocas fuerzas que le quedan.

Los israelitas descubren á alguna distancia á los amalecitas que están recostados en tierra, y que celebran comiendo y bebiendo el ultrage que han inferido á David y á los suyos, asolando sus hogares y apoderándose de sus familias. Avidos de recobrar sus esposas y sus hijos, sedientos de venganza, se arrojan sobre ellos como leones.

David volvió á Siceleg con Abigail y las demás mujeres é hijos de los israelitas. El botin obtenido bastaba para los gastos que tuviesen que hacerse al reedificar la ciudad.

LECCION TRIGÉSIMA PRIMERA.

LA SOMBRA DE SAMUEL.

El ejército filisteo tomó posicion en Sunam, cubriendo todo lo largo de la línea desde Afec á Jezrahel. Las tropas israelitas ocupan las alturas de Gelboé y se extienden por el otro lado, frente á frente del enemigo. El valle de Jezrahel es lo que separa los dos campamentos.

Al verse ante sus adversarios Saul llega á olvidar que fué un dia un gran general, y tiembla como el mas bisoño soldado. ¿Es este miedo un presentimiento de una próxima catástrofe?

Saul que ya no se acordaba de Dios, esta vez no se atreve á desnudar la espada sin consultar antes á Jehová. Pero Dios calla, el cielo está cerrado; las súplicas de Saul se pierden en el vacío, sin que se perciba ninguna voz que conteste sus preguntas.

En los mejores dias de su reinado, cuando dócil seguia los consejos de Samuel, comprendiendo cuan funesta es la supersticion en un pueblo, entre otras leyes dictó la de expulsar de su reino á todos los que se dedica-

sen á la magia ó adivinacion, raza funesta cuyos embaucamientos sirven solo para explotar la ignorancia, sembrando el desórden en los Estados y el malestar en las familias.

Como es supersticiosa la ignorancia lo es tambien la impiedad. No es estraño; la ignorancia y la impiedad son hermanas; y si bien hay impios que han ilustrado su espíritu con la ciencia; lo que en los ignorantes produce la falta de estudio, en los impios lo produce la ceguera moral, resultado de sus estravíos ó de sus errores.

El hombre sin religion con facilidad se vuelve supersticioso; y mientras que abusando de su libertad, niega al Criador el homenage de su culto, se siente como forzado á dar á los espíritus de tinieblas el homenage del terror. He aquí lo que sucede en Saul. Rebelde para con su Dios en vano consulta el oráculo divino; ¡no obtiene contestacion! y en vez de caer de rodillas é implorar misericordia, aquel rey que condenó tan acertadamente las supercherias, poniéndose en contradiccion consigo mismo pide á sus criados que le busquen una hechicera, pues él está dispuesto á consultarla.

El culto mitológico, entre otras de sus supersticiones, tenia las sibilas ó pitonisas. Dábase este último nombre á aquellas mujeres que habian de pronunciar sus oráculos sobre hechos determinados, á diferencia de las sibilas, que eran las que revelaban los destinos de las familias ó de las naciones. El nombre de *pitonisa* viene de la serpiente Python, que se suponia muerta por el falso dios Apolo. La piel de esta serpiente, colocada en el templo de Delfos, cubria el trípode en que se colocaban los sacerdotes para recibir la pretendida revelacion, y tomándolo de este trofeo daban á las mujeres el título de pitonisas, que se extendió mas tarde á todas las que se dedicaban á supercherias fingiendo leer en el libro del porvenir.

Los criados de Saul le dicen que en Endor, á no mucha distancia del sitio en que se hallaba el campamento, hay una pitonisa.

El rey deja su escudo y su lanza, se desnuda de las vestiduras reales, y disfrazado de simple particular, sale de la tienda de campaña para ir á entrar él, rey de Israel, él, jefe del pueblo de Dios, en la casa de una embaucadora.

En Endor hay una vivienda de aspecto misterioso, en que habita sola una mujer separada del comercio de la sociedad, y á la que las gentes miran con cierto terror; esta vivienda es la casa de la pitonisa.

Penetremos en ella, para contemplar allí una de las escenas mas conmovedoras de la vida del desgraciado Saul, que ocultando su posicion y su nombre, seguido de dos oficiales disfrazados como él, ha penetrado en aquella morada, aprovechándose de la oscuridad de la noche, á fin de que nadie le viera.

La pitonisa con los cabellos erizados, con los ojos que arrojan chispas, con los miembros contraidos, está en pié junto á un trípode que contiene una llama de color azul. Con un ramo de berbena en la mano derecha está agitando la llama, mientras con la izquierda arroja en ella substancias para alimentarla.

Al entrar disfrazado Saul en la casa le ha dicho:—«Házme aparecer á quien yo te dijere.» Al principio la hechicera se ha resistido.—«Sabes bien, ha contestado, todo lo que hizo Saul, y como expulsó de esta tierra todos los magos y los adivinos, ¿por qué, pues, vienes á armarme lazos para que me quiten la vida?» El desconocido la tranquiliza.—«Vive el Señor que no te ha de venir ningun mal.» Muy léjos estaria de creer la maga que aquel hombre fuese el mismo Saul que venia á hacerse cómplice de aquellas supercherías que él condenó hasta con sentencia de muerte.—«¿Quién debo hacer que se te aparezca?» pregunta la maga.—«Haz que se me

aparezca Samuel» responde con voz temblorosa el interpelado.

Apénas Saul ha proferido esta frase la hechicera arroja un grito desgarrador. No ha hecho todavía ningun conjuro, no ha pronunciado una sola palabra, sabe ella que carece de poder para hacer salir un profeta de su sepulcro, y sin embargo... ella ve salir de las entrañas de la tierra un viejo venerable. Al través del manto de los profetas, que le cubre, se vislumbra una majestad imperturbable; su mirada llena de inteligencia es la de un sér sobrenatural que al través de la tumba lee los secretos de lo futuro.

La maga ve la aparicion y no la comprende; no ignora que un prodigio semejante no está en su mano. Á haber mediado un instante entre la demanda de su interlocutor y la aparicion del profeta, la hechicera habria declarado la aparicion imposible. Pero un rayo de luz penetra en su alma; se persuade de que está consumándose una obra de lo alto, y que consistiendo la aparicion en la sombra de Samuel evocada, no por ella, sino por la presencia de su interlocutor, comprende que de lo que se trata es de los destinos de Israel, que él que la consulta es el culpable príncipe que ha atraido sobre su pueblo tantas desgracias, y exclama:—«Tú eres Saul.»

El Rey que no se ha apercibido todavía de la aparicion, dice á la pitonisa:—«No temas, ¿qué has visto?—«He visto como un dios que salia de la tierra,» responde la hechicera.—«¿Cuál es su figura? repone el Rey.—«La de un hombre viejo. Anda cubierto con un manto.»

La sombra del aparecido se adelanta con paso majestuoso, y el Rey cae de rodillas.

—«¿Por qué me inquietas haciéndome aparecer?» dice la sombra con voz imponente.—Me veo muy apurado, responde el Rey. Los filisteos pelean contra mí; Dios se ha retirado de mí; no me ha querido oir: por esto te

he llamado, para que me declares lo que he de hacer.»

Cada palabra que pronuncia la vision tiene un carácter mas imponente. Va á pronunciar la sentencia definitiva de Saul, que este desgraciado rey escucha con rostro pálido, temblando de piés á cabeza.

—«¿Para qué me preguntas habiéndose retirado de tí el Señor para ayudar á tu rival? El Señor te tratará de la manera que te habló otra vez por mi boca, arrebatará de tu mano el reino y lo dará á David tu yerno... Y el Señor entregará tambien contigo á Israel en manos de los filisteos: mañana tú y tus hijos me habreis seguido en la tumba.»

Dicho esto la sombra de Samuel volvió á hundirse en las entrañas de la tierra.

Un mortal estremecimiento se apodera de Saul, y cae sin sentido. Las tremendas palabras del aparecido profeta han producido en el rey el efecto de un rayo.

Durante esta escena la pitonisa habia huido.

Al desvanecerse la vision la hechicera ve al rey en un peligroso letargo, y procura socorrerle con particular solicitud. Luego que Saul ha vuelto en sí, la pitonisa le ruega que para recobrar las perdidas fuerzas, tome algun alimento. Le recuerda que para obedecerle á él, ella ha expuesto su vida, y que en cambio espera que el Rey cederá á la súplica de la que se interesa por su soberano, cuando ya nada puede esperar de la munificencia real, puesto que el Rey tiene un sepulcro abierto á sus piés. Al principio Saul se resiste; pero vencido por los ruegos de la maga, al fin obedece, y sentándose sobre un lecho ó sitial, toma lo que su huéspeda se apresura á prepararle.

Antes de que amanezca el nuevo dia, el Rey acompañado de sus dos oficiales, á fin de que no se note su falta en el campamento, se restituye á su tienda.

El nuevo sol alumbró un combate tan tenaz como sangriento. Los israelitas, tantas veces vencedores, vol-

vieron las espaldas ante sus enemigos dejando sembradas de cadáveres las alturas del Gelboé. Entre la multitud de guerreros que han perecido yacen envueltos en su propia sangre los príncipes de la casa de Saul, Abinadab y Melquisua. Jonatás ha muerto tambien en la refriega. David acaba de perder á su mejor amigo, el rey ha perdido á su primogénito y la pátria á uno de sus mas valientes defensores. Ha sido pasado á cuchillo lo propio que otros dos de sus hermanos.

Los ballesteros se dirigen hácia el monarca que cae en tierra herido de gravedad. Aquella vida sembrada de tantas debilidades vá á acabar con un suicidio: es menester colocar el sello á aquella historia donde se encuentran tantas defecciones. Se siente demasiado débil para sostener su infortunio, y arma la mano de su escudero para que le mate.—«Desenvaina tu espada, le dice en un arrebato de desesperacion, y dame una estocada.» Horrorizado el escudero se resiste á obedecer semejante órden; pero Saul furioso se arroja sobre su misma espada y cae en tierra nadando en su sangre. El escudero muere tambien suicidado, y aquel campamento presenta un espantoso cuadro de horrores.

Todo está perdido para Israel. Los mismos israelitas que se amparan á la otra parte del Jordan, al saber que el ejército con su rey al frente ha quedado en el campo de batalla, abandonan despavoridos sus ciudades, que ocupan los filisteos sin la menor resistencia.

Al amanecer del siguiente dia, los filisteos orgullosos con tan espléndido triunfo, fueron á gozarse en su obra de destruccion, y á recoger los despojos de su victoria. No se dieron por satisfechos al ver que entre los cadáveres habia el del Rey y de los tres príncipes. Sin respetar los restos del desgraciado monarca, separan la cabeza de su tronco, y le despojan de su real armadura.

En medio de entusiastas aclamaciones los pregone-

ros publican por todo el país de Filistea el anuncio de tan completa victoria, disponiéndose espléndidas fiestas en todos los templos gentiles.

El cuerpo de Saul es colgado en los muros de Bethsan y sus armas son puestas en el templo de Astaroth.

Pero hay todavía valientes en Israel. Los moradores de Jabés, al saber que los filisteos no saciados todavía con tanta sangre habian expuesto el cadáver de su rey en la muralla de una de sus ciudades y sus armas en uno de sus templos, no pudieron permitir que así se insultara al que habia sido gefe de Israel. Con el arrojo propio de los que tratan de vengar una afrenta que la insolencia hace á la desgracia, despreciando todos los peligros, resueltos á sacrificar sus vidas, andan toda la noche, y logran arrancar de los muros de Bethsan el ensangrentado cadáver de su rey y los de sus hijos, á los que despues de concederles los honores de la pira, los sepultan en el bosque de Jabés.

Ordenóse en Israel un luto de siete dias para llorar la muerte de su monarca y la derrota de su ejército.

Aun queda para Israel una esperanza: David vive todavía. Se encuentra en Sicelég aguardando con ansiedad noticias del campo de batalla, cuando se presenta ante él un hombre bañado en sudor, descompuesto el trage, cubierta de polvo la cabeza. El desconocido se postra á los piés del hijo de Isaí. — ¿De dónde vienes? le pregunta David. — Héme escapado del campamento de Israel, contesta el desconocido. — ¿Qué es lo que ha sucedido? Dímelo pronto, exclama con ansiedad el ilustre guerrero. — El pueblo huyó de la batalla; la mayor parte cayeron y murieron, Saul y Jonatás su hijo han perecido.

La noticia de la muerte de Saul, en quien David no vé á su adversario sino á su monarca, y la de Jonatás su amigo íntimo, no pueden menos de impresionarle profundamente, hasta el punto de resistirse á creer una

nueva tan fatal que desgarra su corazon.—¿De dónde sabes tú que ha muerto Saul y su hijo Jonatás? pregunta David sobresaltado.

Entónces lo propio que ahora no faltaban adoradores del dios-exito, hombres que se inclinan ante el sol que se levanta, que los acontecimientos, sean cuales fueren los encuentran siempre de hinojos ante los favorecidos de la fortuna; almas abyectas que se complacen en acabar de hundir en el lodo al desgraciado para abrirse sobre él una senda. El que dá á David tal noticia es uno de estos miserables que cree sacar partido de un suceso que abre á David las puertas del palacio de Israel para que se sienta en su trono.

«Yo soy amalecita, le dice á David. Saul me dijo: Echate sobre mí y mátame, porque me siento lleno de una terrible congoja. Yo le acabé de matar, porque ví que no podia vivir despu es de tal estrago. Tomé la diadema que ceñia en su cabeza y el brazalete de su brazo, y te lo traigo aquí para tí, mi señor.»

Parece que David habia de recibir bien al hombre que despues de anunciarle la muerte de su poderoso rival, le presentaba las insignias reales.

Pero David jamás pensó en que habia de ser un asesinato lo que le preparase el camino para subir al trono. Recibió con indignacion al hombre que le presentaba la diadema real diciéndole que sus manos estaban manchadas con sangre.

—¿Cómo no temblaste, exclama David, al extender tu mano para matar al ungido del Señor?

El primer acto de justicia del nuevo rey fué ordenar la muerte del que se presentaba en su carácter de asesino de Saul. David vé en él nada mas que un malvado que se gloría de haber cometido un crímen. Poco le importa que la muerte de Saul sea para él, bajo un punto de vista personal, un acontecimiento que le concede grandes ventajas y le libra de mortales peli-

gros. En el cumplimiento de la justicia, prescinde de todo. Por otra parte, David era demasiado generoso, los sentimientos de su corazon eran demasiado delicados para haber sentido jamás el menor encono contra Saul. Y cuando lo hubiese sentido en vista de la perfidia de que fué objeto, al levantarse ante él una tumba la muda elocuencia de un sepulcro habria tenido para él bastante fuerza para que extendiese sobre lo pasado el velo del olvido. David ni un solo instante dejó de apreciar á su rey durante la vida; despues de la muerte lloró sobre los restos de Saul. En una elegía en que su alma respira á su sabor, pide que no se anuncie la muerte de los dos príncipes á las hijas de los filisteos por temor de que con su alegría no insulten el justo llanto de Israel. Pero escita á las vírgenes del pueblo de Dios á llorar sobre Saul que vencedor en tantas batallas las cubriera de púrpura y de oro.

Su lágrima más amarga fué para Jonatás, su amigo íntimo, su hermano querido, á quien amaba con aquella efusion, con aquella ternura, con aquel desinterés con que una madre ama á su hijo.

LECCION TRIGÉSIMA SEGUNDA.

DAVID EN EL TRONO.

Si bien la muerte de Saul ponia en manos de David la real corona, el hijo de Isaí, como hombre que no queria hacer más que realizar en la tierra su destino providencial, no queria nada más que lo que Dios quisiese, fijándose por regla de su conducta una fiel y exacta obediencia á las órdenes del Señor. Para él un puesto elevado no era un medio de satisfacer la vanidad, la ambicion ó el orgullo, era una carga que Dios

árbitro supremo de todo lo criado, imponia sobre sus hombros. Así es que antes de salir de Siceleg consulta la voluntad del Altísimo.

Por órden de Dios se dirige á Hebron donde la tribu de Judá le proclama rey. David tenia entónces la edad de treinta años.

Con la misma fuerza de ánimo llevó el peso de las grandezas que el peso de las tribulaciones; y aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron para manifestar su nobleza de sentimientos en favor de Saul, cuyo desastroso fin le arrancó muchas lágrimas. Le pasaron aviso diciéndole que los habitantes de Jabés habian dado al rey difunto honrosa sepultura. David, en prueba de su gratitud por semejante accion, mandó mensajeros á los de Jabés manifestándoles que el nuevo rey deseaba verles colmados de bendiciones; que Dios recompensaria una obra que merecia de su parte el mayor agradecimiento. David les alentó diciéndoles que si habian perdido en Saul un protector y un padre, encontrarian otro en su persona.

No faltaba en Israel un elemento de perturbacion; era el general en gefe del ejército de Saul, Abner, hombre ambicioso, que esplotaba la política, y que habia de ver en David un carácter demasiado consecuente, un hombre de sobrada talla política, para que se sometiese á ser instrumento de las miras de un favorito. Abner se declara adversario decidido de David; y presentando ante Israel á un hijo de Saul llamado Isboseth, logra sublevar en su favor todas las tribus, quedándose David únicamente con la de Judá.

David no pensó ni un solo momento en desvanecer la rebelion; le importaba poco que sus dominios fuesen mas ó menos dilatados; á él le bastaba quedarse en el lugar en que Dios le habia puesto. Por espacio de siete años permaneció indiferente ante los resultados de la conspiracion de Abner, que le arrebataba las mejores

joyas de su corona, dejando á Dios el cuidado de dirigir los acontecimientos de la manera que mejor conviniese á sus altos fines.

Nada hacia esperar que la pequeña monarquía de Hebron hubiese de estenderse luego por todo Israel, cuando el consejero de Isboseth, Abner, el hombre que se vanagloriaba de dominar completamente sobre el rey y que estaba muy celoso de su omnipotente influencia, recibió de su soberano una reprension por culpa de una mujer. Resintióse hondamente el general al verse increpado por Isboseth, en quien por lo mismo que le debia su corona, no reconocia bastante autoridad para condenar sus acciones. Con lenguaje altivo recordó al rey los servicios que habia prestado á su trono, le echó en cara de una manera hasta insolente que si sus manos sostenian un cetro era porque él este cetro se lo habia entregado, y que puesto que en la córte de Isboseth no se le tenian las consideraciones á que era acreedor, se dirigiria á David, donde no se le trataría como un perro, concluyendo por decir á Isboseth que el rey verdadero, el rey legítimo de Israel era solo David.

Isboseth no tuvo una palabra para contestar al audaz ministro que así se atrevia á hablar en presencia de su soberano.

Abner tiene resuelto vengarse de Isboseth, y vá á consumar su venganza para la que no le asisten otros motivos que el cargo que su rey acaba de dirigirle. Envia mensageros á David manifestándole que todo el país pertenecia de derecho á su corona.—«Concédeme tu amistad y yo haré que vuelva á tí todo Israel.»

David recuerda que en los dominios de Isboseth está Michol, su primera esposa, la hija de Saul á quien otorgó su corazon de marido en los primeros dias de su juventud, la muger que le salvó la vida, y que le fué arrebatada tan indignamente por su suegro para realizar así una venganza tan criminal como cobarde. Es menester

que Michol se siente junto á su trono; que la que fué un dia fiel esposa de un guerrero perseguido lo sea tambien de un rey venturoso. Solo á este precio ofrece á Abner una reconciliacion.—Está muy bien, responde David á los mensageros de Abner. Decidle en mi nombre: Yo haré amistades contigo; pero te exijo una cosa. No aparecerás en mi presencia sin que primero me hayas traido á Michol, hija de Saul.

David dispone además que se reclame su esposa Michol á su rival Isboseth, recordándole que para obtener su mano desenvainó la espada exponiendo su existencia en desigual batalla.

Isboseth entrega su hermana á David, Abner la conduce al rey de Judá. La hija de Saul ya es reina.

El activo Abner trató desde luego de adquirir en la córte de David la influencia de que disfrutara en la de Isboseth.

A este fin, valiéndose del prestigio de que gozaba en su carácter de ministro y de general en gefe, dispone en favor del rey de Hebron el espíritu de los pueblos que estaban separados de su corona y en especial la tribu de Benjamin, la que pertenecia á la familia de Saul.—«Tiempo hace, les decia, que deseais que David reine sobre vosotros. Ha llegado la hora: el mismo Jehová designóle por vuestro rey, diciéndole: Por la mano de mi siervo David libraré á mi pueblo de Israel del poder de los filisteos y de todos sus enemigos.»

David dá á Abner un espléndido banquete, otorgándole las mayores distinciones.

Los honores que David dispensó á Abner escitaron los celos del general de Judá, Joab, quien ya para vengar la muerte que el antiguo general de Isboseth habia dado á un hermano suyo, ya para deshacerse de un émulo temible que podia disputarle su influencia en la corte de David, le mató traidoramente.

El rey condenó como era debido un atentado seme-

jante, augurando á Joab y á toda su familia grandes infortunios. Para protestar contra una accion tan indigna, honró el cadáver del que habia sido general en gefe del ejército del rey Saul; del que le presentó á su esposa Michol: ordenó en su honor espléndidos funerales, sigiendo él mismo el féretro, y pronunciando sobre su tumba un elógio fúnebre, en que el rey con frases entrecortadas por sus lágrimas, dijo:—«No ha muerto Abner como mueren los cobardes. Tus manos no estuvieron atadas con cadenas, ni tus piés cargados de grillos; caiste como caen los que son víctimas de una iniquidad.

David consignó que el que acababa de bajar al sepulcro era uno de los hombres mas grandes de Israel.

No parecia sino que Michol era la buena estrella de David. Con Michol en otro tiempo la luz de la prosperidad alumbró su vida; mientras que lejos de ella encontró una existencia llena de sinsabores. Al encontrarse otra vez con la hija de Saul vé reaparecer su felicidad. Los acontecimientos se inclinan ante él para proporcionarle su engrandecimiento, y cuando menos lo esperaba vé apaciguarse de repente las dicusiones entre las diferentes tribus de Israel, á consecuencia de la muerte de Isboseth. Este infeliz rey acababa de ser asesinado en su cama por dos de sus favoritos.

Los cobardes asesinos creyeron con ello adquirirse el favor de David. Se encaminan á Hebron, penetran en el palacio del Rey, y le presentan la cabeza de su adversario diciéndole:—«Hé aquí la cabeza de Isboseth, tu enemigo. Jehová ha vengado hoy al Rey nuestro Señor, de Saul y de su linaje.»

Conocido es ya el carácter del generoso David para que se comprenda la impresion que habia de producirle el mensage de los asesinos.—«Vive el Señor, les dice irritado, que bien debiais saber que aquel que me dijo: Saul ha muerto, pensando traerme una buena noticia,

le hice prender y matar en Siceleg. ¿Qué creeis, pues, que he de hacer ahora en que unos malvados han quitado la vida á un inocente dentro de su misma casa, sobre su misma cama? ¿No he de demandaros esta sangre que corre por vuestras manos, y quitaros de la faz de la tierra?»

David manda que los dos asesinos sean muertos y que se expongan sus despojos para escarmiento público.

Con la muerte de Isboseth acababa de desaparecer el único motivo que mantenia alejados de David á la mayor parte de las tribus de Israel. Un solo vástago representaba la dinastía de Saul; era Mefiboseth, que al morir su padre, le tomó tan precipitadamente una nodriza á fin de huir con el tierno príncipe, que cayendo éste quedó inútil para presentarse en los campos de batalla. Las tribus de Israel no se agruparon en torno de Mefiboseth, sino que fueron á inclinarse ante David. Representadas por sus ancianos y por sus guerreros van á saludar en Hebron á su nuevo monarca, á quien proclaman espontaneamente por su rey, diciéndole que ya en tiempo de Saul era él el centinela del pueblo de Dios.—«A tí te dijo el Señor, le añaden: Tú gobernarás mi pueblo; tú serás el Caudillo de Israel.»

Para celebrar la proclamacion de David, rey de todo Israel, celebróse una fiesta que duró tres dias en la que las tribus, divididas antes por discordias civiles, se alargaron la mano uniéndose desde entonces con los lazos de la concordia: la nacion disfrutando de los beneficios de la paz rebosaba de alegría.

Fortificado ya el trono de Israel era menester combatir á sus enemigos; David no ceñia la corona para disfrutar de las ventajas de su posicion, sino para cumplir con los difíciles deberes de su elevado puesto. En su costado traia una espada; era menester desenvainarla pare pelear contra los enemigos del pueblo de Dios. Rey soldado, se hallaba mas á su placer entre las privacio-

nes y peligros de un campamento que entre los placeres de su palacio. En medio de Israel se conservaba aun, despues de cuatrocientos años, un resto de la antigua poblacion indígena, que se parapetaba en una de las montañas incluidas en el recinto de Jerusalen. David resuelve sacarlos de sus madrigueras para limpiar á Israel de hombres perjudiciales. El alcázar de Sion que ocupaban los jebuseos era tenido por inexpugnable. Desde el tiempo de Josué nadie habia ido allí á atacarles.

Al saber que David dirigia contra ellos sus armas, orgullosos con sus escelentes posiciones, burláronse de la pretension del rey de Israel mandándole á decir que para defender la fortaleza, que era un peñasco cortado por todas sus partes cuyo acceso parecia imposible, bastaban los inválidos de su pequeño ejército.—«No entrarás aquí sin que eches á los ciegos y á los cojos.»

David como gran guerrero, comprende que para la táctica y el valor no existen obstáculos de ninguna clase. Ofrece premios á los mas atrevidos que penetren en la fortaleza. Esta no tardó en caer en poder de los israelitas.

Dueño ya de Jerusalen y de sus alrededores, David rey de actividad y de génio consagróse á dar impulso á las obras públicas, mandando construir multitud de edificios, ensanchando la ciudad, haciendo retirar las murallas hasta un barranco que servia de foso; y para dar mayor importancia á aquella poblacion, llevó allí el prestigio y la vida de una corte, estableciendo en Jerusalen su residencia.

El nombre de David adquirió una fama universal. Los reyes que tienen sus dominios cerca de los del rey de Israel le mandan embajadores para entrar con él en relaciones amistosas. Hiram, rey de Tiro, le felicita por su advenimiento definitivo al trono de Israel, le ofrece magníficos regalos, le manda hermosos cedros del líbano y pone á su disposicion un buen número de inteli-

gentes operarios para que pueda dar cima á las importantes construcciones que tiene proyectadas.

Entre otras mejoras enriquece á Jerusalen con un suntuoso palacio, deliciosa morada desde la que la vista domina por la parte del Este el valle del Juicio y se extiende hasta el Jordan, viendo deslizarse á sus piés las poéticas ondas del Siloé cuyas aguas envian al palacio de David su fresco ambiente, mientras que aquella llanura cubierta de flores le regala sus suaves aromas.

Jerusalen vino á ser muy pronto, bajo la acertada direccion de David, la ciudad mas bella y mas rica del pais, el centro de Israel, el punto de reunion para las principales solemnidades del culto religioso.

LECCION TRIGÉSIMA TERCERA.

EL ARCA ES TRASLADADA Á JERUSALEN.

Ocioso fuera decir que David á sus demás cualidades de excelente monarca, añadia una fe religiosa llevada hasta el entusiasmo, una piedad que animaba todos sus actos. Era tan religioso como guerrero, amaba los progresos del porvenir como las glorias del pasado; comprendia perfectamente que el sentimiento religioso es el alma de una nacionalidad vigorosa. Despues de ensanchar los muros de Jerusalen, despues de procurar el aumento de su poblacion, despues de enriquecerla con un rico palacio, se persuadió de que faltaba allí algo que debia dar á su corte una particular importancia; echábase de menos en la capital de Israel el arca de la alianza que diese á conocer que la monarquía de David vivia á la sombra de las grandes tradiciones del pueblo de Dios. Depositada el arca en una pequeña aldea por es-

pacio de cincuenta años, el Rey creyó que habia de trasladarse sin mas demora á Jerusalen.

Dispónense para su traslacion fiestas las mas suntuosas á que habrán de contribuir todas las tribus mandando á esta solemnidad sus diputaciones.

Abre la marcha una inmensa multitud de pueblo; siguen los representantes de todas las tribus; el arca va en una carroza construida al efecto bajo la vigilancia especial de Oza y Ahio, hijos de Abinadab que habia estado constituido en custodio del depósito sagrado, y cierra la comitiva el Rey con todo su real cortejo y toda la casa de Israel. Los montes cerca de los cuales pasa la espléndida procesion repiten el eco de centenares de arpas, tímpanos, liras, címbalos, sistros y otros instrumentos músicos, y un coro de mil acordes voces llenó los aires con los cantos en que el pueblo de Dios expresa todo el fervor de su sentimentalismo religioso. El Rey en un momento de entusiasmo, depone sus reales vestimentas, y confundiéndose con el pueblo, toma parte en las sencillas danzas con que la comitiva manifiesta su júbilo.

Un acontecimiento inesperado viene á turbar la alegría de aquella expansion popular. El Arca Santa no puede moverse ni descansar sin que deje en pos de sí huellas de su paso ó de su permanencia; huellas de bendicion generalmente, pero algunas veces tambien huellas de espanto.

El Arca debia ser llevada en hombros por los sacerdotes; al colocarla, pues, en una carroza, por rica que esta fuese, los hijos de Abinadab faltaron á las consideraciones que se debian al sagrado depósitto. Oza al ver su arca en peligro de caer, alargó su brazo para sostenerla, olvidando que estaba prohibido bajo pena de muerte poner las manos en aquel sacrosanto objeto; apenas hubo cometido semejante profanacion cayó en tierra sin vida. La catástrofe acaecida con Oza debe hacernos con-

cebir una grande idea de la majestad de Dios y de la exactitud con que quiere ser servido. Al colocar el arca en una carroza hizo que recayesen sobre él las consecuencias de lo que pudiese sobrevenir al Arca; y al extender la mano para prevenir su caida, tuvo que sufrir el tremendo castigo que señalaba la Ley. La primera falta fué la causa de la segunda; Dios castigando la segunda castigó la primera. Sin duda la intencion irreflexiva de Oza no fué sacrílega: tal vez tuvo en ella un fin laudable; pero olvidó que estaba allí el Santo de los Santos, y que no le era lícito poner una mano temeraria sobre aquel venerable depósito. Los expositores sagrados creen que este castigo, ejemplo necesario para manifestar el respeto que se debe á las cosas santas, fué únicamente un castigo temporal que no trajo en pos de sí la condenacion eterna.

No pudo menos de imponer á David semejante desgracia; temió que la corte de Jerusalen no fuese bastante digna para recibir el Arca Santa, resolviendo confiar su custodia á un venerable sacerdote, llamado Obededon.

Este varon ejemplar tuvo al Arca las convenientes consideraciones, por lo que Dios le colmó de beneficios, que encendieron nuevamente en David el deseo de tenerla cerca de su persona, lo que ordenó efectivamente, despues de tres meses de hallarse bajo la salvaguardia del virtuoso anciano Obededon.

Esta vez al conducir el Arca á Jerusalen se tuvo ya presente el pasado escarmiento: los levitas eran los que sostenian la sagrada carga; de seis en seis pasos los sacrificadores inmolaban dos víctimas. La solemnidad no fué menos suntuosa que la primera vez, el entusiasmo rayó en delirio; y el Rey, fuera de sí de júbilo, tambien esta vez, depuestas las insignias de su dignidad real, tomó una parte activa en las sencillas é inocentes danzas populares.

Desde las ventanas del palacio real habia presenciado Michol, esposa de David, aquella solemne ceremonia. Ya no era la jóven tierna y candorosa que dejaba escapar el secreto de la admiracion que le produjeran las virtudes del hijo de Isaí; ya no era aquella esposa que arrostraba los mayores peligros para abrigar á su esposo con su ardiente solicitud. El brillo de su real diadema la deslumbró; su carácter de reina, desarrollando su vanidad de mujer, habia dado á Michol un espíritu mundano que la impedia comprender lo que puede la piedad y admirar la belleza de sus arranques.

Cuando vió al rey su esposo entregarse á los transportes de una alegría indescriptible á la vista de un pueblo que saludaba á la presencia del Arca en Jerusalen la consagracion de su unidad nacional sobre la base de su robusta unidad religiosa, ¿Michol amaba aun á David? No le amaba ya, puesto que llegó hasta á despreciarle. En la desgracia David halló en Michol una mujer piadosa; en el trono no halló sino una reina altanera.

Al volver á su casa David no encontró restos de la solemne emocion que todo Israel habia experimentado. Muy al contrario; al expresar á Michol las puras emociones que él habia sentido, el ardor religioso que rebozaba en el alma del Rey encontróse con el hielo de la soberbia. Michol, con un soberano desden, trató de apagar en David la fuente de sus piadosas efusiones. Echó en cara al Rey que habia faltado á los deberes de su posicion, á las consideraciones de su dignidad, que tomando parte en las expansiones populares habia arrastrado por el suelo su púrpura de monarca.

—«¡Qué honrado se ha presentado hoy el rey de Israel,—dijo irónicamente la reina altanera,—descubriéndose delante de las criadas de sus siervos y portándose como un bufon!»

La que se habia expresado de esta suerte no era la

esposa de David; era la hija de Saul que recogió en el trono el orgullo de su padre. El Rey revistiéndose de aquella majestad soberana de que no se habia despojado sino en presencia del Señor del Universo, en presencia del que nada son las majestades terrenas, dijo:

—«Delante del Señor que me escogió mas bien que á tu padre y á toda tu casa, y me mandó que fuera yo caudillo sobre su pueblo en Israel, yo danzaré y me humillaré aun mas de lo que lo he hecho; y cuanto mas me humillaré delante de Dios tanto mas honrado me veré ante las gentes de que tú hablas.»

El religioso David se habia despojado de todas las insignias de la autoridad real en presencia de aquel Dios ante quien debe desaparecer toda grandeza. San Gregorio dice que admira mas á David en sus danzas que en sus batallas; porque si en estas venció á sus enemigos, en aquellas confundiéndose con el pueblo, supo vencerse á sí mismo. Y mientras Michol, engreida por su posicion miraba con horror todo lo que en su soberbia le parecia ageno á la majestad real,—David, hombre humilde, sabia bajar de la altura del trono para inclinarse ante el Rey de los cielos; sabiendo que cuanto mas se humillaba ante el Señor era tanto mas grande, sabia vencer el orgullo, y triunfar de los respetos humanos, manifestando que ante Dios no hay mas categorías que la virtud, ni otros títulos que la santidad.

En castigo de su soberbia, Michol fué condenada á la esterilidad. Despues de este episodio su nombre desaparece de la historia mientras que el de David es elevado cada vez mas sobre el pedestal de la fama.

El frio de la indiferencia religiosa que revela Michol no fué capaz de helar el corazon de David. Léjos de proponerse prescindir en adelante de las expansiones de su piedad, concibe el proyecto de levantar en Jerusalen otro edificio mas grande y mas suntuoso que su palacio: quiere erigir un gran templo al Señor.

Llama á este efecto á un varon venerable, el profeta Nathan, y le dice :—«¿No ves que yo habito un palacio de cedro y el Arca de Dios está colocada en una tienda de pieles?»—Nathan le responde :—Haz lo que tu corazon te inspire, porque el Señor está contigo.

Pero el gran templo que trataba de erigirse al Dios de paz no habia de levantarlo un hombre como David, que por muy virtuoso que fuese, habia tomado parte en sangrientas guerras; esta gloria Dios la reservó para el hijo del segundo rey de Israel. Así se lo anunció Nathan, profetizándole al propio tiempo que de su descendencia naceria el Redentor del mundo, el Mesías prometido á Abraham, á Isaac, y á Jacob.—«Dios será su Padre, y ÉL será su hijo... En él se perpetuará tu casa y tu trono.»

LECCION TRIGÉSIMA CUARTA.

RESULTADOS DE LA OCIOSIDAD.

No hacia mas que seis años que reinaba David sobre Israel, y su nombre brillaba ya cubierto con la auréola de los grandes guerreros y los grandes políticos. David á mas de experto y valiente general era todo un hombre de Estado. Medidas tan hábiles como provechosas señalaron los primeros años de su gobierno. Dió organizacion al ejército, dividiendo á todos los soldados en doce cuerpos, cada uno de los cuales constaba de veinte y cuatro mil hombres, cuyos cuerpos hacian el servicio militar por turno, estando cada uno de ellos sobre las armas durante un mes, mientras los demás se dedicaban tranquilamente á sus faenas. Así, al paso que Israel se hallaba siempre en situacion de defenderse, pues un solo cuerpo bastaba para sostener el primer

empuje en un ataque imprevisto, no quedaban desatendidos los intereses de la agricultura ni los demas ramos que constituian la riqueza del pais. En el interior gozábase de una tranquilidad perfecta; hallábanse excelentemente administradas la religion y la política mientras que en el exterior Israel era respetado por la fuerza de sus armas y por el prestigio de su admirable organizacion.

David no era guerrero por instinto lo era solo por deber. Enemigo de derramar sangre, acudia solo á este triste recurso cuando le ponia en esta triste necesidad su obligacion de soberano; y aun antes de desenvainar su espada hacia lo posible para que no se perturbase la paz. Aunque era valiente, aunque jamás supo temer la muerte, no tenia la ambicion de dominio ó de gloria que fascina frecuentemente á los grandes guerreros, los cuales para satisfacerla no reparan en sacrificar millones de víctimas.

Deseaba mantener relaciones amistosas con los monarcas fronterizos. A este fin, en prueba de buena armonia, al morir Naás, rey de los amonitas, mandó al príncipe heredero una embajada encargada de darle el pésame en nombre del rey de Israel.

Los magnates de Ammon recelaron que los embajadores de David no fuesen espias; y sin que tuviesen el menor motivo para justificar semejante sospecha, la expusieron al nuevo monarca, abusando de su cándida credulidad.—«¿Crees tú, le dijeron, que es para honrar á tu padre el que te haya enviado David sus embajadores? Los siervos de David vienen para expiar y reconocer la ciudad á fin de destruirla.»

El obcecado rey, sin mas informes, faltando á todas las leyes de la correspondencia, contesta á la cortés demostracion prendiendo á los embajadores. Les desgarra sus mantos, les hace rapar la mitad de la barba para cubrirles de vergüenza, y les expulsa de su país.

Semejante insulto equivalia á un desafio. David, como rey, tiene dignidad de sobras para no aceptarlo. El monarca de Israel mandó á Joab, su general en jefe, que se dirigiese á Ammon para vengar la injuria hecha á los representantes del Soberano. A los ammonitas uniéronse los siríacos en calidad de aliados; pero los ejércitos de Siria y de Ammon tuvieron que retroceder ante las bien dirigidas y disciplinadas tropas de Israel.

Rehechos ya de su derrota, ammonitas y siríacos quisieron segunda vez probar fortuna; más sus huestes fueron tambien desbaratadas por los israelitas, quienes esta vez tenian al frente al mismo David en persona.

Sin embargo, esta victoria no tenia un carácter decisivo, y al tercer año, David sintió que le fatigaban las privaciones del campo de batalla y empezó á echar á menos las comodidades de una corte. David abandonó el campamento.

Mientras sus generales luchan bizarramente; mientras sus soldados venden caras sus vidas, David vive entregado á la delicadeza, á los regalos, y hasta á la molicie de un palacio. Ya no piensa en dictar leyes ni en organizar ejércitos; á su antígua actividad ha seguido la inaccion; su vida se pierde en el vacío de la ociosidad.

De la ociosidad al vicio no hay mas que un paso.

Una tarde paseándose por las azoteas del real palacio acierta á ver el monarca, al través de las paredes de un edificio que está junto á su régia morada, una mujer de singular belleza que salia de bañarse. La vista de aquella mujer fué suficiente para que se sintiera arder en su pecho una pasion cuya fogosidad es tal que en un solo instante reduce á cenizas los hábitos de virtud que tan arraigados estaban en aquel corazon privilegiado.

El rey David echó un borron sobre sus gloriosos antecedentes para condescender con un deseo culpable que le rebaja al nivel de esos miserables que se degradan en las torpezas de la sensualidad.

Se informa de quien es aquella mujer. Se le dice que es Bethsabé, nieta de Aquitofil, uno de los grandes dignatarios de palacio, hija del bravo general Eliam, y esposa de un pundonoroso guerrero llamado Urias, que en aquellos mismos instantes está exponiendo por su príncipe la vida en los campos de batalla. La nobleza de aquella mujer, los gloriosos timbres de su familia, la fidelidad y valor de su esposo debian haber sido otras tantas razones capaces de contener en el corazon de Dâvid los estragos de aquel incendio. Pero David es víctima de una pasion fatal, y la pasion no raciocina.

La virtud de Bethsabé ha sucumbido.

El confiado esposo vuelve del campamento ignorante de lo que está pasando. David le recibe con grandes agasajos y hasta le manda ricos platos de su propia mesa, invitándole á que se retire por algunos dias del campo de batalla y que tome algun descanso entre la apacible paz del hogar y las satisfacciones de la familia. Mas Urias permanece en las puertas de la real morada con los demás oficiales del Rey, resistiéndose á ir á su vivienda.

No tarda en saberlo David. Ordena que el fiel jefe se presente ante él, y le pregunta:—¿Porqué no vas á tu casa?

Urias era todo un militar: comprendia el honor en sus menores delicadezas; y si valia mucho como esposo valia aun mas como soldado. El valiente guerrero contesta al Rey:—«El Arca de Dios, Israel, Judá, se cobijan en tiendas de campaña; los soldados del rey mi Señor tienen por cama el suelo; ¿y yo he de irme á mi casa para comer y beber en espléndida mesa y dormir en mullido lecho? Por vida tuya que no haré tal cosa.»

Habia en estas frases una nobleza tal, manifestaban tanta elevacion, tanta generosidad de sentimientos que el Rey no supo que responder.

¿Renunciará David á su pasion indigna? ¿Esas levan-

tadas palabras que pronuncia ante él el bizarro guerrero serán capaces de ruborizarle y hacerle retroceder en la fatal senda que ha emprendido? Todo menos eso; á su torpe debilidad va á añadir un atentado. Llega un momento en que David cree que él y el esposo de Bethsabé no caben juntos en Israel. El Rey, pues, va á abrir un sepulcro en la gloriosa carrera de uno de sus mas valientes y mas honrados militares; y este sepulcro ¿de que manera va á abrirlo? Veámoslo; y al recordar lo que le sucedió á David nos persuadirémos de lo que es capaz la sensualidad, ese vicio fatal que despues de haber sacrificado la honra y la estimacion propia, no repara en sacrificar no solo la honra sino la vida misma de aquellos que pueden servir de obstáculo al lujurioso en sus vergonzosas liviandades.

David escribe al general en jefe del ejército israelita la siguiente carta: «Pon á Urias al frente de la batalla, y abandónale para que herido perezca.» El portador de esta carta era el mismo Urias que vuelve contento al campo del honor, ignorando que lleva en sus manos su sentencia de muerte.

Urias parte con el mensage fatal y lo pone en poder de su jefe Joab. Este hombre que á veces se manifestaba poco respetuoso y hasta duro con su rey, era no obstante un cortesano que en ocasiones dadas sabia complacer al Soberano, sobre todo si estas complacencias podian ser para el orgulloso favorito un escalon en sus ambiciones. Esta vez cumplió al pié de la letra la órden real. Ocupado algunos meses hacia en el sitio de Rabbat, que se llamó despues Filadelfia, conocia perfectamente los puntos en que el ataque no solo era expuesto sino temerario. En uno de estos puntos es donde coloca al infeliz Urias. El desgraciado militar, por mas que comprenda que su posicion es contraria á todas las leyes de la estrategia, que en el sitio donde se le ha destinado no puede hacer mas que perder inútil-

mente su vida y la de los soldados que le acompañan, sabe que el primer deber de un guerrero es la obediencia.

Urias muere en aras de su deber y de su honra. Junto con Urias fueron sacrificados otros militares.

Al tener noticia de su muerte el General manda al Rey un correo con las siguientes instrucciones:— Cuando hubieres referido al rey todo lo que ha sucedido en la refriega, si vieres que se indigna y dice:— ¿Porqué os habeis acercado al muro para combatir? ¿No sabiais que de lo alto del muro son muchos los dardos que se arrojan?... Entónces dirás: Tambien ha muerto Urias Hetheo.»

Preséntase á David el enviado del General para darle razon de todo lo acontecido en los siguientes términos: «Los enemigos hicieron una salida á nuestro campo; mas nosotros, echándonos sobre ellos, los rechazamos hasta las puertas de la ciudad. Los flecheros asestaron sus tiros contra tus soldados desde lo alto del muro, y perecieron varios de los guerreros del Rey... Murió tambien Urias Hetheo.»

David continúa representando el indigno papel que se ha propuesto en tan criminal trama, y fingiéndose afligido por tales pérdidas, hace trasladar á su general estas palabras de aliento: «No te acobarde este descalabro: la suerte de la guerra es caprichosa; y la espada hoy alcanza al uno y mañana al otro. Alienta á tus soldados y anímalos para que tengan valor para tomar la ciudad y destruirla.»

Al saber la muerte de su esposo, Bethsabé se entregó á las prácticas habituales del luto.

Bethsabé era ya libre; y la esposa del militar que pereció traidoramente en el campo de batalla pudo subir las gradas del trono.

Un año habia transcurrido sin que al parecer sintiese el corazon de David las agitaciones del remordi-

miento cuando se presenta ante él el profeta Nathan y le habla de la siguiente manera:—«Habia dos hombres en una ciudad, rico el uno y el otro pobre. El rico tenia ovejas y bueyes en abundancia, el pobre no tenia nada mas que una oveja pequeña, que habia comprado y criado y que habia crecido en su casa juntamente con sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su vaso y durmiendo en su mismo lecho. Y como hubiese llegado un forastero á casa del rico, no tomando éste, por ahorrar, de sus ovejas ni de sus bueyes, apoderóse de la oveja del hombre pobre, y aderezóla para que comiese el que habia venido á su casa.» A estas palabras David irritándose contra aquel rico, exclama: —«Vive el Señor que es reo de muerte el hombre que tal hizo.»—«Este hombre eres tú, replica Nathan con imponente concision. He aquí ahora lo que dice el Señor Dios: Yo te ungí por rey sobre Israel, y yo te libré de la mano de Saul; y te dí la casa de Israel y de Judá; y si esto es poco, estoy dispuesto á añadirte aun cosas mucho mayores. ¿Porqué, pues, despreciaste mis palabras para obrar el mal en mi presencia? A Urias Hetheo le hiciste perecer al filo del cuchillo, te has tomado por mujer la que era suya, y le has muerto valiéndote de la espada de los hijos de Ammon. Pues bien: la espada de la muerte estará siempre sobre tu casa... Tu has cometido el mal ocultamente; yo cumpliré lo que te digo en presencia de todo Israel y á la vista del sol.» Palabras tan solemnes y amenazadoras penetraron en el alma del mal aconsejado rey que dormia en el letargo de la muerte moral. La pasion funesta que habia producido en su alma tan terribles estragos, le abandona de repente; al escuchar las palabras de Nathan, David entra dentro de sí, contempla avergonzado las ruinas hacinadas en su pecho por el incendio de su voluptuosidad, mide toda la profundidad del abismo en que se halla.

Reconoce que el castigo que se le ha impuesto es

justo, y lo acepta exhalando del fondo de su comprimido pecho aquel grito salvador que restaura las ruinas causadas en el alma por la culpa:—«Pecado hé contra el Señor!» Recuerda los dias de su juventud, tan hermosa, tan austera y reconoce que solo la inocencia pudo escitar en su alma los bellos sentimientos que le proporcionaron los aplausos de Israel y las bendiciones de Dios. ¿La sensualidad habrá marchitado para siempre aquella vida? No; le queda el arrepentimiento que el Señor ofrece al culpable como una tabla de salvacion; lo que falta es que el pecador tenga bastante humildad para acogerse á esta tabla. David lo hace, y Dios desde el cielo le lanza una mirada de aquella misericordia que purifica y que salva.

En vista de su cordial arrepentimiento, Nathan le alienta para que no pueda caer en la desesperacion.—«El Señor ha conmutado la pena eterna en que incurriste por culpa tuya, y no morirás para siempre; más por cuanto has sido causa de que los impios blasfemasen de la Justicia Divina, morirá el fruto de tu adulterio.»

Este castigo no tardó en realizarse. El hijo de Bethsabé cae peligrosamente enfermo sin dejar la menor esperanza. David al ver que la mano de Dios iba á descargar sobre él, redobló las muestras de su cordial arrepentimiento. Aquel hombre que era valiente en presencia de los mayores peligros, que no se dejaba amilanar por nada ni por nadie, se sintió abatido; aquellos ojos siempre serenos se anublaron, y aquel rostro habitualmente tranquilo apareció regado de lágrimas. ¡Lágrimas preciosas que vienen á restituir al espíritu la perdida paz, y que tienen su manantial en el cielo! Dichoso el mortal que despues de haber faltado, reconoce su delito, y presenta á la ofendida majestad de Dios un corazon desgarrado por el arrepentimiento.

David no se deja ver en público; no sale de su habi-

tacion; á nadie recibe, apenas toma alimento. Sus criados le ven postrado regando el suelo con un copioso llanto. Inútil es que traten de consolarle; su crímen ha sido grande, pero grande es tambien su dolor.

Siete dias despues su tierno hijo habia dejado de existir sin que David pudiera cerrar sus ojos ni darle el postrer abrazo. Sus criados temian comunicarle esta triste noticia; mas David les manifestó que para el hombre de fé en esos surcos que abre la implacable muerte existe un supremo consuelo: es la esperanza en la inmortalidad. David con su inspirada elocuencia dá á conocer que abriga esta esperanza: «Es verdad que él no volverá á mí, dice, pero tambien lo es que yo iré á él.»

LECCION TRIGÉSIMA QUINTA.

REBELION DE UN HIJO CONTRA SU PADRE.

La tremenda profecía de Nathan tiene que cumplirse en toda su extension; David va á experimentar una de esas pruebas ante las que no es indiferente el hombre mas valeroso. Las almas grandes saben resistir á una enfermedad, á la muerte de una persona querida, á una pérdida de fortuna, á los sufrimientos de la miseria; pero ¡cuán difícil es que un corazon no se sienta comprimido ante un gran escándalo de familia que echa la deshonra sobre toda una casa, y que lanza sobre un nombre tal vez ilustre un borron harto difícil de borrarse! Pues esta inmensa desgracia es la que va á sufrir David.

Una mirada imprudente habia arrastrado al Rey á un crímen, y una súplica fervorosa le habia reconciliado; pero para llorar su iniquidad se necesitaban lágrimas que

no se agotasen durante años enteros. Han pasado muchas generaciones, y todavía vemos empapado en estas lágrimas el libro donde escribió sus inmortales salmos, elocuentes gemidos que viene repitiendo la humanidad en sus mas acerbas tribulaciones, como si fuesen ellos la mas genuina expresion del dolor.

La malhadada pasion á que cediera el Rey en una hora de deplorable estravío fué un funesto ejemplo para sus hijos. El mayor de ellos, Ammon, llevado por una feroz voluptuosidad, ultrajó á Thamar su hermana, insultando así la sangre paternal.

La infeliz jóven despues de haber sido víctima de un torpe atropello de parte de un hermano suyo, vestida con su traje de hija del Rey, cubiertos de ceniza sus cabellos, desgarrada su túnica, se presenta á otro de sus hermanos, Absalon, dando grandes gritos, y ocultando su rostro tras de sus manos, oprimida por la vergüenza.

Absalon lo adivina todo. Por entonces se limita á decir á la desconsolada jóven:—«Calla; no se angustie tu corazon por esto.» Y despues añade con acento muy expresivo... *Es un hermano tuyo!* Esta frase en boca de Absalon equivalia á un grito de venganza.

Thamar se quedó en casa del príncipe Absalon; mas ya en adelante el sonrís de la alegría no se dibujó en sus labios; su actitud pensativa, su palabra reservada, sus ojos inclinados hácia la tierra indicaban el profundo pesar de que se sentia poseida.

Tamaño atentado no pudo ocultarse al Rey, quien al ver la afrenta que su hijo mayor acababa de echar sobre su casa en la persona de una princesa real, adoró los designios de la Providencia que le castigaba con la equidad propia de la divina Justicia. David fué quien lanzó la deshonra sobre la casa del malogrado Urias; justo era, pues, que la casa de David se viese tambien manchada con una deshonra.

Si el padre de Thamar creyó conveniente dejar el crí-

men sin castigo, no fué de igual parecer Absalon. Aunque de carácter fogoso, sabia ocultar el fuego de la venganza que quemaba su alma, al través de un fingido disimulo, de una estudiada é inquebrantable reserva. Por espacio de dos años tuvo oculta en su pecho la llaga de su indignacion sin que esta llaga se manifestase por la menor queja.

Pero al fin el torrente del ódio que ahogaba su espíritu acabó por romper todos los diques.

Hemos consignado ya en otro lugar que en aquel pais se celebraba el esquileo de las ovejas con un banquete; aprovechándose de este motivo Absalon convidó á todos los de la casa real para una espléndida fiesta de familia. El Rey fué tambien respetuosamente invitado; pero se negó á asistir alegando que si él concurria á la solemnidad tendrian que hacerse gastos escesivos en que no podria consentir.

Todos los príncipes, incluso Ammon, tomaron parte en el festin.

El banquete fué, en efecto, digno de un príncipe. Mas cuando el regocijo estaba mas vivo, aquella alegría va á verse interrumpida por un cuadro de sangre. A una señal dada los criados de Absalon se precipitan sobre el príncipe Ammon, cuyo cadáver cosido de heridas va á caer á los piés de los convidados.

El terror se apodera de todos los concurrentes que á la vista de semejante crímen, abandonau la mesa del festin para huir precipitadamente.

Un atentado cometido por un hijo del Rey contra un hermano suyo difundióse con la velocidad de una chispa eléctrica por todo Jerusalen; pero desfigurándose notablemente el hecho y dándole mayores proporciones de las que tenia, pues la voz pública no solo achacaba á Absalon el asesinato de Ammon sino el de todos los príncipes de la real casa. Así llegó la noticia á oidos del Rey. Era este un nuevo golpe que desgarraba el cora-

zon de David; las prediciones proféticas se estaban consumando para él de una manera espantosa. David al oir la noticia, se levanta, rasga sus vestidos, rasgándolos asímismo en señal de dolor todos los circunstantes.

Cuando el alma de David habia sufrido ya esta cruel herida entonces se le presenta su sobrino Jonadab para decirle :—«Solo Ammon es el que ha muerto;» dándole á entender que este delito estaba ya premeditado desde que Ammon ultrajó á Thamar.

El rey acababa de perder al mayor de sus hijos; los príncipes lloraban la muerte de un hermano, y el asesino era un hijo del monarca. Por mucho que Ammon hubiese delinquido el crímen no se justificaba, pues no era Absalon quien debia castigar el delito, cuando habia ya los representantes de la justicia que eran los que estaban al frente del poder; si estos no cumplian con su deber, si el rey llevado por su ternura paternal perdonó al culpable Ammon, no era esto un motivo para que Absalon manchara sus manos con la sangre de un hermano suyo, que aun cuando fuese este criminal, su muerte dada de una manera tan elevosa no le libraba á él de la tacha de fatricida.

El asesinato de Ammon fué para David una terrible prueba. Su llanto no podia enjugarse; la morada real no era la morada de la esplendidez ni de la majestad; era la morada del luto, ya que en todas partes dejaba el rey las huellas de su profundo sentimiento.

Para evitar el justo encono del Rey huye Absalon á refugiarse en la casa de su abuelo paterno.

Tres años habian transcurrido despues de este trágico suceso: era un tiempo suficiente para que se calmara la indignacion del atribulado padre y para que la ternura paternal cubriese algun tanto el cuadro del crímen cometido por Absalon.

El astuto cortesano Joab cree que puede llegar un dia en que sea Absalon el que empuñe el cetro de Israel;

para si llega este caso desea tenerle propicio; trata de trabajar, pues, á fin de que se levante su destierro. De esta suerte si un dia Absalon llega á sentarse en el trono, Joab podrá presentarse ante él con la cabeza erguida, porque siempre tendrá para obtener la privanza del Soberano un título tan atendible como el de haberle abierto las puertas de la patria. No obstante Joab que conoce perfectamente á David, sabe que proponerle el perdon del asesino de una manera directa es exponerse á un desaire. Se vale, por lo tanto, de otro recurso.

El Rey ve un dia penetrar en el real gabinete una mujer de Thecua en traje de luto, pálido el semblante, llorosos los ojos; en una palabra, con todos los caractéres de una madre ó de una viuda que es víctima de una cruel desesperacion. Esta mujer se arroja á los piés de David, exclamando entre sollozos: —¡Oh Rey, sálvame!

Explica á David que ella tenia dos hijos. En una querella uno de los dos ha muerto á manos del otro. A la infeliz viuda ya no le queda mas que un hijo, y este hijo va á perderlo tambien porque los parientes, como vengadores del difunto, piden á la desconsolada madre que les entregue al criminal. Implora del Rey que salve la vida del asesino, ya que es el único apoyo de su vejez: —«Pretenden apagar, dice, la única centella que me ha quedado para que no quede de mi marido nombre ni restos sobre la tierra.»—«Vete á tu casa, le contesta el Rey; yo dictaré providencias en tu favor.»—«En nombre del Señor te pido que hagas que no maten á mi hijo;» el rey contesta: —«Vive el Señor que no caerá uno solo de los cabellos de la cabeza de tu hijo.»

Aquella mujer se levanta, y tomando una actitud majestuosa, cambiando su acento de súplica en tono de severidad: —¿Por qué perdonas á un desconocido y no haces volver á un desterrado que es hijo tuyo? La viuda evoca en presencia del Rey la imágen de la muerte, ante la cual deben olvidarse las mayores ofensas; le habla en

nombre de la misericordia divina que está dispuesta siempre al perdon.

La viuda de Thecua reconoce toda la gravedad del paso que está dando; pero es una de esas mujeres de alma varonil que no vacilan ante un paso atrevido, y conoce lo bastante á David para esperar que él tendrá la serenidad del poder que representa.

El monarca no recibe á mal este atrevimiento de una mujer que, si bien es verdad que se interesa en favor de un fratricida, este fratricida es el hijo del Rey que ha purgado su crímen teniendo que pasar tres años alejado de la Corte.

David es perspicaz de sobras para adivinar quien ha sido el inspirador de aquella accion. Sin cólera, sin desden, dice á la viuda:—«No me ocultes una cosa que te voy á preguntar.»—«Hablad, Señor, contesta tranquila la mujer.»—«¿No es cierto que anda la mano de Joab en todo esto?»

La viuda de Thecua contesta con noble sinceridad que ella no ha sido sino la mensagera del célebre cortesano. David era padre; dejó, por lo tanto, prenderse gustoso en la red que le acababa de tender la mano hábil de Joab. El Rey manda llamar al famoso General y le dice: —«Accedo á tus deseos; anda, pues, y haz volver á mi hijo Absalon.» El ilustre caudillo lleno de agradecimiento se postra á las plantas del Monarca, las besa y bendice al Rey que así se deja vencer por las nobles armas de la ternura y de la misericordia.

Algunos dias despues el príncipe acompañado del general entraba en Jerusalen. Desígnasele el palacio donde debia habitar, dándosele órdenes terminantes para que no se presentára ante la córte. El delito cometido era muy grave; á Absalon se le abrieron las puertas de la pátria, pero no las del alcázar real.

Doce años hacia que pesaba sobre Absalon como un anatema la prohibicion de penetrar en el régio palacio,

cuando esta larga desgracia empieza ya á hacérsele insostenible, resolviéndose á poner en juego todos los recursos para que el Rey le admitiera de nuevo en su presencia. El mejor medio era Joab, como el hombre más influyente de la córte. Le hace llamar á fin de que intervenga con el Rey su padre; mas Joab creyó que este paso podia comprometerle; no compareció, pues, á la cita. Á un segundo llamamiento de parte de Absalon, Joab contestó con una segunda negativa.

Absalon era un hombre de un carácter iracundo; no sabia resignarse á la menor contrariedad, sobre todo cuando le venia de una persona que él, en su calidad de príncipe, la consideraba como inferior: jóven soberbio, queria que sus insinuaciones fuesen acatadas como mandatos. No recibió bien la doble evasiva de Joab; tomóla como un desden, como un desaire. Se propuso, pues, vengar este desaire haciendo incendiar por sus criados las mieses de Joab.

Sorprendido el general por tan caprichosa violencia, va á quejarse con el culpable; pero pronto se hace cargo de los arrebatos del jóven príncipe, y hasta acaba por manifestarse dispuesto á ceder á sus exigencias.— «¿Para qué he vuelto de Gessur? le dice irritado Absalon al ver que despues de tantos años el Rey persistia en su propósito de no querer admitirle en su presencia. ¡Mejor me era estarme allí! Ruego, pues, ó que se me permita ver la cara del Rey, y si no está dispuesto aun á olvidar mi delito, que me quite la vida.»

¿Eran estas palabras dictadas por el cariño filial? ¿Era el amor á su padre lo que le movia á insistir en su demanda?

Desgraciadamente su conducta posterior nos proporciona sobrados motivos para sospechar que en el pecho de Absalon no se encerraban los generosos sentimientos propios de un buen hijo. Sin duda todo esto no eran nada más que hipócritas protestas á fin de que se le die-

ra entrada en palacio, desde donde podria realizar mejor las insensatas ambiciones que tal vez ya entonces alimentaba.

Efectivamente, Joab dió cuenta al Rey de todo lo que habia pasado, logrando que David cubriera el crímen de Absalon con el velo del olvido.

Poco despues, Absalon, penetraba en los salones del Rey y se postraba á los piés de su padre; David por vez primera despues de tantos años, imprimia en la frente de su hijo el beso del amor paternal.

Desde aquella hora, Absalon, que puede ya asistir á todos los actos de la córte, que ha readquirido todos sus títulos, que goza de todas las consideraciones de su alta posicion, rodéase de una esplendidez deslumbradora. Se le ve pasear en magníficas carrozas; se hace preceder de una numerosa escolta; ostenta un lujo que ofusca á la misma majestad real.

Sucede con frecuencia que los pueblos se dejan impresionar, se dejan seducir por el oropel. Esto sucedió á los israelitas. Ya nadie en Israel se acordaba del fratricida para postrarse ante el príncipe.

Á más del esplendor de que se habia rodeado Absalon, cautivaba á los súbditos de David por sus cualidades físicas. Era de aspecto majestuoso, de maneras finas; nadie le igualaba en gracia y gallardía, añadiendo á su belleza un aire de imponente majestad su magnífica y sedosa cabellera, la que era cuidada con el mayor esmero. Su lenguaje era culto, tenia una elocuencia natural, á la que no era fácil resistir: todo lo que, añadido á sus maneras abiertas y afectuosas que le grangeaban el aprecio universal, hacian de él un príncipe al que sólo faltaba el prestigio de la corona.

Ocioso fuera decir que Absalon gozó muy pronto de una popularidad inmensa. Siendo por otra parte jóven de talento despejado, no le faltaban medios de esplotar

esta popularidad á fin de convertirla un dia en instrumento de malvadas ambiciones.

Su conducta era la de todos los que quieren derribar lo existente, para que estas ruinas les sirvan de escabel para su elevacion. Lamentábase de los abusos del poder y de los sufrimientos del pueblo, diciendo que los derechos de éste eran desatendidos, y que él corregiria con mano fuerte las faltas de una mala administracion, cuando llegara á sentarse en el trono de su padre.

Se le veia en los sitios donde los poderes públicos administraban justicia, informándose minuciosamente de los asuntos que á cada uno conducian á ver al Rey. Les preguntaba con afectada solicitud de dónde eran; y sin haber hecho el menor estudio sobre la pretension que llevaban aquellos á quienes él se proponia adular, les daba desde luego la razon, les persuadia de que su exigencia era justa, lamentándose amargamente de que no hubiese medios para que la justicia fuese atendida.—«¡Oh! se le oia esclamar, ¡quién me pusiese juez sobre el país para que viniesen á mí todos los que tienen negocios y los decidiese segun justicia!»—Luego alargaba la mano á sus interlocutores estrechándola en señal de familiaridad y afecto.

El pueblo de Israel era como todos los demás pueblos. Veleidoso, amigo de novedades, se mostraba ménos partidario de sus gobernantes que de sus aduladores; de lo presente no conocia sino los defectos que los tenia aquella administracion política como los tienen todas; mientras por el contrario, de lo porvenir, sólo atendia á las felicidades que se le prometian. No tardó el príncipe en convertirse en una esperanza de regeneracion social, ó mejor dicho, en una bandera de rebelion, viéndose rodeado y halagado por todos los descontentos hasta el punto de constituirse en Israel en favor del hijo del Rey un partido tan numeroso como temible.

El Príncipe se exageró su popularidad y su impor-

tancia creyendo que Israel entero estaba en su favor, y que bastaba que él diese la señal para que su padre fuese arrancado del régio sólio, entregándosele á él en nombre del pueblo el cetro de Judá.

¿Aceptará el Príncipe su encumbramiento á costa de tener que derribar á su padre? La ambicion es ciega; nada ve, nada acata; está siempre dispuesta á ahogar los sentimientos más generosos. La misma piedad filial, la ternura, lo que hay de más íntimo y más sagrado en el corazon del hombre, todo es capaz de inmolarlo el ambicioso.

Absalon va á dar el grito, va á desenvainar la espada contra su padre; pero no quiere hacerlo en Jerusalen porque allí donde estaba organizada la fuerza pública, donde residian los cortesanos, en aquella ciudad que se hallaba especialmente ligada al Rey por los lazos de la gratitud y del afecto, la insurreccion podia muy bien fracasar.

No se presentaba aun Absalon con el carácter de rebelde; no era más que un conspirador que preparaba sus planes, que alistaba á sus afiliados, valiéndose de la reserva más absoluta, del más completo misterio. La insurreccion ha de estallar en Hebron, el país donde David dió principio á su reinado, sosteniéndose allí por mucho tiempo contra Saul.

Aparece Absalon ante David y le dice:—«Tengo de ir á Hebron para cumplir allí mis votos que tengo hechos con el Señor. Porque cuando tu servidor se hallaba en Gessur de Siria, hizo un voto formal diciendo:—«Si el Señor me hiciese volver á Jerusalen, le ofreceré un sacrificio.»—David, que está muy léjos de sospechar que sea su hijo el que se coloque al frente de una rebelion, no pone el menor estorbo á su viage, para el que pretesta un fin piadoso, y le contesta:—«Anda en paz.»

El rebelde va acompañado de doscientos hombres, que, sin estar iniciados en el complot, le siguen para

honrar su gerarquía de príncipe de la casa de David. Envía inmediatamente emisarios á todo Israel para que preparen el movimiento que en el dia designado y á una señal dada ha de estallar en todas las tribus, y hace venir de su ciudad de Gilo á Aquitofiel, hombre de grande influencia en Judá, el cual pertenecia al supremo consejo de David. Aquitofiel era abuelo de Bethsabé; este varon tenia que saldar con el Rey una antigua cuenta; atisbaba el momento de poder lavar la mancha que el Rey echó sobre su familia en la persona de su nieta. Dados estos precedentes, Aquitofiel no habia de hacerse de rogar para ser otro de los conjurados.

Aquitofiel á su gran prestigio unia un perfecto conocimiento del país y una singular esperiencia: para una revolucion era un elemento escelente.

El hijo del Rey se aprovecha de todos los recursos que tiene á mano; hace anunciar que se ofrecerán en Hebron víctimas á Dios, revistiéndose esta solemnidad de un grande aparato; de esta suerte atrae en torno suyo á una inmensa multitud de israelitas.

El golpe estaba perfectamente preparado. Al darse el grito, al enarbolarse la bandera de la insurreccion el trono de David vacila en sus cimientos. No era una ciudad, no era una tribu la que se habia declarado en favor de Absalon; puede decirse que todo Israel tomó parte en el levantamiento.

De todas partes llegan á David correos anunciándole que vá á caer sobre Jerusalen un numeroso ejército de conjurados; se exagera el número de los revoltosos. David ama demasiado á Jerusalen para que quiera hacerla sufrir los estragos de un imponente sitio ó de un saqueo. Por otra parte le repugna desnudar su espada contra un hijo suyo. La profecía de Nathan resuena en sus oidos de una manera espantosa; se ve poseido de una especie de terror religioso.—«Yo levantaré el mal sobre tí de tu misma casa, le habia dicho el Profeta; tú

delinquiste en secreto; más yo te castigaré en presencia de todo Israel y á la vista del sol.»

Preso de un azoramiento al que no sabe resistir, David que vé la mano de Dios levantada sobre su cabeza, dice á sus criados:—«Levantaos, huyamos: porque no podremos escapar delante de Absalon: daos prisa á salir no sea que llegando nos sorprenda y traiga la ruina sobre nosotros y para la ciudad el filo de la espada.»

¿Qué significan en boca de David estas palabras? ¿A qué viene este miedo en un corazon de tan buen temple como el de David? ¿Porqué no aguarda á sus enemigos aquel rey que tantas veces desafió á la muerte? David que no teme á los hombres, teme á Dios; y vé en esta rebelion, no tanto la obra de su hijo como la obra de la Justicia Divina que se ha propuesto castigarle sobre la tierra de una manera ejemplar.

Sale de Jerusalen seguido de seiscientos valientes que eran ya desde muy antiguo sus compañeros de armas.

Muchos de sus amigos, de sus cortesanos, de aquellos que en la hora de la fortuna le juraran constante fidelidad le han abandonado. David llora, no sobre sus desgracias personales, sino sobre las desgracias de su pueblo. Con los ojos arrasados en lágrimas, los piés descalzos, cubierta la cabeza en señal de luto pasa el torrente Cedron y llega á la montaña de las Olivas, como si hubiese de marcar con las huellas de su dolor el camino que habria de seguir muchos siglos despues un hijo de David; el redentor del género humano.

El infeliz rey repara en una cosa que al paso que le consuela por una parte le persuade por otra del indigno comportamiento de Israel; ve que una seccion de su escolta la constituyen algunos extranjeros bajo las órdenes de Ethai, que no pertenece á Israel sino á Seth. No se ha encontrado suficiente número de israelitas que sirva de baluarte á la persona del monarca. Hondamente apesadumbrado al ver que no pertenecen á Israel los

que ocupan aquel puesto de honor, y no queriendo permitir que sean extrangeros los que sacrifiquen sus vidas por sostener el cetro que se le cae de las manos, dice á Ethai:—«¿Porqué vienes con nosotros? Eres forastero, has salido de tu tierra, vuélvete y quédate con tu rey... Déjame que vaya yo, añade el resignado David, á donde me conduce mi destino; vuélvete y lleva contigo á los tuyos: el Señor usará de misericordia en favor tuyo porque has dado muestras de gratitud y lealtad.

El estranjero Ethai que lamenta el indigno abandono en que Israel ha dejado á David se empeña en seguirle á todo trance.—Vive el Señor y vive el Rey, que en cualquiera parte que estuvieres, muerto ó vivo, allí estará tu servidor.

Entre los pocos que habian permanecido fieles al Rey estaban los sacerdotes que queriendo poner al angustiado monarca bajo la proteccion del cielo le siguen llevando consigo el Arca del testamento.

El Rey no quiere permitir que se le ponga el Arca Santa por baluarte, cuando el motivo de aquellos desastres son sus pecados.—«Vuelve á llevar el Arca de Dios á la ciudad, dice al Sumo Sacerdote Sadoc; si yo hallare gracia en los ojos del Señor él me volverá allá, y me dejará ver su Arca y su Tabernáculo. Pero si ya no soy de su agrado, estoy pronto á que haga de mí lo que bien le pareciere. Vuélvete en paz á la ciudad, oh Profeta, ya que yo voy á esconderme en las inmensidades del desierto, hasta que reciba aviso de vosotros del estado de las cosas.»

Los que siguen á David no pueden ménos de enternecerse y le acompañan en sus lágrimas y en su luto.

Otro hecho hubo de destrozar el ya harto lacerado pecho de David: tal fué la noticia de que entre los conjurados se hallaba su hábil y esperimentado consejero Aquitofiel. Al saberlo levanta sus manos hácia Aquel que puede desbaratar los consejos temerarios de los

hombres y esclama:—¡Confunde, te ruego, oh Señor, los consejos de Aquitofiel!

Esta súplica fué escuchada. Mientras David sube la rápida pendiente, se le presenta otro de los miembros de su consejo, el araquita Cusai, con los vestidos rasgados, cubierta la cabeza de polvo. El rey agradece su fidelidad tanto más laudable cuanto son muchos los que le han abandonado. Pero David le hace ver que atendida su situacion desesperada de poco podrán servirle sus consejos ni su brazo; pero puede prestar á la causa de David grandes obsequios por medio de la astucia. Le aconseja el Rey que se introduzca en el consejo de Absalon con el fin de destruir los planes de Aquitofiel de cuya reconocida sagacidad David lo teme todo.—Si vienes conmigo, le dice, no podrás servirme sino de carga. Mas si volvieras á la ciudad y dijeras á Absalon: Yo, oh Rey, soy tu siervo; como serví á tu padre, del mismo modo te serviré á tí. De esta manera es como podrás oponerte á los planes de Aquitofiel.» Cusai acepta este difícil y comprometido cargo.

Todavía le faltaba al Rey algo que sufrir. No bastaba que un hijo suyo se conjurase contra él, que Israel se hiciera culpable de una gran defeccion, que se pasaran á las banderas de los rebeldes sus consejeros, aquellos á quienes habia colmado de favores; era menester que se viese víctima de cobardes injurias, que fuese insultado, que hubiese quien con palabras tan insolentes como calumniosas se atreviese á echarle en cara su infortunio. Un pariente de Saul, llamado Semei, al llegar David á Baludrim tiene la osadía de dirigirle villanos improperios.—Anda, anda, le grita, hombre sanguinario, hijo de Belial. El Señor te da ahora el pago por la sangre que derramaste de la casa de Saul; por cuanto le usurpaste el reyno el Señor lo ha puesto en manos de Absalon, tu hijo: mira como te abruman las desgracias, porque eres hombre sanguinario.

Uno de los que acompañan al Rey, Abisai, no sabiendo contener su enojo al escuchar tan insolente audacia esclama:—¡Porqué este perro ha de insultar al Rey mi Señor! Yo iré y le cortaré la cabeza.

David contiene los arranques del bizarro Abisai.—«Dejadle, dice el Rey con la mayor humildad... Veis que mi mismo hijo, que el hijo de mis entrañas, atenta contra mi vida, ¿qué estraño que me insulte un hijo de Genein?» Reconoce David en aquel hombre un instrumento de la Divina Justicia.—Dejadle que me insulte, añade, conforme á la permision del Señor. Quizás el Señor mirará mi afliccion y me volverá bien por las maldiciones de este dia.

Semei ya no se limitó á insultar á David, sino que desde lo alto de la montaña le arrojaba piedras. El magnánimo Rey supo perdonar generosamente al miserable que así insultaba su desgracia.

David prosiguió su camino acompañado de los suyos, hasta llegar á Bahuzim, donde tomaron algun descanso de las fatigas de aquel triste dia.

En tanto Absalon avanzaba rápidamente sobre Jerusalen, entrando en la ciudad que no opuso al rebelde la menor resistencia.

Una de las primeras visitas que recibió el usurpador fué la de Cusai, quien como hemos dicho ya se hallaba en secreta inteligencia con David. Reconoció Absalon en Cusai su categoría de consejero real ordenándole que se pusiera de acuerdo con Aquitofel para la alta direccion del Estado.

El primer consejo que dió á Absalon fué dictado por la mas refinada perfidia; fué echar sobre David el mas grosero desafío por medio de un acto insigne de brutalidad que cometió Absalon á vista de todo el pueblo. De esta suerte el malvado Aquitofel hacia imposible toda reconciliacion entre las huestes del usurpador y del rey legítimo.

No se limitó aquí el malvado Aquitofel. Era uno de estos políticos para quienes el fin, por criminal que sea, justifica los medios. Para asentar el trono del usurpador sobre bases sólidas, para no tener que temer que un dia el rey legítimo le arrancara la córona, el medio mas sencillo era perseguir á David hasta dejar en el campo su cadáver. Para ello lo mejor era aprovechar los primeros momentos en que los leales se hallaban bajo la impresion que habia de producirles el completo triunfo de la rebelion contra la que no habian aun tenido tiempo para reunir algunas fuerzas. Las huestes de David tenian el carácter de un ejercito derrotado que ni aun espera rehacerse de su derrota. Hemos dicho poco, David y los suyos ni siquiera llegaban á constituir un ejército; no eran mas que unos cuantos fugitivos que habian de guardarse bien de aceptar una batalla.

Aquitofel dice, pues, á Absalon:—«Me escojeré diez mil hombres, y poniéndome en marcha esta noche perseguiré á David. Y dejándome caer sobre él, que se halla fatigado y sin fuerzas, lo derrotaré; y tan luego como huyeren los suyos, heriré al abandonado monarca. Haré despues que vuelvan todos los que le siguen, por cuanto tú buscas á un solo hombre: muerto éste todo el pueblo quedará en paz.

El consejo era malvado, pero conducia perfectamente al fin que Aquitofel se proponia: la maldad no podia tener un defensor mas á propósito. Absalon el hijo de David, el que recibió cien veces en su frente el beso paterno, consiente en que sea el cadáver de su buen padre el que sirva para solidar su trono.» Qué le importa á él que esté salpicado con la sangre del autor de sus dias el cetro de Judá? ¿Qué le importa el que la historia escriba su nombre en el catálogo de los parricidas si él logra satisfacer sus ambiciones? Midamos en tales iniquidades de Absalon toda la profundidad del abismo en que puede lanzar á un hombre la pasion de mando.

Pero antes de seguir el consejo de Aquitofel quiere escuchar el voto de Cusai.

¿Qué es lo que hará Cusai? ¿Qué recurso le queda para que David pueda salvarse? Lo único que se puede hacer es ganar tiempo. Quizás algunos dias bastarán para que se debilite el entusiasmo de Israel en favor del rebelde. Tal vez David podrá llegar á formar un ejército; tal vez se encontrarán guerreros dispuestos á defender la causa legítima; y cuando nada de esto sea posible, siempre se obtendrá la ventaja de que el padre de Absalon no esté completamente desprevenido. Estas son las miras que guian á Cusai al emitir hábilmente su parecer ante el rebelde.

Este manifiesta á Cusai lo que Aquitofel le ha dicho; y luego añade:—«¿Lo debemos hacer ó no? ¿Qué nos aconsejas?

Cusai puesto en medio de la asamblea de ancianos, debia destruir un dictámen que habia merecido la aprobacion general, y que él mismo tenia que reconocer como el mas infalible para consumar para siempre la ruina de David. Mas por fortuna á Cusai no le faltan recursos. Como hombre público conoce perfectamente todo el valor de la palabra. Sabrá, pues, valerse de una elocuencia especiosa y deslumbradora, de imágenes vivas; se expresará con energía; así logrará desconcertar á su temible adversario arrastrando en pos de sí á aquella asamblea.

Con la circunspeccion propia del hombre de Estado, empieza por decir. «Por esta vez no me parece el mas acertado el consejo de Aquitofel.» Hecha esta salvedad que Cusai estimó indispensable para que no pareciera que iba á chocar directa mente con su competidor, principia su arenga:

«Bien sabes que tu padre y la gente que le siguen son muy valientes; su corazon amargado da mayores quilates á su bizarría, pues ha de sucederle lo que á la osa

que se embravece en el bosque por haberle quitado sus cachorros. A mas de que, tu padre es hombre de guerra y no retrocederá. Tal vez ahora está escondido en alguna caverna ú otro lugar seguro que habrá escogido; si al primer choque cayere alguno de los nuestros, se publicará por todas partes que el ejército que seguia á Absalon ha sido vencido; y ante una pequeña derrota los más valientes de los tuyos, cuyo pecho es como de leon, desmayarán de temor, porque todo el pueblo de Israel sabe que tu padre es valiente y que son esforzados todos los que están con él.»

De esta suerte logra Cusai presentar como dudoso el éxito de un choque con gente cuyo número se ignora, y que de todas maneras se sabe que hay entre ellos hombres que han envejecido en el manejo de las armas, y que á su valor nunca desmentido han de añadir el que les da la desesperacion. Hecho este preámbulo pasa á presentar su dictámen.

«El consejo que me parece bueno es este : Que se congregue en torno tuyo todo Israel desde Dan hasta Bersabée, formando así un ejército innumerable como las arenas del mar, y tú estarás en medio de ellos. Nos echarémos sobre David en cualquier lugar que fuese hallado, y le cubrirémos á él y á su ejército, á la manera que el rocío cubre la tierra; y ni un solo hombre dejarémos de los que están con él.» Y con ese lenguaje hiperbólico propio de los orientales, añade en un arranque de orgullo militar que no puede ménos de conmover á la asamblea :—«Si David se cobijare en alguna ciudad, Israel entero ceñirá con maromas aquella ciudad, y la arrastrarémos hasta un torrente, para que no quede de ella ni una sola piedrecilla.»

Logra Cusai interesar á sus oyentes hasta llegar á persuadirlos. La elocuencia ha triunfado. Absalon y los que constituyen la asamblea dicen á una voz : «Mejor es el consejo de Cusai Araquita que el de Aquitofel.»

Cusai ha obtenido su objeto. Era indispensable no perder tiempo; Cusai hace que David tenga noticia de lo que ha pasado en la asamblea á fin de que esté convenientemente preparado para cuando llegue la hora de la lucha.

El viejo Aquitofel dióse por resentido al ver que prevalecia sobre el suyo el parecer de su adversario, cuyo valor él conocia perfectamente. Abochornado, furioso, se levanta, abandona la asamblea, sale de Jerusalen, y lleno de rabia al ver que no podrá consumar en David la venganza que tiene premeditada, en un arrebato de desesperacion, pone fin á sus dias.

A un llamamiento de David se alistan á sus banderas los israelitas mas aguerridos, de suerte que el padre de Absalon no tarda en tener á sus órdenes un ejército respetable. Con fuerzas numerosas se dirige al campamento donde es acogido con entusiasmo, encontrando allí para él y sus tropas generosa hospitalidad y abundancia de socorros. David pasa revista á sus guerreros, organiza los escuadrones, designa los gefes y los subalternos; dando en todo pruebas de su gran pericia militar. Como ha podido verse en el decurso de su historia, era hombre que manejaba la espada lo mismo que el cetro; no hay, pues, que decir que sus disposiciones eran inmejorables. Dividió su ejército en tres cuerpos, dando el mando del primero al inteligente general Joab, el del segundo á Abisaí, hermano de Joab y el del tercero á Ethai de Geth. El Rey arenga á las tropas y les dice: «Yo tambien saldré con vosotros.»

Los que mandaban el ejército de David creyeron que era menester reprimir el entusiasmo bélico del Rey; que debia darse oidos á la prudencia, para que no pudiese quedar comprometida en una sola batalla la causa legítima. A este fin le aconsejan que no se ponga al frente de la primera accion, sino que se reserve para rehacer las fuerzas dispersas en caso de una derrota.

Estando él en la primera batalla, si ésta se pierde, ya no queda ningun recurso; por el contrario, si se queda en la ciudad con un ejército de refuerzo, puede ganarse en una segunda accion lo que se pierda en la primera.—«No saldrás, le dice al Rey, porque aun cuando tuviésemos que huir, no sacarán de ello mucha ventaja; y aunque perezca la mitad de nosotros podrán quedar muy satisfechos, porque tú solo vales por diez mil, y así mejor es que te estés en la ciudad para venir á socorrernos.»—«Haré lo que bien os pareciere, responde el Monarca.»

El Rey presencia el desfile de las tropas que se encaminan al combate formando escuadrones de ciento en ciento y de mil en mil. Una recomendacion hace á los caudillos:—«Conservadme á mi hijo Absalon.»—Todo el ejército le oyó pronunciar conmovido el nombre de su hijo, que ya no merecia el dictado de tal. David no sabia olvidar que era padre; su corazon paternal se estremecia á la idea de la muerte del malvado Absalon, del rebelde que agrupaba contra la vida de su padre todas las fuerzas de Israel. Ni aun la victoria habria deseado á saber que habia de comprarla con el precio de la sangre de su hijo.

Encuéntranse los dos ejércitos en el bosque de Efraim. El éxito de la batalla no tardó en decidirse. No hacia mucho que los combatientes estaban midiendo sus armas, cuando los de Absalon se declaran en completa fuga. Ya no fué una retirada en regla, fué una dispersion total. Veinte mil cadáveres quedaron en el campo: los que pudieron escapar de aquella mortandad tan horrorosa se precipitaron por el bosque, acosados por los enemigos, muriendo allí muchos de ellos. El mismo Absalon lleno de rabia y de vergüenza al ver que vá á caer en manos de los soldados de su padre, montado en su corcel de batalla, echa á huir á todo escape. Mientras corre con la velocidad del rayo, mientras el viento agita

su larga y magnífica cabellera, ésta se le enreda en las ramas al pasar por debajo de una encina. El corcel sigue su precipitado curso y el caballero queda colgado del árbol.

Un soldado del ejército vencedor que le vé en situacion tan desesperada, corre á informar de ello al general Joab. «Si así le viste, le dice el general, cómo no le atravesaste á cuchilladas, y yo te hubiera dado diez siclos de plata y un tahalí?» El soldado recordó á Joab las terminantes órdenes dadas por David.—«Aunque pusieras en mi mano mil monedas de plata de ningun modo la extenderia contra el hijo del Rey; pues oyéndolo todos nosotros te mandó á tí y á Abisaí y á Ethai, diciendo: «Guardadme al jóven Absalon.»

No hace caso Joab de semejante advertencia. No vé en Absalon al hijo del Rey, vé solo á un rebelde que perturba la tranquilidad pública; por su causa se han inmolado millares de víctimas; por su causa el país está sufriendo las calamidades de una sangrienta guerra.—«Yo mismo le acometeré en tu presencia, responde Joab con la resolucion propia de un guerrero.»

Toma Joab tres dardos y los clava en el pecho de Absalon. Su corazon todavía palpita; le queda aun un resto de vida, entonces los jóvenes escuderos de Joab acaban de matarle.

Inmediatamente Joab hace tocar la bocina para que se detengan sus soldados y cesen de perseguir á los fugitivos, concediendo á los rebeldes un perdon general.

Absalon fué echado en una grande hoya abierta en el bosque y cubierto su cadáver con un monton de piedras.

El Rey esperà ansioso noticias del resultado de la batalla. Mil encontrados pensamientos se agitan en su mente; si Absalon vence, Israel está perdido; por el contrario, si vencen los suyos, su hijo Absalon puede morir en la demanda. David no sabe lo que quiere; la derrota como la victoria ha de serle funesta.

Un centinela apostado en el muro anuncia la venida de un correo. « Si viene solo, dice el Rey, buenas nuevas trae.»

Apenas vé al Rey, el mensajero corriendo grita con toda la fuerza de sus pulmones:—¡ Victoria !—Se postra profundamente delante del soberano y exclama:—«¡Dios te guarde, oh Rey! ¡Bendito sea el Señor tu Dios que ha entregado en tus manos á los que se alzaron contra el Rey mi Señor!»

David recibe tan fausta noticia con un sentimiento de placer mezclado de tristeza. Su causa ha triunfado; pero ¿y su hijo? La suerte de su hijo le preocupa. Antes de informarse de los detalles de la batalla, lo primero que pregunta es: «¿ Se ha salvado mi hijo Absalon?» El mensagero no contesta categóricamente. Limítase á decir:—«Cu ando Joab tu servidor me envió á tí, oh Rey, ví levantarse un gran tumulto: no sé otra cosa.»

El mensajero con esta respuesta empezaba á p reparar á David, dejándole entrever el trágico fin de su hijo.

Llega un segundo mensajero llamado Cusí y dice:—«Buenas nuevas traigo Señor y Rey mio : Dios te ha vengado de t odos los que se levantaron contra tí.»

El Rey se halla bajo el dominio de una sola idea. Para él el amor paternal lo absorve todo; repite, pues, con iguales palabras la misma pregunta:—«¿Se ha salvado mi hijo Absalon?» La respuesta á la par que respetuosa no dejó esta vez lugar á dudas:—«Como ha sido tratado el jóven así lo sean los enemigos del Rey mi Señor y todos los que se declaren contra él para perjudicarle.»

El corazon del angustiado padre acaba de recibir una sangrienta h erida. Sin decir palabra, se levanta y sube á encerrarse en un aposento para dar allí rienda suelta al dolor que le ahoga. ¿Qué le importa el triunfo si ha costado la vida de su hijo? ¿Qué le importa que no haya en adelante quien le dispute el trono si en el bosque

acaba de abrirse un sepulcro donde descansa un pedazo de su corazon? Fué Absalon un ingrato, un malvado; es verdad, pero era su hijo; esta circunstancia bastaba para que David le amase con la ternura de padre.

El desgraciado David está exhalando gritos que penetran hasta el fondo del alma de todos los que le oyen; no sabe dar treguas á su dolor. ¡Hijo mio Absalon! exclama anegado en llanto; ¡Absalon, hijo mio! ¡Quién me diera que yo hubiera muerto por tí, Absalon, hijo mio, hijo mio Absalon!

Y el infeliz David repite una y cien veces estas palabras para alimentar su dolor.

Al saber el pesar del Rey, Israel entero se asocia á los sufrimientos del afligido padre. Revocóse la órden de que las tropas victoriosas hiciesen su solemne entrada en la ciudad; el ejército y el pueblo se cubrió de luto.

La magnanimidad de este buen padre hace resaltar mas la perfidia de su perverso hijo. A cada uno de los dos el Señor les paga segun sus obras; Absalon muere en la afrenta y la deshonra; David sube nuevamente al trono que por tantos títulos le pertenece, y se ve venerado y obedecido de sus pueblos.

LECCION TRIGÉSIMA SEXTA.

LA SOBERBIA CASTIGADA.

Al entrar el monarca legítimo en Jerusalen todas las tribus se apresuraron á prestarle vasallage, cobijándose bajo la generosidad del magnánimo rey todos los que durante la revuelta le habian inferido algun agravio. Entre estos se contaba Semei, el pariente de Saul, que

se atrevió á insultar á David en la hora de la desgracia, y que no contento con injuriarle de palabra, tuvo la osadía de hacerlo de obra apedreándole. Un hombre como este parece que no habia de ser admitido nunca á la presencia del Soberano; mas David tiene un corazon demasiado noble para no olvidar las injurias que se le han inferido.

Semei sabe que le bastará confesar su delito para que el bondadoso rey le cubra con su perdon. Postrado á sus piés exclama :—«No me imputes, Señor, la maldad; ni te acuerdes de los agravios de tu siervo en el dia en que saliste, ó señor rey, de Jerusalen ; no los guardes en tu corazon ; porque yo tu siervo conozco mi pecado, y por esto he sido el primero de la tribu de José que ha salido al encuentro del Señor mi rey.»

La ofensa inferida por Semei al monarca era muy grave. El general Abisai cree que á un hombre que tuvo la villanía de maltratar tan torpemente á su rey, debia condenársele á la última pena.

David no aprueba semejante severidad manifestando que el dia en que ha vuelto á subir al trono de Israel debe ser dia de clemencia. — «¿ Porqué se ha de quitar la vida á un israelita? Puedo olvidar por ventura que he sido hoy constituido nuevamente rey sobre Israel?» Y volviéndose á Semei le dice : «No morirás.»

El período de las desventuras no habia de terminar para David sino con su existencia ; Dios le hacia gracia de los castigos eternos que se habia merecido por su pecado ; pero era menester que en vida expiase debidamente su delito. No tardó en persuadirse de que la muerte de Absalon no habia ahogado todos los gérmenes de desórden que existian en su reino. Los hechos que dejamos mentados habian dejado entre las diversas tribus semillas de recíproca enemistad ; bastaba el menor incidente para determinar el desarrollo de esta semilla. Esta vez lo que dió lugar á una conflagracion fueron los celos.

Al volver el Rey á Jerusalen los que rodeaban su augusta persona eran la tribu de Judá y una pequeña parte de Israel. Los demás guerreros se quejaron de que no se les hubiese aguardado á ellos ; á lo que contestaron los de Judá : «El Rey nos toca mas de cerca.»

Semejante contestacion no era por cierto la mas á propósito para conciliar los ánimos, puesto que con ella los de Judá se daban á sí mismos una preferencia que habia de irritar á los demás. Los de Israel ofendidos en su amor propio, replicaron:—«Valemos para con el Rey diez veces mas que vosotros ; David nos pertenece mas que á vosotros ; ¿porqué nos habeis hecho este agravio? » La contestacion de los de Judá fué tan áspera como inconveniente. Esta animada contienda habia de producir sus fatales resultados.

Un hombre de malos antecedentes, un revoltoso, uno de estos que quieren medrar á la sombra de los trastornos políticos, se aprovechó de esta coyuntura para tocar la trompeta de la insurreccion. Este hombre se llamaba Seba. Para incitar á los descontentos á tomar las armas empieza por exasperarlos. — « No tenemos nosotros parte en David; nada hay que esperar del hijo de Isaí.» —Y concluye diciendo: «¡Israel vuélvete á tus tiendas!»

Israel se apresta á la venganza. Tenemos ya encendida una nueva guerra civil ; tenemos ya á la nacion de David dividida en dos ejércitos que aguardan dirimir sus contiendas en el campo de batalla.

Toda la tribu de Judá desde el Jordan hasta Jerusalen se pone á las órdenes de Joab para derrotar á los insurrectos. Dirígense á su alcance, hasta que llegan á Abela donde Seba se ha refugiado con los suyos.

Joab pone sitio á la ciudad, levanta fuertes baterías de ataque. El valiente ejército sitiador se prepara para el asalto ; empiezan ya á abrirse entrada por los muros. La ciudad se consterna al ver que será víctima de un saqueo que va á dejarla arruinada.

Una mujer es la que se presenta á Joab para pedirle gracia en nombre de los habitantes de la poblacion. Le manifiesta que ella es una madre, le habla en nombre de sus hijos, le dice que Abela es una ciudad que está sumisa al Rey.

Joab le contesta que allí se cobija un hombre que se ha sublevado contra David.—«Entregad á este hombre y nos retirarémos.»—«Ahora mismo, contesta la muger, te echarán su cabeza por el muro.»

Aquella muger reune al pueblo, con un valor superior á su sexo, atenta solo á salvar á la poblacion, dice á la asamblea que la causa de los males que sufre la ciudad y del peligro en que está de verse aniquilada es Seba; y les manifiesta el único recurso que hay de salvacion.

Poco despues la cabeza de Seba rodaba por la muralla, cortada por los mismos que él habia acaudillado; pago que dan frecuentemente los revoltosos á aquellos que por sus miras personales les han sacado de la senda de sus deberes.

Dios que en su justicia acaba por abandonar á los que se obstinan en el mal y en la impiedad, permite á veces faltas en los mejores reyes para castigar á los pueblos. Las revueltas que hemos mencionado habian de tener su expiacion; así la Justicia Divina lograba el doble efecto de castigar á una nacion que se habia hecho culpable del crímen de rebeldía, castigando al mismo tiempo en la nacion á su rey que amaba entrañablemente á su pueblo, considerándolo como una gran familia de la cual él era el padre. Así lo dá á entender la Santa Escritura al decirnos ya en la primera línea de la narracion de la triste prueba que vamos á reproducir: —«Y se encendió de nuevo el enojo del Señor contra Israel.»

«El Satan *de la soberbia* se levantó contra Israel y movió á David á formar el encabezamiento de su pueblo.»

Con esta frase resume la Santa Biblia el hecho que va á ocuparnos. ¿Pero cómo se explica que David siendo como era entonces un santo rey estuviase al alcance de las sujestiones del espíritu malo? Ningun mortal, ni aun el mas perfecto, puede vanagloriarse de estar al abrigo de estas sujestiones. Pero podia resistir á la tentacion; el justo puede acudir á los recursos de la plegaria y de los sacramentos; y si tiene la desgracia de sucumbir, puede volver á levantarse, como lo hemos visto en David, con las lágrimas de un cordial arrepentimiento.

El reino de Israel hallábase en un estado próspero y floreciente, tenia un ejército imponente y aguerrido, contaba con un número inmenso de habitantes; en una palabra, Israel podia competir con las primeras naciones. Las grandezas del pais que estaba confiado á su corona ensoberbecieron á David, el cual recordaba que un dia no era mas que un pobre pastor, que mas tarde fué un caudillo perseguido y que no hacia mucho hasta habia visto disputársele el trono. Quiere saber hasta donde alcanza su régia potestad para gozarse en la extension de sus dominios y en el número de sus súbditos. A este efecto, llama á Joab y le dice:—«Recorre todas las tribus de Israel desde Dan hasta Bersabee, y numerad todo el pueblo para que yo sepa su número.»

Cuando se hubiese tratado de una mera medida administrativa, no hallaríamos en el rey la menor culpa en querer tener de sus dominios los correspondientes datos estadísticos; pero se trataba de satisfacer una pasion de soberbia; hé aquí la falta. Este encabezamiento que de suyo podia ser un acto inocente y hasta bueno, era culpable porque culpable era su objeto.

Joab le desaconsejó este acto; pero el Rey se desentendió del dictámen de su primer consejero.

El encabezamiento dió por resultado la cifra de 1.570,000 hombres que el Rey podia poner en pié de guerra.

Al meditar sobre esta cifra, el rey quiso darse cuenta de este hecho, se preguntó á sí mismo el fin que le habia movido al hacer el recuento, y al registrar su conciencia no tardó en hallar que se agitaba en sus ocultos pliegues el áspid de la soberbia.

David se confunde, reconoce la miseria humana, cae de rodillas, y pidiendo perdon á la ofendida majestad del Todopoderoso, exclama:—«He pecado gravemente en este hecho; mas, ruégote, ó Señor, que olvides la iniquidad de tu siervo, porque he obrado muy neciamente.»

A la mañana siguiente el Rey se levanta de su cama agitado por remordimientos que no acierta á dominar, cuando ve adelantarse hácia él con paso mesurado y cubierto con su manto al profeta Gad que viene á hablarle en nombre de Dios.—«O te vendrá hambre por siete años en tu tierra, ó por tres meses andarás huyendo de tus enemigos y ellos te perseguirán; ó á lo menos habrá peste en tu pais por tres dias. Delibera, pues, ahora, y mira que palabras he de responder á Aquel que me ha enviado.»

David no sabe que contestar. Al fin, despues de estar por algun tiempo perplejo, persuadido de que la Justicia Divina tiene que consumarse infaliblemente, puesto en tan dura alternativa opta por el castigo mas breve que es la peste. El hambre era difícil que llegara á alcanzarle á él; le era fácil librarse de los estragos de la guerra; pero la peste puede sorprender al que se sienta en el trono como al último de los súbditos; hé aquí porque David se decide por este azote. Setenta mil hijos de Israel fueron víctimas en tres dias de esta plaga.

No es por el solo hecho que determina un azote como nosotros debemos medir su rigor; si así fuera la terrible peste que asoló á Israel podria parecernos un castigo desproporcionado y hasta tal vez injusto. Respecto á la Justicia Divina existen misteriosas provocaciones de las

que Dios sabe el secreto á mas de aquellas que son visibles á todos los ojos. Aquí la falta de David coincide sin duda con el momento en que el Señor habia determinado castigar á Israel por sus pasadas defecciones; á mas del pecado de David, el castigo tenia otras causas que no pueden ser puestas en duda como no puede serlo la Justicia de Dios. Es cierto que en Israel David no era el único culpable ni el mas culpable, así, pues, no sufrió en el castigo sino la parte que á él le correspondia; á no ser que digamos que el martirio de sus dolores á la vista de las calamidades de todo un pueblo del cual él era el padre, llegó á sobrepujar el sufrimiento de las víctimas heridas de muerte. Por otra parte antes de que Dios le hiciera aparecer su profeta, David se habia ya apresurado á confesar y reconocer su falta, y esta confesion tan espontánea como humilde habria quizás bastado para desarmar el brazo de la venganza celestial, si una justicia que el pueblo no habia prevenido con las lágrimas de la penitencia no hubiese contribuido á desencadenar el azote de Dios.

Al ver multiplicarse de esta manera las víctimas, David que sufre mas por las calamidades de sus súbditos que por las suyas propias, exclama :—«Yo soy el que he pecado, yo he obrado inícuamente. ¿Qué han hecho estos que son las ovejas? Vuélvase, te ruego, tu mano contra mí.

Vuelto Gad á presencia del Rey le aconseja que erija un altar en el sitio donde se ha visto aparecer el ángel exterminador, y se ofrezcan allí sacrificios. Hecho esto, el Señor dijo al ministro de sus venganzas que iba á aniquilar á Jerusalen, la ciudad que David habia engrandecido y que constituye la mejor joya de su corona :—«¡Basta! Deten tu mano.» El Angel obedece y cesa el azote.

Cuando veamos pasar por un pueblo la justicia de Dios debemos prestar oido á la voz de sus enviados, de

sus ministros, de los sacerdotes que nos enseñan la manera de aplacar la cólera divina escitada por nuestros pecados, y ofrecerle sacrificios de homenaje y de expiacion; es decir, el culto verdadero de la adoracion y del arrepentimiento.

Aprendamos además en esta leccion que los numerosos ejércitos, que las fuerzas materiales en que los pueblos y los reyes fian á veces su grandeza nada son delante de Dios. ¡Desgraciados los príncipes que ponen su confianza y su orgullo en el número de sus tropas! Dichoso por el contrario el pueblo que sin despreciar los medios humanos, aconsejados por la política, por la ciencia militar ó por las necesidades de la época, coloca su gloria al amparo de la proteccion divina.

Recordemos que el ángel de las venganzas hiere á los unos hasta en el silencio de la paz; que el ángel de las bendiciones recompensa á los otros hasta entre el fuego de la guerra.

LECCION TRIGÉSIMA SÉPTIMA.

LOS ÚLTIMOS DIAS DE DAVID.

Encontrábase ya David en el ocaso de la vida. Alejado de los negocios públicos, á los que ni su edad, ni sus achaques le permitian dedicarse, veia que se acercaba la hora en que iria á reunirse con sus mayores.

El rey de Israel tocaba ya al borde del sepulcro; era menester dejar un sucesor que debia ser uno de sus descendientes.

Israel se hallaba en el apogeo de su grandeza y de su civilizacion. David, hombre de iniciativa y de tacto, digno rey de un pueblo animado del entusiasmo patriótico y del fervor religioso, habia comprendido perfecta-

mente el espíritu de aquel pueblo, esplotando en favor de la prosperidad nacional las aspiraciones de los israelitas.

Mientras extendia su imperio hasta el Eufrates, amasaba en Jerusalen los materiales destinados á aquel templo que habia de ser una de las maravillas del mundo, y en el cual habian de resonar los magníficos cánticos donde David manifestaba su gran corazon y sus celestiales inspiraciones en las horas de sufrimiento ó de alegría.

Pero si pertenecia á David la idea del templo, habia de pertenecer á su sucesor la realizacion de esta idea. ¿Quién será este sucesor? ¿Quién manejará aquel cetro que tan dignamente habia empuñado David? ¿Quién será capaz de llevar á feliz éxito la grandiosa obra del templo de Jerusalen?

Por derecho de primogenitura la herencia pertenecia á Adonias. Mas Adonias no era digno de ceñir la corona de Israel; David tenia otro hijo que reunia escelentes cualidades para ser un gran rey; se llamaba Salomon: David habia prometido á Betsabé que Salomon le sucederia en el trono.

Al ver Adonias que su padre se hallaba próximo á descender á la tumba, trata de preparar el terreno para que Israel le proclame su rey. Recorre las grandes poblaciones precedido de una numerosa escolta, con toda la magnificencia de un monarca; se pone en connivencia con el general en gefe de los ejércitos de David, con Joab, que era además el primer consejero del Rey, y hasta podemos decir el alma del gobierno israelita.

Adonias se persuade de haber tomado todas sus prevenciones, y creyéndose ya en las gradas del régio sólio, exclama envanecido: «Yo reinaré.»

El viejo David no deja de apercibirse de todo esto; mas su antigua energía, su gran carácter se ha ya debilitado á consecuencia de los achaques de la vejez; de

sus escelentes cualidades ya no queda más que el recuerdo; David no sabe reprender á Adonias y decirle: Tú no puedes ser más que el primer súbdito de tu hermano.

Esta tolerancia de David envalentona á Adonias, quien, sin aguardar la muerte del Rey, congrega en un gran convite á todos los magnates, y entre ellos á los príncipes de la casa de Israel, á los primeros representantes del sacerdocio y de la milicia, y á la real servidumbre, para proclamarse rey en su presencia y hacer que ellos sancionen este acto. Ni Salomon ni su preceptor el profeta Nathan fueron convidados; tampoco asistieron á esta fiesta los sacerdotes más distinguidos por su santidad, ni muchos de los generales más expertos. Faltábale á Adonias el principal elemento; el ejército no estaba en su favor.

El profeta Nathan, el digno sacerdote que no tuvo en otra ocasion inconveniente en presentarse ante el rey David para reprender severamente sus faltas, se presenta esta vez á Bethsabé para decirle: «No sabes que se proclama rey á Adonias y que David, nuestro señor lo ignora.» Le advierte que su existencia y la de su hijo Salomon corren un grave peligro, porque Adonias no habrá de permitir que viva el hijo de Bethsabé que puede arrebatarle la corona y que constituye para él una constante amenaza, que se buscarán pretextos para que ella, lo mismo que su hijo, sean tratados como reos de Estado.—«Anda y entra en el aposento del rey David, y dile: juraste tú, Señor mi rey á mí tu sierva, diciendo: Salomon tu hijo reinará despues de mí, y él se sentará sobre mi trono. ¿Pues cómo es que reina Adonias? Y cuando tú estés hablando allí todavía con el Rey, llegaré yo despues de tí y acabaré tus razones.»

Siguiendo los consejos de Nathan la reina penetra en la estancia de su esposo. é inclinándose ante la majestad real, se postra de rodillas.

—¿Qué es lo que quieres? la pregunta el real enfermo. Bethsabé recuerda al monarca sus solemnes promesas, le expone la conducta de Adonias, y luego le dice: «Entretanto, Señor rey mio, los ojos de todo Israel están vueltos hácia tí, para que les declares quien debe sentarse sobre tu trono.» Bethsabé hace presente al Rey que si Adonias ciñe la corona, luego que David haya ido á reunirse con sus antepasados, ella y su hijo se verán expuestos á las rudas venganzas del rey intruso, que buscará una excusa para matar á Salomon en carácter de rebelde y á ella como cómplice de su delito.

Bethsabé acababa de apelar al honor del rey, á la ternura del esposo y al amor del padre. Estaba hablando todavía cuando entra un servidor de palacio para anunciar al Rey:— «Aquí está el profeta Nathan.» Al entrar el sacerdote la Reina se retira.

El santo profeta confirma lo que acaba de decir Bethsabé. Anuncia á David que en aquella hora se está celebrando un festin en que se ha dado el grito de—«Viva el rey Adonias!» ¿Este grito encontrará tambien eco en el corazon del esposo de Bethsabé?...

—«Llamadme á Bethsabé», dice el Rey.

La soberana entra en el régio aposento, se coloca en pié junto á la cabecera de su esposo y aguarda.

David toma la palabra y dice con esa solemnidad misteriosa del moribundo:—«Vive el Señor, que libró mi alma de toda angustia, que así como te juré por el Señor Dios de Isral, diciendo: Salomon, tu hijo, reinará despues de mí, y el se sentará sobre mi trono en mi lugar, así lo haré hoy.»

Anteponiendo Salomon á Adonias, David no obraba arbitrariamente, no sacrificaba el derecho del primogénito; era Dios mismo quien escogia á Salomon para rey de Israel, prometiendo que señalaria su reinado con prosperidades extraordinarias.

Bethsabé reconocida inclinóse nuevamente ante el Monarca, y expresó su satisfaccion con este grito de entusiasmo: «¡Viva por siempre David mi Señor!»

Llama David á los sacerdotes Sados, Nathan y Banaías, y al tener en su presencia á los tres representantes de la religion, les dice que reunan á todos los que constituyen la guardia de la persona del Rey, que hagan sentar á Salomon sobre la mula que sólo puede montar el Soberano, que le conduzcan á Sihon y sea allí ungido rey de Israel por los sacerdotes Sados y Nathan y aclamado por el pueblo. David añade:—«Y desde allí iréis con él, y vendrá, y se sentará sobre mi trono, y reinará él en mi lugar, y le mandaré que sea caudillo sobre Israel y sobre Judá.»

Así se hizo. Despues de la ceremonia de la consagracion el pueblo aclamó con entusiasmo al nuevo monarca, acompañándole con músicas y obsequiándole con toda clase de manifestaciones de júbilo popular.

David se habia despojado ya de la dignidad real. Reconocia que las dignidades terrenas de nada sirven al atravesar los dinteles de la eternidad. En la otra vida no se reconocen coronas: David antes de morir quiso quitarse la suya. Quiso bajar del trono antes de entrar en el sepulcro, y reconociéndose súbdito del nuevo monarca, inclinóse ante la autoridad real representada por su hijo Salomon, y dijo:—«Bendito el Señor Dios de Israel que me ha hecho ver con mis ojos al que se sienta hoy sobre mi sólio.»

Adonias y los suyos reconocieron ya desde luego que todo esfuerzo era inútil; el rebelde se acogió á la clemencia del nuevo monarca, haciéndole pedir que le perdonase la vida.—«Si fuere hombre de bien, contestó Salomon, no caerá en tierra ni uno solo de sus cabellos; mas si fuese hallada maldad en él, morirá.»

Además presentóse á ofrecer sus respetos al rey Salomon, quien le manifestó que podia irse libremente á su casa.

Conoce David que se acerca su postrer momento; mas antes de bajar á la tumba, quiere dar á Salomon aquellas instrucciones que quedan perpétuamente grabadas en el corazon de los hijos como el último recuerdo del autor de sus dias. Con voz grave, con acento pausado, con palabras entrecortadas por los suspiros de la agonía, dice David á su hijo que él va á pagar el tributo que la muerte exige á todo hombre formado del polvo de la tierra: —«Esfuérzate y sé hombre de valor; guarda los preceptos del Señor tu Dios, andando en sus caminos, cumpliendo sus ceremonias, sus mandamientos y juicios, y testimonios, conforme está escrito en la ley de Moisés.»

Sabe perfectamente David por una larga experiencia los gravísimos compromisos que tiene que arrostrar un monarca, las situaciones críticas en que se encuentra, las barreras que se oponen á su accion, y quiere que el nuevo rey se aproveche de las lecciones que ha recibido manejando el cetro. Todo el que desea cumplir con su conciencia halla dificultades en el sendero de sus deberes; pero estas dificultades toman mayores proporciones segun que es mas elevada la posicion que el hombre ocupa. Las intrigas de un palacio, las lisonjas que rodean á un monarca, las pasiones de los cortesanos, el fausto de un trono, la cobarde adulacion, todo se conjura para que un rey falte á sus obligaciones; faltas que con mucha frecuencia producen funestos resultados y traen siempre consigo una grave responsabilidad. He aquí porque David exhorta con mucha insistencia á su hijo á que sepa ser un buen rey. David como rey tiene delante Dios deudas de justicia, que es su hijo quien debe pagarlas, y que él no lo ha hecho llevado por escesivas consideraciones á personas que han prestado especiales servicios á su trono. Recuerda á Salomon que Joab asesinó á dos generales, que su escudo de guerra está salpicado de sangre criminal. Israel lo sabe,

y por mas que Joab haya sido el favorito del Rey, es necesario que el crímen no quede impune, sino que la justicia sea igual para con todos.

David espiró despues de cuarenta años de reinado, siendo sepultado en aquella parte de Jerusalen que recordaba su valor y su gloria. Si faltó, supo cubrir sus faltas con un cordial arrepentimiento; su nombre ha pasado á la posteridad cubierto con la aureola de los varones más santos, de los reyes más valerosos y prudentes y de los génios más ilustres. Los santos Padres le reputan como profeta especial de JESUCRISTO y de su Iglesia; los creyentes le consideran como una de las primeras lumbreras religiosas, y hombres tan grandes como S. Gerónimo han ido á postrarse y á orar junto á su sepulcro.

LECCION TRIGÉSIMA OCTAVA.

RESPETO DE SALOMON Á SU MADRE.

A la temprana edad de veinte años sentóse Salomon en el trono de David, su padre, con aplauso de todas las tribus que vieron en él, aunque jóven, un soberano de saber y de carácter.

Hombre de sentimientos elevados, de corazon noble, la altura de su posicion no le hizo olvidar el cariño á Bethsabé, su madre, á la cual puede decirse que debia la corona, puesto que sin la intervencion de ésta tal vez hubiese salido triunfante la rebelion de Adonias. A éste no se le ocultó todo el influjo que sobre el monarca disfrutaba Bethsabé; y puesto que no podia escalar el trono por la violencia, ya que los pueblos estaban completamente de parte de Salomon, trató de hacerlo por la astucia. Incapaz de conquistarse la co-

rona con su valor personal, probó de arrebatarla de manos de Salomon por los viles medios de una cobarde intriga.

Adonias se presenta á Bethsabé. La reina viuda reconoce desde luego en él al rebelde; mas ella habia olvidado ya todo resentimiento, segura como estaba de que sus protestas de fidelidad hácia el Rey no eran una mentira.—«¿Es pacífica tu entrada?» le preguntó Bethsabé.—«Pacífica, contesta el hermano de Salomon; tengo que hablar contigo.—Habla, dice la reina madre.»

Expone á Betsabé que el trono le correspondia á él de derecho por ser el mayor de los hijos de David, y por contar con la aceptacion del pueblo; pero ya que es el Señor quien ha entregado el cetro á Salomon, protesta nuevamente que él se resigna y que acata la voluntad celestial.—«Ahora pues, añade, una sola peticion te ruego, no avergüences mi rostro.—Habla, responde con amable dignidad la Reina.—Ruégote que digas al rey Salomon, pues no puede negarte cosa alguna, que me dé por muger á Abisag.»

No se trataba de pedir la mano de una muger más ó ménos digna; esta demanda era todo un plan de sedicion perfectamente combinado por el sacerdote Abiathar y el general Joab. Abisag habia estado constantemente al lado de David en el postrer período de la vida del Rey; habia recogido los últimos suspiros del monarca. Abiathar y Joab creyeron que esta union habia de abrir á Adonias una senda para escalar el trono, ya que haciéndose suya á Abisag, podia muy bien esta servir de órgano autorizado para todos los rumores que se creyeran del caso propalar acerca los últimos momentos de David, poniendo en duda la eleccion de Salomon hecha por su padre.

Bethsabé no sospecha que tras de esta súplica se esconde una desleal intriga; se presta, pues, á servir de inocente instrumento de los designios de los conspira-

dores. Introdúcese Bethsabé en la régia estancia. El respetuoso Salomon al ver á su madre, se levanta inmediatamente de su real sólio, sale á recibirla, y le indica que se siente en un trono á la derecha del Soberano.

—«Una pequeña peticion vengo á hacerte, dice la Reina; no me desaires.» El respetuoso monarca contesta con humildad.—«Pide, madre mia; no es razon que yo te haga volver el rostro.—Pido que se dé á Abisag de Semaús por muger á Adonias tu hermano.»

Salomon en su escelente criterio, calcula muy bien toda la trascendencia de una concesion semejante. Por muchas que sean las consideraciones que tenga á su madre; por mucho que desee complacerla, es esta una súplica á que no puede prestarse sin que el país se vea expuesto á perder su reposo lanzándosele en los desastres de una guerra civil, cuyas consecuencias es difícil prever. Salomon tanto como hijo de Bethsabé es rey de Israel; sobre sus deberes de hijo están sus deberes de monarca.-«¿Por qué pides á Abisag de Sumaús para Adonias? Pide tambien para él el reino.»

Semejante tentativa persuadió á Salomon de que no podia darse por seguro mientras viviese su hermano, el cual se constituiria en un elemento constante de agitacion y de discordia, pudiendo dar á Israel dias de sangre y de luto. Salomon al subir al trono, libró de la muerte á Adonias, con la formal promesa de cumplir como buen ciudadano; el rebelde estaba faltando audazmente á su promesa: fué, pues, condenado á muerte, junto con Joab que pagó con la última pena dos alevosos asesinatos que habia cometido contando con la impunidad que le otorgaba la absoluta confianza que en él depositára David. Abiathar, otro de los jefes de la conjuracion, fué á purgar su delito en el destierro.—«Vete á Anathoth, á tu heredad, dijo el Rey á este sacerdote; que en verdad eres reo de muerte; mas no te mataré hoy, porque llevaste el arca del Señor Dios de-

lante de David mi padre.» De esta suerte daba á conocer el respeto que le merecia el sacerdocio y la sagrada uncion que Abiathar habia recibido.

Con este hecho termina el papel de Bethsabé. La última fase de la vida de esta muger nos hace olvidar su triste entrada en la historia. Curramos un velo á las debilidades de la esposa de Urí; esa Bethsabé que la hemos visto llorar sobre el cuerpo de su primer hijo helado por la muerte; que ha sabido preparar para Salomon la subida al trono, comprende perfectamente los dolores y las satisfacciones de la maternidad. En el último período de su existencia, Bethsabé es una muger casta, prudente, que realiza de un modo digno su mision en el mundo. Sin duda Salomon, al escribir los consejos que el rey Samuel recibia de su madre, se acordaba de Bethsabé; tal vez al retratar la muger fuerte, Salomon se complacia en reproducir en sus elocuentes páginas la figura de su madre. Bethsabé ejerció sobre Salomon un influjo de que se habia hecho digna; la viuda de David distaba mucho de la muger de Urí. La reina habia rehabilitado en Bethsabé á la muger. Esta rehabilitacion contiene el secreto de su predominio moral sobre el más sabio de los reyes de Israel, y la hace digna de dar á luz á uno de los progenitores del Redentor del mundo.

LECCION TRIGÉSIMA NONA.

UN RASGO DE JUSTICIA.

El rey Salomon pidió por esposa una princesa de Egipto que se cree ser hija de uno de los dos Psebeuchas, faraones de la dinastía vigésima primera. A la real nóvia le ofreció en dote su padre la ciudad de Guezer.

La princesa egipcia no participaba del júbilo general

durante las fiestas de las boda. Trasladada á una corte extrangera, viósela echar á menos su pais natal; al hallarse al lado de un esposo desconocido, sentia la ausencia de sus padres, de sus hermanos, de sus compañeras. Para consolarla, los hijos de Coré entonaron uno de aquellos cánticos cuya expresion concisa, llena de fuego, revela la brillantez de su génio: es el elogio del hombre á quien va á unirse:

«Vistoso en hermosura... se derramó la gracia en tus labios.

«Cíñete tu espada sobre tu muslo, ó valerosísimo.

«Con tu belleza y tu hermosura, enristra, marcha con prosperidad y reina por medio de la mansedumbre y la justicia; y te guiará admirablemente tu derecho.

«Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por esto te ungió Dios, el Dios tuyo.

«Asistió la reina á tu derecha con vestidura dorada.

«Oye, hija y mira, é inclina tu oido; olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y codiciará el rey tu belleza.

«Y las hijas de Tiro con presentes, te ofrecerán humildes ruegos todos los hijos del pueblo.

«En lugar de tus padres te han nacido hijos; los establecerás príncipes sobre toda la tierra.»

Ningun homenage puede ofrecerse mas simpático á una esposa que la alabanza sincera de su esposo, ya que las glorias del marido redundan siempre en gloria de la muger que une á él su existencia: hé aquí porque los hijos de Coré ofrecen á la esposa de Salomon este himno, donde á la par que la belleza plástica, tan querida de los poetas antiguos, se echa de ver la elevacion moral que circunda á Salomon como de una aureola severa y magestuosa á la vez.

Los hijos de Coré cantan la magnificencia de su soberano, en presencia de la novia; le presentan en su palacio de riquísimas paredes el tipo del rey asiático en el dia de su himeneo, sentado sobre su trono, con la es-

pada en el cinto, perfumado de aromas, meciéndose en embriagadoras armonías. A la derecha del Rey está la princesa de Egipto, la reina de Israel, la compañera de Salomon, adornados sus vestidos de oro. Y los hijos de Coré, adivinando su melancolía, dirigen á la jóven esposa las más lisongeras frases. Que incline hácia ellos su contristada frente; que sepa reconocer la dicha que le depara su nuevo destino; que olvide la tierra de Egipto y el palacio de los Faraones; que haga el sacrificio de su antigua patria en aras de su jóven esposo que la ofrece todo su cariño. Y los tirios, y los magnates de Israel expondrán sus deseos á los piés de su jóven soberana. ¿Se acuerda todavía de su patria? Tal vez si; pero si el prestigio del rango supremo, si el afecto de un jóven monarca, sábio, agraciado, espléndido, no pueden consolarla, ¿no ve ella en el porvenir en lugar del amor de sus padres el de los hijos que Dios le concederá como bendicion de su matrimonio? Reina, esposa y madre, poderosa con esta triple autoridad, hará de sus hijos los príncipes de la tierra. Salomon rodeó de su solicitud á la hija del rey egipcio; haciendo construir para ella espléndidas habitaciones en el palacio de cedro que mandó construir despues de la ereccion del templo.

Acabamos de ocuparnos del hijo y del esposo; ocupémonos ahora del rey.

Monarca de fé y de piedad, comprendió que el principal deber de un rey es dar edificantes ejemplos de religion á sus súbditos, reconociendo que de Dios viene toda autoridad, que de él reciben los monarcas sus coronas y sus espadas los guerreros. Su primera diligencia, luego de asegurado el trono, fué encaminarse con solemne pompa y numeroso séquito á Gabaon, donde se custodiaba el Tabernáculo y ofrecer allí sacrificios de gratitud al Rey de reyes.

Despues de haber cumplido con lo que le exigia su corazon sinceramente piadoso, al hallarse por la noche

entregado á su apacible descanso, oye una voz celestial que le dice:—«Pídeme lo que quieres que te dé.» Difícil era la respuesta, sobre todo para un monarca de pocos años. ¿Pedirá riquezas para hacer ostentacion de un fausto que deslumbre á los demás monarcas? ¿Implorará del Altísimo que le otorgue extensos dominios para que su cetro pueda dilatar su accion hasta los más apartados confines de la tierra? Nada de esto; corazon noble, espíritu elevado, el jóven rey de Israel no conoce la ambicion, los instintos mezquinos, las pasiones miserables que echan á perder con frecuencia á los hombres de Estado más eminentes. Salomon es rey, y sabe que lo es, no para atender á su engrandecimiento personal, sino para procurar el bien de sus súbditos; lo que mas necesita son aquellas cualidades que puedan hacer de él un monarca inteligente y justo: esto es lo que pide.—«Da á tu siervo un corazon dócil, para que pueda hacer justicia á tu pueblo y discernir entre lo bueno y lo malo.»

Tan prudente peticion mereció una respuesta digna de la Suma Bondad, que no deja nunca sin recompensa al que obedece á los arranques generosos de un espíritu elevado.—«Por cuanto no has pedido para tí ni muchos dias de vida, ni riquezas, ni la muerte de tus enemigos, sino que has demandado sabiduría para discernir lo justo; hé aquí que lo he hecho conforme á tus palabras, y aun lo que no has pedido te he dado tambien: te concederé riquezas y gloria, por manera que no habrá habido uno parecido á tí en todos los tiempos pasados.»

Un célebre episodio de la vida de Salomon dió á conocer desde luego la eficacia de estas promesas.

Penetraron cierto dia en el palacio del rey de Israel dos mujeres para implorar justicia á los piés del Soberano. En sus gestos, en la exaltacion que no podian ocultar, en sus frases, en los reproches que mutuamente

se dirigian, daban á conocer que la contienda que las dividia era muy empeñada, y que no se podia contentar á la una sin dejar desairada á la otra. Tratábase nada menos que de dos madres que se disputaban un hijo.

Empezó por exponer su demanda una de las dos contendientes diciendo que ambas habitaban una misma casa y que en un mismo aposento una de ellas dió á luz un hijo, cuando solo hacia tres dias que la otra era madre. «El hijo de esta muger, prosiguió diciendo, murió una noche, porque ella durmiendo lo ahogó, y levantándose en silencio á una hora intempestiva tomó mi hijo del lado de tu sierva que dormia, y lo puso en su lecho, y á su hijo que estaba muerto lo puso en el mio. Y habiéndome incorporado por la mañana para amamantar á mi hijo lo hallé muerto; y mirándole con mayor cuidado á la claridad del dia, reconocí que no era el mio.» La otra muger fuera de sí contestó:—«No es así como tú dices, sino que tu hijo es el muerto y el mio es el vivo.»

Lo animado de la querella se comprenderá mejor si se atiende al valor que se daba á la madre en Israel y la afrenta que caia sobre la que no podia presentarse en público ostentando un hijo en sus brazos, como prenda de que tenia derecho á abrigar la esperanza de contar entre sus descendientes al Salvador del mundo.

No es posible apelar á pruebas, no existen testigos; todo procedimiento jurídico es inútil. El rey se ve en el caso de dictar un fallo: si este sale errado da á una muger indigna un hijo que no le pertenece y priva á la verdadera madre del fruto de sus entrañas, lanzándola en las puertas de la desesperacion. No se le oculta toda la trascendencia de su resolucion, ya que si no sale acertado va á herir en lo mas íntimo los vivos sentimientos de la maternidad. Salomon medita un instante; y acude á una de estas medidas que solo se pueden tomar en momentos supremos.—«Traedme una

espada,» dice con resolucion, dirigiéndose á su guardia. ¿Qué va á hacer? Ya que no es posible dicernir la contienda, «divídase el niño, y dése la una mitad á la una y la otra mitad á la otra.»

La madre fingida, la muger falsa que pretende robar un hijo al regazo materno, siente un placer particular al oir una sentencia tan horrible. No aparecerá ante Israel con el título de madre, es verdad; pero en cambio tambien su rival, á la que odía, se verá privada de esta satisfaccion y tendrá que ver á su hijo en manos de los verdugos para ser destrozado.

Pero la madre verdadera, la muger que sufre la tortura de que se le dispute al hijo de su corazon, con voz temblorosa, sin acertar apenas á decir una palabra, anegada en llanto, apresúrase á exclamar: — «Ruégote, Señor, que le deis á ella la criatura y no la mateis.» Salomon reconoce en esta muger á la madre legítima y le devuelve su hijo. La justicia se ha cumplido; la buena muger se retira consolada, mientras que su rival tiene que devorar la vergüenza de ver que el Rey ha descubierto su infamia.

Respetado de los reyes fronterizos, gozando Israel de una completa paz, y extendiendo su dominacion desde el Eufrates hasta los confines de Egipto, Salomon creyó llegada la hora de poner en planta el gran pensamiento de su padre; erigiendo á Jehová un templo que fuese la admiracion del mundo.

Habia en Tiro multitud de artesanos que se consagraban á trabajar la madera, en lo que tenian una habilidad especial. Salomon escribió á Hiram, amigo que habia sido de su padre David, y á la sazon rey de Tiro, para que le proporcionara trabajadores aptos para la grande obra que iba á empezar.

Hiram accedió gustoso á la demanda del rey de Israel trasladándose al Líbano gran multitud de carpinteros tirios, á la que se juntaron treinta mil israelitas,

que se constituian allí en tandas de diez mil que iban sustituyéndose por meses. Las maderas eran despachadas por mar de Joppe ó Joffa, desde cuyo puerto se las acarreaba á Jerusalen, empleándose en esta tarea de transporte sesenta mil hombres. Ocupábanse además en el monte ochenta mil canteros en extraer y pulir mármoles, pórfidos y otras piedras escogidas; y para conservar el debido órden entre esta muchedumbre de operarios y la correspondiente regularidad en los trabajadores, habia tres mil sobrestantes, á cuyo cargo corria el comunicar y hacer cumplir las órdenes á sus respectivas brigadas.

Conducidas las piezas al pié de la obra, perfectamente acondicionadas, fué posible excusar en su colocacion el trabajo del hacha y del cincel; y aquella inmensa mole se erigió en medio de un magestuoso silencio, doble manifestacion de la admiracion y del respeto de que estaban poseidas aquellas numerosas muchedumbres. Para la construccion de la casa del Señor no se empleó material alguno que no fuese precioso; mármoles, cedros, metales ricos formaban en su totalidad el edificio; así es que el *Santísimo* que media veinte codos de longitud por otros tantos de latitud y altura, tenia tres paredes sobrepuestas, una de piedra, otra de cedro, y la exterior estaba cubierta de láminas de oro puro: de este mismo metal eran hasta los goznes de las puertas, correspondiendo á tanta riqueza todos los ornamentos y demás objetos del culto divino.

Mientras duraban los trabajos, aparecióse un ángel á Salomon para decirle en nombre de Dios:—«He visto este edificio que levantas: sí, pues, tú marchas por el sendero de mis preceptos; si ejecutas mis leyes y si guardas mis mandamientos, sin desviarte ni un solo paso, cumpliré en tí la palabra que dí á David, tu padre; yo habitaré entre los hijos de Israel; yo no abandonaré jamás á mi pueblo.

Conforme se desprende de estas frases, lo que Dios desea principalmente no es tanto el templo material como el templo moral de nuestros corazones, altar sagrado donde deben inmolarse los holocaustos de la abnegacion, de la fé y de la caridad. Que sean de oro las puertas de este santuario; y que el oro de estas puertas lo constituyan las virtudes de la piedad cristiana, de la ternura religiosa; y que nunca el espíritu de incredulidad ó de indiferencia; que nunca el amor del mundo ó de sus menguadas pasiones, logre echar por tierra estas puertas profanando este templo augusto que se levantó principalmente para sí el Espíritu Santo.

LECCION CUATRIGÈSIMA.

SOLEMNIDADES CON QUE SE CELEBRÓ LA TRASLACION DEL ARCA AL TEMPLO.

Dispuesto ya todo, verificóse una espléndida procesion para solemnizar el acto de trasladarse el Arca del Testamento á su nuevo Santuario. Invitóse por órden del Rey para que asistieran á esta solemnidad los ancianos, los príncipes de las tribus y los gefes de las familias. La procesion se celebró con una magnificencia indescriptible. Delante del Arca, que avanzaba con lentitud, rompiendo oleadas de gente, iba el Rey, precedido de ciento cincuenta levitas, que proclamaban el triunfo del Dios de Israel, y cercado de los magnates de la nacion. En altares erigidos al efecto se inmolaban al paso del Arca numerosas víctimas, mientras llenaban el espacio armoniosas músicas y nutridos coros, que eran interrumpidos continuamente por el estrépito de las aclamaciones populares.

Pero cuando el entusiasmo de Israel escedió á toda

descripcion fué al entrar el Arca en el *Sancta Sanctorum*. Jamás se ha hecho á rey alguno de la tierra una ovacion tan entusiasta; en ninguna solemnidad cívica, en ninguna fiesta popular pueblo alguno del mundo ha experimentado las emociones que experimentó aquel pueblo: en medio de un júbilo inmenso los cantores ornados con vestiduras de finísimo lino, entre las armonías producidas por las harpas, los cimbalos, los salterios y las trompetas, entonaban este cántico:—«Bendecid al Señor, porque es bueno; porque su misericordia es para siempre.»

Entre el sonido acorde de mil voces que entonaban este himno, la innumerable concurrencia vióse sorprendida por un acontecimiento que no esperaba. El Señor tuvo á bien dar mayor solemnidad á aquella fiesta con un prodigio de su omnipotencia. Vióse descender en el templo, cubriendo sus espacios, una brillante nube. El Rey, cayendo en tierra de rodillas, reconoce en esta señal la manifestacion de que el Dios que lo llena todo residirá de un modo particular en aquel sitio para atender á la súplicas que allí se le dirijan.—«¿Será creible, exclama el piadoso Salomon, que verdaderamente has de habitar sobre la tierra? Sino pueden abarcarte el cielo, ni los cielos de los cielos, ¿cuánto menos una casa que te he edificado? Pues bien: oye la oracion que tu siervo hace hoy delante de tí: Que tus ojos estén abiertos sobre esta casa de noche y de dia: sobre la casa de la que dijiste: Allí estará mi nombre. Que oigas los ruegos de tu siervo y de tu pueblo de Israel en todo lo que te pidieren en este lugar, y los oirás en el lugar de tu morada en el cielo, y despues de haberlos oido les serás propicio. Si tu pueblo de Israel volviere las espaldas á sus enemigos porque pecó contra tí, y haciendo penitencia y dando gloria á tu nombre, vinieren y te rogaren en esta casa, óyeles en el cielo, y perdona el pecado de tu pueblo de Israel, y vuélvelos á la tierra

que diste á sus padres. Si estuviere cerrado el cielo y no lloviere por causa de sus pecados, y orando en este lugar hicieren penitencia á honra de tu nombre, y se convirtieren de sus pecados, óyelos en el cielo y perdona los pecados de tu pueblo de Israel, y muéstrales un camino bueno por donde anden, y envia lluvia sobre la tierra que diste á tu pueblo en posesion. Si viniere hambre á la tierra, ó peste, ó infeccion de aire, ó langosta, ó angustiare á tu pueblo su enemigo, sitiando sus ciudades; si alguno sintiere la llaga de su corazon y extendiere á tí sus manos en esta casa, tú le oirás en el cielo en el lugar de tu morada y le perdonarás, y darás á cada uno conforme vieres su corazon, pues solo tú conoces el corazon de todos los hijos de los hombres. Así mismo el extrangero, el que viniera de una region distante por amor de tu nombre, porque será oido tu grande nombre y tu mano fuerte y tu brazo extendido en todas partes; cuando viniere, pues, y orare en este lugar, tú le oirás en el cielo, y harás aquello que te invocare el extrangero, para que todos los pueblos de la tierra aprendan á temer tu nombre, así como tu pueblo de Israel, y sepan por experiencia que tu nombre ha sido invocado sobre esta casa que edifiqué. Si saliere tu pueblo en campaña contra sus enemigos, por el camino, á cualquiera parte que tú les enviases, te hará oracion de cara al camino de la ciudad que escogiste y hácia la casa que he edificado á tu nombre, y oirás en el cielo sus oraciones y sus ruegos y les harás justicia. Y si pecaren contra tí, y airado les entregases á sus enemigos, y fuesen llevados cautivos á tierra enemiga, léjos ó cerca, é hicieran penitencia de corazon en el lugar de su cautiverio, oirás en el cielo y en el firmamento de tu trono sus ruegos, y harás su causa, é inspirarás misericordia en aquellos que los tuvieren cautivos, porque pueblo tuyo es y heredad tuya.»

Hecha esta plegaria, en que se revela la gran fé de

Salomon, y de un modo particular su confianza en la Providencia divina, se levanta, y dirigiéndose al pueblo en actitud solemne, dice:—«Bendito sea el Señor que ha dado la paz á su pueblo de Israel, segun su promesa: no cayó en tierra ni una sola de las ofertas que hizo por boca de Moisés, su siervo. Que sea con nosotros el Señor Dios nuestro, así como fué con nuestros padres, y no nos desampare ni deseche, sino que incline hácia sí nuestros corazones, para que andemos en todos sus caminos, y guardemos sus mandamientos y sus ceremonias y sus juicios como mandó á nuestros padres... Que reconozcan todos los pueblos de la tierra que el Señor el mismo es Dios, y que no hay otra fuera de él.»

Pronunciadas estas frases, ofreciéronse numerosos sacrificios, enviando el Señor un fuego celestial que consumió las víctimas en señal de que las aceptaba.

A las súplicas de Salomon el Omnipotente se dignó contestar en esta forma:—«He oido tu plegaria que has hecho delante de mí: he santificado esta casa que has edificado, á fin de que quede grabado en ella mi nombre para siempre, y mis ojos y mi corazon estarán allí todos los dias. Tú tambien, si anduvieres delante de mí, como anduvo tu padre con sencillez de corazon y con rectitud, é hicieres todas las cosas que te he mandado, y guardares mis leyes y mis mandamientos, estableceré el trono de tu reino sobre Israel para siempre: como lo prometí á David tu padre, no faltará varon de tu linage en el trono de Israel. Mas si obstinadamente os desviarais vosotros y vuestros hijos, no siguiéndome, ni guardando mis mandamientos y las ceremonias que os tengo prescritas; si os separareis para dar culto á dioses agenos y adorarlos, quitaré á Israel de la superficie de la tierra que les dí, y echaré lejos de mi presencia al templo que he consagrado á mi nombre, é Israel vendrá á ser el oprobio y la burla de todas las naciones.»

Segun se desprende de este texto, á los pueblos y á

los individuos que abandonan la fé, Dios les castiga; la expiacion puede tardar mas ó menos, puede el hombre desconocerla y darle esplicaciones puramente humanas; pero Dios es justo y la justicia divina siempre se cumple.

LECCION CUATRIGÉSIMA PRIMERA.

ESTRAGOS PRODUCIDOS POR LA AFEMINACION.

Con el objeto de juntar la ciudad baja de Jerusalen con el monte de Sion, se habia llenado el valle de Mello, donde el opulento monarca hizo construir para sí y para la Reina, conforme dejamos indicado ya, dos mansiones reales, de rica y elegante arquitectura. Los techos eran de cedro del Líbano, y cedros cortados en forma de columna adornaban las galerías interiores. El oro se habia derramado con profusion en el ornato de las paredes; y una multitud de camareras lujosamente vestidas, y un servicio ejecutado con tanto órden como suntuosidad, todo contribuia á hacer de aquellas moradas la mansion del placer: de suerte que la esposa de Salomon no pudiese echar á menos el suntuoso palacio de los Faraones donde se guardaba su cuna. Entre otros objetos de inestimable riqueza, descollaba un majestuoso trono de marfil, embutido y chapado de finísimo oro, sobre una tarima del mismo metal con un leon de bulto junto á cada brazuelo y otros doce en los lados de los seis escalones que formaban la gradería.

El menaje de la casa real correspondia á tanta opulencia; la vajilla de la mesa era toda de oro; en las armerías reales estaban depositadas doscientas picas y trescientas rodelas de oro batido, y era inmenso el nú-

mero de caballos y de carrozas que se guardaban en las caballerizas.

No es difícil concebir como Salomon podia atender á tanta magnificencia. La agricultura se hallaba en el estado más floreciente; disfrutábase de una inalterable paz á la sombra de la cual prosperaban los intereses de la nacion; en Israel apenas se hacia caso de la plata, pues este metal habia llegado á ser tan comun casi como las mismas piedras. Los tributos exigidos á las naciones vecinas por el protectorado que les dispensaba Israel; los impuestos de los ciudadanos; los derechos que gravitaban sobre las importaciones extranjeras; los trabajos de los esclavos, constituian para el Rey inagotables fuentes de riqueza. Segun los comentadores sagrados, David legó á Salomon para levantar el templo una cantidad que equivale á doce mil millones de nuestra moneda, producto de cuarenta años de reinado en los que ventajosas conquistas y las cantidades que tenian que pagar los vencidos pudieron acumular en las arcas reales cuantiosos tesoros.

La sabiduría y la magnificencia habian dado á Salomon un gran renombre.

En la Arabia Feliz, donde en medio de áridas soledades, destaca una fecunda y encantadora vegetacion; en aquel país donde los árboles embalsaman la atmósfera con los delicados perfumes de la mirra y del incienso, donde brillan en los rios lentejuelas de oro, donde las montañas guardan en sus subterráneos la ágata, el onix, el rubí, se estendia un reino llamado Sabá, al pié de cuya montañosa region una naturaleza pródiga ostentaba las flores más bellas y más olorosas. Canales y riachuelos en abundaucia mantenian la frescura de sus vastos jardines y el verdor de sus abundantes pastos. Los árboles crecian con una exhuberancia tal que el país entero parecia que estaba meciéndose en una inmensa cuna de follage.

El lujo de Sabá correspondia á la fecundidad de la naturaleza; mas, lejos de dejarse fascinar por su clima y los refinamientos de una civilizacion espléndida, los habitantes profesaban el culto de las virtudes severas. En cualquier parte en que encontrasen la belleza moral, la saludaban con ardor; y para contemplarla en toda su brillantez, no tenian inconveniente en ir á buscar á lejanas tierras los tipos que la personificaban.

Sabá á la sazon era gobernada por una reina. Esta muger tuvo noticia del rey de los hebreos, de su esplendidez, de su sabiduría, de su gran piedad, de su gran fé en la Providencia; la reina de Sabá deja su encantado país para ir en busca del hombre de extraordinario saber y de un elevado sentimentalismo religioso que llena el mundo con la fama de su nombre.

La reina de Sabá hace su entrada en la capital de Israel en un rico tren, precedida de una numerosa escolta. En pos de ella van multitud de camellos cargados de oro, de perfumes y de piedras preciosas.

La rica soberana de Oriente no tardó en persuadirse de que el renombre de que disfrutaba Salomon era justamente adquirido. La profundidad de las respuestas del rey, su manera fácil de resolver los problemas más difíciles, su ingenio en encontrar salida á los enigmas que solia inventar la imaginacion oriental, convencieron á la Reina de que efectivamente Salomon era un ejemplar de sabiduría. La ilustre señora se dejó conmover por la elevacion de aquel talento tan prodigioso; y llena de admiracion, manifestó al rey las vivas emociones que sentia su alma prendada de tal sabiduría. Hasta entónces apenas se habia atrevido á dar crédito á lo que de Salomon propalaba la fama; y sin embargo, lo que ella no acertaba á concebir no era ni la mitad de lo que estaba viendo y oyendo por sí misma. Muger que comprendia muy bien los goces morales que proporcionan los vastos conocimientos, las convicciones arraiga-

das, sentia una especie de envidia de las personas que rodeaban á aquel hombre extraordinario de cuya boca salian las más admirables sentencias. La reina de Sabá bendijo al Dios de Israel que habia amado á su pueblo hasta darle por gefe un hombre que podia considerarse como la personificacion del saber, de la fé y de la justicia.

Los productos más preciosos del bello país de Sabá, gran cantidad de pedrerías y de aromas los más ricos, fueron ofrecidos á Salomon por la reina. Salomon no habia de consentir en quedarse en zaga; por su parte ofreció á la princesa magníficas muestras de su real generosidad.

Este fausto exagerado que protegia el orgullo, y fomentaba la molicie, hubo de ser fatal al rey de Israel. Vino dia en que Salomon dejó de ser el rey sabio para ser el rey sensual; tras del lujo, tras de una esplendidez exagerada, vino la afeminacion; el rey de Israel ya no pensaba sino en gozar; los placeres ocuparon el puesto que antes habian ocupado pensamientos graves y estudios fecundos: Salomon experimentaba esa funesta influencia cuyos desastres trazara él con magistral mano en el libro de los *Proverbios*. De la cumbre de la grandeza á que le elevaran su saber y su piedad, descendió al abismo de los goces torpes: la lascivia y la afeminacion obscurecieron su pasada gloria.

Don del cielo la sabiduría, es incorruptible en sí; pero el hombre lo lleva en vaso frágil: cuando el sabio llega á olvidar á Dios, este vaso se rompe y la sabiduría vuelve á su fuente. Desde aquella hora el sofisma pasa á ocupar el lugar de los principios sólidos y verdaderos; las preocupaciones se colocan en el puesto de la conviccion, y el sabio que en su carácter de tal debe ser el apóstol de la verdad se convierte en propagandista del error. Esta es la historia de tantas inteligencias precipitadas en el abismo de la mentira.

Salomon en el fin de su reinado deshonra la corona de saber y de virtud que ciñera en su frente de jóven; en la edad en que puede saber mejor el término á donde conducen los placeres sensuales, pasa á ser el escándalo de Israel, desciende hasta el fondo de una voluptuosidad vergonzosa. Sucedió con Salomon lo que sucede con todos los que están dominados por el sensualismo: la afeminacion menguó su fé; de aquellos arranques hijos de un alma devota, de aquella piedad tan sincera, no quedaba ya sino el recuerdo. Al recorrer la pendiente á que le condujeron sus inmoralidades, ni aun se detuvo en la indiferencia; Salomon mas que indiferente acabó por ser impío. Los altares de su corazon se erigieron á las divinidades de la carne; en vez de prestar culto al Dios verdadero, lo prestó á los dioses de sus concubinas, levantando un templo á Comos y otro á Moloc, como testimonio de su abyeccion.

No era ya Salomon aquel rey que con su esplendidez lo que procuraba era solo el engrandecimiento y la honra de Israel; no era ya aquel hombre de fé que deponia á los piés del Omnipotente su corona de oro y de pedrería; era un rey indigno que deshonrando sus años y su posicion, los tesoros del erario público que eran el fruto del sudor de sus súbditos, los gastaba en torpes liviandades, las que no bastando á satisfacer los impuestos ordinarios, acudia á toda clase de vejaciones. El rey se habia convertido en tirano.

El Señor estaba velando sobre los destinos de Israel.

Mientras Salomon se hallaba sumergido en el lodo de sus liviandades, aquel monarca que no se veia rodeado sino de cortesanos que quemaban ante él el incienso de viles lisonjas, ve aparecer un hombre venerable que está dispuesto á decirle la verdad toda entera, por mas que sepa que el rey no se siente dispuesto á oirla: es un profeta del Señor.

El profeta, en nombre de Dios, le anuncia los castigos

que la Justicia divina prepara á su casa; le augura que su reino será dividido; y que si Dios no manda al rey Salomon este castigo inmediatamente, si lo reserva para cuando él haya descendido al sepulcro, es porque Salomon es hijo de David, y apesar de su torpe conducta tiene en su favor las bendiciones de su padre; pero que apenas haya bajado al sepulcro, en vez de dejar á su descendiente una nacion próspera y rica, no dejará sino una nacion sumida en los horrores de una guerra civil que ensangrentando los campos de Israel conducirá á aquel pueblo tan pujante hácia el camino de su decadencia.

¿Qué caso hizo Salomon de las amenazas proferidas por el enviado del Señor? David, su padre, habia pecado; pero una palabra salida de boca de un profeta bastó para sacarle de las profundidades de su abyeccion y volverle á elevar de nuevo hasta las regiones de la fé y de la rectitud; el arrepentimiento justificó á David. Pero Salomon no se arrepiente, no llora; se le hace ver la podredumbre que oculta su culpable pecho, y el espectáculo de su embrutecimiento no le repugna; es un criminal y quiere continuar siéndolo: Salomon al precipitarse en el abismo de sus degradaciones ha ido tan lejos que ni siquiera acierta á levantar los ojos para medir toda su horrible profundidad.

Salomon, próximo á bajar á la tumba, empezó á vislumbrar la série de rebeliones y de trastornos que habian de destrozar su reino. Abad Idumeo, de sangre real, que habitaba en Edom, Razon, hijo de Eliada, que llegó á ser rey de Damasco, Jeroboam, hijo de Nabath, eran otros tantos rivales cuyo poder é influencia iba haciéndose cada dia mas peligrosa.

Salomon todavía no ha descendido al sepulcro cuando el profeta Ahias de Silo se presenta á Jeroboam, y enseñándole un manto nuevo que trae puesto sobre sus hombros, lo rompe en diez girones y despues le dice:—

«Toma para tí diez pedazos, porque el Señor va á dividir el reino de Salomon, por cuanto ha adorado á Astharte, ídolo de los sidonios, y á Comos de Moab, y á Moloc, de los hijos de Ammon: y te dará á tí diez tribus.»

«Si oyeres las cosas que el Señor te mandare, será contigo, y te edificará casa estable que reine sobre Israel».

Jeroboam se dirige á Egipto á esperar allí la muerte del monarca.

Salomon mismo en sus últimos años estaba deseando que se apresurase su última hora. Dios que respetó su reino, no respetó su persona; una vejez anticipada por sus torpezas, enfermedades crueles, del rey Salomon que un dia lograra ser objeto de admiracion de las demás naciones, hicieron un infeliz que no podia menos que causar lástima á todos los que le veian por el miserable estado en que se encontraba. Sobre la frente del rey culpable se leia escrito el castigo de Dios. Salomon al lanzar una mirada sobre su pasado, no pudo menos de exclamar: — « ¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad! Engrandecí mi nombre; edifiqué palacios; tuve una corte numerosa; amontoné para mí los haberes de los reyes y de las provincias; me escogí cantores y vasos y jarros para escanciar los vinos; y no les negué á mis ojos ninguna de cuantas cosas desearon, ni vedé á mi corazon que gozara de todo placer... Y habiendo dado una mirada á mis obras y á los trabajos en que inútilmente me afané, ví todo lo que se hace debajo del sol, y he aquí que todo es vanidad y afliccion de espíritu.» ¡Confesion elocuente que arrancada de un rey que habia podido gozar de todo, y que habia en efecto gozado de todo, nos da á conocer que los placeres de la tierra nunca alcanzarán á llenar nuestro corazon, demasiado grande para que pueda sentirse satisfecho con los deleites de acá abajo!

¿Cuáles fueron sus últimos momentos? La Escritura

no nos lo dice; su suerte eterna es un enigma que Dios no ha querido que lo adivinaran los mortales. El Señor dió á Salomon un nombre ilustre por su poder, por su sabiduría; pero á ese nombre le falta la aureola de un fin dichoso; la corona de la muerte de los justos que exhalan su postrer suspiro en brazos del Omnipotente. David ha obtenido los aplausos de las generaciones; en cambio la historia se limita á echar sobre Salomon esa mirada de compasion que se echa sobre las grandezas caidas.

LECCION CUATRIGÉSIMA SEGUNDA.

JEROBOAM ELEGIDO REY POR EL PUEBLO.

Para la consumacion del plan providencial, Dios se sirve del hombre como de un instrumento; los gefes de las naciones son en sus manos como la espada en las del guerrero, como el martillo en las del artesano.

Para la ejecucion de sus decretos, Dios suscita en Israel un rey que se convierte muy pronto en un apóstata, rival de otro rey que desconoce sus deberes y que se atrae los anatemas del cielo.

No preguntemos porqué los tronos vacilan y caen: ante los acontecimientos de esta clase que consigna la historia, el filósofo no tiene mas que repetir: —¡Paso á la justicia de Dios!

Luego que llegó á Egipto la noticia de la muerte de Salomon, Jeroboam que se habia desterrado voluntariamente de Israel, no queriendo vivir como súbdito de un monarca degradado con las mayores torpezas, y de quien el orgullo y la sensualidad habian hecho un déspota insufrible, se dirige á Siquem, donde estaba reunido el pueblo para reconocer al nuevo soberano.

Jeroboam, en nombre del pueblo, aparece ante el hijo de Salomon, y con la elocuencia de un tribuno y el valor de un buen patricio, le habla en los siguientes términos: — «Tu padre nos impuso un yugo muy pesado; así pues, suaviza tú un poco la extrema dureza del gobierno de tu padre y del pesadísimo yugo que puso sobre nosotros, y te seremos fieles.»—«Id, contesta el Rey á los representantes del pueblo, y volved dentro tres dias.»

Congrega Roboam el senado de ancianos para pedirles el dictámen que de su buen sentido y experiencia tiene derecho á esperar.

—«¿Qué es lo que me aconsejais que diga á este pueblo? pregunta el rey.»—Los ancianos le contestan que si quiere que le guarden fidelidad evitando trastornos, siempre fatales, es menester que al pueblo escuche, que sea condescendiente con él, que atienda á su voluntad, y que ejerza sobre Israel un gobierno paternal.

Rodeaba al rey una camarilla indigna compuesta de cortesanos sin principios, sin fé, sin amor á la patria, que lisonjeaban al soberano para que éste á su vez satisfaciese su ambicion colmándoles de honores. Eran partidarios del despotismo como acostumbran á serlo todas las camarillas de esta clase, porque solo á placer del despotismo es como medran estos favoritos, y aconsejando medidas tiránicas es como halagan la presuncion y el amor propio de un soberano que cree valer lo bastante para sostenerse sin contar para nada con el amor de sus súbditos.

Los favoritos del Rey, que eran los compañeros y los cómplices de sus liviandades, le aconsejaron que no cediese á las exigencias de sus vasallos. La feroz rudeza de la contestacion que pusieron en boca de Roboam, la Biblia la retrata perfectamente en estas palabras: —«Si mi padre puso sobre vosotros un yugo pesado, yo añadiré mas peso á este yugo: mi padre os azotó con correas; yo os azotaré con escorpiones.»

Roboam acababa de echar el guante á su pueblo; el pueblo recogió este guante. El grito supremo de:—«¡Israel, á tus tiendas!» fué la consigna que dió lugar al levantamiento de diez tribus.

El mal aconsejado Rey se cree aun fuerte para resistir. Comisiona á Aduran, que es el administrador de los impuestos. El delegado del Rey es recibido á pedradas por todo el pueblo. Entonces Roboam huye á Jerusalen. La tribu de Judá y media tribu de Benjamin le continuaron adictas.

Las provincias sublevadas se congregan en cortes; estas hacen comparecer á Jeroboam, hombre que hasta entonces habia manifestado aquella entereza de carácter propia de los grandes repúblicos, y le aclaman por soberano.

Roboam está dispuesto á acudir á los campos de batalla para pedir á la victoria la revindicacion de las tribus que ha perdido. Hace un llamamiento á sus súbditos, y se coloca á la cabeza de un ejército de ciento ochenta mil hombres.

Lo que al rey de Israel le acababa de suceder era un castigo de la Providencia divina. Un profeta del Señor se encarga de decir á aquel ejército que va á perecer por causa de su soberano : — « No marcheis, ni peleeis contra los hijos de Israel que son hermanos vuestros; vuélvase cada uno á su casa, porque yo, el Señor, soy quien ha hecho esto.» Estas frases produjeron su efecto. El ejército de Roboam se disuelve.

Jeroboan que habia sido un escelente tribuno fué un mal monarca.

El nuevo rey obedeció á las inspiraciones de una política funesta, como lo es siempre la que trata de atentar contra las grandes tradiciones religiosas de un pueblo. Jeroboan no veia con buenos ojos el que el centro de la religion fuese Jerusalen; receló que acudiendo sus súbditos con frecuencia al templo de Salomon, no redun-

dase en desprestigio de su influencia el roce que sus vasallos habian de mantener con los del rey de Judá su rival, y creyó que podria impunemente sacrificar el interés religioso al interés político. Jeroboam, contra todas sus convicciones, por un miserable cálculo inspirado por la ambicion, se hizo idólatra. Una malhadada política, dictada tan solo por el egoismo, le hizo olvidar lo que puede un pueblo á quien se insulta en lo sagrado de su conciencia, y ordenó que en Bethel y Dan, frontera de sus Estados, se levantaran altares idolátricos, á fin de que Israel no fuese á adorar á Jehová en Jerusalen, que estaba fuera de sus dominios. Edificó templos en la cumbre de las montañas; designóles sacerdotes á quienes el pueblo hubo de considerar como intrusos porque no pertenecian á la tribu de Leví; estableció solemnidades religiosas á imitacion de las que en Judá se celebraban, y fabricó becerros de oro, que presentó al pueblo diciendo: — «Aquí tienes, Israel, tus dioses.»

Mientras Joroboan celebraba una de sus impías fiestas, apareciósele un profeta del Señor. El idólatra rey hallábase junto al altar ofreciendo el incienso, cuando oye la voz del celestial enviado que dice con acento aterrador: —«¡Oh altar, oh altar! esto dice Jehová: He aquí que nacerá un hijo en la casa de David, que se llamará Josías, y hará degollar sobre tí los sacerdotes, que ahora queman sobre tí inciensos, y quemarán huesos de hombre.» — En testimonio de que sucederá lo que anuncia, añade: —«He aquí que el altar se partirá, y se derramará la ceniza que está sobre él.»

El perverso rey enojado al oir de boca de un súbdito suyo amenazas que se le dirigen en presencia de todo su pueblo, se levanta y dice con voz de trueno:—«¡Prendedle!» Con actitud amenazadora extiende su mano hácia el profeta. Esta mano sacrílega se secó de repente, quedando suspenso en el aire sin movimiento el brazo

del descreido rey que trataba de atentar contra un enviado de Dios. El altar se abre y se desploma con pavoroso estruendo.

Confuso y aterrado, Jeroboan se postra de rodillas; de sus labios salen fervientes súplicas implorando misericordia. Dios le perdona. Por mediacion del profeta, Jeroboan recobra el uso de su brazo.

El rey quiso mostrar su gratitud al profeta hospedándole en su real morada. Mas éste no acepta el obsequio, diciendo que Dios le habia vedado tomar ni una sola gota de agua en Bethel donde se habia insultado á la majestad suprema.

No bastó aquel escarmiento, sino que fué menester que otros castigos venidos de lo alto le hicieran expiar á Jeroboam sus nuevas rebeldías.

El Señor le hirió en uno de sus hijos, el único de la estirpe real que habia conservado algun afecto al bien. El jóven príncipe, cuyas virtudes contrastaban con las ambiciones de su padre, cae enfermo. Dios no queria que empuñara con sus manos un cetro que su padre manchaba tan indignamente. Al ver á su hijo próximo á exhalar su postrer aliento, se acuerda del profeta Ahias que en tiempo de Salomon le anunciara su elevacion al trono. El rey manda á la madre del niño que se dirija á encontrar al Profeta. Teme que Ahias no querrá recibir á esta mujer, por mas que sea una reina, porque no verá en ella nada mas que una cómplice de los atentados de Jeroboam. Ordénale el Rey que se cubra con los harapos de una muger de la ínfima clase á fin de que el hombre de Dios no la reconozca, evitando así un desaire. Además, Jeroboan aconseja á la Reina que ofrezca á Ahias un regalo que le halague.

La esposa de Jeroboam se dirige á Silo, residencia del Profeta, con la seguridad de que no ha de ser reconocida, sabiendo como sabe que la edad ha casi estinguido la vista del venerable anciano. Mas apenas Ahias oye

los pasos de la esposa de Jeroboam cuando una intuicion sobrehumana le hace adivinar que tras el vestido de una infeliz mujer del pueblo se oculta la reina de Israel.

«Entra mujer de Jeroboam» le dice; «¿por qué finges ser otra?... Vé y dí á Jeroboam: Esto dice el Señor Dios de Israel. Por cuanto te levanté de en medio de mi pueblo, y te puse por caudillo sobre Israel; dividí el reino de David y te lo dí, y no fuiste como mi siervo David que guardó mis mandamientos, haciendo lo que era agradable á mis ojos, sino que has obrado lo malo sobre todos cuantos hubo antes de tí, y te erigiste dioses agenos y de fundicion para provocarme á enojo... yo acarrearé males sobre la casa de Jeroboam: barreré los residuos de la casa de Jeroboam, como suele barrerse el cieno hasta que no queda rastro. Los de la casa de Jeroboam, que morirán en la ciudad serán comidos por los perros: los que murieren en el campo serán devorados por las aves del cielo... Tú, pues,—termina diciendo Ahias, levántate y vete á tu casa: en el punto mismo en que entraran tus piés en la ciudad morirá tu hijo.» Y termina anunciándole que solo él en toda su familia escitará las lágrimas del pueblo de Dios y merecerá los honores de la sepultura, porque solo él sabe obedecer á las inspiraciones de la virtud.

Al oir tales expresiones, fácil es adivinar lo que sufriria el corazon de la infeliz madre. Esta mujer se levanta precipitadamente, corre hácia el lecho de su hijo, trata de arrancarlo á la muerte, de arrebatarlo de las manos del mismo Dios... ¿Por qué corres, desgraciada madre? Recuerda la condenacion del Profeta. Al entrar tú en Tirso, tu hijo exhalará el postrer aliento; cada paso que das apresuras la muerte del sér á quien tanto amas.

Poco despues de haberse realizado este anuncio, Jeroboam perdia la vida de una manera miserable. Nadab, su sucesor murió á manos de un asesino, el cual acabó además con todas las ramas de aquella dinastía.

LECCION CUATRIGÉSIMA TERCERA.

ELIAS.

Por espacio de mas de medio siglo el trono de Judá fué ocupado por soldados de fortuna, cuyo poder desaparecia con la misma facilidad con que se entronizaban. Estos reinados empezaban y concluian todos por un asesinato. El regicida empuñaba el cetro para dejarlo despues á disposicion de otro regicida. Se subia al sólio real colocando por grada el ensangrentado cadáver de un antecesor.

Amri logró obtener el mando supremo de un modo mas estable, pudiendo al morir ceñir la corona en la frente de su hijo Acab.

Era Acab un rey tan impío como sanguinario. A un hombre de las costumbres de Acab el culto del verdadero Dios habia de serle odioso: así fué que con sus palabras, sus ejemplos y sus leyes, arrastraba al pueblo al altar de mentidas deidades que personificaban la vida libertina y disoluta de aquel Soberano.

Para colmo de infelicidad solo faltaba que se uniese con Jezabel, mujer que supo ejercer sobre su esposo un completo dominio, convirtiéndole en juguete de sus caprichos y en cómplice de sus bárbaras impiedades.

Jezabel era hija del rey de Tiro y Sidon. La corte de su padre constituia la metrópoli de numerosas colonias, reinas del comercio de aquella época, donde un clima encantador y el fausto de las riquezas hacian que no se conociese otra religion que la del placer. Abusando Jezabel de la debilidad de su esposo logró que los dioses de sus Estados fuesen los de la sensualidad, consagrándose en todas partes templos á Baal.

Uno de estos hombres que suscita la Providencia para hacer entrar en su deber á los pueblos y á los reyes, se presenta á Acab para despertarle del letargo en que duerme: este hombre se llama Elias. El profeta anuncia al rey que amenaza á su país una horrorosa hambre, como justo castigo de haberse entregado á la idolatría fenicia.— «Vive el Señor, dice, que no caerá rocío ni lluvia en estos años, sino segun los mandatos de mi boca.» Pronunciada esta frase, el venerable varon de Thesba se retira al desierto.

La Biblia nos traza á grandes rasgos la extraordinaria figura de este hombre, que es uno de los héroes de la humanidad no solo bajo el punto de vista religioso, si que tambien bajo el aspecto social. Reformador de una época llena de vicios, la historia profana debe considerar en Elias al hombre de genio extraordirario que á la molicie, al fausto de su tiempo supo oponer la severidad de costumbres, siendo el primero en abrigar la idea de colocar á alguna distancia de capitales perversas y disolutas una comunidad de hombres que se constituian en conservadores del sentimiento moral, contrarestando la sensualidad, el libertinaje con la mortificacion y la penitencia.

Elias vió la luz primera junto á las orillas del histórico Jordan, en una poblacion llamada Thesba.

En los albores de la vida, en esa edad de la juventud en que el mundo es un palacio encantado, Elias se retiró á las soledades de Masfa, en el monte Galaad, donde con sus propias manos edificóse una vivienda, que debia ser mas tarde el centro de los que huyendo de los vicios de las grandes poblaciones iban á buscar allí la santa tranquilidad de la virtud. Su vestido eran unas pobres pieles, su cama el suelo, toda su vida una cadena de austeridades á cual mas rígidas.

Despues de haberse presentado á Acab, con el doble objeto de reprender sus crímenes y amenazarle en

nombre de Dios, por disposicion celestial retiróse á un collado peñascoso, llamado Corith. Oculto en aquellos antros, la Providencia divina se complació en alimentarle mandándole diariamente dos cuervos que en sus picos le traian todo lo necesario para que no desfalleciese. Mas vino un dia en que los cuervos no comparecieron, y se secó el arroyo que le suministraba agua para apagar su sed. ¿Tendrá que morirse de hambre el santo profeta? Nada de esto; Dios le manda que se traslade á Sarefta, donde encontrará una piadosa viuda que se encargará de su alimentacion.

A las puertas de la ciudad ve una muger en cuyo rostro está pintada su congoja, cuyos vestidos revelan una espantosa miseria, la cual iba cogiendo leña.—«Dame un poco de agua» la dice Elias. La muger obedece. Luego el santo solitario añade:—«Tráeme tambien, te suplico un bocado de pan.» La infeliz contesta tristemente:—«No tengo pan; no tengo mas que un puñado de harina en una orza, y un poco de aceite en la alcuza. Recogiendo estoy ahora dos palos para ir á cocerlo y comérnoslo mi hijo y yo, y despues... aguardar la muerte!» Elias, que tan severo se mostraba en presencia del Rey, al encontrarse ante una muger víctima de la miseria, pierde su carácter imponente, revelando todas las maneras de un corazon sensible. Elias empieza por consolarla.—«Anda, la dice; y de ese poco de harina haz para mí un panecillo cocido debajo del rescoldo, que luego os alimentaréis tú y tu hijo. Porque en nombre del Señor te digo que la orza de la harina no faltará, ni menguará la alcuza del aceite, hasta el dia en que caiga lluvia sobre la haz de la tierra.» Poseida de un religioso respeto, la virtuosa muger obedece las insinuaciones del Profeta; el Señor en premio de su fé hizo que mientras durase la sequedad de la tierra, no se agotaran jamás sus pequeñas provisiones.

Mas tarde un hijo de la huéspeda de Elias queda he-

lado por el contacto de la muerte; el Profeta lo arranca del regazo de la afligida madre, lo toma en sus brazos, y luego lo vuelve á la desconsolada muger, diciéndole:—«Tu hijo vive, aquí lo tienes.» La plegaria de Elias acababa de resucitar un muerto. La viuda de Sarefta, que tenia ya la mayor fé en Elias, no pudo menos despues de este hecho, de reconocer y admirar en él al enviado de Dios.

Entretanto asolaba el reino la carestía mas horrorosa. La yerba moria en el fondo de los valles y en torno de las fuentes de las que no manaba una sola gota de agua: la sed, el hambre estaba abriendo á cada paso nuevos sepulcros. Durante tres años y medio ni una pequeña lluvia vino á fecundizar aquellos campos que ofrecian al espectador el cuadro mas triste y mas sombrío.

Acab se acuerda de la amenaza de Elias, y un castigo tan prolongado empieza á quebrantar su altivez. Entonces es cuando da órden para que se busque al célebre solitario y se le conduzca á su presencia. ¿Era este paso inspiracion de Jezabel? Todo menos esto; aquella mujer malvada se manifestaba cada dia mas adicta al culto de sus torpes divinidades, y mientras Acab va en busca de Elías, Jezabel despedia emisarios con órden de dar muerte á cuantos pretendan estar dotados por Jehová de inspiracion celestial. Abdias, varon piadoso, pudo salvar nada menos que cien hombres que iban á ser inmolados por el furor de la insensata reina.

El Señor dice á Elías:—«Anda, y muéstrate á Acab para que yo dé lluvia sobre la faz de la tierra.» El profeta obedece inmediatamente la órden del Altísimo.

Al saber Acab que el hombre de Dios va á penetrar en su córte, sale á recibirle. Al ver al Profeta el altanero rey no se le presenta en actitud humillante, conforme correspondia á un hombre que con sus crímenes habia atraido sobre sus pueblos la cólera del Omnipotente;

acostumbrado al lenguaje de los tiranos, trata de usarlo tambien con Elías, á quien en vez de demandarle perdon, le dirige cargos.

«¿No eres tú, le dice el orgulloso monarca, el que trae alborotado á Israel?»

Nada hay capaz de dar tanto valor al hombre como la fé y el sentimiento religioso. El que cree, el que profesa una fé arraigada, hija de una conviccion profunda, jamás se deja imponer por el miedo; sabe sacar á salvo la libertad de su alma en medio de las embestidas del despotismo mas feroz; por lo mismo que no da mucho valor á las honras humanas ni teme la muerte, desafia los mayores peligros cuando á ello le impele la dignidad de la conciencia. El Profeta responde al Rey:—«No soy yo quien ha alborotado á Israel; eres tú, es tu familia que olvidais los mandamientos del Señor para seguir á Baal.»—Esta respuesta tan dura Elías no tiene el menor inconveniente en dirigirla á Acab, por mas que sea su soberano; por mas que tenga á su disposicion fuerzas de sobras para cortarle la palabra en los labios, y hacerle expiar con la vida tanto atrevimiento.

LECCION CUATRIGÉSIMA CUARTA.

CASTIGO DE LOS FALSOS SACERDOTES.

Antes de dirigir una súplica al Señor pidiendo que cese el azote de una tan prolongada sequía, el santo Profeta quiere demostrar á la vista de todo el pueblo la insensatez del culto de Baal, probando que es falso el sacerdocio de los que no ofrecen incienso á Jehová. Exige al Rey que convoque al pueblo en la montaña, y que haga comparecer allí á los pretendidos profetas del falso Dios.

Efectivamente á la órden de Acab reúnense los pretendidos sacerdotes en la montaña del Carmelo.

Constituyen el Carmelo una cadena de montañas que se extienden majestuosas entre el Jordan y el Mediterráneo, cuyo fondo cruzan peñascos de inmensa mole y cuyos valles están matizados por negruzcas profundidades. Variados panoramas cortan esta línea, contribuyendo á su poético aspecto las bellas perspectivas que se presentan en graciosas ondulaciones. Amenos bosquecillos, llanos risueños y frondosos, límpidos arroyos donde se refleja aquella admirable naturaleza, frutos exquisitos, un aire suave y un cielo puro hacen de aquella cordillera uno de los sitios mas pintorescos y mas agradables de la Palestina.

Congregados allí los sacerdotes de Baal, echa Elías en cara al pueblo su insensatez por haberse dejado alucinar por unos enbaucadores, y en presencia de toda la muchedumbre propone que los falsos profetas se sometan á una prueba decisiva de la que se deducirá de que parte está la religion verdadera. Que los sacerdotes de Baal sacrifiquen un buey colocándolo sobre un monton de leña, que invoquen luego el nombre de su mentida divinidad; Elías hará lo propio invocando el nombre del Señor; aquel que merezca que su víctima sea consumida por un fuego bajado de lo alto que se le reconozca por legítimo profeta, y que sea su Dios el que sea reconocido y adorado por toda la nacion. La muchedumbre aplaudiendo el pensamiento contestó á una voz:—¡Escelente propuesta!

Los sacerdotes de Baal, muy á pesar suyo, se ven en el caso de aceptar el reto. Ponen manos á la obra; matan un buey, invocan su ídolo y se entregan á torpes danzas bailando al rededor del altar. Esta operacion empieza á hacerse ya muy larga. Desde el amanecer hasta el mediodía los falsos profetas han estado llamando á Baal; pero Baal no responde. Elías tiene ya ganada

una parte de la victoria.—«Gritad mas fuerte, dice Elías á los profetas de Baal, ridiculizando su culto. Ese dios, quizá estará hablando con alguien, ó se hallará en alguna posada, ó tal vez se encuentra de viaje, ó sino será que está durmiendo; gritad con mas fuerza para que despierte.»

Los fingidos profetas no cesaban de dar fuertes gritos, y conforme á su estraño rito, se hacian incisiones con cuchillos y lancetas hasta cubrirse de sangre. Todo era en vano. Baal permanecia sordo á sus clamores.

Ha tocado ya el turno á Elías. A la vista de todo el pueblo, con la seguridad del que no abriga la menor duda acerca el resultado de la prueba que va á hacer, levanta un altar, inmola una víctima y la coloca sobre la leña. Cuando ha llegado la hora de ofrecer el holocausto, el Profeta se postra en el suelo. Toda la muchedumbre escucha atónita las palabras que salen de sus labios:—«Señor Dios de Abrahan, de Isaac y de Israel, muestra hoy que tú eres el Dios de este pueblo. Oyeme, Señor, óyeme; para que sepa este pueblo que tú eres el Señor Dios, y que tú de nuevo has convertido su corazon.»

Apenas hubo el Profeta proferido estas palabras, en que se da á conocer su gran fé, entre la admiracion de aquel pueblo conmovido, desciende de lo alto una prodigiosa llama que devora en un instante el holocausto, la leña y las piedras que sostienen el altar, sin dejar en pos de sí ni siquiera el polvo, quedando hasta consumida el agua que habia en la reguera.

El pueblo no puede menos de asombrarse ante tamaño milagro, y aquellas turbas, que seducidas por falsos sacerdotes y tiranizadas por un Rey tan despótico como impío, se postraban ante Baal, á la vista de este portento caen en tierra y reconocen á Jehová.

Elias acaba de probar la verdad de las doctrinas de las cuales está constituido en apóstol. Pero no basta

esto. Es menester que al pueblo de Dios se le libre del peligro de la seduccion de que hasta entonces ha sido víctima. Los que le han esplotado escarneciendo sus creencias, que son á la vez las grandes tradiciones que constituyen la preciosa vitalidad de su patria, volverán á esplotarles porque á ello les mueve su vanidad humillada y su menguado egoismo. Es indispensable arrojarles del país, hacer con ellos un escarmiento, desagraviar á la majestad divina justamente irritada. Los falsos sacerdotes son culpables del crímen de alta traicion en aquel país en que las instituciones religiosas y las instituciones políticas son solidarias.

Los n entidos profetas son presos y conducidos á las orillas del Cison, donde acaban su culpable vida.

Acab no tuvo el atrevimiento de defenderles, temeroso sin duda de las iras populares, ya que el pueblo se habia convencido perfectamente de la funesta influencia de aquellos impostores.

La expiacion se habia ya consumado; era llegada pues la hora de la misericordia.

Elias promete que no tardará en cesar la sequía que aflige á la nacion.

Mas nada confirmaba este anuncio. El cielo continuaba sereno; en ningun punto del horizonte se percibia la menor señal de lluvia.

Elias sube á la punta del monte. Por la parte del mediterráneo aparece una nube pequeña, casi imperceptible. Pero aquella nube va creciendo, oculta ya los reflejos del sol, cubre todo el cielo. Cuando el horizonte aparece completamente encapotado, sopla el huracan. Poco despues una benéfica lluvia inundaba la tierra.

Al saber Jezabel por boca de su mismo esposo que la lluvia que fecundizaba los campos de la nacion, estériles por tanto tiempo, era la obra de las plegarias de Elias, preguntó con ansiosa solicitud por los sacerdotes de Baal de quienes la corrompida Reina se habia cons-

tituido en tenaz protectora. Muy pronto hubo de saber que aquellos malvados habian perecido con satisfaccion de todo el pueblo.

Jezabel era una muger que seguia á ciegas los impulsos de su extraviada sensibilidad ; para ella la pasion lo era todo, lo podia todo; detestaba la virtud con todas las fuerzas que habia recibido para amarla Siente ofendido su orgullo de muger y su soberanía de Reina; su loco frenesí va á derramarse en alas de venganza. Para nada quiere ya la vida si no puede acabar con el Profeta de Dios que la ha inferido el ultrage de echar el mas odioso descrédito sobre el culto que ella profesa, y perder á los impostores á quienes ella, la Reina de Judá, trataba como sus primeros favoritos.

Si ciñe una corona, está dispuesta á que su autoridad de Soberana caiga inexorable sobre Elias. Para que este hombre, que Jezabel odia de todo corazon, desaparezca del mundo, sabrá valerse de todos los recursos que como esposa de Acab tiene en su mano.

La Reina manda que en su nombre se diga á Elias lo siguiente :—«Trátenme los dioses con todo su rigor si mañana á estas horas no te hubiere hecho pagar con la vida la que quitaste á cada uno de aquellos profetas.»

No se oculta á Elias lo que puede la irritacion, la fiereza de una muger como Jezabel.

Si Elias era fuerte é intrépido; si nada alcanzaba á dominarle cuando sentia dentro de sí la fuerza de su destino revelada por esa inspiracion suprema que manda Dios á los corazones de los héroes, cuando se encontraba solo, reducido á sus propias fuerzas, en presencia de la perversidad, entonces se sentia débil, y aquel hombre que no temblaba ante un rey y ante un ejército, tembló ante las amenazas de una muger. Elias en aquellos momentos no era el Profeta, era el hombre; como hombre pagaba tributo á las debilidades de la naturaleza humana. El entusiasmo del héroe desaparecia

ante las miserias del mortal. Retrocedia á la vista del peligro.

El profeta huye, sale de los dominios de Acab, corre hácia la estremidad meridional de la Palestina, y despues de sesenta leguas de camino se interna en los desiertos de la Arabia Petrea. No se detiene allí: le parece que le está siguiendo aun la sombra de Jezabel; á cada paso que dá teme encontrarse con asesinos apostados por la vengativa Reina. Prosigue su fatigosa marcha por espacio de un dia. Al fin, rendido de cansancio llega á invocar la muerte. — «Bástame, Señor, de vivir; llevaos mi alma, pues no soy yo mejor que mis padres.» Elias pronuncia estas palabras sentado á la sombra de un enebro. No es solo el temor quien se las arranca: la perversidad de Jezabel, la llama de la religion ya moribunda en todo el reino, el despotismo de una Reina frenética y de un Rey perverso que está pesando de una manera terrible sobre los buenos, todo hace al profeta sombría la vida. De ninguna manera tratamos de justificar semejante debilidad; pero ya que no la justifiquemos, puesto que no tiene justificacion posible, al menos podemos esplicarla de un modo muy natural conociendo las debilidades á que ceden en ciertos momentos hasta los hombres mas animosos.

El profeta tendiéndose en el suelo queda dormido á la sombra del enebro. Dios en medio de su sueño se dignó mandarle un ángel para consolarle.

Cuarenta dias mas tarde el profeta llegaba á Horeb, monte donde se guardan escritos en imperecederos monumentos los recuerdos mas maravillosos, puesto que allí fué donde Dios conversó con Moisés, y donde sentado en su carroza de fuego hizo retemblar las montañas para promulgar aquella ley del Decálogo que constituye el código moral, religioso y político de la humanidad. Junto á Horeb, Elias escucha la voz de Dios que le dice:—«¿Qué haces aquí?» — «Me abraso de celo por

tí, ó Señor Dios de los ejércitos, contesta Elias; porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, han destruido tus altares, han pasado á cuchillo á tus profetas. Ya no queda mas profeta que yo, y me andan buscando para quitarme la vida.»

El Señor le manda que suba á la cumbre del monte. Pasa un viento impetuoso que hace retemblar aquellas montañas y que rompe aquellas peñas; y en medio de un terremoto aparece una llama. El Señor manifiesta de este modo que Él, que con un dedo de su mano puede hacer temblar á todo el universo, puede hacer temblar tambien á los reyes de la tierra, por mas que sean fuertes como las peñas y se levantan altivos como las montañas; y que Él, que tiene á su disposicion los rayos, puede fulminar el fuego de sus venganzas sobre los culpables que le insultan. Tras la llama sopla una brisa suave: con este símbolo Dios dá á entender que á pesar de su fuerza es paciente y misericordioso.

—«Anda, le dice una voz sobrenatural, y vuélvete por el mismo camino del desierto hácia Damasco; y llegado allí ungirás á Mazael por Rey de Siria; y á Jehú, hijo de Namsi, le ungirás Rey de Israel, y ungirás tambien á Eliseo por profeta sucesor tuyo.»

Elias obedece; dirígese á encontrar á este hombre llamado Eliseo, de quien acababa de hablarle el Señor. ¿Se halla entre los grandes del mundo, en las cortes de los reyes? No; Eliseo está arando la tierra. Al verle Elias arroja sobre él su manto de profeta. Eliseo acepta el papel que le señala Dios; en vez de ir tras de una yunta de bueyes sabrá presentarse ante los grandes de la tierra para reprenderles por sus estravíos.

Mas antes de abandonar su casa, quiere cumplir con los sagrados deberes que le impone la piedad filial, y pide permiso á Elias para despedirse de sus padres. Eliseo va á cambiar completamente de vida; desde aquella hora sus destinos son del todo distintos; por mucho que

ame las tareas á que hasta entonces se ha consagrado, debe abandonarlas para siempre. Toma el arado y lo quema para calentar con su llama la carne de sus bueyes que distribuye entre la gente del pueblo. Terminada esta operacion se pone á las órdenes del profeta y se marcha en pos de él.

LECCION CUATRIGESIMA QUINTA.

EL VERDUGO Y LA VICTIMA.

Libre ya Jezabel de la presencia de Elias cuya muerte habia jurado, creyendo que nadie podia disputarla el absoluto dominio que ejercia sobre su débil esposo, continuó precipitando á éste por la pendiente de los estravíos y de las maldades.

Linda con los jardines del palacio real la viña de un humilde labriego. Para dar mayor estension á la régia morada, trató Acab de adquirir la tierra de su súbdito. Era este un hombre de Jezrael llamado Naboth.

Manda llamar el Rey al campesino para decirle:— «Dame tu viña y te daré en cambio otra mejor; ó si crees que te conviene más te daré en dinero el precio que vale.»

La ley de Moisés prohibia á los israelitas el enagenar la herencia de sus padres á no ser en caso de necesidad, y aun así, únicamente podian hacerlo por un período limitado. La casa del labriego á que nos hemos referido se hallaba bastante desahogada para tener que echar mano de semejante recurso. Naboth no queria faltar á las prescripciones de la ley de Moisés, por mas que fuera el Rey quien á ello le instase. Vender su patrimonio era para él menospreciar una tierra que sus antepasados habian regado con sus sudores. — « Guárdeme

el Señor de darte yo la heredad de mis padres;» respondió el honrado labriego. No es que dejara de respetar á la persona del monarca; pero se le estaba haciendo una oferta indigna: á esta oferta el fiel israelita contestó con una negativa honrosa; y antes que abandonar la herencia de sus antecesores, prefirió esponerse á la cólera de su soberano.

Parece que Acab sufre resignado la enérgica leccion que acaba de darle un súbdito suyo; pero apenas entra en su palacio, el furor se apodera de él, cae en el marasmo de una melancolía insufrible, se echa sobre su cama, vuelve el rostro hácia la pared, resistiéndose á tomar ninguna clase de alimento.

Entra á verle Jezabel para informarse de lo que pasa.—«¿Qué es eso? Le pregunta. ¿Qué motivos tienes para estar triste? ¿Porqué no comes?»—«He hablado con Naboth jezraelita, y le he dicho: dame tu viña y te daré el precio de ella; ó si te acomoda te daré otra mejor. Y él me ha respondido: no te daré mi viña.»

Ya se comprende el efecto que habia de producir este relato en la altanera Jezabel. La negativa de Naboth era en su concepto un insulto inferido á la magestad real. Muger que no comprendia la autoridad sino con el despotismo, creia que bastaba que el Rey pidiese una cosa para que nadie se atreviese á negársela, por mas que la peticion real se fundase en una injusticia. El encono de Jezabel se revela en estas palabras, que son una mezcla de ironía y de resolucion.—«Vaya que es grande tu autoridad, y que bien gobiernas el pueblo de Israel. Levántate, come y sosiégate, que yo te daré la viña de Naboth.»

Jezabel es muger que sabe pasar por encima de todo; la Reina hará lo que el Rey no ha hecho

Escribe una carta en nombre de Acab, la sella con el anillo real y la remite á los que están al frente de la ciudad de Jezrael.

La carta venia á decir en resúmen lo siguiente:—«Publicad un ayuno, haced sentar á Naboth entre los principales del pueblo: sobornaréis á dos hombres perdidos, hijos de Belial, para que levanten contra él un falso testimonio, diciendo: Ha blasfemado contra Dios y contra el Rey. Despues, sáquenle fuera y muera apedreado.»

Al reunirse las asambleas públicas en que se debatian los intereses de la religion, á su apertura precedia siempre el ayuno. De esta suerte la malvada Jezabel hace servir á sus pérfidos designios lo mas sagrado y mas augusto que existe en la tierra, que es la religion, tratando de hacer caer sobre el inocente Naboth acusaciones tan graves como las de sacrilegio y de regicidio.

No faltaron súbditos tan villanos como cobardes que se prestaran á ser cómplices de este asesinato político.

Reúnese la asamblea en la cual Naboth ocupa uno de los primeros puestos. Y mientras los ancianos y los magnates de Israel están allí congregados, preséntanse dos hombres del pueblo que dicen:—«Naboth ha blasfemado contra Dios y contra el Rey.» Era este un doble crímen, un atentado político y religioso que bastaba para sublevar á todos los que allí se reunian. Dos testigos delataban el hecho: no se exigió mas prueba.

Sin procedimiento judicial, el inocente Naboth, á pesar de sus protestas, oye fulminar contra él una sentencia de muerte. Naboth es arrojado de la asamblea, se le arrastra fuera de la ciudad, y muere á pedradas.

Los viles ejecutores de este asesinato se dan prisa á mandar á decir á Jezabel: — «Naboth ha sido apedreado: ya no existe.»

La infame Reina acababa de consumar su obra. Irritante es la injusticia que arranca á un hombre la herencia de sus antepasados; pero cuando esta injusticia se sella con la sangre de la víctima; cuando una iniquidad y una muerte semejantes son un abuso del poder sobe-

rano que se ha asociado la complicidad de falsos testigos, hay en esto una multitud de crímenes que prueban hasta donde puede llegar la perversidad humana. Dios no deja impunes tamaños horrores.

La satisfecha Jezabel se presenta al Rey y le dice:— «Vé á tomar posesion de la viña de Naboth, que no quiso complacerte ni dártela por dinero contante. Naboth ya no existe.»

El Rey Acab ni siquiera pregunta á su esposa por los episodios de este sangriento drama. Los príncipes de Israel adquirian por derecho de confiscacion los bienes que habian pertenecido á los criminales de lesa magestad. Con la mayor sangre fria, Acab se pone en camino y se dirige á tomar posesion de la viña. Mas al descender de su aposento, una figura imponente se adelanta hácia él. Es Elias, el intérprete de los decretos divinos esElias, el vengador de los derechos del pueblo. Así habla el profeta al culpable Rey : — « Cometiste un homicidio, y tras de esto vas á usurpar la viña del muerto. En este lugar mismo en que los perros lamieron la sangre de Naboth, lamerán tambien la tuya.» Acab dice al profeta.— « ¿ Por ventura me tienes por enemigo tuyo?»—«Sí; le contesta el profeta, porque te has vendido para cometer la maldad delante del Señor,» y sigue diciendo en nombre de Dios: — « Enviaré males sobre tí, segaré tu posteridad. Trataré tu casa como la de Jeroboam y la de Bassa... Los perros comerán tambien á Jezabel en el campo de Jezrael.»

Con estas terribles palabras anuncia el profeta al esposo de Jezabel el esterminio de su casa como espiacion del asesinato jurídico perpetrado en uno de sus vasallos mas fieles.

Acab rompe sus vestiduras, se entrega al ayuno y al arrepentimiento. Las palabras del profeta pronunciadas con la firmeza propia de un ministro de Dios, de un ejecutor de sus órdenes, parecen doblar el orgullo de aquel Rey pervertido.

El Señor atiende á su arrepentimiento.

La voz celestial habla á Elias y le dice:—«¿No has visto á Acab humillado delante de mí? Pues por cuanto se ha humillado por respeto mio, aguardaré los dias de su hijo para meter el mal dentro de su casa.» Estas palabras manifiestan que la misericordia divina se pone como una barrera ante el hombre para que no caiga en la desesperacion, provocando el arrepentimiento en los grandes culpables.

Pero si no habia de ver extinguida su casa, no por esto le libraba Dios del castigo personal que le tenia deparado. Acab no habia de tardar en morir.

Habia en Judá un rey piadoso y prudente que habituado desde su infancia al ejercicio de la virtud y de la piedad mas sincera, no se habia separado jamás de las sendas de la religion, trabajando asíduamente por mantener en sus dominios el culto del Dios verdadero. Su autoridad era respetada por todos; nadie se atrevia á hostilizarle; á la sombra de su cetro bienhechor sus súbditos gozaban de una profunda paz y de prosperidades de toda especie.

Josafat estaba unido al Rey de Israel por relaciones de família ya que habia casado á su hijo Joram con Athalia, hija de Acab y de Jezabel. El monarca israelita acudió al padre de su yerno para que le ausiliara en una expedicion contra los sirios.

Josafat accedió á esta exigencia con la condicion de que no habia de darse ningun paso sin consultar antes la voluntad del Cielo. Acab, en prueba de que respetaba este escrúpulo, congregó sin dilacion cuatrocientos adivinos idólatras que le dijeron unanimemente: —«Sube y tendrás la victoria en tu mano.» A Josafat no hubieron de parecerle autorizados estos adivinos. Preguntó al Rey:—«¿No hay aquí algun profeta del Señor?» —« Uno solo ha quedado, contesta Acab; mas yo le aborrezco porque nunca me profetiza cosa buena.»

El Rey de Judá observa al de Israel que es menester hablar con mas respeto de las personas sagradas. Llama á un criado y le dice:—«Date prisa á traer aquí á Miqueas.»

Este se presenta á los soberanos que estaban sentados en tronos reales rodeándoles la mayor esplendidez. Junto á Acab habia un adivino idólatra que con astas de hierro puestas en la frente imitaba los movimientos de un toro que acornea todo lo que se atraviesa en su camino, y gritando decia:—«Así aventarás la Siria hasta exterminarla.»

Miqueas es interrogado á su vez. El profeta de Dios responde anunciando la muerte de Acab: —«Ví á todo Israel disperso por los montes, como ovejas sin pastor; y dijo el Omnipotente: Estos no tienen caudillo; vuélvase cada uno en paz á su casa.»

Acab irritado con esta respuesta exclama: —«¿No te dije que jamás me profetiza éste cosa buena?»

El soberano de Israel manda que á Miqueas se le cargue de cadenas.—«Echad á este hombre en la cárcel, dice, y sustentadlo con pan de tribulacion y agua de angustia, hasta que yo vuelva en paz.» El rey no habia de volver; solo habia de volver su cadáver.

Los gefes del ejército sirio habian dado la órden de que las tropas cargasen principalmente sobre el punto en que se hallase la persona de Acab.

No obstante el desprecio con que habia recibido á Miqueas, temió que no se realizaran sus predicciones. Presentóse en la batalla; pero confundido entre los soldados, dejando el mando en gefe de las tropas aliadas al rey Josafat.

Investido éste con la insignia de su dignidad real, atraia sobre sí todos los golpes; pero pudo escapar del peligro, pues los generales enemigos supieron reconocerle, mientras que una flecha disparada al aire fué á herir en el pecho á Acab.

El rey dice al conductor de su coche: — « Toma la vuelta y sácame del combate, porque estoy gravemente herido.»

No quiso apartarse del teatro de la guerra para que no se desalentaran sus tropas. Desbocáronse los caballos del tiro, y le arrastraron moribundo hácia Jezrael cebándose los perros en la sangre que arrojaba su herida.

LECCION CUATRIGÉSIMA SEXTA.

EL RAPTO DEL PROFÈTA.

Al rey Acab sucedióle en el trono su hijo Ocozias. Fué idólatra como sus padres; así es que hallándose afligido de una penosa dolencia, en vez de acudir al Omnipotente, pidió el remedio á un ídolo venerado en Accaron con el nombre de Beel Zebub. Despachó al efecto emisarios, los cuales en el camino se encontraron con el profeta Elías. Este con la autoridad que le daba su mision; con su acostumbrada intrepidez de carácter, se adelanta hácia los enviados de Acab para decirles:— «Pues qué, ¿no hay un Dios en Israel que vais á consultar á Beel Zebub, dios de Accaron?» Elías les ordena que digan al Rey en nombre del Señor estas palabras: «De la cama en que subiste no descenderás, sino que morirás.» Pronunciada esta frase desaparece el Profeta.

Comparecen los emisarios en el aposento real y se expresan de esta manera repitiendo las palabras de Elías: «Id y volved al Rey que os ha mandado, y le direis: «Esto dice el Señor: ¿Acaso porqué no habia Dios en Israel envias á consultar á Beel Zebub, Dios de Accaron? Por eso, de la cama en que subiste no descenderás, sino que morirás.»—«¿Qué figura tiene y

que trage lleva el que os salió al encuentro y habló estas palabras? pregunta el Rey.

Los enviados manifiestan á Ocozías, que el hombre que se les ha aparecido es de figura tan severa como imponente y que lleva ceñido un cinto de cuero.—«Es Elías Thesbita, exclama el Soberano.

Ocozías no puede reprimir su cólera. Sediento de venganza, dispone que salga un capitan con sus subordinados, en persecucion de Elías, con órden expresa y terminante de no volver á la ciudad sin el ofensor del Rey.

Los soldados encuentren á Elías sentado tranquilamente en la cumbre del monte.

No respetando el carácter sagrado del profeta de Dios le hablan en tono imperioso y ofensivo. Sin consideraciones de ninguna clase Elías es tratado como un malhechor ; y cuando el capitan va á echar su mano sobre la venerable persona del hombre de Dios , cae fuego del cielo que les reduce á cenizas.

No tuvo mejor éxito una segunda tentativa para apoderarse del Profeta.

Por tercera vez se mandan soldados en persecucion de Elías; mas el gefe de éstos, acordándose de que los que le habian precedido en su mision ya no existen, no se presenta al Profeta con aire arrogante; no le habla imperiosamente, sino que doblando ante él sus rodillas, le dice en tono de súplica:—«Hombre de Dios, no quieras desestimar mi demanda ni las de tus siervos que están conmigo.» El capitan se presenta al profeta manifestándole que es un soldado y que como á tal tiene que cumplir el triste deber de conducirle ante el Rey. El capitan concluye diciendo á Elías:—«Te ruego que te compadezcas de mí.»

El Santo varon baja voluntariamente del monte, y se presenta al Monarca.

¿ Es para lisonjearle? No; Es para hablarle el lenguaje de la verdad con toda su imponente dureza.

«Esto dice el Señor, exclama Elías en presencia del monarca. Por cuanto enviaste mensajeros que consultaran á Beel Zebub, dios de Accaron, como si no hubiese Dios en Israel á quien pudieras consultar, por esto, del lecho sobre que subiste no descenderás sino que morirás.»

La profecía no tardó en realizarse.

El Rey de Israel salió muy pronto de su lecho ; pero fué para ir al sepulcro.

Algun tiempo mas tarde encontrándose Elías platicando tranquilamente con Eliseo vióse descender por los aires en rápida carrera un fulgurante carro tirado por corceles de fuego, y levantándose un impetuoso torbellino, Elías desapareció de la tierra.

Ya no volveremos á encontrar al gran profeta en el monte del Carmelo; Eliseo es quien va á residir en su solitaria cueva.

El carácter del sucesor de Elías revela perfectamente al hombre que, guiado por una inspiracion sobrehumana, viene á ser en medio de la sociedad la personificacion de la fuerza divina. Al recoger el manto de Elías ha recogido tambien el heroismo del grande hombre; como él sabrá manifestar un ardor estraordinario en la defensa de la causa del bien y de los derechos de Dios.

Consignemos aquí en pocas palabras un precioso episodio de la vida de este varon profético.

Recorriendo la Palestina encontró por el camino que de Samaria conduce al Carmelo la poblacion de Sunam, situada en una pintoresca llanura á poca distancia de las cumbres de Gelboé. Allí vivia una mujer que supo adivinar la elevada mision de Eliseo. Rica y generosa, le ofreció en su casa franco hospedage, poniendo á disposicion del profeta una de las habitaciones preparada con lo indispensablemente necesario, ya que Eliseo no se habria avenido con aceptar para vivienda suya una pieza amueblada con lujo.

Reconocido Eliseo á estas atenciones por el espíritu de fé que en ellas supo descubrir, quiso manifestar su gratitud á su huéspeda. Dijo, pues, á Giezi su criado: «Llama á esa sunamita y dile: «Veo que nos has asistido con esmero en todo; ¿qué quieres que haga por tí? ¿Tienes algun negocio y deseas que hable al Rey ó al gefe de las armas?»

Aquella virtuosa mujer no habia procedido con miras interesadas; respondió, pues, agradecida:—«Yo habito en paz en medio de mi pueblo» Giezi trasladó á su amo esta contestacion. Eliseo deseaba de todos modos recompensarla, y con este fin insistió diciendo:» —«¿Qué quiere que haga por ella?—«No se lo preguntes, contesta el servidor: no tiene hijos y su esposo es viejo.»

Aquella mujer nada habia de esperar de los hombres; pero Eliseo se persuade de que hay una dicha que solo Dios puede concedérsela: es la dicha de la maternidad.

El profeta dice á Giezi: «Haz que vea yo á la Sunamita.» La buena mujer fué á presentarse á Eliseo; pero se detuvo en el dintel de la puerta sin atreverse á entrar en la morada del Santo varon.—«Dentro de un año, en este mismo dia, si Dios te diere vida, llevarás un hijo en tus entrañas. La Sunamita no atreviéndose á entregarse á una esperanza que le parecia demasiada halagüeña, suplicó á Eliseo que no diese entrada en su corazon á una ilusion que le seria tanto mas sensible el tenerla que destruir cuanto era para ella mas hermosa.

Muchos años habian pasado despues de este incidente, cuando encontrándose Eliseo en su cabaña vé á lo léjos una mujer á quien él reconoce.—«Hé aquí á la Sunamita, dice á su servidor Giezi. Vete á encontrarla.»

Este se dirige á donde está la viajera; é informándose de su salud y de la de su familia, le pregunta: «¿te va bien á tí, y á tu marido y á tu hijo?» —«Bien nos vá,» responde ella.

La piadosa mujer, dirigiéndose á Eliseo, se postra ante él, y besa sus piés. Giezi trata de impedirla esta accion; pero Eliseo dice á su criado:—«Déjala, porque su alma se encuentra en amargura.»

Entonces estalla el secreto dolor de esta mujer. —«¿ Acaso te pedí un hijo? ¿ No te dije yo que no me engañaras?»

El profeta lo adivina todo. El infante que Dios concedió á la Sunamita en virtud de su oracion, acaba de morir.

Herido por los rayos del sol cierto dia en que iba á encontrar á su padre, que estaba ocupado en el campo con sus segadores, fué conducido enfermo á su madre. Los cuidados de la mas solícita ternura no alcanzaron á atajar el mal. La pobre madre, despues de haberle calentado en su seno, le vió morir en sus brazos. Pero guardaba en su corazon un gran caudal de esa fé que es capaz de restituir la vida á los muertos. Comprimiendo su desesperacion, se dirige hácia el aposento que tiene reservado en su casa para el profeta, coloca el cadáver sobre la cama del varon de Dios, y sin informar á su marido de su comun desgracia, le dice: «Deja venir conmigo á alguno de los criados y una caballería que iré corriendo hasta donde está el hombre de Dios y volveré al instante.» El esposo ponia al principio alguna dificultad; pero muy luego dejó convencerse.

Llegada á la gruta de Eliseo, éste despues de escuchar sus quejas, llama á su criado y le dice:—«Pon haldas en cinta, toma un báculo, y marcha prontamente: si encontrares á alguno, no te detengas siquiera para saludarle; si alguno te saludare, tampoco te detengas para responderle. Pondrás mi báculo sobre el rostro del niño.»

Estas palabras no bastaron para tranquilizar á la Sunamita. Su esperanza estaba toda en la presencia de Eliseo, á quien dijo resueltamente: «Júrote por el Señor y por tu vida que no partiré sin tí.»

Eliseo cede á esta súplica arrancada por el dolor y por la fé, y va en pos de la Sunamita. Giezi que se le ha adelantado, despues de haber puesto el báculo milagroso sobre la frente del niño, vuelve hácia donde está su Señor para decirle con acento de pesar:—«El niño no ha resucitado.»

Efectivamente estaba aun sin vida tendido sobre su lecho.

El hombre de Dios penetra en el cuarto mortuorio, cierra la puerta, permanece solo ante el cadáver, estrecha las manos del infante entre las suyas, dirige hácia los apagados ojos del difunto la mirada llena de vida y de inspiracion en que brilla la profética llama, imprime sus labios par donde ha pasado el soplo divino en los labios de aquella criatura.

A la influencia de su oracion, con su contacto de fuego, el cadáver se calienta, desaparece el frio de la muerte, el niño dispierta del sueño de los sepulcros.

Eliseo hace llamar á su huéspeda y la dice: «Hé aquí á tu hijo.»

Embargada por la conmocion, la agradecida mujer no acierta á pronunciar una palabra. Se precipita á los piés de Eliseo sin abrir siquiera su boca. Por ella hablan sus hojos humedecidos de lágrimas, habla sobre todo su corazon palpitante de ese júbilo que habia de sentir una madre al ver á su hijo vuelto á la vida. ¡Muda elocuencia que vale mas que todos los discursos! La Sunamita sale, y se dirige hácia su esposo para hacerle participante de su inmensa alegría.

Esta muger, cuyo nombre no consigna la historia sagrada, es uno de los tipos mas caracterizados de la galería bíblica.

En medio de las escenas de crueldad, de venganza, de perfidia y de sangre que recuerdan los *Libros de los Reyes,* la figura de esta muger, á la vez austera y noble, tan tierna como fuerte, viene á llevar la tranquilidad al

corazon agitado á la vista de las tempestades que suscitan tantas y tan tumultuosas pasiones.

Si los israelitas han perdido la augusta fé de sus mayores; si faltan á la mision que corresponde á los que constituyen el Pueblo de Dios, esta mujer, sobreponiéndose á la corriente, haciéndose superior á su país y á su época, sabe conservarse fiel al espíritu de la ley; y cuando uno de los instrumentos de la palabra divina pasa por su lado, ella le reconoce y le brinda con su vivienda. Animada por la fé encuentra en este aliento de su alma el secreto de su valor para resistir el infortunio, y si la implacable muerte la arranca un pedazo de su corazon, lo que hay para ella de más querido en el mundo, siente que su fé es aun mas fuerte que la tumba abierta para su hijo. No llora ante el cadáver, sino que brilla en su pecho el rayo de la esperanza, que la obliga á volar hácia el Profeta, segura de que él puede intérceder con Dios para que vuelva á echar sobre aquel cuerpo muerto el espíritu de vida que divaga ya en otras regiones.

LECCION CUATRIGÉSIMA SÉPTIMA.

LOS CONSEJOS DE ATHALIA.

El año vigésimo quinto del reinado de Josafat, entró á sucederle en el trono un hijo suyo llamado Joram, quien, conforme hemos dicho, estaba casado con Athalia. Esta muger, cuyo nombre ha pasado á la posteridad envuelto en el mas deshonroso padron de ignominia, personificaba todo cuanto puede encontrarse de impetuoso y de rastrero en un sér malvado.

Hija de Acab y de Jezabel, no parece sino que pone

un empeño especial en ser mas perversa que sus criminales padres.

En vano buscaríamos en aquel corazon nada de afecto ó de ternura; todo es allí degradacion y embrutecimiento. De muger no tiene ninguna virtud; tiene en cambio de hombre las pasiones mas viles.

Es verdad que su marido Joram era hijo de un padre virtuoso; pero Athalia influyó de tal manera en el Rey, que no tardo en arrastrarle por la senda fatal en que ella se encontraba; supo despertar en el corazon de su esposo las pasiones vengativas, el egoismo, la sed de sangre. Vino un dia en que el Rey que era despótico, vengativo, sanguinario, ya no pudo ser religioso; entonces Joram fué digno de Athalia. Desenvainó su espada de Rey para convertirla en puñal de fratricida; pues hizo perecer á todos sus hermanos manchando las gradas de su trono con la sangre de otros príncipes de Israel, á fin de poder ejercer libremente la tiranía sin que nadie le disputara la corona. Levantó altares á Baal; y así como él habia sido apóstata quiso que lo fuesen tambien sus pueblos.

No faltó un hombre que se atreviera á echarle en cara su despotismo. Este hombre era un profeta del Señor. Con la energía de que saben valerse los que combaten lealmente la opresion y el despotismo, el Profeta recuerda á Joram los ejemplos de virtud dados por su padre Josafat, le conjura á no olvidar que es sucesor de David, y que debe seguir las huellas del honor y de la gloria que le dejaron sus antecesores. Le echa en cara su idolatría, sus atentados, y evocando las sombras de los indefensos príncipes inmolados á su ambicion, le amenaza con las venganzas del Todopoderoso. Estas amenazas se realizan al pié de la letra. Joram se vé afligido de una enfermedad incurable que le devora las entrañas, y despues de dos años de indescriptibles sufrimientos, cuando se habia hecho ya insoportable

hasta á sí mismo, y cuando nadie se acercaba ya á su lecho por la fetidez de sus llagas, muere en el mayor aislamiento.

En Judea el pueblo juzgaba á los monarcas despues de su muerte, honrando su cadáver con la régia sepultura, ó excluyéndoles de ella segun lo que hubiesen merecido. El cadáver de Joram no fué quemado en medio del olor de los perfumes, conforme se hacia con los reyes virtuosos. Sus crímenes habian atraido sobre él toda la odiosidad de sus pueblos; tuvo una muerte digna de su vida; y su cadáver, en vez de las honras del sepulcro, mereció los desprecios del abandono.

LECCION CUATRIGÈSIMA OCTAVA.

EL SITIO DE SAMARIA.

Entre los caudillos asirios que hacian correrías por Israel, habia uno llamado Ben-Adab que menudeaba infructuosas correrías con el fin de apoderarse de Eliseo, á cuyo poder achacaba el constante mal éxito de sus escaramuzas.

Despachó soldados que á favor de las tinieblas de la noche, pudieran acercarse á la morada del profeta.

Este recibió aviso de un mozo, anunciándole que venia gente armada, con el fin de prenderle.

Mas Eliseo que sabia que su persona estaba bajo el amparo del Todo-poderoso, enseñando al criado los vecinos montes cubiertos de caballería y carros de guerra, le dijo :—«No temas ; por que muchos mas son en socorro nuestro que en el suyo.»

El profeta abandona su gruta, y despues de pedir á Dios que turbe los ojos de aquellos perseguidores, se adelanta á su encuentro. Al alcanzarlos, fingiéndose un

hombre del país se ofrece á servirles de guia. Eliseo no fué reconocido. Los soldados se encaminaban directamente á la cabaña; mas el profeta les dice:—«No es por aquí la senda: venid, y yo os presentaré á Eliseo.»

Muy lejos estaban de sospechar que su guia fuese el mismo profeta á quien buscaban. Le siguieron, pues, confiadamente, sin saber hácia dónde se dirigian, hasta que se vieron introducidos en la capital enemiga, donde se les anunció que se hallaban allí en carácter de prisioneros.

El monarca de Israel, enfurecido al ver que tan vilmente se perseguia al Profeta, trata de vengarle, quitando la vida á los presos. Pero Eliseo le manifiesta que le bastaba haber burlado su persecucion; y no solo pudieron volver libremente á su tierra sino que les dió el correspondiente alimento, dirigiéndoles palabras de amabilidad y de dulzura. Los héroes siempre son generosos; Eliseo era generoso porque era un héroe.

Dos años mas tarde los de Siria pusieron sitio á Samaria, dentro cuyos muros tenia su albergue el profeta. El asedio fué muy rigoroso. La ciudad sufrió todos los horrores del hambre.

Paseábase por la muralla el Rey Joram, hermano de otro Joram de quien antes nos hemos ocupado, cuando oye una mujer que le interpela en estos términos:—«Socorro, oh Rey.»

Joram cree que es este el grito del hambre. Este grito Joram no podia apagarlo.—«¿Qué puedo hacerte yo?» dijo el Monarca. Y luego le pregunta:—«¿Quién eres?» La infeliz le contesta con estas palabras:—«Esta mujer me ha dicho dame tu hijo para comérnoslo hoy; mañana comerémos el mio. Cocimos, pues, á mi hijo, y nos lo comimos. Y díjele yo al otro dia: Trae acá á tu hijo para que nos lo comamos. Y ella ha escondido á su hijo.»

Era imposible hablar á la justicia del Rey con una

elocuencia mas horrorosa. Joram rasga sus vestiduras, se cubre con un silicio, y atribuyendo injustamente al profeta las catástrofes de Samária, jura vengarse de él.

Eliseo se presenta al monarca y le anuncia que en el siguiente dia por aquellas horas, no solo habria desaparecido el hambre, sino que los comestibles podrian comprarse á vil precio. Un capitan que acompañaba al Rey, para hacer torpe alarde de despreocupacion, se negó á dar asenso á las predicciones del varon santo. Este en castigo de su poca fé, le predijo que presenciaria con sus propios ojos la realizacion del vaticinio, pero sin poder aprovecharse del botin.

Aquella misma noche los sitiadores creyeron apercibirse de la llegada de un formidable ejército. Apodérase de sus corazones el temor; tiemblan, no alcanzan á alentarles los mas valientes, y huyen despavoridos dejando en el campamento gran provision de vituallas. El capitan incrédulo hallábase custodiando una de las puertas de la ciudad por órden del Rey. Apenas los hambrientos habitantes tuvieron noticia de la fuga de los sitiadores, se arrojaron con tal ímpetu hácia los puntos donde aquellos se hallaban, que en el afan de saquear las tiendas enemigas, derribaron por tierra al capitan, pasaron sobre él, ahogándole con su peso

Despues de esta ocurrencia vuelve á aparecer la Sunamita. Durante las aflictivas circunstancias porque pasó la ciudad, habia desaparecido refugiándose fuera de ella. Restablecida ya la paz, pudiendo cobijarse tranquilamente á la sombra de su hogar, la huéspeda de Eliseo dirigióse á su casa. Pero la casa de la Sunamita se hallaba ocupada por otros habitantes. Hasta sus tierras, todo su patrimonio habia sido usurpado. La Sunamita acude al Rey reclamando sus derechos.

En aquel momento, por una feliz casualidad, el Rey se informaba, por medio de Giezi de todas las maravillas obradas por Eliseo; y mientras éste le referia la resur-

reccion de un niño, comparece la Sunamita acompañada de su hijo. Giezi al verla dice:—«Esta es la mujer, y este es el muchacho á quien resucitó Eliseo.» La Sunamita hizo por sí misma la relacion del milagro.

Al reclamar ante el Rey que se le devolviesen su casa y sus heredades, Joram dijo á uno de sus servidores: —«Haz que se la restituya todo lo que le pertenece y todos los réditos de su patrimonio desde el dia en que salió de su tierra hasta el presente.»

Eliseo vivia retirado en Damasco desde donde leyendo en el libro del porvenir, veia el doloroso cumplimiento de sus predicciones sobre la casa de Israel. La familia Real estaba destinada á desaparecer; era, pues, indispensable nombrar para el Reyno un nuevo monarca.

Dios suscita á Jehú para vengar la sangre de los profetas y castigar á los príncipes prevaricadores. Hallábase cierto dia Jehú conversando con algunos capitanes, cuando se le presenta un jóven desconocido anunciándole que tiene que hablar con él.

Comienza por manifestarle que es profeta del Dios verdadero, y enviado por Eliseo; le trae á la memoria la condenacion fulminada sobre los descendientes de Acab, le invita para constituirse en instrumento de la Providencia y le unge por Rey. El ejército recibe con aplauso tan acertada eleccion.

Sin pérdida de momento, Jehú levanta el campo, va á atacar á Joram, le embiste, le pone en fuga, é hiriéndole de un saetazo que entrando por las espaldas le atraviesa el corazon, deja tendido su cadáver en la viña de Naboth, monumento perenne de la perfidia de su antepasado Acab.

La osada Jezabel, la pérfida esposa de aquel déspota se apercibe de la alegría con que el pueblo samaritano celebra la entrada del vencedor. En su corazon hierve el despecho, la rábia mas desesperadora; pero

llevada por su loco amor propio quiere manifestar que sabe hacerse superior á las circunstancias, y en su insensato orgullo la altiva Reina que ve subir en el trono del difunto Acab un hombre que no es su sucesor legítimo, cree con su presencia poder dominar aquellas muchedumbres, y sobre todo trata de rendir á Jehú.

Adornada con sus mas ricas joyas, ocultando su palidez entre afeites postizos, se asoma por uno de los balcones de su palacio. Jezabel por órden del nuevo Rey es arrojada á la calle. Jehú hace pasar su caballo sobre el cuerpo de la viuda que habia insultado al usurpador con incisiva ironía.

Los perros destrozaron el helado cuerpo de la infame Jezabel. Después el nuevo monarca se acordó de que era hija de un Rey, y quiso hacerla los honores de la sepultura. Mas ya era tarde. En vez del cadáver de una Reina no se encontró nada mas que un descarnado cráneo. La prediccion de Elías habia recibido su siniestro cumplimiento.

El campo de Naboth acababa de ser regado con la sangre de Jezabel despues de haberlo sido con la de Acab y de sus descendientes.

LECCION CUATRIGÉSIMA NONA.

LA PERFIDIA DE UNA REINA.

Muertos Joram y Ochozias, Jehú escribió á los ancianos del pueblo y á los jefes de la casa de Acab estas palabras: «Al momento de recibir esta carta, vosotros que teneis en vuestro poder á los hijos de vuestro antiguo dueño, y carros, y caballos, y plazas fuertes y armas, escoged entre los hijos de vuestro difunto Rey el mas

esforzado, y el que mejor os acomode; colocadle en el trono de su padre, y sabed pelear por él.»

Los magnates de Israel en vez de elegir para soberano un príncipe de la casa Real, se presentaron á Jehú llevándole en cestones las ensangrentadas cabezas de los descendientes de Acab. A los mensajeros encargados de ofrecerle tan horrible presente les dijo:—«Ved ahora si ha caido en tierra una sola palabra de las que habló el Señor contra la casa de Acab, y si ha ejecutado lo que predijo por medio de Elías, su siervo.» Así cayeron bajo la espada de la cólera de Dios todos los vástagos de una familia poderosa. El Señor despues de arrancar del trono á los miembros de la casa de Acab, quiso hasta borrar el nombre de aquel Rey que tanto abusó de su poder.

Eliseo descendió á la tumba profetizando los futuros triunfos de su país. Sus restos exánimes parecian guardar todavía algo de aquella maravillosa fuerza que desplegára durante su vida. Unos hombres iban á dar sepultura á un muerto; pero sorprendidos por una pandilla de ladrones, huyeron echando el cadáver sobre el sepulcro de Eliseo. Al contacto de aquellos despojos santificados, el cadáver entra en movimiento; el muerto recobra la vida.

El despotismo fatal que turbára al Reino de Israel aniquilando una poderosa dinastía agitaba tambien al Reino de Judá. Los pueblos tocaban los efectos de la triste influencia que ejercia la feroz Athalía.

Esta mujer que es una de las figuras mas negras de la historia bíblica, léjos de aprovecharse de las lecciones que le daba la Providencia Divina por medio de multiplicadas y sangrientas revueltas, progresaba siempre en instintos de crueldad. Conforme dejamos dicho el Rey Ochozias, hijo de Joram y de Athalía, encontrándose con Joram rey de Israel, cuando la muerte de éste, no pudo escapar de ser víctima de aquel acontecimiento.

Al morir dejaba varios hijos que como á últimos vástagos de la sangre real de David, constituian toda la esperanza de Judá.

Muerto Ochozias Athalia se apodera del trono, no para pasarlo íntegro á sus nietos, no para construir una regencia durante la menor edad de los príncipes. Athalia quiere reinar, y reinar en nombre propio. ¿Qué hará? En el Reino carece de simpatías; muy al contrario es odiosa.

Se la acepta cuando el trono está vacante solo por necesidad; mas el dia en que pueda reinar alguno de los hijos del Rey difunto, el pueblo se encargará de arrancarla la corona de su frente. Athalia sabe todo esto; pero quiere ser reina á pesar de todo, exponiéndose á todo; y si es preciso optar entre el sacrificio de su ambicion y el asesinato de los sucesores del rey su hijo, la cruel Athalia se decidirá por este último recurso. Mandará degollar á los reales vástagos, exterminará á toda la familia, hará que no quede con vida uno solo de los que puedan hacerle sombra. No se le oculta que despues de su muerte tendrá ella que abandonar la corona al gefe de una nueva dinastía. ¿Pero qué le importa todo esto? Con tal que ella se ostente como soberana ante la nacion envilecida, ¿qué le importa el porvenir de Judá?

Para séres como Athalia la ambicion lo es todo; la patria, el deber, la justicia, el honor, todo esto no significa nada.

Los nietos, pues, de la cruel Athalia son degollados con una atrocidad inexorable. Nada le importan sus sentimientos de mujer ni de madre, con tal que quede satisfecho su orgullo de reina. Un heredero del trono podria haber sido un dia su rival: ya no queda ninguno. Athalia contempla satisfecha aquella hecatombe, pasea tranquila su mirada sobre aquel lago de sangre, que es la sangre de los hijos de sus hijos.

Pero un niño de pecho, Joás, puede escapar de la matanza, gracias á la solicitud de una tia suya llamada Josabet, la cual arrancándole de la cuna, logra sustraerle al furor de su abuela. El tierno infante, junto con su nodriza, es confiado al sacerdote Joiada para que se encargue de su custodia.

Athalia lo ignora, y cree que puede disfrutar tranquilamente del trono en que ha subido rodeándolo de los cadáveres de su nietos.

Ya se concibe de que manera habia de gobernar esta mujer. Empuñó en sus manos un cetro de hierro, y al hacer gemir á sus súbditos bajo el peso de la tiranía mas irritante, se atrevió á rebelarse contra Dios, levantando templos á Baal hasta dentro las murallas mismas de la ciudad Santa.

En Israel las mujeres estaban excluidas por regla general del gobierno político. A mas de esta ley que hacia ilegitímo el reinado de Athalia, y las circunstancias de haber subido al trono pasando por crímenes los mas horrorosos, el mantenerse en él solo con la ayuda de la intriga y del despotismo, todo hacia esperar que no tardaria en caer sobre Athalia la justa mano de Dios. Además, ella no era ni de la tribu de Judá, ni de la casa de David, carecia, pues, de derechos de ninguna especie, añadiéndose á todo esto, el haberse atrevido á introducir y protejer en la ciudad Santa el culto idolátrico, hecho que bastaba por sí solo para destronar á un soberano.

No obstante Athalia llegó á gobernar seis años, creyéndose completamente segura en su puesto, puesto que no sabia existiese nadie que pudiese disputarle la corona.

Pasados los seis años, Joiada creyó llegada la hora de cumplir con su deber. Su carácter de Pontífice le daba una suprema autoridad hasta en la organizacion política y social de un pais que se hallaba bajo la égida de un gobierno teocrático. Como Sumo Sacerdote no podia to-

lerar que se profanara vilmente el culto del verdadero Dios. Se habian levantado altares á Baal en la misma ciudad Santa, el silencio de Joiada hubiera sido un crímen. Este solo hecho bastaba para destronar á la Reina; Joiada se habia de encargar de defender los sagrados fueros de la libertad religiosa. Juez del pueblo, era su derecho y su deber el sustentar los intereses de la nacion, vengar la sangre tan inícuamente derramada, restituir al trono de Judá su dignidad y su honra, y constituirse en defensor de la legitimidad y de la inocencia.

Joiada es hombre que goza en Judá del prestigio de la admiracion y del respeto; está dotado de saber y de tacto político, es tan generoso como valiente, y se distingue por su piedad hácia Dios y por su amor hácia el pueblo. El sacerdote sabrá poner término á la tiranía de una mujer despótica.

Joás tiene ya siete años; se encuentra, pues, en aptitud de que se le proclame por Rey. Comprometida es la empresa tratándose de una muger suspicaz y sanguinaria como Athalia; si la conjuracion no tiene buen éxito, Joás sufrirá la suerte de sus hermanos, y Joiada se verá condenado á una muerte horrorosa. El pueblo estará perdido; le faltará su gefe y su príncipe; todas las esperanzas quedarán desvanecidas.

El gran sacerdote logra hacerse suyos á cinco gefes del ejército de Judá que le merecen su entera confianza; les revela el secreto, y les hace jurar que no lo comunicarán á nadie. Prestado el juramento, les envia por todo el país para dar órden á los levitas y á los hombres mas distinguidos de pasar á Jerusalen en un dia señalado. Designóse para ello un sábado, dia en que entrando de servicio los levitas y los sacerdotes y relevándose los oficiales de la semana precedente, se acostumbraba á reunir en el santuario una numerosa multitud.

Todo se habia previsto; la conjuracion estaba per-

fectamente combinada. No llegó á los oidos de la Reina ni el mas leve rumor de los graves acontecimientos que se estaban preparando.

Llega el dia prefijado. El gran sacerdote se presenta en medio de un numeroso concurso, y mostrándoles al niño Joás, les dice: «Ved ahí al hijo del Rey; él reinará como Dios lo ha prometido á la posteridad de David.»

En seguida manda ocupar el templo militarmente; como gefe de los sacerdotes y levitas, les hace tomar posiciones para que puedan proteger la persona del jóven príncipe. Lo restante del pueblo constituye una muralla de carne para impedir la entrada. Espadas, lanzas, todo cuanto se necesita para la defensa se halla en el templo, pues habia en él la armería donde se conservaban las armas tomadas á los enemigos al pueblo de Dios. Se adelanta Joás rodeado de sus guardias. Ciñen al nuevo Rey la corona, le hacen empuñar el libro de la Ley, el gran sacerdote derrama sobre su frente el aceite sagrado, y aquella inmensa muchedumbre batiendo palmas, grita á una voz: «¡Viva el Rey!»

Las aclamaciones del pueblo llegaron á oidos de Athalia. No acierta á comprender lo que está pasando; ignora que haya ninguno que pueda aspirar á la corona de Judá. Sin embargo, el entusiasmo de las masas crece; las aclamaciones se repiten.

Athalia abandona su palacio y se presenta en el templo. Encuentra allí una numerosa muchedumbre. Oye las armonías de las músicas, y ve levantado sobre un escabel un niño de siete años que ostentando en su cabeza una diadema, está protegido por la guardia real. Athalia enfurecida, rasga sus vestidos; se figura que á su voz el pueblo ha de obedecerla todavía, cuenta con una popularidad que no ha tenido nunca, y exclama: — «¡Traicion! ¡Traicion!»

Ninguna voz repite este grito. Athalia se encuentra sola, enteramente sola; ni uno de los habitantes de Judá

se declara en favor suyo. El nuevo rey tiene de su parte, además del derecho que le dá su carácter de descendiente de la casa de David, la espontánea y unánime aclamacion de sus pueblos.

El paso que Athalia acaba de dar va á costarle caro: Athalia vá á ser víctima de las iras populares. Joiada se adelanta hácia los gefes del ejército y los tribunos para recordarles que el sitio en que se hallan es un lugar santo, es un templo; que este templo no puede ser manchado con la sangre de Athalia.

La arrebatan de aquel augusto recinto. La hija de Jezabel muere junto á su palacio. Aquellas masas quieren consumar la obra de la justicia. Se dirigen en tropel al templo de Baal, toman los impíos ídolos que allí habia, y derribándolos por tierra, los rompen en mil pedazos, destruyen los altares, y el templo cae á los golpes del pueblo irritado que vé en aquel edificio la ignominiosa marca de su esclavitud y de su deshonra. Un sacerdote impostor, Mathan, es sepultado entre las ruinas.

Joiada, que es hombre de tanto patriotismo como inteligencia, se propone resucitar aquel pueblo muerto por los rudos golpes del despotismo de Athalia. No se le oculta lo mucho que vale la fé y el sentimiento religioso para mantener alta en un pueblo la idea de su dignidad; pone, pues, la religion por base de su obra restauradora. Judá se habia envilecido separándose de su Dios; Joiada con la fuerza de su autoridad, hace jurar al pueblo que la causa de Dios será su causa; y despues de este juramento, le obliga á prometer obediencia á las leyes del Estado y fidelidad á su gefe, en conformidad con las prescripciones divinas. Da á Judá unas bases completas de organizacion social en las que la sabiduria corre parejas con la sencillez. Sobre los que mandan lo mismo que sobre los que obedecen coloca el nivel comun de la voluntad de Dios; dá al deber sus estímulos y al derecho

sus garantías; hace que la autoridad, sin dejar de ser digna, no pueda ser despótica, y enseña á los súbditos la obediencia; pero no la obediencia de un pueblo que se presta á ser esplotado por un tirano, sino de un pueblo libre cuyos derechos están á la sombra de la religion. Para que la autoridad no pueda recurrir al despotismo, recuerda al gefe del Estado que hay un Juez Supremo que desde su trono de omnipotencia y de justicia contempla las acciones de los grandes de la tierra, poder incorruptible á quien no se engaña jamás, y con el cual nada valen ni las debilidades de la adulacion ni las amenazas de la soberbia.

El ningun respeto de Athalia hácia las prácticas de la religion del pueblo judío, habia dado lugar á que decayese la solemnidad del culto, cuya pompa importunaba á la apóstata Reina. Restableció Joiada la antigua disciplina, organizó una guardia de honor para el santuario, dió órden de que se volviese á la rigorosa observancia de la ley de Moisés, entonando cánticos y ofreciendo holocaustos, conforme estaba prescrito.

El Sumo sacerdote acompañado de los tribunos y de los hombres de armas, de los representantes del pueblo, y seguido de inmensas turbas conduce á Joás al palacio de sus mayores. Aquel niño de siete años sube las escaleras del régio alcázar, que él aun no conocia, y rodeado de esplendor se sienta en su trono.

Jerusalen, que vestia luto por verse dominado por una Reina impía, se entrega al regocijo.

Despues de repetidas manifestaciones de júbilo, la ciudad vuelve á entregarse á su habitual reposo.

LECCION QUINCUAGÈSIMA.

JONÁS.

La obra de restauracion religiosa y social que con tanto ardor emprendió el Sumo sacerdote Joiada, fué tambien abandonada por Joás y sus sucesores. En la época, pues, á que vamos á referirnos, no es en los anales de los Reyes donde debemos ir á buscar la verdadera historia del pueblo de Dios; la personificacion de este pueblo está en los profetas. En ellos es donde aparece aun entre los escombros del edificio social, la idea que simboliza al pueblo escogido, allí es donde se encuentran los tipos verdaderos de aquel carácter nacional.

Ocupémonos de Jonás.

El cetro de Judá se hallaba en manos de Jeroboam, en época en que la famosa capital del imperio asirio, despues de haber llegado al apogeo de su grandeza, se encontraba hundida en el abismo de sus degradaciones.

Un dia oye Jonás la voz del Omnipotente que le dice: —«Levántate, y vé á Nínive, la ciudad grande: y predica en ella, porque sus pecados y su malicia han subido hasta á mí.»

Jonás, dispuesto á obedecer, emprende animoso su camino.

Durante el viaje le asalta la idea de los numerosos peligros que le han de salir al paso, de las dificultades que encontrará en su obra: su imaginacion le presenta con los mas negros colores los espectáculos de horror de que habrá de ser testigo y tal vez víctima. El miedo se apodera de él: por mas que sea Dios quien lo mande, la cobardía del hombre se sobrepone á la mision del pro-

feta; Jonás tuerce la senda, y en vez de dirigirse á Nínive, se encamina hácia Joppe, donde se embarca en una nave que hacia rumbo hácia Tharsis.

A Jonás no se le oculta que su cobardía tiene el carácter de una defeccion; ha desobedecido la órden de Dios, y teme con motivo que Dios no ha de tolerar semejantes desacatos.

Diríase que se propone huir de sí mismo; que en su locura trata de buscar un punto donde no le alcance la justicia divina; viaja sin saber hácia donde: le empuja la mano de una conciencia culpable.

En las aguas de Tharsis va á buscarle el Todo-Poderoso. El sol oculta sus rayos tras de espesas nubes, el cielo se viste de un negro manto, el desencadenado huracan levanta las olas á manera de montañas, que parece van á tragarse el buque. Los mismos hombres de mar están en la persuasion de que ya no queda ningun recurso, que todo está perdido. Estalla entonces el ardoroso sentimiento de fé que nunca falta al marinero en las horas de la tormenta. Todos levantan hácia el Cielo gritos los mas aterradores, y por ver si pueden salvar aun á algunos de la tripulacion, echan carga al agua.

Observa el piloto que en medio de la consternacion general, hay un pasagero que está profundamente dormido en un rincon de la nave.—«¿Cómo te estás tú con tan pesado sueño? Le grita el piloto; levántate é invoca tambien á tu Dios; tal vez cuidará de nosotros para que no perezcamos.»

A algunos de los viajeros se les ocurre la idea de que aquella tempestad ha de ser un castigo divino.—«Venid, dicen y echemos suertes, y sepamos por quien nos viene tanto daño.»

La suerte declara que el culpable es Jonás. Este reconoce su delito, lo confiesa, refiere ingenuamente la terminante órden que de Dios habia recibido, y añade que no tuvo valor para cumplirla.—«Ahora, prosigue Jonás,

tomadme y arrojadme al agua, y la mar se os aquietará; que bien sé que por mí ha venido sobre vosotros esta gran tormenta.»

El hervor de las olas crece. En vano hacen los marineros fuerzas de remo para acercarse á la playa. Todo es inútil. Para que cese la tormenta es menester que desaparezca Jonás; de lo contrario todos serán víctimas. Al principio no se atreven á arrojarle al agua; pero instados por el mismo profeta se resuelven á hacerlo, no sin levantar antes á Dios esta plegaria.—«Rogámoste Señor, que no nos castigues por la muerte de este hombre.»

Apenas el buque se ha desembarazado del delincuente profeta, la furia de las olas se cambia en apacible calma.

Mientras los asombrados viajeros llenan los aires con voces de gratitud; mientras ofrecen víctimas; mientras se obligan al Señor con votos, ven al arrepentido Jonás que está luchando con las angustias de la muerte. Sale á flor de agua un mónstruo marino que hospedándole en su seno, se dirige hácia la costa donde se habia embarcado, devolviéndolo allí vivo y sano.

No tardó Jonás en oir nuevamente la voz del Señor que le decia:—«Levántate, y ve á Nínive.»— Esta vez Jonás ya no trata de resistir á la órden celestial. Sin pérdida de tiempo se encamina hácia la ciudad culpable, y cumple su mision con tanto celo y eficacia que la capital asiria reconoce sus pecados, se arrepiente de su maldad y hace penitencia. Dios aparta de aquel pueblo el castigo que por sus crímenes le tenia reservado.

Cumplida la tarea de su predicacion, el profeta sale de Nínive para ir á retirarse en una cabaña de ramaje, á poco trecho de la ciudad.

Jonás esperaba que se realizaran las amenazas del Cielo. No acertó á comprender los recursos de la bondad y de la misericordia divina; así es que cuando supo

que el Todo-poderoso se habia condolido de aquella poblacion, el profeta se sintió apesadumbrado, y hasta se atrevió á hacer cargos á Dios, diciendo en son de queja: —«Esto recelé yo cuando aun me estaba en mi tierra, y por esto me adelanté á ir hácia Tharsis, por que sabia, Señor, que eres un Dios clemente y misericordioso, paciente y de mucha piedad.»

Jonás se cree desairado; figúrase que la bondad del Señor redunda en desprestigio suyo; él habia dicho á los ninivitas que Dios iba á castigarles, y sin embargo, Dios no les habia castigado. Jonás hubiera querido que la bondad del Señor se subordinara á las miras apasionadas de un hombre.—«Ruégote ahora, Dios mio, añade, que me quites la vida, antes que me tengan los gentiles por un profeta falso y hagan escarnio de mí.»

No agradó al Señor el celo indiscreto de su profeta, y después de reconvenirle merecidamente, trató de manifestarle con un signo sensible cuán injustas eran sus quejas. En una sola noche nació y se propagó en la cabaña una lozana yedra, proporcionando á lo interior deleitosa sombra. Tuvo en ello un gusto especial el Profeta. Mas al rayar la aurora del siguiente dia, bastó que royese un gusanillo la raiz del arbusto para destruir su verde ramage, dejando á Jonás en la intemperie, de suerte que sentia de tal manera los ardores del sol y el hálito abrasador de un viento del Sur que soplaba con bastante fuerza, que Jonás sintiéndose débil ante estos contratiempos, llegó á expresar que la vida se le hacia pesada. De aquí queria la Providencia sacar para Jonás una leccion importante, convenciéndole de lo infundado de sus murmuraciones. «¡De la yedra te dueles yerba vil, en que no trabajaste, que en una noche nació y en una noche pereció! ¿Y yo no perdonaré á Nínive, ciudad grande, en la que hay mas de ciento y veinte mil hombres, obra de mis manos y que me buscan con arrepentimiento?»

Jonás no tuvo que responder á leccion tan significativa. Queria juzgar las obras de Dios al través del prisma de su orgullo, se dejaba arrastrar por un celo en que tenia mas parte la pasion que la fé, no comprendia la ley de bondad, de dulzura que preside siempre á las obras de la Providencia divina. Jonás hubiera visto con gusto que donde estaba Nínive no se hubiese encontrado otra cosa que un monton de escombros. Él lo habia predicho; queria que su prediccion se realizara al pié de la letra. Muy culpable era en efecto la ciudad de Nínive, muchos eran los crímenes y los escándalos que se habian perpetrado á la sombra de sus murallas. Pero Nínive, á la historia de sus delitos, acababa de añadir la página de su arrepentimiento.

Para los grandes arrepentidos Dios tiene grandes perdones: Nínive habia sido perdonado.

LECCION QUINCUAGÈSIMA PRIMERA.

ISAIAS.

Los profetas que vemos aparecer en el decurso de la historia del pueblo escogido, al rasgar el velo que cubre los misterios del porvenir, no se limitan á anunciar lo que sucederá á la nacion predilecta. Estienden mas léjos sus miradas, presagian los destinos de la humanidad, anuncian y describen con minuciosos detalles la venida del Redentor del género humano.

Joel, por ejemplo, no se reduce á hablar del Mesias; se ocupa de su obra, esplica los medios de que se valdrá para que sea fecunda, dá á conocer la sávia que mantendrá la vida y producirá el desarrollo de la Iglesia de Dios.

Era conocida ya en aquella época la raza, la tribu y

la familia de que habia de nacer el Deseado de las gentes. Se necesitaba algo mas; Dios quiso que á la incredulidad de los tiempos futuros no pudiese quedarle la menor escusa.

Setecientos años antes de que Jesús apareciese en el mundo, Miqueas se ocupa de los caractéres de su Divinidad, profetiza la conversion de los gentiles; y como si esto fuese poco, fija la provincia, la aldea que entre las mil ciudades de Judá tendrá la gloria de ver nacer al Salvador de las naciones. Escuchemos sus inspirados acentos.

«Y tú, *Belen*, pequeña eres entre las mil ciudades de Judá; mas de tí saldrá el que será dominador de Israel, aquel cuya generacion es desde el principio y desde la eternidad... Entonces las reliquias de sus hermanos se convertirán en hijos de Israel. Y El estará firme en la fortaleza del Señor ... y se convertirán todos, porque desde luego será engrandecido hasta los confines de la tierra.»

Gobernaba en aquella sazon al pueblo de Judá, Azarías. En los primeros años de su reinado dió notables ejemplos de piedad y de justicia. Pero la altura de la posicion en que se hallaba, acabó por desvanecerle como á tantos otros; faltó á las mas sagradas leyes de la gratitud, sin otra razon que la fuerza usurpó las funciones del sacerdocio; en una palabra, sembró por todas partes el escándalo y la desolacion.

No habia de faltarle su castigo. Aquellas manos que empuñaban el incensario, cuando no habian de empuñar mas que el cetro ó la espada, aparecieron cubiertas de lepra; el Rey de Judá en vez de hallarse rodeado de las atenciones de su pueblo, se vé mirado por todos con desprecio y hasta con aversion. Llega al fin una hora en que Azarías besa la mano que le castiga. La prosperidad le habia hecho impío; el infortunio le abre la puerta para entrar de nuevo en las sendas de la religion. Aza-

rías aborrece aquel trono que le ha servido para levantarse contra su Dios, desprecia aquella corona que le recuerda sus perversidades: Azarias abdica su dignidad de Rey y marcha á llorar sus culpas en un retiro, sin poner á su penitencia mas término que el de su vida.

Tras de él subieron al trono Zacarías, Sellum, Manahem, Faecías y Facée. Todos estos ascendian á la dignidad real por las sendas del crímen; todos estos faltaban á sus deberes de reyes.

Judá se encuentra de nuevo sumida en una vergonzosa idolatría; ya no adora únicamente sus becerros de oro; ya no se inclina tan solo ante Baal; los astros forman parte de su culto. De pueblo creyente que era, Judá se transforma en pueblo supersticioso. Dios quiere llamar nuevamente á su nacion á la senda del bien.

Entonces es cuando aparece Isaías, el mas elocuente de los profetas.

Isaias pertenece á la raza real de David; su padre Amós era tio del Rey Armasias.

Este profeta, cuyos labios ha tocado un serafin con un carbon ardiente durante una de sus visiones, lleva la órden de anunciar las venganzas de Dios.

Escuchemos su magestuosa y celestial elocuencia. Habla al pueblo prevaricador y le dice: «Ví al Señor sentado sobre altísimo solio, y los remates de su vestidura, tendidos por debajo de sus piés, llenaban el templo. Serafines estaban al rededor del trono... y dando voces alternativamente, decian:—¡Santo, Santo, Santo Señor Dios de los Ejércitos! ¡Llena está la tierra de tu gloria.... Oí la voz del Señor que decia: ¿A quién enviaré? —Respondíle: — Aquí estoy; enviadme: —Y El: anda y dirás á ese pueblo: Oid, oyentes, y no lo entenderéis, y ved la vision y no la conoceréis! — Mas pregunté: ¿Hasta cuándo serán ciegos, Señor? — Y dijo: hasta que queden asoladas sus ciudades, y las casas sin nombre, y la tierra desierta! »

El profeta pasa á ocuparse después de acontecimientos de otro género. Estiende su mirada hácia un porvenir lejano, recorre la distancia que separa muchos siglos, y penetrando en la obscuridad de una época que todavía ha de inaugurarse, cuenta inauditos sucesos acerca del Mesías. «Saldrá, dice, una vara de la raiz de Jesé, y de su raiz subirá una flor, y las gentes le invocarán levantada como estandarte de los pueblos, y será glorioso su sepulcro. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalen la palabra del Señor, y afluirán á su casa todas las naciones. Y en aquel dia arrojará el hombre sus ídolos de plata, y sus simulacros de oro.—El mismo Señor os dará una señal: hé aquí que una vírgen concebirá y parirá un hijo, y será su nombre Emmanuel, que quiere decir: Dios con nosotros.

«Con equidad reprenderá en defensa de los mansos de la tierra, y la justicia será cínguolo de sus lomos, y la verdad ceñidor de sus riñones. ¡Envia, Señor, el Cordero dominador de la tierra! ¡Cielos, enviad rocío de lo alto y las nubes lluevan al justo! ¡Ábrase la tierra y brote el Salvador!» Después de haber predicho las circunstancias del nacimiento del Hijo de Dios; despues de describir á grandes rasgos su vida, su muerte y su gloriosa resurreccion; despues de anunciar los puntos en donde predicará la ley del Evangelio; despues de nombrarle con su propio nombre, parece que está contemplando su Divina figura, que le está viendo con la cruz á cuestas, y como si esto no fuese bastante, profetiza la venida de su precursor S. Juan Bautista. Continuemos escuchándole:—«Nacido nos ha un tierno niño; sobre su hombro ha sido puesta la insignia de su principado, y serán sus nombres Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de paz. Oigo voz del que clama en el desierto: «Aparejad el camino del Señor... Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los sordos oirán; ligeros como ciervos correrán los

paralíticos, y se desatará la lengua de los mudos... Como pastor, apacentará su grey; con su mano recogerá los corderos y los llevará en su regazo; no será triste, ni turbulento, mientras establezca la justicia en la tierra.»

El profeta Isaías se transporta hasta el calvario, dibuja con asombrosa exactitud las escenas que allí han de pasar, y comparando la celestial hermosura del alma de Jesus con los horrores de su agonía, exclama:—«¡Quién lo creyera! Despreciado le vimos, y el postrero de los hombres, varon de dolores y que sabe de trabajos..... Llagado estaba por nuestras iniquidades, y quebrantado por nuestras culpas; quísolo Él y no abrió su boca, y con sus cardenales fuimos sanados. Como oveja será llevado al matadero y enmudecerá.»

No nos es posible reproducir en toda su extension las admirables predicciones del gran profeta. Toda la vida de Jesus se halla escrita á grandes rasgos en las palabras de Isaías, cuya mirada profética pudo alcanzar á tantos siglos.

Y como habian de cumplirse mas tarde las profecías referentes al Salvador del mundo, empezaron á cumplirse entonces las que aludian á los acontecimientos contemporáneos.

El profeta habia predicho al pueblo de Dios grandes calamidades: no tardó en realizarse su palabra. El monarca asirio Salmanasar fué el instrumento de la justicia divina. Los israelitas se concertaron secretamente con el Rey de Egipto para que les ayudase á recobrar algunas poblaciones hebreas de que se hallaban los asirios en posesion. Al saberlo Salmanasar irritado, se dirige con su ejército contra Samaria. En vano trata de sostenerse esta ciudad; inútil es que se prolongue por espacio de tres años una desesperada defensa: los asirios acaban por convertir á Samaria en un monton de escombros. La mayor parte de los habitantes mueren al

filo de la espada del vencedor; al Rey Oseas que mandaba el ejército, se le arranca su púrpura para cargarle de cadenas, se le conduce al cautiverio con un crecido número de israelitas, y allí, en vez de encontrar un palacio encuentra un lúgubre calabozo, donde muere de una manera infeliz, muriendo con él las esperanzas de la patria. Después de algunos años, apenas quedaba rastro de la nacionalidad israelítica.

Las tribus rendidas al peso de la servidumbre que sobre ellas se hacia pesar, faltas de un gefe, despojadas de todas sus riquezas por el despotismo del vencedor, se esparcieron por Nínive y por todo el territorio asirio. Israel pagaba así los crímenes de la ominosa historia de sus últimos años.

LECCION QUINCUAGÉSIMA SEGUNDA.

UN HÉROE DEL AMOR Á SUS SEMEJANTES.

Al registrar las páginas de la santa Biblia encontramos una gran variedad de monumentos, una rica coleccion de enseñanzas que se desprenden de los numerosos tipos de grandeza y de gloria que allí se encuentran para edificacion de los pueblos y de las familias. Los capítulos de la historia sagrada son las memorias de los verdaderos héroes de la antigüedad que siguieron el camino de la existencia teniendo por guia á Dios.

La historia que vamos á referir pone de relieve esta verdad.

En la Galilea superior, al pié del monte Líbano, cerca de la cuna del Rio Jordan, en la ciudad y tribu de Neftalí, vivia durante el reinado de Facée un niño llamado Tobías. Sin padres que le amparasen; sin parientes que le protegiesen, víctima de la horfandad, su educacion

estaba entregada al acaso, pudiendo caer muy fácilmente en los precipicios que le abrian la inexperiencia propia de su edad temprana y la corrupcion general de su país y de su época. Sin embargo, el huérfano fué mas fuerte que todas las tentaciones que le salieron al paso. Muy niño aun, mostraba una cordura superior á su edad, y cuando llegó á jóven, léjos de dejarse envolver en el torbellino de las pasiones, renovó el grato recuerdo de los hijos del pueblo de Dios, cuya virtuosa adolescencia habia dado en dias mejores gloria á la patria y lustre á la Religion. La prudencia era la modeladora de sus actos; en sus conversaciones, á la par que la dulzura resaltaba la gravedad; tenia todas las cualidades que constituyen un hombre de bien y un creyente. Jamás faltaba á las prescripciones religiosas, y sabiendo oponerse á la corriente, despreciando el espíritu de indiferencia que dominaba en Israel, se le veia resignarse á peregrinaciones tan largas como pesadas para ir al templo de Jerusalen á presentar sus ofrendas al Señor, mientras sus compatricios en procesion sacrílega corrian á postrarse ante los becerros de oro.

Cuando Israel tuvo que volver á llevar las cadenas de la esclavitud que le impusieron los Asirios, Tobias con su esposa y su hijo, que llevaba su mismo nombre, hubo de pasar á Nínive, sometiéndose allí á los rigores de una ruda opresion.

En el cautiverio, lo mismo que en su patria, Tobias marcha sólo por las sendas del bien; su valor en practicar la virtud es tanto mas notable cuanto mas general era el crímen de la apostasía.

Si el dolor oprime el corazon al recordar las defecciones de Israel en la época á que nos referimos, la figura de Tobias nos proporciona un consuelo y una esperanza. Encontramos en él una virtud desconocida en los pueblos antiguos, la caridad. Tobias era un hombre caritativo, en su pecho encontraron cabida los sentimientos frater-

nales; la conducta de Tobias presagiaba el evangelio de Jesucristo; podemos decir que era un cristiano que obedeciendo á las inspiraciones de Dios se anticipaba á la historia.

Como hombre honrado y creyente, era buen esposo y buen padre, cuidando de hacer penetrar en el alma de su hijo la luz de la fé que alumbraba su vida.

En Nínive como en su ciudad natal, se postraba ante su Dios levantando al Cielo fervientes súplicas, lamentándose de las desventuras de su desgraciada patria.

El vencedor tuvo conocimiento de las escelentes cualidades del virtuoso israelita; le dispensó toda su confianza, y en prueba de afecto le dejó completa libertad para recorrer libremente el país, haciéndole además cuantiosos regalos.

No habia de utilizarse de estas distinciones únicamente en favor suyo un corazon tan bien formado como el de Tobias. Si tenia libertad la usaba en ir á visitar la casa del desgraciado, en enjugar el llanto del infeliz, en constituirse en consejero de sus compatricios, á quienes consolaba de la pérdida de la patria terrena con la esperanza de la patria celestial. Si la munificencia del Rey le habia hecho rico, Tobias no olvidaba que entre sus hermanos se encontraban multitud de infelices que eran víctimas del hambre: fué Tobias el protector y el padre de los pobres. Tan generoso como compasivo, cuando al pasar por Rages, ciudad de la Media, un tal Gabelo, compatriota suyo le expuso su miserable situacion, Tobias no tuvo inconveniente en prestarle una cantidad que equivale á unos diez y ocho mil escudos.

Muerto Salmanasar, que era el monarca que le favorecia con su proteccion, entró á sucederle en el trono Sennacherib. Este retiró á los israelitas la proteccion que les concediera su padre. Exasperado por la derrota que habia sufrido su ejército junto á las murallas de Jerusalen, mandó dar muerte á varios ju-

díos, llevando su ferocidad hasta prohibir que se les enterrase.

Hubo de llegar á oidos del tirano la noticia de que se hallaba en Nínive un hombre llamado Tobías, el cual dispensaba á los judíos toda su poderosa proteccion. Los bienes de Tobias fueron confiscados, vióse reducido á la indigencia y hasta amenazada su vida.

El santo hombre para poner á salvo su persona, y no dejar á su esposa y á su hijo sumidos en la horfandad y la miseria, emprendió la fuga, y halló medio de ocultarse gracias á la buena voluntad que le profesaban los asirios, los cuales habian sido testigos de su heróico desprendimiento.

Por fortuna la persecucion de Tobias no fué sino pasagera. Despues de haberse acogido con su familia en seguro albergue, donde permaneció oculto por espacio de cuarenta y cinco dias, llegó hasta él la noticia de que su perseguidor habia muerto asesinado por sus propios hijos. Con la muerte de de Sennacherib, Tobias entraba nuevamente en el goce de sus derechos y de sus haciendas.

El Santo Tobias, al entrar de nuevo en la posesion de sus bienes, bendijo la mano de la Providencia divina que le protegia de una manera visible, y se persuadió de que si Dios le devolvia sus riquezas, era para que se consagrase con mas celo que nunca á las obras de caridad.

Ni se limitaba Tobias á alargar su dinero á los necesitados: hacia mas; los cadáveres de sus hermanos quedaban insepultos, expuestos á ser pasto de las fieras. No podia ver con buenos ojos el que así se despreciaran los restos de sus compatricios. Veia en ello una torpe profanacion. Tobias que en los restos inanimados del hombre encontraba todavía las huellas de la obra de Dios se dedicaba con afan á dar sepultura á los difuntos.

Cierto dia en que los judíos celebraban una fiesta religiosa, el piadoso varon, siguiendo las tradiciones de su país, y para tomar parte en el júbilo de sus compatricios resolvió celebrar un convite. Este convite no habia de limitarse á ser una fiesta de familia; los pobres estuvieron representados en él. Tobias dice á su hijo: «Ve y tráeme aquí á algunos de nuestra tribu temerosos de Dios y necesitados, y comerán con nosotros.» Obedece el jóven; pero á la vuelta, llega á la casa apresurado y se dirige inmediatamente hácia su padre para decirle que habia visto en el camino el cadáver de un israelita cosido á puñaladas, cuyos restos se hallaban expuestos en la plaza pública á la irrision del vulgo. No bien oye Tobias esta noticia, cuando sin reparar en los convidados que tenia en la mesa, sin atender á consideraciones de ninguna clase, comprendiendo que la caridad estaba por encima de todo, se levanta precipitadamente y corre á donde se hallaba el cadáver.

Al dar con él, toma aquellos restos inanimados y frios, los carga sobre su hombro y se encamina de nuevo á su habitacion á esperar allí que la noche le proteja con su obscuridad para dar sepultura á aquel muerto, ya que pesaba aun contra los israelitas la bárbara prohibicion de enterrar á los cadáveres.

Después de haber cumplido con esta obra de misericordia, satisfechas ya las exigencias de su buen corazon se sienta á la mesa.

En medio de la algazara del banquete, Tobias está sombrío y triste, de sus ojos se desprenden gruesas lágrimas. ¿Por qué llora? A su lado se sientan su mujer y su hijo, allí están sus amigos, allí están representados los pobres á quienes él tanto ama. ¿Qué tiene, pues? Se agolpan en su imaginacion los sufrimientos de su país, vé los dias amargos que aun le aguardan á Israel, le vienen á la memoria las palabras de Amós que repite temblando: «Vuestros dias de fiesta se convertirán en desolacion y en luto.»

Mas temeroso de Dios que del Rey, sin atender á los consejos de sus amigos que temian se escitase el enojo del monarca si llegaba á su noticia el que Tobías era desobediente á sus órdenes, el piadoso varon continuaba dedicándose á enterrar los muertos.

Trabajos tan meritorios no habian de ser premiados en esta vida; jamás Tobías se consagró á ellos esperando una recompensa temporal. El premio de las grandes acciones está en la patria de la inmortalidad; y Dios que tiene designado allí un puesto para Tobías, le prueba en el crisol de la desgracia á fin de que su espíritu mejor purificado, pueda recibir mas brillante corona en el dia de las recompensas.

El santo varon se vé reducido á la mayor estrechez.

Pero añádese á la pérdida de su fortuna una desgracia aun mas lamentable. Fatigado cierto dia por los socorros que prestaba á sus hermanos, se echó junto á una pared en la que quedó profundamente dormido. Mientras descansaba fueron á caer sobre sus ojos algunos desperdicios de un nido de golondrinas. Desde aquel instante en vano Tobías trató de abrir sus párpados; inútil fué que levantara al cielo su vista para contemplar los resplandores del sol ó el brillo de las estrellas, para ver grabada en la naturaleza la mano del Todo-poderoso. Para Tobías el mundo se hallaba envuelto entre tinieblas; la existencia no era mas que una larga noche nunca terminada por los albores de una aurora; el virtuoso Tobías, el héroe del amor á sus hermanos, el esposo fiel, el padre bondadoso y tierno estaba ciego. Dios permitió en la persona de Tobías esta tribulacion para adornar la corona de la caridad que ya ceñia en su frente con el diamante de la resignacion en el sufrimiento.

Así como no se habia dejado desvanecer por la prosperidad, tampoco se dejó amilanar por los contratiempos.

Solo le faltaba á Tobías verse convertido en objeto

de escarnio. Echábanle en cara sus limosnas como una prodigalidad derrochadora; escarnecian vilmente aquella fé que le obligaba á obras, si bien poco apreciadas delante de los hombres, muy meritorias delante de Dios. —«¿Dónde está, le decian, el fruto de tu esperanza por la cual repartias donativos y enterrabas los muertos?» A esas preguntas Tobías sabia contestar con esa dignidad propia de los hombres de convicciones arraigadas: —«No hableis así, por que hijos de santos somos, y esperamos aquella vida que ha de dar Dios á los que le guardan una fidelidad inviolable.»

Fué tal la pobreza en que se halló la familia de Tobías, que su esposa Ana vióse en la precision de ir fuera de casa á consagrarse á trabajos mecánicos para traer á su esposo y á su hijo algunos bocados de pan amasado con sus sudores. Aconteció cierta tarde que volviendo Ana á su morada con un cabrito que se le habia dado en paga, el virtuoso ciego, que era hombre de una integridad de conciencia llevada hasta el estremo, cuando oyó balar al animal, ocurrióle la sospecha de que no hubiese sido adquirido por medios legítimos.—«Mira, dijo, no sea por desventura hurtado y haya que restituirlo.»

Esta frase hirió de tal modo la susceptibilidad de su esposa, que contestó con acritud, increpando rudamente á Tobías.—«Palpables se ven ahora los frutos de tus limosnas y la vanidad de tus esperanzas; ¡y cierto que viene á tiempo ese cuidado de los bienes ajenos en tí que disipaste los propios! Mas valiera que considerases la condicion á que por culpa tuya nos vemos reducidos.»

Tan duras palabras proferidas por su consorte, por la que habia de ser el sosten de su agobiado espíritu, por la que habia de mantener viva su esperanza, hirieron el corazon del infortunado ciego. Sólo en medio de una sociedad desagradecida, sin aquellos amigos que le rodeaban en la hora de la fortuna, cuando debia ser su esposa la que le suministrara los supremos consuelos, es cabal-

mente ella la que hace torpe burla de sus virtudes y hasta llega á insultar su desgracia.

Mientras fueron sus parientes, sus amigos, sus mismos favorecidos los que le dirigieron recriminaciones, Tobías nunca perdió su serenidad. Pero esta vez quien le acusaba era Sara; su consorte era quien le decia que si ella y su hijo gemian en el abatimiento; si su casa un dia tan concurrida se veia solitaria; si ella tenia que pedir el sustento al trabajo de sus manos, la culpa estaba toda en sus generosidades.

La acusacion á mas de ser inconveniente era injusta. La causa de la pobreza de aquella familia no debia atribuirse á la limosna; la limosna no empobrece jamás. El verdadero motivo estaba en las medidas arbitrarias que con él adoptaron las autoridades asirias.

Llagado su corazon al escuchar las reprensiones de su mujer, de aquellos ojos que no veian la luz brotaron amargas lágrimas. Persuadido de que ya no podia ser útil á sus semejantes, ni siquiera á su familia, creyendo que su papel estaba terminado en el mundo, postróse de rodillas ante el Omnipotente y dijo anegado en llanto: —«¡Justo eres, Señor! Porque no obedecímos tus mandamientos, por eso hemos sido entregados á saco, y á cautividad y á muerte, para ser la fábula y el oprobio de todas las naciones entre las cuales nos has esparcido. Mas no te acuerdes ahora, Señor, de mis delitos, ni de los de mis padres, y manda que sea recibido en paz mi espíritu, pues mejor me es morir que vivir; ó haz conmigo segun tu voluntad; porque misericordia, y verdad y justicia son todos tus caminos.»

Al mismo tiempo que Tobías elevaba al Señor esta oracion, subia al trono de Dios otra súplica salida tambien de un espíritu atribulado.

En Ecbatana, ciudad de la Media, habitaba una jóven judía llamada Sara, cuyo padre era conocido con el nombre de Raguel. A pesar de ser muy jóven, Sara habia ca-

sado ya sucesivamente con siete maridos, todos los cuales fallecieron de muerte repentina. Al ver que no daba la mano á un esposo sino para que tras del himeneo viniese la tumba, la infeliz jóven hallábase sumida en la más profunda tristeza.

Su madre, en cuyo corazon encontraban eco los sinsabores de su hija, elevaba junto con ella fervientes súplicas al Señor para que se dignase poner término al oprobio que pesaba sobre su juventud inocente. Reprendiendo Sara en cierta ocasion á una de las sirvientas de su familia, contestóla ésta con aire el mas insolente:—« Nunca jamás veamos entre nosotros sobre la tierra hijo ni hija nacido de tí; homicida de tus maridos! ¿Quieres tú, acaso, matarme tambien á mí, como ya has hecho con siete esposos?» Tales injurias, salidas de boca de una criada, recordándola hechos que tenian hondamente amargado su corazon, no pudieron menos de afectarla. Pero si tales insultos lograron conmover su ya atribulado espíritu, no pudieron quebrantar su resignacion ni disminuir su confianza en el Omnipotente; sino que al contrario, moviéronla á encerrarse en un obscuro aposento, donde robusteciendo su fé con sus desgracias, elevó al Señor la siguiente súplica:—«¡Bendito tu nombre, Dios de nuestros padres, que harás misericordia, después de tu enojo, y en el tiempo de la tribulacion olvidas los pecados de los que te invocan! A tí vuelvo mi rostro, á tí levanto mi mirada, á tí que sabes que en temor tuyo quise tomar marido; y, ó yo fuí indigna de ellos, ó acaso ellos fueron indignos de mí; porque quizá me reservabas para otro esposo. Mas esto tiene todo aquel que te venera; que si su vida se viere en prueba, será coronado; y que despues de la tempestad haces la bonanza é infundes la alegría despues de las lágrimas y el llanto. ¡Dios de Israel, bendito sea tu nombre por los siglos! Pídote, Señor, que me desates del lazo de este oprobio, ó por lo menos me arrebates de sobre la tierra.»

LECCION QUINCUAGÉSIMA TERCERA.

EL ÁNGEL DEL JOVEN TOBÍAS.

El ciego Tobías, figurándose ver ya abierta su tumba, llama á su hijo para dictar las disposiciones postreras y despedirse de él.—«Oye, hijo mio, las palabras de mi boca y asiéntalas en tu corazon como cimiento. Luego que Dios recibiere mi alma, enterrarás mi cuerpo; honrarás á tu madre todos los dias de tu vida; porque debes acordarte de cuantos y cuan grandes peligros pasó por tí, llevándote en sus entrañas. Y cuando ella hubiere consumado el tiempo de su existencia, la enterrarás junto á mí. Tendrás á Dios en tu mente todos los dias, guardándote de quebrantar sus mandamientos y de consentir jamás en pecado. De tus haberes haz limosnas; si tuvieres mucho, da con abundancia; si tuvieres poco aun lo poco procura darlo de buena gana, porque te atesoras un gran premio para el dia de la cuenta; y no apartes tu rostro de ningun pobre, ni aun de aquel á quien no pudieras ofrecer alivio, que así será que tampoco se apartará de tí el rostro del Señor. Por cuanto la limosna libra del pecado y de la muerte, y servirá de gran confianza delante del Sumo Dios, y no permitirá que el alma vaya á las tinieblas. Guárdate de toda liviandad, hijo mio; sé fiel á la mujer con quien te unieres, y nunca consientas en conocer crímen. No permitas jamás que reine soberbia en tus sentimientos ó en tus palabras, porque en ella tuvo principio toda la perdicion. La soldada de todo aquel que hubiese trabajado para tí, nunca quede en tu poder. Guárdate de hacer á otro lo que no quisieres que otro te haga á tí. Busca siempre consejos del hombre sabio, alaba al Señor en todo tiempo, y pídele que enderece tus sendas y que

permanezcan en Él todos tus designios. No temas nada, hijo mio; es verdad que pasamos una vida pobre, mas tendrémos muchas riquezas si temiéremos á Dios, y nos apartáremos de todo pecado y obráremos el bien.»

Despues de esta exhortacion en que Tobías hablaba á la vez al corazon y al alma de su hijo, prosiguió:—«Hágote saber como yo dí, cuando aun eras muy niño, diez talentos de plata á Gabelo, en Rages, ciudad de los Medos; por tanto procura el modo de que vayas allá y recobres de él la sobredicha cantidad de plata, y le restituyas el recibo firmado de su mano.»

La obediencia constituia otra de las virtudes que caracterizaban al joven Tobías, cuya alma era el reflejo de la hermosa alma de su padre. El jóven. pues, estaba dispuesto á obedecer las indicaciones del autor de sus dias; pero consideró oportuna esta observacion:—«Padre, cuanto me has mandado haré; mas no sé como he de cobrar este dinero; porque ni Gabelo me conoce á mí, ni á él le conozco yo, ni tampoco he sabido jamás el camino que conduce á su tierra.»—«Anda ahora, repuso el anciano varon; y para que se logre la cobranza mientras yo vivo todavía, procúrate algun hombre fiel que vaya contigo, pagándole su salario.»

Tobías el mozo, obedeciendo las órdenes de su padre, sale de su casa para cumplir con lo que éste habia dispuesto. Poco hubo de andar para que se presentara á su vista un jóven desconocido, cuyo donoso talle, cuyas simpáticas facciones y cuyo apuesto continente llamaron la atencion del hijo de Tobías. En la mirada de aquel jóven habia un iman irresistible; en su figura resaltaban todos los rasgos de la nobleza, y en su despejada frente á la vez que la bondad, se veian los caractéres del genio. Tobías se sintió dominado por una emocion misteriosa, y se dirigió á aquel mancebo. Salúdale cortésmente y le pregunta: — «¿De dónde te tenemos, buen jóven?» — «De los hijos de Israel, contesta

el desconocido.—«¿Sabes, le dice Tobías, el camino que va á la region de los Medos?» — « Lo sé, responde; muchas veces he andado todas sus sendas y he pasado en casa de Gabelo, nuestro hermano, que mora en la ciudad de Rages, la cual está sobre los montes de Ecbatana.»

Al oir el nombre de Gabelo, al saber que el jóven con quien habla le conoce, Tobías concibe la esperanza de que el forastero, á quien ama sin saber quien es, se constituya en su guia.—« Aguárdame, te ruego; mientras que doy aviso de todo á mi padre.»

Vuelto Tobías el jóven á su casa, contó á su padre todo lo ocurrido. El virtuoso anciano antes de confiar su hijo al forastero, quiso conversar con él.

Entrando éste en la casa de Tobías saludó al anciano, diciéndole:—« Gozo sea contigo siempre.»—«¿Qué gozo puede tener, contestó apesadumbrado el pobre ciego, quién no vé la luz del cielo?»—«Ten buen ánimo; replicó el jóven; muy cerca está el dia en que por Dios seas curado.»

Tobías pasa á hablar del principal objeto que le preocupa.—« ¿Podrias tal vez llevar á mi hijo á Rages, á casa de Gabelo, y cuando volvieres te pagaré tu trabajo?»—«Yo llevaré sano á tu hijo y sano te lo volveré á entregar, contestó el mancebo.»—«Id, pues, con bien, esclamó el anciano, y sea el Señor en vuestra senda y su ángel vaya en vuestra compañía.»

Tobías el jóven, junto con su compañero, se aprestaron para el viaje. Tomaron consigo un perro, único amigo que le habia quedado al infeliz ciego después de su desgracia, y despidiéndose de Tobías y Sara que lamentan la ausencia á que se vé precisado su único hijo á quien aman con tanta ternura, se dirigen á cumplir su cometido.

No bien los dos viajeros se habian perdido de vista, cuando Ana empezó á llorar y á quejarse con su esposo.

«Hé aquí como nos privas del apoyo de nuestra ancianidad. ¡Plugese á Dios que nunca hubiésemos poseido este dinero para cuyo cobro envias á nuestro hijo á tan larga distancia! En medio de nuestras privaciones y de nuestra pobreza podíamos tenernos por ricos con la compañía de nuestro hijo.»—«No llores, contesta el anciano, tratando de tranquilizar á su esposa; nuestro hijo llegará sano y salvo á Rages, y sano y salvo regresará á casa, y tus ojos le verán; pues estoy en la persuasion de que un ángel del cielo le acompaña.» Estas frases consiguieron aquietar algun tanto á la desazonada madre.

Volvamos al jóven Tobías. Le encontrarémos con su compañero de viaje en las fértiles márgenes en que el caudaloso Tígris precipita sus caprichosas ondas. Detiénense junto á su coriente donde Tobías, después de haber tomado algun descanso, desea bañarse en aquellas cristalinas aguas. Pero he aquí que aparece á la superficie un monstruoso pez, cuyas abiertas y desproporcionadas fauces llenan de horror al jóven, que espantado está lanzando grandes gritos. Su compañero corre á socorrerle, pero en vez de arrancarle del peligro le dice que coja sin temor á aquel pez, que verá luego sin vida á sus piés. Efectivamente, el mónstruo es conducido á la arena, donde se le vé palpitar con ansias mortales.—«Destrípale y guárdate su corazon, y la hiel, y el hígado, pues estas cosas son necesarias para útiles medicinas» le dice el conductor.

Tobías, con aquella sumísion propia de sus hábitos de obediencia, cumple sin el menor reparo con las órdenes de su guía, segun las cuales es asada una parte de la carne, salándose lo demás, pudiendo con ello mantenerse los dos viajeros hasta llegar al fin de la jornada.

Llevaban algunos dias de camino, cuando sus ojos vislumbran á lo lejos las puntas de las torres de Ec-

batana.—«¿Dónde te parece qué posemos?» pregunta el jóven á su amigo.—«Aquí hay un hombre llamado Raguel, pariente tuyo, de tu tribu, y éste tiene una hija, nombrada Sara, sin otro descendiente varon ni hembra; así que á tí te pertenece su herencia antes que á ningun otro. Conviene que tomes por esposa á la muchacha. Pídesela á su padre, y te la dará en casamiento.»

Fácil es comprender la sorpresa que tan inesperada proposicion habia de producir en Tobías. Su objeto no era otro que cobrar una deuda, y se le ofrecia un casamiento; habia salido solo de su casa y se le proponia que volviese á ella con una esposa. Pero no eran estas las dificultades que al enlace se oponian.

Sara habia visto ya bajar al sepulcro á siete maridos suyos; siete veces esposa y otras tantas viuda, un enlace con esta muger habia de dar lugar á ciertos recelos de parte de Tobías. Este sabe perfectamente las desgracias de la jóven.—«Temo, dice, que no me suceda á mí lo que ha sucedido á los demás esposos; y que siendo hijo único de mis padres lleve su vejez con dolor al sepulcro. Mas su conductor le tranquiliza.—«Escúchame, y te manifestaré quienes son aquellos contra quienes el infierno puede prevalecer. Son los que abrazan el matrimonio de manera que echan á Dios de sí; y como si carecieran de entendimiento se abandonan á sus bajas pasiones. Mas tú, cuando la hubieres tomado por muger, entrando en el aposento durante tres dias, en ninguna otra cosa te ocuparás sino en hacer oracion con ella; y así por tu piedad, en el primer dia, será ahuyentado el demonio; en el segundo serás admitido á la congregacion de los santos patriarcas, y en el tercero conseguirás bendiciones para que de vuestra union nazcan hijos sanos.»

Entretenidos en estas pláticas llegaron los viajeros á casa de Raguel. Este sin saber quienes eran, les otorgó

afectuosa hospitalidad, tratándoles con aquella franqueza propia del carácter patriarcal.

Entrando en conversacion Raguel con sus huéspedes, al saber que éstos venian de un país en el que habitaba un pariente suyo, deseoso de poder obtener noticias de él y de su familia, preguntó á los forasteros:—«¿Conoceis á Tobías, primo hermano mio?» Raguel pudo escuchar sorprendido estas palabras salidas de boca del guia:—«Tobias, por quien preguntas es el padre de éste.» El afectuoso Raguel al oir semejante contestacion; al tener en su casa un sobrino suyo, un hijo de aquel Tobías á quien profesaba el mayor aprecio, no acierta á explicarse lo que le pasa. Se deshace en demostraciones de amor; y él lo mismo que su esposa y su hija están derramando lágrimas de ternura.

Duraban aun aquellas impresiones, cuando Tobías pide á Sara en matrimonio. ¿Qué hará Raguel en virtud de esta demanda? Nadie mejor que el hijo de Tobías puede aspirar á la mano de su hija; nadie tiene tantos derechos. Si el mancebo llega á ser su yerno, Raguel sentirá colmada su dicha. Pero el honrado patriarca teme las consecuencias á que se aventura el jóven con este enlace; recela que despues del casamiento el nuevo marido de Sara no vaya á descansar en el sepulcro donde yacen sus demás esposos. Instado Raquel una y otra vez, y presumiendo que pudiera ocultarse algun fin providencial en la inesperada venida y peticion de Tobías, resuelve acceder á la demanda. Desde aquella hora Raguel considerará á Tobías como hijo suyo, le concederá los derechos de yerno; y en prueba de que conviene en dar á su hija por esposa de Tobías, toma la mano derecha de Sara, estrecha con ella la del mancebo, y ejerciendo el sacerdocio patriarcal, dice con solemnidad: —«El Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob os junte y cumpla en vosotros su bendicion.»

Terminada la ceremonia del casamiento, procedióse

á extender la escritura matrimonial y á disponer las bodas.

Entre tanto el compañero de Tobías pasó á verificar el cobro de la cantidad que adeudaba Gabelo, el cual satisfizo inmediatamente el crédito, y accedió gustoso á asistir á las bodas que iban á celebrarse en casa de Raguel.

Apenas Gabelo ve á Tobías, corre á echarse sobre su cuello, y riega su rostro con lágrimas de ternura. En sus transportes de júbilo exclama: «Bendígate el Dios de Israel, por que eres hijo de un hombre muy bueno y justo, y temeroso del Señor, y que hace limosnas. ¡Y sea dicha bendicion sobre tu mujer y sobre tus padres y sobre los suyos! ¡Y veais vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos hasta la tercera y cuarta geueracion, bendiciéndolos el Dios que reina por los siglos de los siglos!»

Concluidas estas palabras, llegáronse todos á la mesa para celebrar el convite de bodas. Este se verificó con aquella expontánea alegría propia de las casas en que á la par que el mútuo afecto domina la sencillez de costumbres.

Despues del festin retiráronse todos á descansar. Raguel continuaba dominado por sus temores de que el casamiento de Sara con su pariente no le costase á éste la vida. Difícil hubo de serle el conciliar el sueño; preocupado por tan sombría idea, presentábase á su vista el cadáver de su nuevo yerno, como una víctima más que habia sido inmolada en el altar del himeneo de su hija. Abatido por estos temores, apenas percibe el primer cantar del gallo, cuando se levanta precipitadamente de su lecho, y llama á los mozos de su servidumbre, ordenándoles que abran la hoya donde habrá de ser enterrado el cuerpo del novio.—Luego dice á su muger: —«Envia á ver si ha muerto, para enterrarle antes que amanezca el dia.»

Diríjese una criada á llamar á la estancia nupcial

para cumplir con esta órden. Tobías vive, y vive tranquilo; está entregado al mas placentero y profundo sueño. Raguel y su esposa elevan al cielo fervientes acciones de gracias, reconocidos á la bondad divina por haberles conservado la preciosa existencia de su yerno.

Después de dos semanas que Tobías moraba en la vivienda de Raguel cediendo á las instancias de éste, que no queria permitir que se marchasen los desposados, fuéles forzoso á éstos dirigirse á la casa del novio. A las súplicas de Raguel, Tobías, que era un escelente, hijo, contestaba:—«Yo sé que mis padres están contando los dias, y que su espíritu padece insufribles dolores.»

Raguel y su esposa al despedirse tiernamente de su hija, la encomendaron que honrára á sus suegros, que amara á su marido, que no descuidase jamás el principal deber de una muger, que consiste en el manejo de la casa y el arreglo de la familia, procurando en todo cumplir con sus obligaciones, mostrándose irreprensible. El jóven Tobías que habia salido pobre de su casa vuelve á ella rico. Su esposa traia un importante dote consistente en siervos, ganados y gran cantidad de dinero, á la que debia añadirse lo que de Gabelo habia él recaudado.

Seguian tranquilos y alegres su viaje, cuando el compañero de Tobías dice á éste:—«Sabes en qué estado dejaste á tu padre. Si te parece bien, adelantémonos, y poco á poco vengan siguiendo nuestro camino tu mujer juntamente con los criados y con los ganados.»

Así lo hicieron; y cuando se acercaban ya al término de su feliz escursion, el mancebo dijo á Tobías:—«Luego que entrares en casa, adora al Señor tu Dios, y tributándole gracias, llégate á tu padre, y dale un beso; luego unta sus ojos con la hiel del pez; porque has de saber que se abrirán inmediatamente á la luz del sol y se recrearán con tu vista.

Ya se comprenderá que Tobías el anciano y su esposa

estarian muy cuidadosos por la tardanza de su hijo, que ellos no acertaban á esplicarse. Solos los dos ancianos, sin el jóven que constituia la animacion de la casa, salian de su pecho profundos suspiros ; corrian de sus ojos abundantes lágrimas.

—«¿Por qué tarda mi hijo, exclamaba el desconsolado ciego, por qué se habrá detenido en Rages?» Y Sara hondamente angustiada prorrumpia á su vez en estas exclamaciones:—«¡Ay, ay de mí, hijo mio! ¿Para qué te hemos enviado á lejanas tierras , lumbrera de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra posteridad? Si en tí lo teníamos todo ¿por qué te dejamos ir de nosotros ?»

Las palabras de Tobías, que inútilmente se esforzaba en consolar á su esposa, no eran capaces de introducir la calma en su agobiado espíritu. Se veia á ésta con frecuencia dejar su morada, irse al campo, recorrer los caminos por donde esperaba que volviese el hijo de su corazon , y en su desconsuelo subia precipitadamente las cumbres de los montes por ver si desde léjos vislumbraba á aquel cuya ausencia le producia tales amarguras.

Paseando un dia por la llanura sus miradas llenas de ansiedad, ve á larga distancia dos hombres que precedidos de un perro caminan precipitadamente hácia la poblacion. Imposible hubiera sido reconocer á los dos viajeros si su vista no hubiese estado ausiliada por su instinto maternal. La satisfaccion de ver volver á Tobías recompensaba con creces aquellos amargos momentos en que su ternura de madre llegaba á conducirla casi hasta los umbrales de la desesperacion.

No olvida que en su casa está el infeliz ciego lleno de ansiedad: quiere ser ella la que le dé la noticia de la vuelta de su hijo, la que vea correr por sus ojos las primeras lágrimas escitadas por el júbilo; y aquella mujer que si era tierna madre no era menos amante esposa, en

vez de dirigirse al encuentro de los dos caminantes se encamina al lecho de su marido.

—« ¡Mira que viene tu hijo!» esclama con el acento de la mas entusiasta satisfaccion. El perro que se habia anticipado á los dos jóvenes para anunciar al anciano la fausta nueva, empieza á dar saltos de alegría, apenas vé á sus dueños, les hace mil caricias, y con sus ahullidos y los movimientos de su cola manifiesta á su modo su placer y su fidelidad.

El padre, á pesar de los años y de la ceguera, se levanta de la cama, quiere correr, y aun que tropezando á cada paso, llega hasta el dintel de la puerta, gritando: «¡Eres tú, hijo mio, eres tú!»

Poco despues el jóven Tobías se arrojaba en brazos de su padre, y éste y Sara llenaban á su hijo de besos prorrumpiendo en el llanto de la mas afectuosa emocion. El ángel presenciaba gozoso aquel bello cuadro de familia que, mas que otra cosa, parecia un trasunto de la felicidad celestial. Todo era allí amor, todo era ternura. Los placeres del mundo por agradables que ellos sean, por mas que entre sus rosas no se mezclasen las espinas de decepciones fatales ó el aguijon del remordimiento, nada tienen de comparable con esas escenas en que el corazon de un padre y de una madre se dilatan en los puros desahogos de un cariño que encuentra en el cariño filial su dulzura y su recompensa.

Después de haberse entregado á tan hermosas emociones, el compañero del jóven Tobías recordó á éste el encargo que le habia hecho de aplicar á los trémulos párpados de su padre la hiel del pescado que habia muerto por sí propio. Así lo hace; y pasada media hora después de esta operacion, aparece la nube que obstruia la vista del anciano en forma de un leve tejido, separado el cual con mucha facilidad, el viejo Tobías, al contemplar de nuevo la luz del cielo, pudo esclamar: «¡Hé aquí que ya veo á mi hijo Tobias!» En el colmo de

su felicidad el anciano bendecia al Señor diciendo: «Dios mio; doy gracias á vuestra bondad que me ha sido propicia; si, vuestra misericordia ha sobrepujado vuestra justicia.»

Fueron llegando después la servidumbre, los equipajes y los ganados que Sara traia consigo. Apeóse ésta al ver al padre de su esposo, presentóle las riquezas que de su casa traia, y postrándose humildemente á las plantas del anciano le rogó que amase y bendijese á la hija que le habia dado el cielo. Tobías, con el corazon comprimido por la fuerza del afecto, la levanta y la abraza con ternura, contempla admirado su juventud y sus gracias, y apoyándose en su brazo escucha la interesante reseña de los beneficios que el Señor acababa de dispensar á su casa.

Al terminar el relato, Tobías pregunta á su hijo: —«¿Qué podemos dar á este santo hombre que ha venido contigo?» El jóven se apresura á contestar á su padre:—«¿Qué es lo que podrá corresponder á sus beneficios? El me ha llevado y traido sano; él me libró de que me tragase el pez; cobró el dinero de Gabelo; me hizo tener esposa; regocijó á sus padres; y á tí te ha hecho que veas la luz: él nos ha colmado de todas las alegrías. En vista de esto, ¿qué le podremos dar que sea correspondiente? Pídote padre mio, que le ruegues si se dignará de tomar para sí la mitad de todo lo que aquí se ha traido »

La recompensa era espléndida. Con los bienes de la esposa de Tobías, con el dinero cobrado de Gabelo aquella casa era rica; sin embargo, convienen en desprenderse de la mitad de sus tesoros para manifestar su reconocimiento á aquel jóven. La gratitud es otro de los caractéres de las almas bellas: la familia de Tobías sabia agradecer los favores.

Reúnense padre é hijo en lugar separado á donde llaman al huésped pidiéndole con vivas súplicas que acep-

tára la mitad de su hacienda, regalo que, segun ellos, era todavía pequeño, atendidos los beneficios de que se le declaraban deudores. Apenas le hubieron hecho semejante propuesta, el forastero levantando su vista á Dios, que es el único que puede recompensar las grandes obras, dió á sus interlocutores la siguiente contestacion que hubieron de escuchar con indescriptible asombro:—«Bendecid al Dios del cielo, porque ha hecho con vosotros su misericordia, y alabadle delante de todos los vivientes, que honorífico es descubrir y ensalzar las cosas de Dios. Voy pues á manifestaros la verdad sin ocultaros cosa alguna. Buena es, oh Tobias, la oracion con el ayuno, y mejor la limosna que tener guardadas las riquezas del oro; por cuanto la limosna libra de la muerte, limpia los pecados y hace hallar misericordia y vida eterna. Cuando entre lágrimas levantabas á Dios una plegaria; cuando dejabas tu comida; cuando escondias de dia en tu albergue los cadáveres para enterrarlos de noche, yo presenté tu oracion al Señor.

«Porque le eres agradable te probó con la tribulacion, y ahora me envió para curarte... Parecia en verdad que comia y bebia con vosotros; mas yo uso de un manjar invisible y de una bebida que no puede ser vista de hombres.

«Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete caudillos del ejército celestial que asistimos delante del Señor.»

Al oir estas palabras, Tobías y su hijo atónitos, llenos de una sorpresa inesplicable, impelidos por la fuerza del respeto, caen de rodillas y esconden su frente entre el polvo. El ángel les sosiega diciéndoles:

—«Paz sea con vosotros y no temais. Tiempo es de que vuelva á Aquel que me envió; vosotros bendecid al Altísimo, y contad todas sus maravillas.»

Dicho esto desapareció.

Por espacio de tres horas permanecieron de rodillas sin que acertáran á volver en sí de su asombro.

Terminarémos el relato de esta historia con las palabras que al pié de la misma escribió el célebre Florian: «Vosotros los que de esa edad en que se sale de la infancia, solo conservais la gracia y la inocencia; vosotros cuyo espíritu precoz en su deseo de aprender tiene un gusto en adquirir un conocimiento de los grandes deberes, escuchad la edificante y antigua historia de Tobías.

En esta sencilla reseña no busqueis ni el amor liviano, ni la mundana gloria. El protagonista es un hombre de bien, es un escelente padre, es un corazon tan puro como caritativo, que no se ocupa sino en amar á Dios, á los hombres, á su esposa y á su hijo.

¡Ah! vuestros corazones no son agenos á la práctica de estas virtudes; leed pues el libro de Tobías, y leedlo junto á vuestras madres.

LECCION QUINCUAGÈSIMA CUARTA.

HEROISMO DE UNA MUJER AMANTE DE SU PATRIA.

El reino de Israel habia perdido su gloriosa grandeza. Diez de sus tribus se hallaban cautivas en Nínive, y Judá, la única de las dos provincias que despues de muchos desaciertos políticos conservaba aun el prestigio de su nacionalidad, estaba vacilando. El rey Manasés, cuyo padre Ezequías habia sido testigo del desmembramiento del pueblo de Dios, no supo ver en el ejemplo de su padre un aliciente para continuar su mision regeneradora; sino que volviendo la espalda al Dios de la patria, sacrificó á las deidades estrangeras.

Judá entero está llorando ante los altares del Señor porque el tirano de Israel amenaza apoderarse de los

pocos restos que le quedan á la ya destrozada nacion escogida.

Los imperios, sobre los cuales el Asirio ha pasado á manera de un huracan, no existen ya; han cedido á la fuerza irresistible de su ímpetu: á Judá, pueblo débil, le espera tal vez la misma suerte.

El monarca Sahos-Duquin, despues de someter á su dominio todos los reinos del Asia; despues de destruir sus altares para proclamarse dios, confia la ejecucion de sus designios á Holofernes, general en gefe de las tropas asirias. Parte éste con un ejército formidable, precedido de su gran fama de guerrero, ya que á su espada siempre victoriosa habian tenido que ceder los mas valientes capitanes.

Al saber que se acercaba Holofernes, las poblaciones poseidas de un invencible terror, se apresuraban á salirle al encuentro para saludarle lisonjeando su orgullo, y despues de colocar en sus manos las llaves de sus ciudades, deponian á sus piés ricas coronas.

Holofernes, á quien no vencia la resistencia, tampoco se dejaba mitigar por la sumision. A su paso veinte provincias fueron consumidas por el incendio, despues de enriquecerse sus soldados con el pillaje mas feroz.

Encuentra Holofernes un pueblo, que aunque pequeño, aislado, débil, sin contar con ausilios esteriores de ninguna clase, trata de defenderse, no teniendo en cuenta la nombradía militar del general enemigo, el bárbaro furor de que usa con los que se atreven á hostilizarle y lo numeroso de sus fuerzas, tanto mas valientes cuanto que ostentan en sus banderas los trofeos de cien victorias.

Dirigidos por el Sumo Sacerdote Eliacim, que es el gefe del pueblo, toman posiciones en las cimas de las montañas, desde las que dominan los desfiladeros por donde puede ser mas fácilmente tomada Jerusalen; mandan gente que se situe en la frontera desde Samaria

hasta Jericó, se apresuran á cercar de murallas las aldeas, almacenan víveres; en una palabra, lo disponen todo para una tenaz y general resistencia. Hacen mas: como pueblo de fé, cumplen con lo que les inspira su corazon de creyentes, recurriendo al Señor para reclamar su socorro; se cubren con el silicio, ayunan rigurosamente, se valen de los medios que el instinto de su piedad y las palabras de los profetas y de los sacerdotes les enseñan como mas á propósito para aplacar la ira divina.

Hubo de sorprender á Holofernes la inesperada actitud de Judá. El altanero general, ante quien se inclinaron grandes imperios, no acertaba á esplicarse que hubiese de ser un pueblo insignificante el que levantase una barrera á su victoriosa marcha.

El gefe de los asirios, en su frenesí, pregunta á sus capitanes:—«Decidme ¿qué pueblo es ese que tiene cerradas las montañas? ¿Quién es el rey de esas tropas? ¿Porqué entre todos los que moran en el Oriente, estos nos desprecian, mientras los demás salen á recibirnos?»

Aquior, gefe de los amonitas, que habian ya sido reducidos á las órdenes del guerrero, va á responder á Holofernes:—«Yo te diré la verdad acerca de ese pueblo que mora en los montañas.»

Le refiere á grandes rasgos la historia de Judá, su orígen y engrandecimiento, su partida de Egipto, la sumersion de Faraon y su ejército en el mar Rojo, los prodigios obrados en el desierto, sus victorias sobre los reyes cuando el pueblo se mantenia adicto á su fé, y sus derrotas cuando se apartaban de Dios. Aquior termina así su relato:—«Y por fin, habiéndose convertido poco ha al Señor su Dios, acaban de congregarse de los lugares en que vivian dispersos, ocupan todas esas montañas y poseen nuevamente á Jerusalen donde está su santuario. Ahora pues, Señor, infórmate bien acerca si son

culpables de alguna maldad delante de su Dios; caso que así sea, subamos hácia ellos, porque de seguro los pondrá su Dios en tus manos y quedarán sujetos al yugo de tu poder. Mas si este pueblo no tiene faltas que purgar delante de su Dios, no podremos resistirles; su Dios les defenderá y seremos el oprobio de toda la tierra.»

Los habitantes de Bethulia, poblacion oculta entre las montañas de la Galilea y fortificada á porfía por la naturaleza y el arte, al bajar de sus fortificaciones ven á un hombre atado en un árbol. Le ponen en libertad, y al conducirle hácia Bethulia, le preguntan sobre su desgracia. Era el príncipe árabe Aquior á quien Holofernes, no queriendo escuchar aquellas palabras con que le decia que la fuerza de los hebreos estribaba en el poder de Dios, para manifestar la confianza que en sus armas tenia, dió órden de conducir á Aquior hácia Bethulia, donde se hallaban fortificados los de Israel, prometiendo que iria á encontrarle allí para hacerle expiar la franqueza de su lenguaje.—«¿Quién es éste, exclama enfurecido el general, que dice que los hijos de Israel pueden resistir al rey Nabucodonosor y á sus ejercitos, unos hombres sin armas y sin valor y pericia en el arte militar? Pues para que Aquior conozca como nos engaña, subamos á las montañas; y cuando hubieren sido hechos cautivos aquellos valientes, entonces él junto con ellos será atravesado con la espada.» Y dirigiéndose á Aquior le dijo: «Despues que los háyamos pasado á todos ellos á cuchillo como si fueran un solo hombre, entonces tú tambien perecerás con ellos al filo de la espada asiria, y todo Israel en todos sus ángulos perecerá contigo; y verás por esperiencia como Nabucodonosor es el Señor de toda la tierra; y entonces caerás traspasado entre los heridos de Israel para no respirar ya mas.»

No es difícil suponer que á efecto de estas tremen-

das palabras una palidez mortal cubriese el rostro de Aquior, El sanguinario Holofernes prosiguió diciéndole: —«Si tienes por verdadera tu profecía, no se anuble tu semblante; y esa palidez que está cubriendo tu rostro, apártese de tí, si crees que no se han de cumplir estas mis palabras. Y para que sepas que experimentarás el peso de mis amenazas juntamente con ellos, he aquí, que desde esta hora serás asociado á aquel pueblo, para que cuando mi espada les haga pagar la pena que merecen, tú seas tambien envuelto en la venganza.» Proferidas estas frases dá órden á sus criados de que prendan á Aquior y le conduzcan á Bethulia poniéndole en manos de los hijos de Israel. Al encaminarse hácia el campamento, ven salir contra ellos algunos soldados de Judá. Atan á Aquior de piés y manos á un árbol, y dejándole de esta manera, encamínanse de nuevo á encontrar al general.

Los israelitas condujeron al infortunado Aquior á Bethulia, donde puesto en medio del pueblo refirió lo que le habia pasado con Holofernes, el castigo que le impuso el feroz general y el que esperaba imponerle despues de una victoria que él creia completamente segura.

Las palabras de Aquior produjeron en los hijos de Israel una sensacion profunda, llenando de consternacion á toda la ciudad. Las esperanzas de Holofernes, los medios de defensa con que contaba, el prestigio de sus triunfos, todo era muy propio para desalentar á los que se habian encargado de la defensa de Bethulia. El llanto era universal y las oraciones al Señor salian de todos los labios.

A la mañana siguiente, vióse al general asirio venir con sus inmensas fuerzas contra la ciudad. Ciento veinte mil soldados de infantería y veinte y dos mil de caballería componian el ejército sitiador, sin contar los que se habian afiliado de entre los cautivos y la juventud

de las grandes poblaciones á la que se la obligó á entrar en el ejército.

Aquella inmensa muchedumbre iba avanzando por la ladera del monte hasta la altura que domina sobre Dothain. Al divisar los israelitas fuerzas tan numerosas, postráronse en tierra, echaron ceniza sobre sus frentes y elevaron al cielo el grito de la plegaria mas fervorosa.

Pero no se limitan á orar. Despues de haberse dirigido al Señor, empuñan sus espadas apostándose en las alturas que, formando un estrecho sendero en medio de los montes, dominan perfectamente la ciudad.

Holofernes se informa del estado de los alrededores de Bethulia, y cree que es preferible un sitio formal á un ataque sangriento. Manda cortar un acueducto por donde los israelitas recibian las aguas de fuera la poblacion, á fin de reducir los habitantes á morir de sed, caso que no se resolviesen á rendirse.

Pero á pesar de las disposiciones del sitiador, á corta distancia de los muros de Bethulia habia unos pequeños manantiales en los que iban los sitiados á proveerse de agua, no para apagar la sed, sino para encontrar allí algun pequeño alivio.

No habian de tardar en verse privados de este último recurso. Tan luego como llegó á noticia de Holofernes la existencia de los manantiales, colocó tropas en cada uno de ellos á fin de que no se atreviese á acercarse ningun israelita.

Veinte dias se sostuvieron los sitiados á pesar de tales prevenciones. Habíanse agotado todas las cisternas; no quebaba en Bethulia agua bastante para que los hijos de Israel pudieran saciar su sed ni un solo dia.

En tan triste situacion todos los sitiados, hombres, mujeres y niños acuden á Ocias, que era el gefe encargado de la defensa. — «Juntad todos los que hay en la ciudad, dicen á Ocias los diputados del pueblo, para

que voluntariamente nos entreguemos todos á la disposicion de Holofernes, porque vale mas vivir cautivos bendiciendo al Señor, que morir siendo el oprobio de todo el mundo, despues de haber visto descender á la tumba delante de nuestros ojos nuestras mujeres y nuestros hijos. Os requerimos hoy delante del cielo y de la tierra y del Dios de nuestros padres, el cual nos castiga conforme á nuestros pecados, entregueis ya la ciudad en mano de la gente de Holofernes; y acaben al filo de la espada nuestras vidas que el ardor de la sed hace insoportables.»

Tras de estas palabras mezcladas con llanto vinieron nuevas súplicas de perdon y de misericordia dirijidas al Altísimo.

Tambien el general estaba anegado en lágrimas, pero juzga de su deber probar un supremo esfuerzo. Ocias se levanta y conjura á los habitantes de Bethulia á que aguarden el ausilio de Dios por espacio de cinco dias. Al terminar este plazo, accederá á la voluntad de sus ciudadanos.—«Tened buen ánimo, hermanos, les dice; y esperemos del Señor misericordia por estos cinco dias; porque quizás aplacará su indignacion y dará gloria á su nombre. Si pasados los cinco dias no viniese el socorro, accederé á lo que deseais.»

Vivia á la sazon en Bethulia una mujer jóven, hermosa y rica nombrada Judit, hija de Merari. Judit habia perdido en edad muy temprana á su esposo Manasés á quien profesaba el mayor afecto. Heredera de la gran fortuna de este hombre, no disfrutaba de unas riquezas con que habria podido proporcionarse todos los placeres del mundo. Vivia toda entera consagrada al recuerdo del amigo de su juventud y al culto de su fé que la alentaba para soportar su dolor. Su corazon era todo para su Dios y para aquel que por poco tiempo habia compartido con ella sus pesares y sus satisfacciones. Modelo de lealtad conyugal, amaba de todo cora-

zon á su esposo aun despues de haberle perdido, y este afecto llenaba su existencia, sabiendo vivir de los gratos recuerdos de la persona á quien tanto habia querido. Habíase hecho construir una habitacion en lo mas elevado de la casa, á fin de vivir en un completo retiro. Renunció á todas las humanas esperanzas; sus ricos trajes fueron trocados por un pobre sayal, ceñia en su cuerpo un grosero cilicio y ayunaba casi todos los dias.

En su severo retiro, Judit era venerada de todos. Ni una palabra de disfavor marchitó jamás el terso brillo de su reputacion; sus virtudes de viuda y de creyente la habian conquistado todas las simpatías.

Comprende Judit el peligro que corren sus compatriotas y llega á su noticia que la desesperacion va á arrojarles á los piés de sus adversarios. En aquella suprema hora ábrense las puertas del retiro de Judit; aquel pecho que solo latia para su Dios y para su esposo, late ahora para sus conciudadanos. La mujer que solamente vivia en la sombra de lo pasado para contemplar desde allí su porvenir inmortal, va á lanzarse en los azares de la vida pública, no para figurar entre un mundo que no la cautiva, sino para sacrificarse por su pueblo y por la independencia de su pais. Si pudo sepultar en la tumba de su marido las ilusiones de la mujer, no ahogó entre aquellas frias cenizas los sagrados entusiasmos de la ciudadana de Israel. El corazon de Judit, muerto para el mundo, vivia aun para la patria; Judit se estremeció de indignacion ante el espectáculo de la deshonra del pueblo de Dios, sintiéndose inflamada por el fuego que produce los héroes y los mártires.

Fuerte con la autoridad y el prestigio que la dan su rango y su fama, hace que se le presenten inmediatamente los dos ancianos mas respetables de la ciudad, en quienes vé la representacion del pueblo. Les acoje severamente.—«¿Es verdad que Ocias ha consentido en

entregar á Bethulia si dentro de cinco dias no os viniere socorro? ¿Y quiénes sois vosotros para fijarle á Dios un plazo? Semejante conducta no es propia para provocar la misericordia sino para escitar la ira y encender el furor. Vosotros á vuestro albedrío al Señor le habeis señalado dia. Mas ya que el Señor es sufrido, arrepintámonos de lo que hemos hecho y bañados en lágrimas imploremos su indulgencia; puesto que Dios ni amenaza como el hombre, ni se enciende en ira como los hijos de los hombres. Esperemos con humildad sus consuelos; él vengará nuestra sangre; él humillará y cubrirá de afrenta á todas las naciones que se levantan contra nosotros. Y ahora vosotros hermanos, por cuanto sois los ancianos en el pueblo de Dios y de vosotros depende el que se alienten, fortaleced con vuestras palabras los corazones; que se acuerden que nuestros padres fueron tambien tentados para ser despues socorridos si de veras honraban á su Dios. No olviden como fué tentado nuestro padre Abrahan, y por lo mismo que supo resistir la prueba de la tentacion, Dios le consideró como amigo. Isaac, Jacob, Moisés, todos los que agradaron á Dios se mantuvieron fieles en medio de las tribulaciones. Mas aquellos que no supieron someterse á la prueba, que murmuraron contra el Señor, perecieron, fueron esterminados. Nosotros, pues, no debemos desalentarnos por lo que estamos sufriendo, teniendo presente que estos castigos son menores que nuestras culpas, y creyendo que los azotes del Señor nos vienen para nuestra enmienda y no para nuestra perdicion.»

Tales fueron las frases que Judit dirijió á los representantes del pueblo, los cuales se inclinaron ante la fuerza y la magestad de sus palabras, suplicándola que prestase á los habitantes de Bethulia el concurso de sus oraciones, que eran las oraciones de una mujer virtuosa.

Pero Judit queria contribuir con otro medio á la sal-

vacion de Bethulia. Que sean sus compatriotas los que se encarguen de rogar por ella; Judit no quiere limitarse á rogar; siente en su pecho el ardor del heroismo: la viuda hará lo que no sabrian hacer los generales.—«Esta noche, añade la magnánima mujer, estaréis á la puerta, y yo saldré con mi criada: haced oracion para que dentro de cinco dias, como lo habeis dicho, vuelva el Señor los ojos hácia su pueblo de Israel.»

¿Qué es lo que va á hacer? ¿Qué es lo que intenta? Nadie lo sabe. Judit prohibe que se lo pregunten.—«No quiero que vosotros pretendais indagar lo que yo me propongo, y hasta tanto que vuelva á visitaros no se haga otra cosa sino orar por mí al Señor nuestro Dios.»

—«Vete en paz, le contesta Ozias; que se hallaba entre los ancianos; y que el Señor sea contigo para venganza de nuestros adversarios.»

Judit vestida de un cilicio, cubierta la frente de ceniza, se postra ante el Eterno. Parece que la resolucion que ha tomado la espanta; para cumplirla invoca el socorro de aquel Dios á quien obedeció su padre Simeon al lavar con sangre la mancha de Dina. Judit se apresta á vengar, no el honor de una hermana, sino el honor de una madre, que es la patria.

Se siente débil; pero espera que el Omnipotente lanzará sobre los asirios la mirada que lanzó sobre el ejército de Faraon, y las tropas de Holofernes caerán en el abismo empujadas por la mano de una mujer.

Judit, depuestas las vestiduras de su viudez, se adorna de un rico traje ostentando deslumbradoras alhajas. Trata de ir á encontrar á Holofernes. Pero antes de dar un paso tan arriesgado y del que depende la vida ó la muerte de sus compatricios, suplica al Señor dé á su hermosura aquel poder fascinador que domina al hombre.—«¡Qué sea preso en mí con el lazo de sus ojos; hiérele, Señor, con los dardos de mi cariño!» Al propio tiempo pide á Dios que vele por ella en este instante

supremo; que no salga vencida por el amor que ella trata de inspirar para vencer al enemigo de Judá.— «¡Pon firmeza en mi corazon para despreciarlo, y valor para derribarlo!»

Era llegada ya la noche. Ozías, los sacerdotes, los ancianos, están en el portal de Bethulia cuando se les aparece Judit radiante de belleza. Ellos la contemplan sorprendidos: ya no es la viuda de Manasés que habitaba entre ignoradas paredes; es aquella jóven que un dia llamaba toda la atencion de la ciudad por sus atractivos personales Respírase en torno suyo el ambiente de los más aromáticos perfumes, cubre su cuerpo un majestuoso vestido, sus piés se ocultan entre brillantes sandalias, y adornada de brazaletes de oro, de anillos de deslumbrantes perlas y de ricos pendientes, los que la contemplan, mas que una mujer, creen ver en ella una deidad desconocida.

Sin mas acompañamiento que su criada, atraviesa por entre la muchedumbre, seguida de las afectuosas bendiciones y tiernas despedidas de los gefes de Bethulia y del pueblo entero. Fieles al encargo que les ha hecho no le dirijen una sola pregunta; los gefes de la ciudad le manifiestan los votos que hacen por el éxito de una empresa que ellos desconocen: —«El Dios de nuestros padres te dé gracia, y fortifique con su virtud todo el designio de tu corazon, para que de tí se glorie Jerusalen, y tu nombre se cuente en el número de los justos y de los santos.» El pueblo asociándose á estos votos dice: —«¡Así sea, así sea!»

Judit, fija la mirada al Cielo, atraviesa los umbrales de la ciudad.

Al rayar el alba los asirios ven bajar del monte dos mujeres: eran Judit y su criada.

Detenidas por los centinelas, Judit se presenta á ellos en carácter de fugitiva, y pide permiso para hablar con su general.

No tarda en ser introducida en la tienda de Holofernes, dande vé al gefe asirio bajo un riquísimo pabellon de púrpura deslumbrante de oro, de esmeraldas y de otras piedras preciosas.

Judit se adelanta, dirije sobre él una mirada que le llena de turbacion, y se postra á sus piés.

Los criados de Holofernes la levantan por órden de su señor.

La noble viuda se siente conmovida; parece que ha perdido su serenidad. No es estraño: Judit es una mujer con las debilidades de su sexo, es una mujer que se encuentra frente á frente del general mas temido, del feroz verdugo de su patria. Holofernes trata de tranquilizarla.—«Cobra aliento y destierra de tu corazon todo temor, pues nunca he tratado mal á nadie que haya querido someterse á nuestro rey; y si tu pueblo no me hubiese despreciado, yo no hubiera contra él empuñado mi lanza. Mas dime ahora: ¿Porqué causa les has abandonado á ellos, y resuelto venir entre nosotros?» La astuta Judit contesta en los siguientes términos: — «La prudencia de tu espíritu es celebrada en todas las naciones; todo el mundo sabe que tú eres el mas poderoso personaje de tu reino, y en todas las provincias no se habla mas que de tu pericia militar. Sabemos lo que te dijo Aquior... y como los hijos de Israel saben que tienen ofendido á su Dios, están temblando de tí. El hambre les acosa, están casi muertos de sed, por lo cual han resuelto matar sus bestias para beberse la sangre, y hacer servir para su uso el trigo, el vino y el aceite consagrados al Señor, que lejos de poder consumirlos, ni aun tocarlos pueden con las manos. Yo sierva tuya huí de ellos.»

La valerosa Judit no se presenta en carácter de apóstata de su religion; al hincar su rodilla ante Holofernes no es que esté dispuesta á hincarla ante sus ídolos. Muy al contrario, sabe hacer generoso alarde de su fé.—

«Esta tu sierva, dice, adora á Dios aun ahora que está en tu poder. Saldré pues fuera á rogar al Señor.»

Holofernes, admirando la inteligencia que anima las palabras de la hermosa hebrea, asegura á la hija de los patriarcas que si Jehová le entrega Bethulia, Jehová será su Dios y Judit ocupará un puesto elevado en la casa real de Assur.

El general señala por residencia á la jóven la tienda en que se guardan sus tesoros, para demostrarle la alta consideracion en que la tiene, y dispone que tome de su mesa todo cuanto apetezca. Pero Judit antes que todo quiere obedecer las leyes de su pais que no le permiten usar indistintamente toda clase de manjares, y se contenta con los alimentos que la ha traido su criada.

Tres dias hacia que Judit disfrutaba de la hospitalidad de Holofernes, sin que se separase del campamento sino para ir cada tarde á orar en el valle de Bethulia y purificarse en su fuente.

Al dia cuarto la encontramos al lado del general. Judit asiste á un festin que éste da á los principales gefes de su ejército. Holofernes ama á Judit; la ama con pasion, con delirio: á pesar de las reservas que le imponia el elevado puesto que ocupaba, Holofernes no sabe ahogar en su pecho el fuego de la pasion que en él arde, y acaba por dar á conocer que el general asirio quiere por esposa á una hebrea. La ha llamado al banquete. Jamás Judit se habia presentado tan seductora: en la mesa de Holofernes aparece Judit con todos los encantos de su belleza.

El general, loco de júbilo, vé á la jóven mojar sus lábios en la copa de vino y tomar delante de él las viandas que le ha preparado su sirvienta.

Viene la noche. Los convidados de Holofernes se han retirado ya. Judit que permanece sola en la habitacion del general, le ha visto caer por el suelo víctima de la mas vergonzosa embriaguez.

La criada de Judit guarda la puerta de la tienda donde duerme el caudillo.

La hebrea está en pié junto al lecho. La hebrea ruega y llora. ¿Porqué llora? Judit quiere matar al general y tiene miedo. Este hombre la ama. ¿Herirá á un hombre que la ama y cuyo amor ella ha trabajado mañosamente en inspirar? Para Judit puede mas que el grito de la naturaleza el grito de la patria agonizante. Y sin embargo ella llora, hasta vacila.

Era el momento en que todas las noches se dirigia al valle de Bethulia. Judit puede salvar á su pais, puede ir á encontrar á sus ciudadanos para escitarles á que consumen su obra, puede dar en favor de la independencia de Judá un paso que será sin duda definitivo. ¿Despreciará una ocasion que tal vez no volverá á presentarse? Las murallas de Bethulia tiemblan, Israel ya ha caido, la suerte de los últimos hijos de Abrahan está en sus manos.— «¡Dame fuerzas, Señor Dios de Israel, esclama en medio de una terrible turbacion, agitando convulsivamente sus labios; dame fuerzas y mira en esta hora la obra de mis manos, para que yo ponga en ejecucion lo que he pensado poder hacer por tí, y ensalzes á la ciudad de Jerusalen conforme lo has prometido!»

El alfange del general se hallaba colgado en una coluna colocada en la cabecera de su lecho. Judit lo empuña con unos brios que apenas se conciben en una mujer. Coje fuertemente por los cabellos la cabeza de Holofernes. Judit va á matar, no á un amigo, no á un hombre, sino al asesino de la patria. ¿Temblará todavía?

«¡Señor Dios, dame aliento en esta hora!

Un instante despues la cabeza de Holofernes quedaba separada de su cuerpo: el ensangrentado cadáver del general rodaba por el suelo hecho un tronco.

Judit llama á su criada, la entrega la cabeza de Holofernes mandándole que la meta en su saco.

Como era la hora en que acostumbraban á salir á orar, nadie estrañó el que atravesasen el campamento las dos protejidas del general.

Los centinelas de las murallas de Bethulia ven acercarse á manera de visiones nocturnas dos mujeres, y oyen una voz que les dice:— « Abrid las puertas, por que Dios está con nosotros, y ha manifestado su poder en favor de Israel. » Los centinelas reconocen la voz de la viuda de Manasés.

La noticia de su llegada se difunde por la poblacion con la velocidad del rayo. Los habitantes de Bethulia toman antorchas encendidas, se dirijen á encontrar á Judit y la valiente viuda se encuentra en medio de una inmensa muchedumbre ansiosa de saber si ha realizado el proyecto que todos desconocen.

Subiendo en un lugar elevado la jóven con su palabra impone silencio al pueblo; y en medio de la atencion y la ansiedad general dice:

—«Alabad al Señor nuestro Dios, que no desampara á los que esperan en él.

«Por mí, su sierva, ha realizado su misericordia, que prometió á la casa de Israel. ¡Por mi mano ha muerto esta noche al enemigo de su pueblo!»

Y sacando del saco la cabeza de Holofernes, se la enseñó diciendo:

—«Ved aquí la cabeza de Holofernes, gefe de los asirios..... Por mano de una mujer le hirió el Señor nuestro Dios.»

Y para manifestar que al realizar su accion no ha tenido que hacer el sacrificio de su virtud, pone á Dios por testigo de que ella no ha comprado con su honor la salvacion de su patria; que puede presentarse ante Israel con la cabeza erguida ; que la mujer heroica continúa siendo la mujer casta ; que la viuda de Manasés es digna todavía de llorar á su esposo.

Judit escita al pueblo á alabar á Dios, y los habitan-

tes de Bethulia con su gefe al frente bendicen á Jehová.

Ozías elevando á Judit sobre todas las mujeres de la tierra, le augura un nombre inmortal y una gloria inmarcesible porque ha herido á aquel que queria esclavizar á la pátria.

Aquior, despues de haber hundido la frente en el polvo, se lanza á los piés de la heroina, y le dirije este homenaje: «Bendita tú de Dios en toda tierra de Jacob, porque en toda nacion en que se oyere tu nombre será engrandecido el Dios de Israel por causa de tí.

La cabeza de Holofernes fué suspendida en la parte exterior de los muros de Bethulia.

Aterrado por la muerte de su general, el ejército asirio huye perseguido por los hebreos, dejando abandonadas en el campamento inmensas riquezas que caen en poder de los habitantes de Bethulia.

El gran Pontífice y los demás sacerdotes, queriendo bendecir á la heroina, se dirijen á la ciudad para decirle: «Tú eres la gloria de Jerusalen, tú eres la alegría de Israel, tú eres el honor de nuestro pueblo;» y al decir estas palabras reconocen que Judit debe la fuerza de su inspiracion á haber conservado su corazon libre del contacto del mundo, donde se habria desvanecido con sus frivolidades ó gastado con su molicie. La madre del heroismo es siempre la virtud; en la pureza de la vida es donde se templa la energía del carácter.

Hombres, mujeres y niños festejaron el triunfo nacional al son de armoniosos instrumentos, y Judit cantando el himno de accion de gracias ofreció á Dios el homenaje de una victoria obtenida no por el brazo de un gigante, sino por los encantos de una mujer virtuosa.

Los habitantes de Bethulia se dirigieron á Jerusalen; y Judit á quien pertenecian los despojos de Holofernes, ofreció en el Santuario nacional las armas del caudillo de los asirios.

Por espacio de tres meses Judit compartió las ale-

grías triunfales con el pueblo que le era deudor de su independencia; y cuando los habitantes de Bethulia se volvieron á sus montañas, Judit marchó tambien con ellos.

La salvadora de Judá no vió la caida de su patria. Falleció á la edad de ciento cinco años, guardando sus esperanzas patrióticas tan inmaculadas como lo era el recuerdo que habia conservado para su esposo.

Sus restos mortales fueron unidos á los de Manasés. El pueblo lloró por espacio de siete dias junto á su sepulcro, y consagróse á su victoria una fiesta cívica que se celebraba todos los años.

Judit tuvo una fé síncera en la sinceridad de su mision: hé aquí porque espuso su vida para cumplirla; y si dejó caer la espada de la heroina no fué sin que antes hubiese regado sus ojos con las lágrimas de la mujer.

LECCION QUINCUAGÈSIMA QUINTA.

LOS ENCANTOS DE UNA MUJER VIRTUOSA.

Amon, hijo y sucesor del rey Manasés cometió las mismas faltas que su padre, pereciendo á manos de sus domésticos. El pueblo, despues de haber vengado la muerte de su monarca, entregó el cetro al príncipe real Jocías, que solo contaba á la sazon ocho años.

Cumpliendo con lo que de él exigia la calidad de Rey, no bien hubo llegado á la edad de dictar disposiciones por sí mismo, viósele consagrarse con perseverante esfuerzo á labrar la ventura de sus súbditos.

En el año diez y nueve de su reinado encontróse en el templo un ejemplar de los libros de la ley: Jocías mandó que se lo leyesen.

Ante la inflecsibilidad de principios que habia de en-

contrar en las sagradas letras, ante las condescendencias de sus predecesores para con el culto de vergonzosas divinidades, hubo de parecerle que habria de caer contra Judá una expiacion tremenda. Al oir enumerar los castigos con que se amenazaba á los violadores de la Ley, el Soberano rasgó sus vestiduras y se echó á llorar amargamente.

¿Habia sonado la hora de la venganza Divina? A Dios estaba reservado el revelárselo.

Jocías dá órden al gran sacerdote Helcias, al secretario real Safan y á tres personajes mas de que consulten al Señor.

Los mensageros del Rey se dirigen á Holda, esposa de Sellum, depositario de los ornamentos sacerdotales.

Los tristes presentimientos de Jocías eran por desgracia muy fundados. La profetisa Holda, declaró que el castigo de Judá estaba cercano, añadiendo que el monarca que habia lamentado las faltas de su pueblo sin hacerse su cómplice, no veria caer á la nacion á la cual habia tratado de comunicar las generosas aspiraciones de su alma. «Por esto, dice el Señor, te recogeré á tus padres, y reposarás en paz en su sepulcro, para que no vean tus ojos todos los males que he de traer sobre este lugar.»

¡Triste época aquella en que no puede haber para el virtuoso otro premio que la tranquilidad de una tumba! Jocías destruyó los objetos de los cultos falsos, é hizo que el pueblo bebiese la vida moral en las Santas Escrituras que el mismo Rey leyó en alta voz en presencia de los representantes de Judá. Los Hebreos renovaron con Dios su alianza.

Al llegar la pascua, Jocías que habia sometido á su poder una parte del antiguo reino de Israel, reunió en Jerusalen los restos de las diez tribus y los habitantes de Judá.

Mandó al Sumo Sacerdote Helcias que arrojase del

templo los vasos que habian sido hechos para Baal, disponiendo así mismo que fuese incendiada la selva consagrada á la mentida divinidad.

Sin embargo, el decreto de la expiacion estaba dado por la divina justicia. Los hebreos nada tenian que esperar; iban á perecer, y hé aquí porque antes los agrupa Jocías en torno del antiguo santuario nacional.

Sabiendo Jocías que el Rey de Egipto, Faraon Necao, marchaba hácia el Eufrates, y recelando que meditara invadir á Judá, desobedeció los preceptos de Dios, atreviéndose á salir al campo de batalla. Derrotadas sus huestes, herido él mismo en la refriega, murió al querer acogerse en Jerusalen donde le dieron sus súbditos honrosa sepultura.

Trasportados á Babilonia los habitantes de Judá viéronse víctimas de los mismos tratamientos que tenian que sufrir las demás tribus de Israel. Privados de su existencia política, sujetos al yugo de un despotismo insoportable, los judíos elevaban su corazon á Dios, y los sufrimientos no hacian mas que robustecer sus creencias religiosas. Tomaban las Santas Escrituras y allí veian escritos sus grandes destinos, entreviendo en lontananza el retorno á su patria y la realizacion de las profecías que anunciaban la venida del Libertador, no ya de un pueblo sino de toda la humanidad.

Ciro rey de Persia logró posesionarse del imperio de los Caldeos. Sus creencias religiosas le hicieron comprender toda la sublimidad de la religion hebraica, y ya que no se resolviese á abandonar sus ídolos, permitió á los adoradores de Jehová que se restituyesen á su patria y reconstruyesen su templo.

En el tercer año del reinado de Jerjes, á quien se da tambien el nombre de Ascuro, 482 años antes de Jesucristo, escitado Mardonio á vengar sobre la Grecia el desastre de Maraton, el jóven rey, reunió en Susa á los altos dignatarios de su reino para someterles su plan de campaña.

Antes de disolver la asamblea, Asuero obsequia á sus consejeros con un espléndido festin. El Rey preside la mesa de los hombres y la Reina Vasthi la de las mujeres.

Al terminar aquellas fiestas cuya esplendidez ha dejado un recuerdo en la historia, sobrescitado por los vinos que rebosan en copas de oro, Asuero que ha querido tener la vanidad de enseñar á sus huéspedes todas sus riquezas, quiere que admiren la joya mas preciosa de su Corte; esta es la Reina, mujer de belleza indescriptible.

Al recibir Vasthi la órden de comparecer ante los convidados, sintió sublevarse en ella la delicadeza de la mujer y las susceptibilidades de la soberana.

Vasthi se resistió á obedecer á su esposo.

Irritóse el Rey ante esa resistencia. El déspota que pretendia castigar hasta las crecidas de los rios, no habia de dejar impune la negativa de una esposa. Su orgullo pudo mas que su amor. Asuero olvidó que Vasthi fuese su consorte; solo se acordó de que él era un tirano.

Interroga á sus siete ministros acerca el castigo que merece la Reina. El principal de sus consejeros declara que Vasthi no solo ha ofendido á la persona del Soberano, sino á la nacion entera, personificada allí en sus representantes. Es menester que las esposas de los persas no aprendan de su Soberana el faltar impunemente al respeto debido á la voluntad de un esposo. Se necesita una expiacion solemne. El alto dignatario concluye pidiendo el repudio de la Reina.

Asuero sacrificó su cariño de esposo á una cólera que habian hábilmente atizado unos cortesanos celosos sin duda de la influencia que pudiese ejercer sobre su Rey una mujer virtuosa, bella, jóven, y dotada de un alma verdaderamente real.

El Rey busca en los placeres el medio de acallar sus remordimientos por la crueldad que ha cometido con

Vasthi, obedeciendo á las instigaciones de viles cortesanos.

Asuero necesita otra esposa. Manda que se le presenten las vírgenes mas bellas que se encuentran en su reino.

Las jóvenes son puestas de manifiesto ante el Rey para que escoja á la que debe reemplazar á Vasthi en su trono y en su corazon. En vano las mas hermosas hijas de Persia se han lavado por espacio de muchos dias en baños llenos de esencias olorosas; en vano al parecer ante el Monarca ostentan riquísimas joyas y añaden á su belleza el prestigio del lujo. Asuero las deja partir una por una, sin permitirlas siquiera abrigar una remota esperanza de que han de subir como esposas suyas las graderías de su palacio.

El décimo mes del año séptimo del reinado de Asuero se le presenta una jóven que á la belleza que atrae las miradas del Rey, une la gracia que inspira el amor, y el pudor que demanda el respeto. ¿De donde viene? Nadie lo sabe: lo único que se sabe es que hay un anciano que se interesa mucho por ella. No ostenta adornos de oro, plata ni piedras preciosas ; no viste un rozagante traje, ni trata de cautivar, por medio de la desenvoltura: muy al contrario: en esta jóven todo es modestia, todo respira castidad. No se perciben en torno suyo perfumados aromas; pero en cambio se siente allí el olor de una virtud que llega hasta el alma.

Asuero con su misma mano ciñe la diadema en la majestuosa frente de la desconocida.

Una hija de los hebreos que habian quedado cautivos en Babilonia se sentaba en el trono de los vencedores de la Caldea.

Sumida en la horfandad, la jóven judía habia sido adoptada por un pariente suyo, ya anciano, que se llamaba Mardoqueo.

Dos nombres se habian dado á la hebrea: el de mirto,

Hadassa, y el de estrella, *Ester*. El primero lo debia á su idioma natal; el segundo á la lengua persa. La jóven conservó este último.

El festin con que Asuero celebró su enlace no fué únicamente una solemnidad de corte; los vasallos disfrutaron tambien de esta fiesta. El Rey disminuyó los impuestos de su pueblo é hizo espléndidos regalos manifestando de una manera brillante la munificencia real.

Ya sentada Esther en el trono, siguióla allí el ojo vigilante de su padre adoptivo, debiéndose á la astucia de éste el que Esther pudiese prevenir á Asuero, contra una conspiracion tramada por los cortesanos.

Siguiendo las inspiraciones de su antiguo protector la Reina habia continuado ocultando su orígen.

Cuatro años venian transcurridos desde el enlace de Esther con el Rey. Este habia honrado á un hombre que se llamaba Amán con los títulos mas ilustres, haciéndole ocupar el primer puesto de la nacion. Por orden del Rey todos los súbditos debian doblar la rodilla ante Amán.

Hubo un hombre que se negó á prestar al ministro este homenaje. Mardoqueo, el padre adoptivo de Esther, no quiso postrarse á los piés del favorito.

Aunque sabia que esto podia costarle caro, el hijo de Judá tenia dignidad de sobras para no querer ofrecer á un poderoso de la tierra un homenaje que él solo creia debido al Dios del Cielo.

La altiva actitud de Mardoqueo irritó á Amán, quien se propuso vengar su orgullo ofendido. Mardoqueo morirá, se dice. Pero no basta que muera Mardoqueo. ¿Qué han de importarle á este viejo los pocos dias que él puede pasar sobre la tierra? Hijo del pueblo de Jehová, ofreceria con gusto el sacrificio de su existencia, porque tras de la muerte han de estar sus esperanzas inmortales. Mardoqueo es de los hombres que vencen muriendo: al sucumbir lo haria con este valor que aterra á los

déspotas. No basta que muera, es menester que sus conciudadanos mueran con él; y si Mardoqueo no habria llorado por su muerte, llorará por la muerte de sus compatricios.

Amán se presenta al Rey para decirle que en sus Estados vive un pueblo altamente peligroso, y que puede producir en el reino una perturbacion profunda. Este pueblo tiene sus leyes, tiene sus costumbres particulares, observa una religion que no es la nuestra, y sobre todo, se deja dominar por un sentimiento de raza que puede producir en su dia tremendos resultados. Además, este pueblo es rico. Aniquilándolo, el Rey solo perderá vasallos de fidelidad muy dudosa, y ganará grandes tesoros.

Si lo de los tesoros le importaba poco á Asuero, le importaba mucho lo de los peligros políticos que los hebreos pudiesen suscitar; y haciendo donacion á su ministro de los bienes de los judíos, firmó un decreto en el que se ordenaba que fuese exterminada toda la poblacion hebrea que vivia en sus Estados.

Habia llegado la hora en que Mardoqueo se presentaba ordinariamente á la puerta del palacio, y el anciano no comparecia. La Reina no puede menos de estrañarlo. Las doncellas destinadas al servicio de Esther notifican á su señora que Mardoqueo no ha podido llegar hasta el gabinete real, porque vestido de un saco y cubierto de ceniza, este traje de luto le prohibe el acceso á la régia morada. Profundamente conmovida Esther, la cual no sabe lo que está pasando, envia vestidos á Mardoqueo; pero éste los rechaza; y cuando por órden de la Reina, un guardia vá á preguntar al anciano los motivos de su dolor, Mardoqueo hace enviar á Esther el decreto real en que se manda el esterminio de los hebreos. Mardoqueo cree que la ejecucion de la órden solo la Reina puede impedirla; preciso es, pues, que se presente al Rey para implorar gracia en favor de un pueblo que es el suyo.

La Reina vacila. Hace saber á su padre adoptivo que por muy cerca que se encuentre ella del trono, no puede presentarse al Rey sin ser llamada. El entrar en la cámara real sin una órden espresa, constituye un crímen de lesa-magestad que es castigado con la última pena.

Mardoqueo acoje severamente la respuesta de su hija adoptiva. ¿Creerá Esther que Dios la ha colocado en un trono únicamente para su bienestar personal, para que viva ella en la abundancia, rodeada de honores de todas clases, sin acordarse que el hacha del verdugo vá á segar las cabezas de sus compatricios?

Cuando Dios confia el poder á una de sus criaturas le dá el sentimiento supremo de la abnegacion y del sacrificio. Si la reina rechaza socorrer á sus hermanos, no han de faltarle á Dios recursos para libertarles; y entonces se cebará contra la soberana que habrá cobardemente declinado la honra de poner en peligro su vida por la salvacion de sus compatricios.

Esther comprende el papel que le está reservado. Quiere cumplirlo; pero es menester que sus compatriotas rueguen por ella. La reina les ordena un ayuno de tres dias. Esther lo observará tambien junto con todas sus doncellas. Así despues de haber domado la carne tendrá mas valor para el sacrificio.

Vestida con hábitos de luto, cubierta la cabeza de ceniza, la reina está rogando. Su resolucion depende de ella; tiene que luchar contra su propia debilidad; Dios solo puede sostenerla en este combate interior.—«Mi peligro está en mis manos» dice.

Y así era: su peligro estaba en sus manos. A haberlo querido podia ella desentenderse de esta empresa, abandonarse del todo á sus nuevos destinos, embriagarse en las adoraciones de un rey y en las lisonjas de un pueblo.

Pero Esther recuerda que el pueblo de Israel es el su-

yo y aun cuando haya riesgos que arrostrar, la animosa reina sabrá desafiarlo todo con tal que se salven sus compatricios. Se reclama de ella un sacrificio; Esther se halla dispuesta á sacrificarse y pide á Dios que le dé á ella fortaleza y que comunique sentimientos de mansedumbre al rey para escucharla.

Dios atiende las súplicas salidas del corazon de una mujer que sabe que no se ha dejado deslumbrar por los resplandores de la soberanía, y que si ella ostenta ante el mundo una corona, esta corona la rechaza en el retiro.

Llega el dia en que Esther deja sus sombríos trajes, los reemplaza con sus adornos de reina y se hace acompañar por dos de sus damas de honor. Una de ellos sostiene su rozagante vestido; la otra sirve de apoyo á la esposa del rey.

Va á consumar su obra ; y la emocion que siente la jóven reina es tal que el generoso pensamiento de su sacrificio comunica á su rostro una brillantez desconocida, da á su mirada la dulzura y la fuerza con que cuenta vencer á Asuero.

Entra en aquel pórtico septentrional que sostienen dos filas de seis columnas : es la sala del trono.

Asuero se hallaba sentado en la silla real.

Al presentarse al rey de Persia, que ciñe en sus sienes su imponente corona, revestido de su traje de flotantes pliegues, cubierto de oro y de pedrería, Esther se siente impresionada ante aquella majestad.

Asuero levanta los ojos : centellea en su mirada la chispa de la cólera. La reina se conmueve, vacila, tiembla, su rostro pierda el color y su majestuosa frente cae abatida sobre la espalda de su camarera.

No siempre Asnero habia de ser cruel, ya que su corazon podia dar entrada á los sentimientos humanos.

Al ver que á la influencia de su cólera cae desmayada la mujer á quien él ama con el mayor afecto, el rey

olvida su rango para no acordarse sino de que aquella mujer es su esposa. Asuero se levanta de su trono, toma á la reina en sus brazos, la sostiene y la tranquiliza. El tirano de Persia habla á su consorte como á una hermana:—«¿Qué tienes, Esther? Soy tu hermano, no temas.»

La ley que establece que el que se acerca al monarca sin su permiso debe morir, esta ley no comprende á Esther.—«No morirás, añade el rey: esta ley ha sido establecida para todos, pero no para tí. Acércate pues, y toca mi cetro.»

La reina no responde; Asuero toma el cetro y toca con él el cuello de Esther, é imprimiendo sus lábios de esposo en la pálida fisonomía de la Soberana le dice:—«¿Porqué no me hablas?»

A la influencia de estas caricias Esther siente reanimarse y trata de pronunciar algunas palabras. En su delicadeza no quiere reprochar á su esposo el hecho de haberla aterrado con su mirada, sino que atribuye su desvanecimiento á la emocion que le ha causado la esplendidez de la majestad real.—«Te he visto, Señor, como un ángel de Dios, y mi corazon se ha turbado con el temor de tu majestad. Porque tú, Señor, eres en extremo admirable y tu rostro está lleno de gracias.» Pronunciaba aun estas palabras cuando vuelve á quedar sin sentido.

El rey se turba. Llama á sus ministros para que corran en auxilio de la reina.

Cuando ésta ha vuelto en sí, Asuero le dice que pida cuanto desee que está dispuesto á dárselo todo, aunque sea la mitad de su reino.

Un obsequio exige Esther de su esposo, y es que aquel mismo dia tenga á bien asistir con su primer ministro Amán á un banquete que ella tiene dispuesto. El rey acepta.

Al encontrarse en el festin Asuero repite á su esposa el ofrecimiento que antes le habia hecho; pero Esther se

limita esta vez á invitar al rey y á su ministro para otro festin que dispone para el dia siguiente en el cual pondrá ella de manifiesto sus aspiraciones.

Cuando Amán en la embriaguez del orgullo por los obsequios que de los reyes recibia se retira de palacio, encuentra á Mardoqueo á quien la desgracia no habia abatido.

Se niega como siempre á doblar ante Amán su rodilla.

El contraste entre las honras que de sus soberanos recibe Amán y los desdenes que le hace devorar un proscrito, le llena de coraje. Amán declara á sus amigos que ante los insultos de aquel hombre hasta los favores reales llegaban á serle indiferentes. Siguiendo los consejos de sus aduladores, Amán hace levantar una horca, y se propone pedir al rey el dia siguiente que sea colgado en ella el judío Mardoqueo.

Aquella noche preocupado Asuero con los singulares incidentes del dia no pudo conciliar el sueño; en su consecuencia dispuso que se le leyesen los anales de su reinado.

Consignábase en ellos la conspiracion descubierta por un judío llamado Mardoqueo á consecuencia de la cual el rey debia morir á manos de un asesino. Asuero pregunta cual era la recompensa que se habia dado á su salvador, á lo que se le contestó que Mardoqueo no habia recibido ninguna manifestacion de la gratitud real.

Mientras el rey estaba pensando en la manera de remunerar dignamente el servicio que le habia prestado Mardoqueo, entró Amán para pedir al monarca que firmára el decreto de muerte de su enemigo. Antes de poner esta firma el rey preguntó á su consejero cuál era la recompensa que debia darse al hombre á quien al rey quisiese demostrar su favor.

Presumiendo Amán que este hombre era él, dejó á su orgullo el encargo de hacer las mas soberbias propuestas.

Dijo que este hombre debia vestir el traje que usó el rey el dia de su coronacion, y montado sobre el caballo que cabalgaba el Monarca en las grandes solemnidades, habia de ser paseado por toda la ciudad, precedido por uno de los príncipes del reino, que sosteniendo las riendas del caballo dijese en alta voz: «Así se honra á aquel á quien el rey quiere honrar.»

—«Date prisa, contestó al rey á su ministro; y tomando el manto real y mi caballo, haz todo lo que has dicho con el judío Mardoqueo que está sentado á los puertas de palacio; y guárdate de omitir cosa alguna de las que has espuesto.»

Con el corazon destrozado por el rencor, cubierta la frente de vergüenza Amán ha cumplido con su mision. Al regresar á su casa, no sabe ocultar su despecho. Su esposa, sus amigos le advertian que si Mardoqueo pertenecia á la raza hebraica, seria inútil contra él todo su furor.

Mientras así platicaban; cuando Amán estaba aun loco de encono; cuando de sus ojos salian chispas de ira los criados del rey llegan para llamar al convidado de Esther.

Procurando disimular lo que siente en su pecho, Amán obedece á la invitacion de sus monarcas.

Por tercera vez Asuero repite á la reina su propuesta.

—«¿Qué peticion es la tuya, Esther, para que se te conceda? ¿Qué quieres que se haga? Aunque pidas la mitad de mi reino la alcanzarás.»

La ocasion para Esther no podia ser mas oportuna.

—«Si he hallado gracia en tus ojos, oh rey, contestó la hebrea, y si á tí te place, concédeme la vida, por la que te ruego, y á mi pueblo, por quien intercedo. Porque hemos sido entregados yo y mi pueblo á ser destruidos, degollados y anonadados. Ojalá fuéramos si quiera vendidos por esclavos y por esclavas: seria un mal tolerable, y yo entonces gimiendo, callaria: mas hay un

enemigo nuestro, cuya crueldad cae hasta sobre la persona del rey.»

Al oir estas palabras, Asuero se siente impresionado.

¿Pues qué? ¿la mujer á la cual él ha ofrecido la mistad del vasto imperio que posee, se vé en el caso de implorar gracia por su vida, y por la de su pueblo? Esther, la esposa tan amada del Rey, vé amenazada su vida á pesar de ceñir en su frente la corona de Persia.

«¿Quién es ese, y cuál su poder que tenga osadía para hacer eso?» pregunta el Rey.

Esther señalando el culpable á la justa venganza del soberano, pronuncia estas palabras vibrantes de una noble indignacion:—«Nuestro contrario, nuestro enemigo es éste; es Amán.»

El soberbio ministro al oir estas palabras se siente como herido de un rayo. El rey se deja llevar por su carácter impetuoso; se levanta de la mesa, dejando ver en su semblante la cólera que abriga en su corazon, sale de la pieza y se retira á un jardin interior. Amán reconoce que está perdido.

Solo un recurso le queda. Amán entrando en el gabinete de la Reina se arroja á sus piés implorando su perdon. Es una mujer, es piadosa, es noble y sin duda se dejará llevar por sus sentimientos de clemencia... Mas cuando Amán se halla á los piés de Esther en el mismo cuarto de ésta, el rey le sorprende allí, y presume un nuevo insulto de su antiguo favorito. Entonces estalla todo su enojo.

A las voces del rey entran los guardias de palacio que cubren el rostro á Amán y le llevan preso. El palo que Amán destinaba para servir de patíbulo á Mardoqueo fué el instrumento de su suplicio, y el poder que él ejercia cerca del rey, se confirió al hebreo que debia ser su víctima.

LECCION QUINCUAGÈSIMA SEXTA.

LOS MACABEOS.

Una segunda colonia judía iba á unirse á la primera en el país de Judá: su jefe era Esdras. No bien hubo llegado á Jerusalen cuando vió con dolor el espectáculo de desmoralizacion que ofrecia el pueblo sucesor de los patriarcas y profetas. Otra vez la fuente de la vida moral, la familia, estaba contaminada: los judíos se habian unido á mujeres estranjeras. La opresion, el peso del despotismo, las cadenas de la esclavitud tampoco esta vez habian sido bastantes para enseñarles la senda del bien.

Rudamente castigados por sus estravíos, habia llegado el momento de comenzar una vida nueva; pero Judá continuaba conteminándose en las antiguas abominaciones. Su religion acababa por ser una mera fórmula, sus tradiciones nacionales se reducian á un vago recuerdo; todo daba á entender que iban á alborear para Judá nuevos dias de lágrimas y de luto. Un pueblo que está fuera de sus destinos nacionales no tiene razon de ser; su desaparicion es lógica. Tal era el triste estado de Judá cuando llegó allí Esdras.

A la vista de este hombre, que destrozados los vestidos elevaba al Cielo junto al templo de Jerusalen el grito de su oracion y de su llanto, los judíos concibieron una resolucion heróica. Consienten en separarse de las mujeres estranjeras que profanaban el culto del Dios verdadero, maleando las costumbres de Judá y haciendo torpe burla de sus instituciones.

Con el ausilio de Nehemias, hombre de accion que para ser útil á sus compatriotas abandonó la corte de Persia,

Esdras se consagra decididamente á la restauracion de su pueblo. Es menester empezar por dar fuerza al elemento religioso: Esdras dispone que los hombres y las mujeres de Judá juren de nuevo fidelidad á su Dios.

Este juramento se cumplió poco tiempo. Los mismos delitos que acabamos de referir volvieron á degradar á los judíos. Al volver Nehemías de un viaje á Persia encontró profanado el templo, las estranjeras introducidas de nuevo en las familias judías, y hasta en la casa del gran sacerdote. Nehemías recordó con indignacion á sus conciudadanos lo que las mujeres estranjeras habian hecho del mas sábio de los reyes de Israel.

A nuevas abominaciones siguieron nuevos castigos. Después de sufrir el yugo de la Macedonia y del Egipto viéronse sometidos á la dominacion Siriaca.

Vino una hora en que se manifestó que las grandes creencias de Israel estaban dormidas pero no muertas.

Antíoco Epífanes que al saquear á Jerusalen degolló á multitud de sus habitantes y vendió á sus mujeres, pudo comprender que heria á los hombres pero no á las ideas. Creyó dominar para siempre á los judíos sustituyendo el culto afeminado de los griegos á la religion del Dios de Israel: Antíoco encontró una resistencia que no era de esperar en un pueblo tan debilitado por sus desgracias y por las opresiones de que se veian víctimas. Es verdad que algunos judíos habian dejado deembriagarse por las torpes seducciones de la civilizacion helénica, siendo arrastrados por el torrente de su afeminscion y de sus deshonrosas voluptuosidades; pero la mayoría de los judíos rechazó con horror el falso culto que el tirano queria imponerles, desafiando toda la indignacion de Antíoco que no estaba dispuesto á tolerar que ninguno de sus súbditos prestase adoracion al verdadero Dios.

Viéronse entonces escenas de terror que manifiestan hasta donde puede llegar el despotismo de un tirano

que trata de ahogar en sangre la conciencia de sus súbditos. Mujeres que no tenian mas crímen que el de haber impreso en sus hijos la señal de la alianza divina, viéronse precipitadas de lo alto de las murallas sosteniendo á sus infantes en los brazos.

Antes que las Montañas de Judá repitieran los ecos del grito de la independencia, lanzado por una familia sacerdotal, fueron conducidos ante Antíoco siete jóvenes y una mujer entrada en años: eran los Macabeos y su madre.

El Rey quiso obligar á los macabeos á que gustáran un alimento que la Ley les prohibia. Los jóvenes que sabian que antes que todo debian salvar la dignidad de la conciencia, con ese sentimiento íntimo de la libertad que abrigan en sus pechos los hombres de fé, se negaron á acceder á la exigencia de un monarca. No era una costumbre lo que defendian; era el símbolo de su nacionalidad, y sobre todo de sus creencias religiosas. Latian en los pechos de aquellos jóvenes los dos sentimientos que producen los grandes héroes: Dios y la libertad de la patria.

La madre de los Macabeos, esa mujer que figurará siempre entre las primeras heroinas de la historia, tuvo que presenciar el martirio de sus hijos. Al ver torturar la carne de aquellos que habian salido de sus entrañas; al ver correr una sangre que era su sangre, la animosa hebrea si sufre es sin debilidad. Si vé extinguirse en sus hijos la vida material de que ella es la madre, en cambio contempla como la vida moral, la vida del alma se dá á conocer con toda la brillantez de una fé sin límites. Sabe perfectamente que lo que valen sus hijos no estriba en ese cuerpo que al fin tarde ó temprano habrá de reducirse á polvo: la madre de los Macabeos se habria estremecido si hubiese visto desfallecer las almas de los siete jóvenes; pero cuando comprende que aquellas almas para salvar su integridad saben despre-

ciar los dolores físicos, aquella mujer se siente satisfecha; ella misma los excita á desafiar los tormentos.

Presenciemos una escena de este sublime drama. Ya no le queda á la madre de los Macabeos nada mas que un niño de corta edad; ya no le queda al tirano nada mas que un objeto donde cebar su barbarie. Los seis Macabeos muriendo uno tras otro se han reido del poder de Antíoco; poder que si algo puede contra el cuerpo que es corruptible, nada alcanza contra el alma que es inmortal. Murieron todos sin que las mayores torturas pudiesen arrancarles, no ya una palabra de apostasía, pero ni siquiera de debilidad. Al morir declaraban ante el Rey que dándolos la muerte les abria las puertas de una bienaventuranza eterna, puertas que para él estarian cerradas. ¿Saciará su furor en el último de los hermanos, que es por su edad la imágen de la ternura? Antíoco cree que ha de serle fácil vencer á este niño. Si se inclina ante su voluntad le cubrirá con el manto de su proteccion, le colmará de riquezas, le hará subir á un puesto elevado, ocupará en su corte un lugar distinguido; en una palabra, hace al último de los Macabeos los mas halagueños ofrecimientos.

Lo que no alcanzó la crueldad no habia de alcanzarlo la bajeza. Era menester que Epífanes vencido por los seis jóvenes lo fuese tambien por un niño. Este rehusa las reales ofertas: las honras de la tierra no le halagan, por que tiene fija su vista en la region de las esperanzas inmortales.

A Antíoco le queda un recurso; llamar á la madre del niño para que venza su resistencia.

Cree que esta mujer habrá ya sufrido lo bastante con la muerte de sus seis hijos y no querrá presenciar la del que aun le queda. Sabe que esta mujer es valiente; pero Antíoco está en la persuasion de que en presencia de su hijo menor, que es un niño, el grito de la fé será ahogado por el grito de la naturaleza.

El Rey la manda llamar, la exhorta á que salve á su hijo; la conjura á que le hable, á que le presente el desgarrador espectáculo de los tormentos que le aguardan si no se decide á aceptar las promesas que se le hacen. Hay en la palabra de una madre algo de mas poderoso que en la palabra de los reyes. Antíoco cree que lo que él no ha logrado del último de los Macabeos, lo logrará su madre.

Esta obedece.

Inclinada ante el niño que está ya tendido para el tormento, le dice: «Hijo mio, ten compasion de mí que te he llevado nueve meses en mi seno, que te he nutrido con mi leche por espacio de tres años y que te he venido prodigando hasta aquí mis cuidados y desvelos. Hijo mio, de todo corazon te ruego que fijes la vista en el Cielo, en la tierra y en todo lo que contienen, y recuerda que Dios lo ha sacado todo de la nada, como de la nada formó á la familia humana. En presencia del Omnipotente no temas el furor de ningun hombre, hazte digno de ir á acompañar á tus hermanos, y recibe con alegría la muerte á fin de que yo pueda encontrarte con ellos en el seno de la misericordia divina que es donde está cifrada nuestra esperanza.»

La madre habia obedecido al Rey. Este le pidió que salvase á su hijo: estaba ya salvado. Lo que ella hizo fué conmover su corazon, fué hablarle el lenguaje de la ternura, recordarle los derechos de la maternidad, para pedirle que muriendo por la Ley muriese para vivir.

No bien la madre hubo pronunciado estas palabras, cuando el niño exclama:—«¿Qué esperais de mí? Yo no obedezco la órden del príncipe sino el precepto de la Ley.» He aquí el grito de la libertad del creyente. Sabe que sobre las arbitrariedades del despotismo está la voluntad de Dios, verdadera salvaguardia de los grandes derechos del hombre.

Dirigiéndose luego el jóven á Antíoco, con faz serena

le dice:—«Tú que eres el autor de todos los males que pesan sobre los judíos, no te librarás del castigo de Dios. Todo esto tenemos merecido nosotros por nuestros pecados, es verdad; pero si el Señor nuestro Dios despliega contra nosotros su cólera para corregirnos y castigarnos, tras del castigo vendrá la reconciliacion. Pero tú, el mas cruel é infame de los hombres, no te enorgullezcas confiando en vano en tu furor contra nosotros; pues no podrás evitar el juicio de Dios, que lo ve todo y lo puede todo. Mis hermanos después de sufrir un breve dolor han entrado en la alianza de la vida eterna; mas á tí el juicio de Dios te impondrá el justo castigo de tu orgullo. Yo, lo propio que mis hermanos, sacrifico mi vida, mi cuerpo en defensa de nuestras leyes, suplicando á Dios que sea propicio á nuestra nacion..... Las iras del Omnipotente que han alcanzado con justicia á todo nuestro pueblo, terminarán en mis hermanos y en mí.»

Ya se comprende el efecto que habian de producir en el Rey estas palabras. Fuera de sí, llevado por el vértigo del encono mas cruel, sometió al último de los hermanos á tormentos mas terribles que á los demás, vengando así en él el delito de haber proclamado la verdad. La verdad es siempre la enemiga de los déspotas.

Aun vivia la madre. Inútil es que consignemos que hubo de seguir la suerte de sus hijos. «La que habia dado á luz siete mártires, dice S. Cipriano, la que los habia enviado á Dios, justo era que fuese á reclamar una parte de sus coronas.»

Hemos querido terminar con esta escena la narracion de los hechos mas notables del Antiguo Testamento ya que los Macabeos y su madre constituyen una brillante personificacion de esa fé en la religion, en la familia, en el porvenir, en la libertad y en la patria que forma el nudo del drama bíblico que presenta á nuestros ojos el Libro escrito por el dedo del Omnipotente. Cuando

esta fé en todo lo Santo, en todo lo augusto, en todo lo grande, se revelaba de un modo tan espléndido, solo le faltaba el rayo de la luz suprema que habia de comunicarle el Hijo de Dios. Para que esta fé tan generosa y tan robusta dominase como soberana, no ya sobre un pueblo sino sobre todas las naciones, el Eterno la preparaba ya el magnífico ropage de las grandes verdades y las grandes virtudes del Evangelio; para que esta fé dominara como reina de los espíritus y de los corazones los ángeles en el cielo le entretejian su corona: esta corona vino á traérsela JESUCRISTO.

FIN.

INDICE.

	Pág.
Leccion primera.—La esclavitud.	5
Leccion segunda.—La cesta de juncos.	8
Leccion tercera.—Moisés en el palacio de los Faraones. .	10
Leccion cuarta.—La inspiracion.	16
Leccion quinta.—El libertador en presencia del tirano. .	21
Leccion sexta.—El ángel de la justicia divina. . . .	25
Leccion séptima.—La columna de nube y de fuego. . .	28
Leccion octava.—El maná.	34
Leccion nona.—El decálogo.	40
Leccion décima.—Castigo de la prevaricacion idolátrica.	43
Leccion undécima.—Respeto á las cosas santas. . . .	51
Leccion duodécima.—Castigo de la envidia de una mujer.	58
Leccion décima tercera.—La insurreccion.	61
Leccion décima cuarta.—Nuevas revueltas contra Moisés.	67
Leccion décima quinta.—Muerte de Moisés.	73
Leccion décima sexta.—Rahab.	83
Leccion décima séptima.—Asalto de Jericó.	92
Leccion décima octava.—Reparto de la tierra de promision á las diferentes tribus.	101
Leccion décima nona.—Vindicacion de una deshonra. .	111
Leccion vigésima.—Muerte del Rey de Moab. . . .	119
Leccion vigésima primera.—Débora.	123
Leccion vigésima segunda.—El premio de una viudez virtuosa.	135
Leccion vigésima tercera.—Gedeon.	149
Leccion vigésima cuarta.—El voto de Jefté.	158
Leccion vigésima quinta.—El poder de los halagos. . .	167
Leccion vigésima sexta.—Culpables condescendencias de un padre.	185
Leccion vigésima séptima.—Establecimiento de la monarquía en Israel.	199
Leccion vigésima octava.—Prevaricacion de Saul. . .	208
Leccion vigésima novena.—David y Goliat.	216

Leccion trigésima.—El vértigo de los celos. 223
Leccion trigésima primera.—La sombra de Samuel.. . 252
Leccion trigésima segunda.—David en el trono. . . . 260
Leccion trigésima tercera.—El Arca es trasladada á Jerusalen.. 267
Leccion trigésima cuarta.—Resultados de la ociosidad.. 272
Leccion trigésima quinta.—Rebelion de un hijo contra su padre. 280
Leccion trigésima sexta.—La soberbia castigada.. . . 302
Leccion trigésima séptima.—Los últimos dias de David. 309
Leccion trigésima octava.—Respeto de Salomon á su madre. 315
Leccion trigésima nona.—Un rasgo de justicia. . . . 318
Leccion cuatrigésima.—Solemnidades con que se celebró la traslacion del Arca al templo. 325
Leccion cuatrigésima primera.—Estragos producidos por la afeminacion. 329
Leccion cuatrigésima segunda.—Jeroboam elegido rey por el pueblo.. 336
Leccion cuatrigésima tercera.—Elías. 342
Leccion cuatrigésima cuarta.—Castigo de los falsos sacerdotes. 346
Leccion cuatrigésima quinta.—El verdugo y la víctima. 353
Leccion cuatrigésima sexta.—El rapto del profeta. . . 359
Leccion cuatrigésima séptima.—Los consejos de Athalia. 365
Leccion cuatrigésima octava.—El sitio de Samaria. . . 367
Leccion cuatrigésima nona.—La perfidia de una reina.. 371
Leccion quincuagésima—Jonás. 379
Leccion quincuagésima primera.—Isaías. 383
Leccion quincuagésima segunda.—Un héroe del amor á sus semejantes. 388
Leccion quincuagésima tercera.—Él ángel del jóven Tobías.. 397
Leccion quincuagésima cuarta.—Heroismo de una mujer amante de su pátria.. 409
Leccion quincuagésima quinta.—Los encantos de una mujer virtuosa.. 425
Leccion quincuagésima sexta.—Los Macabeos. . . . 438

FIN DEL INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

Censura y aprobacion de la Autoridad eclesiástica.

Excmo. Sr.

Si bien la mano de la Providencia es la que empuja á las naciones en su marcha hácia la realizacion de sus destinos muy frecuentemente el historiador al escribir los anales de un pueblo, atento más á los hechos que á sus verdaderas causas, no acierta á colocarse á la altura de esa filosofía de la historia que dá á conocer la accion providencial en los acontecimientos humanos. Pero esto no puede suceder respecto á aquella nacion que fué antes de *Jesucristo* la depositaria de la fé, de las tradiciones morales y de las grandes esperanzas de la humanidad. Su historia ha sido escrita por el mismo Dios, y la Biblia es un monumento imperecedero en el que todas las generaciones pueden ver que en el principio de toda decadencia hay una iniquidad y que el secreto de la restauracion hasta material de un pueblo está en la restauracion de su sentido moral. La historia no es en el fondo nada más que la aplicacion de este principio bíblico: *Justitia elevat gentes; miseros autem facit populos peccatum.* Asi se desprende de las *Escenas Biblicas.* Su autor ha tomado algunas páginas del libro de Dios, y con esa elocuencia que tanto resalta en las Santas Escrituras, con esa verdad en los caractéres, con esa viveza de imágenes propia de la Biblia presenta el contraste entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, que es lo que constituye el drama de la historia, cuyas lecciones no pueden ménos de ser fecundas para los niños á quienes van dedicadas.

Léjos de encontrar en ella nada contrario á la fé y á la moral, la creemos muy propia para el buen desarrollo de esos espíritus que, obedeciendo á las inspiraciones del candor y de la ter-

nura, se abren gustosos á la voz de las grandes verdades bajadas del cielo.

Este es mi parecer, salvo siempre el mas autorizado de V. E.

Barcelona 7 de Abril de 1869.

Excmo. Sr.

José Morgades y Gili, Pbro.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis.

Barcelona 12 de Abril de 1869.

En vista de la favorable censura que antecede, damos nuestro permiso para que pueda publicarse la obra á que se refiere. Lo decretó y firma S. E. I. de que certifico.

Pantaleon, Obispo de Barcelona.

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Sr.

Dr. Lázaro Bauluz, Secretario.

JUAN BASTINOS É HIJO, EDITORES.

LAS FESTIVIDADES DEL CRISTIANISMO.

POR EL DOCTOR

D. V. JOAQUIN BASTÚS

Miembro de varias corporaciones científicas de Europa.

OBRA REVISADA

por el Rdo. Dr. D. Salvador Mestres, Pbro.

Esta obra es una curiosa enciclopedia histórico religiosa, que dá una idea completa y metódica de las festividades de la Iglesia y del culto del Cristianismo.

Forma un volúmen de 374 páginas en 4.°, siendo su precio 12 rs. en rústica y 16 en percalina, con plancha dorada.

FÁBULAS RELIGIOSAS Y MORALES

EN VERSO CASTELLANO Y EN VARIEDAD DE METROS

POR

D. FELIPE JACINTO SALA.

Premiadas por la Sociedad económica barcelonesa de amigos del País.

Esta coleccion de fábulas que tanto éxito ha alcanzado por la difícil facilidad con que se desenvuelven los asuntos, por la pura é intachable moral que encierran las lecciones que de aquellas se desprenden y finalmente por la belleza y armonía de la versificacion, constituye un libro indispensable en toda selecta biblioteca y utilísimo para la adolescencia, puesto que sin recurrir á la sátira ni á la acrimonia sino con sencillez y dulzura, con crítica prudente y templada, se van afeando los vicios y realzando las virtudes basadas en la religion y en la moral.

Forma un tomo en 4.° mayor, de lujosísima impresion y se vende á 16 rs. en rústica, á 20 rs. en percalina y á 28 en id. con dorados en el llano. Ambas se venden en la librería de Bastinos.